

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament d'Antropologia Social i Prehistòria
Divisió d'Antropologia Social i Cultural

ÓXIDOS DE IDENTIDAD:
MEMORIA Y JUVENTUD RURAL
EN EL SUR DE CHILE (1935-2003).

TESIS DE DOCTORADO EN ANTROPOLOGIA SOCIAL Y CULTURAL.

YANKO GONZÁLEZ CANGAS

Director

CARLES FEIXA PÀMPOLS

Tutora

VERENA STOLCKE

SEPTIEMBRE DE 2004

Y vuestros jóvenes tendrán visiones

No tenemos pasado para alimentar el fuego, dijeron los jóvenes.
No tenemos ninguna fila larga y seca de horas como bagazo,
mondadas para arrojarlas en manojos a un hoguera
en la que todos nuestros días muertos den flores
de sueño, renacientes en el fuego poderoso.

Talad entonces vuestro futuro, dijeron los viejos.
Derribad la alta belleza de los días no vividos.
En ese humo, recién engendrado por la madera verde
y sin mácula, de modo secreto y peligroso,
los jóvenes sin recuerdo tuvieron visiones.

Margaret Mead

¡Jovencito! Yo nunca he sido joven,
lo que se llama joven. Como un viejo
de cinco años de edad meditaba en la muerte
revolviendo una poza con un palo.

(A los quince, a los veinte, a los veintiocho
revolvía una poza con un palo).

Armando Uribe Arce

INDICE GENERAL

TOMO I

AGRADECIMIENTOS

VADEO

INTRODUCCIÓN

I. PRIVILEGIO & OMISIÓN: PERSPECTIVAS TEÓRICAS E HISTÓRICAS

**II. JUVENTUDES RURALES: RECONCEPTUALIZACIONES Y
ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS**

**III. MEMORIA Y JUVENTUD EN EL DISTRITO RURAL-COSTERO DE
CHAIHUÍN**

CONCLUSIONES

TOMO II. ANEXOS.

I. FUENTES DOCUMENTALES

II. GLOSARIO

III. ANTOLOGÍA DE HISTORIAS DE VIDA

IV. RELATOS ETNOGRÁFICOS

V. INFORMACIÓN METODOLÓGICA

VI. FOTOGRAFÍAS, PRENSA, MAPAS, DIBUJOS Y DOCUMENTOS

VII. INFORMACIÓN ESTADÍSTICA

VIII. SONORIDADES (Disco Compacto Adosado en Solapa)

INDICE TOMO I

AGRADECIMIENTOS	9
VADEO	11
INTRODUCCIÓN	20

I. PRIVILEGIO & OMISIÓN: PERSPECTIVAS TEÓRICAS E HISTÓRICAS.

Capítulo 1. Juventud, Historia e Identidades Generacionales	30
1. Trayectorias.....	30
2. Perspectivas Teóricas	42
3. Representaciones Sobre la Juventud. América Latina v/s Europa & Estados Unidos. Cuadro 1.....	48
4. La reconstitución de las Identidades Juveniles en el Tiempo: una “nueva historia” para “viejos” actores.....	51
5. Historia, Cultura e Identidades Generacionales.....	61
 Capítulo 2. "Que los viejos se vayan a sus casas": El surgimiento de los actores juveniles en Chile en el contexto latinoamericano	77
1. Nombradía Juvenil.....	77
2. Chile íntimo: Breve contexto.....	79
3. Estética de la lucha social: bohemia & rebeldía “lírica”.....	80
4. “No estén cuerdos, ni un solo instante”: El légame intelectual latinoamericano.....	88
5. “El mayo del 68' latinoamericano se realizó en 1918”.....	93
6. "Que los viejos se vayan a sus casas”: Clímax y final del proceso de la emergencia generacional-juvenil en Chile.....	96

Capítulo 3. De la Masacre a la Falange: Paramilitarización & Militancia

de las Juventudes Mesocráticas Chilenas.	105
1. El Alzamiento Juvenil y la Masacre del Seguro Obrero.....	106
2. Jóvenes, Milicias y Militantes: De “Nacis” y Falangistas.....	117
3. Las Reacciones del Estado.....	129

Capítulo 4. "Yo parecía el diablo". Génesis de las Culturas Juveniles en Chile.....

1. La Patria “Joven”.....	137
2. “El Mercurio Miente”. Otra vez los estudiantes.....	141
3. “Ser Joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”.....	143
4. La “Edad de Moda”.....	147
5. “El primer disco de 45’ con un adolescente chileno”. La modernización de las apariencias y la diversificación de las culturas juveniles.....	151
6. “‘Sumar y no ser Sumados’: Culturas Juveniles Revolucionarias”.....	161

II. JUVENTUDES RURALES: RECONCEPTUALIZACIONES Y ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS.

Capítulo 5. Identidades emergentes y cuestionadas: de la juventud del

"bajo pueblo" a la "juventud rural"	184
1. De la Juventud del “Bajo Pueblo” a la Juventud “Urbano Popular”.....	185
2. ¿Juventudes Rurales? De la Hacienda a la Reforma Agraria.....	194
3. Los Hijos y Solteros: "Obligados" y "Gañanes" del Valle Central.....	196
4. Hijos y Peones: Incógnitas bajo los enclaves colonizadores y mestizos del sur de Chile..	206
5. "Voluntarios" en la Reforma Agraria.....	211

Capítulo 6. Ruralidades Alteradas ¿Juventudes Territorializadas?	217
1. Breve repaso: las dicotomías modernizantes.....	218
2. La desagrarización de lo rural.....	225
3. La ruralidad virtualizada.....	230
4. América Latina y Chile: Viejas y Nuevas Ruralidades.....	234
5. ¿Ruralidades Juvenilizadas?.....	240
Capítulo 7. Juventud, "Juventud Rural" e Identidad	249
1. El Epicentro Teórico de la Invisibilidad Identitaria: Menores, Hijos y Herederos.....	249
2. ¿Jóvenes rurales o “campesinos” de menos edad?: El dilema de las identidades.....	256
3. Huellas de identidad, gradaciones de identidad: (re)conceptualizaciones.....	262
Capítulo 8. Alcances Epistemológicos y Metodológicos	269
1. Síntesis y Preguntas de Investigación.....	269
2. Objetivos.....	271
3. Supuestos Epistemológicos.....	272
4. Metodología: Historia de Vida de las Identidades Juveniles Rurales.....	275
5. Estrategias de Investigación.....	284
5.1 Estudio de caso.....	284
5.2 Selección de Informantes	285
5.3 Técnicas de Recolección de Información.....	288
6. Procedimientos de Sistematización, Interpretación y Representación.....	291

III. MEMORIA Y JUVENTUD EN EL DISTRITO RURAL-COSTERO DE CHAIHUÍN

Capítulo 9. Nuestro Escenario: Antecedentes del Área de Estudio	298
1. Corral y el Distrito rural costero de Chaihuín: Características Generales.....	301
2. Antecedentes históricos y socioculturales: Huilliches y Mestizos del Butahuillimapu...	306
3. Españoles, Chilenos, Germanos y Mestizos de la "Villa" de Corral y sus alrededores....	317
4. Relevancia del Escenario para la presente Investigación.....	323
Capítulo 10. De la Chueca a la Pelota. (1935-1960)	331
1. Por la Huella.....	331
2. ¿Noche de San Juan o We Xipantu?.....	339
3. La Ley de los 25: Cabrería, Soltería y "Juventud".....	343
4. "Uno notaba al tiro quién era más huaina": Cuecas & Valses en Casas, Clandestinos, Ramadas y Remoliendas.....	365
5. "Y de repente empezó el fútbol".....	379
6. "Pareció que era el fin": Maremoto y Debacle.....	386
7. Pascual Antillanca Montaña y “La ley de los 25” (Historia de Vida).....	394
Capítulo 11. Pololeo e Imaginario Juvenil. (1961-1989)	439
1. De la Lienza al Espinel, del Remo al Motor y de la Pesca al Buceo.....	439
2. Chaihuín Organizado: Entre Guerrilleros, Golpistas e Infiltrados.....	446
3. Cabrería y Educación: "Palo por equivocación".....	454
4. Mutaciones de la Soltería: "Pinchar", Besar y Tomarse de la Mano.....	462
5. "Luces que van y vienen": De la Intensa Soltería a la Exigua Juventud.....	479
6. Ser Joven Después de Vieja. La "otra" juventud: Adulterio y Regresión Biográfica.....	500
7. Elisa Pérez: “Fui Joven Después de Vieja”. (Historia de Vida).....	512

Capítulo 12. En el camino: Taca-tacas, Reinas & Cumbiancheros. (1990-2003)	541
1. Ruralidades de la Postdictadura.....	541
2. Estudiantes Prolongados e (In)migraciones Crónicas: Pololeo y "juvenilización" temprana.....	551
3. Entre los tacas, los cumpleaños & la disco: producción y reproducción de las identidades juveniles.....	568
4. ¿"Protoculturas" juveniles en el campo? Metaleros & Cumbiancheros.....	579
5. Espacios vernaculares "juvenilizados": Torneos, 18 de septiembre y Semana Chaihuinera.....	595
6. Edgardo: Ex metalero Rural (Historia de Vida).....	609
 CONCLUSIONES	 643

Agradecimientos

Aquí no debieran ir frases, sino abrazos. Y no hay suficientes abrazos de gratitud para los que son y fueron muchachas y muchachos en el alejado paisaje rural de Chaihuín. Sus “identidades contadas” han sido mi mayor regalo. Aunque muchos son los nombres y varios están protegidos por seudónimos, no puedo soslayar mi estima por Pascual, Catherine, Estela, Heraldo, Elías, María, Elisa, Julio, Eduardo, Héctor, Edgardo, Blanca, Juan, Francisco, Adela, Javier, Fito, Pancho, Jacqueline, Juvenal, Baltasar, Mateo, José, Valentín, Sergio, Carol y Rosa.

Faltarían abrazos, igualmente, para Carles Feixa. La lectura de sus investigaciones sumado a su paciente guía, inspiró y marcó decididamente el rumbo de mis aprendizajes, los que me permitieron ampliar y cualificar mis perspectivas de estudio sobre los actores juveniles en Chile. Sus enseñanzas y lúcidas orientaciones, siempre fueron a la par con su generosidad, amistad y afecto, por lo que le estaré siempre agradecido. Del mismo modo, este trabajo es tributario de los invaluable aportes de Verena Stolcke, a quien agradezco sus meticulosas lecturas y correcciones críticas. Su brillante trayectoria y experiencia me salvó del marasmo, animando desde un comienzo mis esfuerzos “cultural-historicistas”.

No hay abrazos. Ni suficientes, ni exactos, ni justos para Paola, mi compañera. Está aquí y en todo. Es lo mejor que le pudo pasar a un corazón y a una tesis.

Aunque nombrar es olvidar, estoy en deuda con mi colega Gonzalo Díaz por su impagable colaboración en el primer trabajo de campo. Con Eli Labbé y Lisbeth García, cuya ayuda fue vital en las primeras transcripciones. Con Rosa Cangas, Mauro González, Pedro Araya, Fernando Moya y Pedro Núñez por sus envíos postales y transporte de kilos de papeles. Con Aurora González, Carlos Amtmann, Rodrigo Moulian y Sergio Gómez por sus preclaras sugerencias. Con Juan Camilo Lorca, Jefe de Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional de Chile y Susana Muñoz Le Bretón, Conservadora del Archivo Fotográfico del Museo Histórico y Antropológico Mauricio Van de Maele, por su activa y desinteresada ayuda. Con Joel Asenjo y Rigo Quezada por sus testimonios de confianza. Con Gastón Pérez y Jorge Bustos de la Municipalidad de Corral, por su predisposición y tolerancia.

En la misma medida, le expreso mi gratitud a muchos compañeros del programa doctoral en Antropología de la Univerisad Autónoma de Barcelona y el Postgrau de Estudis sobre

Juventut de la Universidad de Lleida, en especial a Marc Dávila, Maricela Portillo, David Brunet, Raquel Sala y Lluís Tolosa i Planet.

Igualmente, deseo expresar mi especial reconocimiento en la persona del Dr. Jubel Moraga, a la beca MECESUP por su aporte, confianza y apoyo a mis estudios de postgrado.

Aunque no podrá recibirlo, el abrazo final es para mi colega y amigo Freddy Fortoul quien, desde el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, brindó todo su esfuerzo para que mis estudios doctorales llegaran a buen puerto. Su muerte, poco antes de que esta tesis se terminara, entristece el último y más caro abrazo.

Vadeo

Chaihuín, Verano de 2002.

Tres metros de largo por dos de ancho. Ventanas de plástico, suelo de tierra y toda la construcción recubierta de latas de zinc. En el interior, una diminuta mesa de pool [billar] y dos taca-tacas [futbolines] luchan por caber entre el polvo y el gentío. Como una antología atemporal de las culturas juveniles, en las paredes de tablas de desecho cuelgan afiches de Bob Marley, Janis Joplin, Pink Floyd, Jim Morrison, los clubes de fútbol Colo-Colo, Universidad de Chile y Universidad Católica. Conviven en paz y sin rencillas con otros del Che Guevara, AC/DC, Inti Illimani y un reloj. Preside cada muro un cráneo de vaca enorme, blanco y seco, como recordando que estamos en pleno campo, a una hora del pueblo más cercano. En una pared lateral, un panel azul se hace un hueco para que en él se dejen reflexiones, noticias y recados: "Cuidemos lo que pensamos. Escuchemos nuestras propias aseveraciones, tanto las que hacemos en voz alta como las que nos hacemos a nosotros mismos. Una cosa tenemos que tener presente: los pensamientos de personas infieles, angustiadas o deprimidas contienen burdas distorciones [sic]. La gente infeliz se miente a sí misma sobre su vida (...)". En un costado, un folio anuncia las actividades de la "Semana Chaihuinera": "comidas típicas; clubes deportivos; presentación de candidatas a reina, show y baile al aire libre; última noche gran baile con orquesta y embarcaciones engalanadas". En los rincones, dos altoparlantes saturados hacen resonar al grupo argentino de *cumbia sound* "Amar Azul": "*cho* sigo bailando// *cho* sigo tomando// estoy muy loco// y muy borracho // la locura me está pegando// *cha* no sé quien sooooooy (...)".

Al costado de la chabola una mesa de ping-pong y, en frente, una modesta casa de madera "casi" típica del sur rural. "Casi", si no fuera por la antena parabólica que se asoma por el techo, propiedad de la compañía de televisión satelital Sky que llegó a la zona en el año 2001. Es la casa donde moran los dueños de este epicentro del ocio y holganza juvenil, conocido como los "Taca-tacas".

El lugar está cerca del centro de la comunidad, casi en medio de una pampa flanqueada por el camino principal. Héctor Antivil, uno de mis "biografiados", me acompaña. Lo invito a

jugar ping-pong y me indica un pequeño ventanuco donde el Chalo nos anota la hora de comienzo y nos entrega dos paletas y una pelota.

"Uno es de Santiago", dice Héctor, "se instaló donde Don Lute, su pariente, y dejaron al Chalo encargado todo el año". La mesa, de madera aglomerada, es lamentable, está torcida y cojea de cualquier pata. La red se cae sola porque se han podrido los costados donde se sostienen las pinzas sujetadoras, pero con ingenio se puede jugar como si nada; dos pequeñas piedras y la red aguanta. Héctor juega bien, se nota que lleva varios inviernos practicando. De improviso remata y la pelotita cae al fondo, justo en el gallinero de la casa. La limpio de mierda repetidas veces, tantas como sus remates. Le propongo jugar a cinco set de 21 puntos cada uno. Necesito tiempo "activo" para observar el entorno pieza a pieza. Héctor hace algunos trucos. Golpea en la línea de en medio con la paleta y saca hacia un extremo imposible. Zapatea en el suelo para que la tierra se levante y el ojo no vea para donde destina el pelotazo. Concentrados, conversamos a ratos, mientras oteo atónito el entorno.

Poco a poco llegan muchachos y muchachas al lugar. Unos pasan directamente a los Tacatacas, otros se quedan en una banca de afuera, fumando y conversando. También hay niñas y niños, que husmean, compran golosinas y corren de vuelta a los potreros. El lugar esparce un fuerte olor a perfume y talco. Algunos jóvenes juegan un "pierde paga" en el "micro pool" que, extrañamente, posee tiza, tacos en regular estado y un ábaco cuenta "pillos". Compro dos cigarros sueltos en la ventanita, que además de ser la improvisada oficina que administra las entreteniciones, vende chucherías. Con Héctor nos fumamos los cigarros sentados en la banca. Una señora sale de la casa y lanza dos jarros de agua para calmar el polvo. Un primo de Héctor viene de la ciudad con unas sendas zapatillas, ancho buzo [chandal] negro y gorro *nike*; otros "cabros" arrastran unos pantalones con enormes bolsillos laterales. A mi lado, un muchacho pescador de indefinible edad. Moreno, con *bluejeans* y camisa a cuadros, callado, fuma lentamente esperando a nadie. De improviso, los altoparlantes expulsan una canción de "Sol y Lluvia", grupo de protesta chileno perteneciente al "Canto Nuevo" de los años 80', a quienes no oía desde aquellos tiempos.

El *pool* se desocupa y desafío a Héctor a una partida. El juego es fluido y relajado. Para él. Yo no puedo echar ninguna bola. Las buchacas [troneras] son minúsculas y mi "punto de bola" tambalea. Tiene su arte, porque por tramos la bola blanca se mueve sola por las fuertes caídas de la mesa. Sus patas, que intentan hacer el plano, se sostienen en trozos de madera deformes que la tierra del suelo hace indistinguibles. El paño, casi transparente, dibuja extrañas figuras, pintadas o deslavadas a partir de las goteras.

Seguro que el ping-pong no es el fuerte de Héctor. El *pool* es para sus inviernos largos. Entre tanto, el decorado me hipnotiza: "El póster de la Janis Joplin lo traje yo", me dice Héctor, mientras comienza a sonar el *swing* relajante de Bob Marley, que acompasa mi peor tiro. Casi pegados a nosotros, cuatro muchachas quinceañeras vestidas de fiesta levantan tierra y hacen remolinos con los mangos del Taca-taca. Héctor se luce entre sus amigos y echa bolas imposibles: con efecto, de doblote, a dos bandas. Le prometo revancha. Como consuelo, propone que me "deje caer" como a las 11 de la noche, hora en que se aparecen otros "cabros" y "minas", tanto de Chaihuín como de afuera. En la noche te gano, le digo. "Veremos", responde seguro.

El alumbrado es mínimo y cuesta llegar a los Taca-tacas, pero a las 11 estoy allí de nuevo. Como todas las noches, bulle de "juventud rural". Héctor luce un pañuelo rojo en la cabeza a lo "Guns N' Roses", *bluejeans* y zapatillas de caña alta. De fondo, "Amar Azul" toca por segunda vez "Tomo para olvidarte".

Hay varios grupos conversando, fumando y tomando algo de cerveza. Las conversaciones giran en torno a la "Semana Chaihuinera", a si van o no a la discoteca de Corral; si llegó el hermano de un tal Juan que andaba trabajando en Puerto Montt; o quién juega *pool* después del Cristian... Las mujeres forman grupo y se mueven todas de un sitio a otro buscando un turno para jugar en los Taca-tacas. Los hombres se conforman con el *pool* y el ping-pong. "¿Quién va a jugar [fútbol] por Chaihuín contra Cadillal?", pregunta uno. "Shsss, van a jugar en la cancha chica, en esa no cabe nadie", responden varios. El sintetizador de "Amar azul" lo envuelve todo. Su nuevo *hit*, "La vecina", abre y cierra bocas: "pero fue difícil conquistarte//, todas mi palabras fueron vanas//, creo que me quedo con tu hermana// si con ella soy feliiiiz (...)// un-saludo-para-todos-los-fans-de-Amar Azul// con mucho amorrrr// CUMBIA// SOUND//".

Chaihuín-Huape, Invierno de 1997.

Cero grados y doce días lloviendo. Se puede ir por tierra, pero la ruta ancha está con tres metros de barro y abajo, el precipicio. ¿Y arriba? Arriba las rocas caen lentas hacia abajo. Trece días lloviendo. De Valdivia a Corral por tierra, camino angosto, camiones madereros de frente. De Corral a Chaihuín atravesando la cordillera. Juan, el entonces chofer del Hospital de Corral, toma el volante. "Cuando en Chaihuín o Huape alguien está pariendo o alguien se

está muriendo y el camino está hecho mierda, hacemos esta ruta por arriba, por Quitaluto", mascula.

El Jeep Daihatsu se encumbra al bosque como diciendo ¿y por qué no por abajo? En una huella invisible, acelera hasta los mil metros. El chofer me pide que anote o recuerde todo, que él irá "cantando". Entona: "vuelta de la zorra, izquierda. Giro en la segunda bifurcación del cerro blanco. Abrirse en palo muerto. A la derecha, en las dos trozas, cuidado con la huella falsa. No confundir con la emplanada..." La huella no tiene más de dos metros de ancho. Dos horas de curvas y retrocesos, hoyos, barro y cabezazos. Anoto todo, porque después tendré que hacer la ruta varias veces... Timorato y conduciendo.

Llegada: tres de la tarde con veinte minutos. Nos quedan dos horas de luz y muchos días de lluvia. La filósofa encargada del proyecto "Redes integrales juveniles en cinco comunidades rurales de la Comuna de Corral", me dice que en verano el otro camino estará seco, que "ahora está muy malo pero hay que juntar jóvenes". Que la iniciativa tiene como objetivo la prevención del embarazo adolescente y el alcoholismo.

Pero en la comunidad de Chaihuín y en ese invierno... Nadie. La lluvia y el vacío, sin embargo, delineaban el paisaje: unas cuantas casas aisladas unas de otras; un estuario amplio atravesado por un oxidado transbordador; pequeñas dunas al fondo que anticipaban el mar; arbustos y árboles repartidos desigualmente y algunas ovejas que se detenían para una fotografía interminable. Formando una media luna y atrás, la cordillera costera se empinaba con aquella selva siempreverde que nos costó horas sortear.

...Deshacemos parte del camino por "abajo", colgados en el bordemar rumbo al sector de Huape. Nos recibe Catherine, entonces una muchacha de 15 años ya informada de la iniciativa. Se alegra. Conocerá a más jóvenes, habrá movimiento, salpicará el encierro con teatro, guitarra y talleres de sexualidad "adolescente".

Chaihuín-Huape-Las Coloradas, Verano de 1998.

Fui y regresé durante un año, por "arriba" y por "abajo", entre mi empleo como profesor universitario y la "animación sociocultural". Mirado en perspectiva, era la continuidad natural de mis preocupaciones antropológicas sobre el "ser joven" en espacios que, progresivamente, sentía más cercanos. Desde 1992 venía trabajando como animador sociocultural con un

equipo interdisciplinario que gestionaba proyectos juveniles urbano-populares. Parte de estas intervenciones se convirtieron en mi trabajo de titulación en antropología (1995). Después, en mi primera tesis de maestría (1998), había recabado historia oral en una gran cantidad de comunidades rurales a lo largo del sur de Chile. Sin embargo, la publicación de un trabajo etnográfico experimental sobre culturas juveniles urbanas en el que venía trabajando lentamente y desde hacía bastantes años (*Metales Pesados*, 1998), tensionó, nuevamente, mi tiempo y mis preocupaciones en torno a los colectivos juveniles urbanos. En este vaivén, me vi “autoorganizando” a “jóvenes rurales”.

Las características de los distritos rurales en los que trabajé ese año, cautivaron progresivamente mi interés. La presencia indígena, mestiza y colona; la confluencia de anómalos proyectos civilizatorios y particularidades productivas, convertían la zona en un rico y complejo locus de exploración antropológica. A estas características, se sumaban una serie de referentes históricos orales que circulaban sobre uno de estos distritos (Chaihuín). En 1970, sus bosques cobijaron a un grupo de jóvenes de izquierda que formaron una de las primeras “escuelas guerrilleras” del país. Episodio que, aunque confuso, me había seducido desde hacía mucho tiempo por el impacto que tuvo en la memoria de muchos militantes Allendistas. Por otra parte, durante la década de los 90’, el Distrito y sus comunidades, protagonizaron una serie de luchas medioambientales en contra de las empresas forestales...

No obstante, el espesor e interés sociocultural de la zona era inversamente proporcional al éxito de nuestra intervención con los jóvenes de estas comunidades. En Chaihuín, según don Pancho Cayulef, “conocido en Chile sólo por la escuela de guerrillas y por los Choros [marisco]” no hubo nadie que se apuntara a nuestra iniciativa. Decían que no había jóvenes, sólo obreros forestales o pescadores. En Huape y Las Coloradas –sector al que tenía que llegar navegando en bote-, aparecieron unos pocos. Después de los autodiagnósticos de rigor, decidimos hacer un taller de historia local con las y los jóvenes que se “animaron”. Recorrí con ellos el camino en busca de sus parientes, abuelos y vecinos. Las y los muchachos/as sacaban su cuestionario para hilar historias de sacrificio y aislamiento. Funcionó e hicimos una pequeña revista donde se reconstruyeron algunos fragmentos de la “antigüedad aldeana”.

Ciertas cosas se animaron, otras definitivamente no cuajaron. El problema era de fondo: ¿Interveníamos sobre identidades juveniles difusas, casi “a punto de adultez”? ¿Repetíamos lo mismo que en las barriadas de Valdivia, La Unión o de Santiago? ¿Por qué la acción se anticipaba a la comprensión? ¿Imponíamos “juventud” donde no existía? En algunas comunidades había entusiasmo, pero en otras, sólo desidia y desdén.

En rigor, estos desajustes venían insinuándose desde que empecé a trabajar con jóvenes pertenecientes a pequeñas localidades urbanas que tenían una fuerte influencia y dependencia con su entorno rural. Pasó en 1994, en la localidad de Paillaco, pueblo “agrario” por antonomasia. Desde entonces, se produjo una campaña de alegatos contra las políticas juveniles “centralistas”, que homogeneizaban los colectivos juveniles según el modelo popular-urbano de ser joven. Tiempos, en todo caso, en que estas alteridades juveniles “no metropolitanas” me resultaban insondables, por mi imposibilidad “material” de emprender una investigación sistemática. Sin embargo, en nuestro trabajo diario, constatábamos que tanto las acciones y conceptualizaciones con que operábamos presentaban serias dificultades a medida que nos alejábamos de las grandes urbes. Cuatro años más tarde, estas “insinuaciones” de fracaso en las localidades semirurales se convirtieron en serias derrotas en las rurales.

Corral-Valdivia-Barcelona, Primavera de 2000.

Decido investigar sistemáticamente a las juventudes rurales en la región, particularmente las de la zona costera, cuyas características –en relación al contexto mayor del sur de Chile- se constituían teórica y metodológicamente en casos “ejemplares”. Una beca y, particularmente, el Instituto de Ciencias Sociales de la universidad donde trabajo, me apoyan bajo los objetivos de fortalecer diversos programas de postgrado. Recopilo los escasos antecedentes y la precaria bibliografía local sobre juventud rural y marcho a la Universidad Autónoma de Barcelona. Los vacíos son infranqueables, sobre todo históricos y teóricos. Clarifico un comienzo en las clases del Postgrau de Estudis sobre Joventut en la Universidad de Lleida y ordeno un final en los trabajos del Doctorado en Antropología Social y Cultural, reconstruyendo diacrónicamente las identidades juveniles en Chile a lo largo del siglo XX, tarea crucial para comprender los vacíos teóricos y las omisiones sociohistóricas sobre sujetos sociales que me eran cada vez más difíciles de elucidar.

Valdivia-Corral-Chaihuín, Verano de 2002.

Se ha habilitado un transbordador que cruza la bahía. Desisto en irme por tierra hacia Corral, pueblo y capital de la Comuna homónima. El Alcalde de Corral me concede una entrevista. Le cuento mi idea de reemprender el trabajo sobre juventud en el Distrito rural de Chaihuín, “territorio” históricamente de izquierda, donde nunca le han votado. El lugar y el tema están "calientes", me dice. Un joven de la localidad ha muerto, al parecer se suicidó. "Todo está muy cambiado", prosigue, deslizándose cifras de cinco años. "Con la carretera costera el camino a Chaihuín está cada día mejor. El Ministerio de Obras Públicas ha construido puentes para habilitar la ruta, pero “Greenpeace” se ha encadenado a ellos protestando por la corta del bosque nativo... Queremos que se haga un gran puente que cruce toda la bahía, uno que sea el más largo de Chile y nos una con Niebla y Valdivia por tierra en forma rápida... Ya tenemos convencido al Presidente de la República, porque la celebración del bicentenario de Chile ya viene".

El "todo está muy cambiado", se me queda. Camino pedregoso, pero ancho y seco. Catherine, ya con cerca de 19 años, me recibe en la localidad de Huape. Su casa, en medio del pasto con fondo costero, está entrecubierta por un letrero gubernamental que reza "Programa de agua potable rural. Acercando a la Gente". En sus brazos carga el "antiobjetivo" de nuestro antaño proyecto: un bebé de 1 año que da vueltas sobre sí, acalorado. Risas, recuerdos y *saudade* ¿Qué será de Chaihuín?

Tres metros de largo por dos de ancho. Piso de tierra y toda la construcción recubierta de latas de zinc...

Corral-Chaihuín, Invierno-Primavera de 2003.

Septiembre se muestra amable y me recibe con un sol pálido que alcanza a entibiar los rastros de meses y meses de agua helada que ha caído y seguirá cayendo. Corral, luciendo un nuevo perfil desde el mar debido a la fábrica de harina de pescado “Tripesca”, acoge al transbordador que me lleva junto a camiones cargados de trozas de Pino destinados a convertirse en celulosa. Enfilo hacia Chaihuín con un doble objetivo: por un lado, devolver

las historias de vida a sus verdaderos “dueños”, profundizarlas y corregirlas; y por otro, describir y participar en las “Ramadas” [fondas] de las fiestas patrias del 18 de septiembre.

Lentamente aparecen los letreros deslavados que anuncian una red de turismo rural desde el sector de Los Liles hasta Chaihuín, mientras el mar y el bosque estrangulan la nueva ruta costera. Una carreta de bueyes lleva leña y sacos de patatas; un matrimonio despreocupado rompe la tierra para el barbecho, y en algún tramo, las manos de una mujer ordenan las redes de pesca para el marido y los hijos.

Me recibe Héctor Antivil. Pensaba que ya había emigrado (como me lo adelantó hacía casi dos años) debido a su aburrimiento y falta de trabajo. Lo primero que me cuenta es que este invierno cerraron los Taca-tacas porque en verano no dieron dinero suficiente, aunque seguirán funcionando. La crisis económica del último año ha impactado fuertemente la economía de la zona: menos turistas y bastante cesantía, que se ha suplido con el trabajo de siempre; marisqueo, el “matuteo” [contrabando] de Locos [moluscos], la pesca, el trabajo forestal, la crianza de ovinos, huertas para la autosubsistencia y “proyectos productivos”. Los conflictos se han agudizado en la comunidad. Ésta se encuentra muy dividida entre una familia que se ganó un proyecto “ecológico”; algunos miembros de la Junta de Vecinos y otra familia que reclama terrenos que cercó la Junta de Vecinos y que quieren ocupar, a su vez, la familia del proyecto “ecológico”. Un lío. Estela Landaeta me ofrece “onces” con pastel de Murtas, fruto nativo de intenso sabor aframbuesado. Ella se explaya sobre los conflictos y cuenta que todos tienen miedo de ir a las ramadas del 18 de septiembre -una que organiza el Sindicato de Pescadores y otra que tiene preparada la familia Triviños-, porque se van a “agarrar a combos”. Una hija de las familias en conflicto fue insultada por un miembro de otra hacía poco tiempo y puede que “curados [borrachos] quede la tendalada [jaleo]”. La celebración del 18 de septiembre, desde la “chilenización” de la comunidad a partir de los años 30’ del siglo XX, ha sido una de las expresiones identitarias rurales más acendradas en el distrito de Chaihuín. Las ramadas prometen empezar el miércoles 17 y terminar el sábado 20 de septiembre. Como siempre, sin parar. Con sus días y sus noches, sin detener la venta de trago [alcohol], y el bailoteo de cumbias, cuecas y corridos mexicanos. Don Juvenal Triviños anuncia lluvia y viento norte por una semana, pero a doña Magali Railaf dice no importarle: “nos mojaremos por dentro y por fuera”, aludiendo a la lluvia y la ingesta.

Desde la pequeña cabaña que me facilita doña Estela, las nubes y el frío comienzan a cubrir todo. Entre tanto, los muchachos y muchachas que se encuentran estudiando o trabajando temporalmente afuera, se bajan del estropeado bus rural “Corral-Chaihuín” a pasar

las Fiestas Patrias. Catherine, de Huape, no llegó. Hace un año, como me lo había anticipado, se marchó a Puerto Montt a trabajar en un *mall* [centro comercial de gran superficie]. Dejó a su hijo a cargo de sus padres. Paso algunas semanas devolviendo, ampliando y corrigiendo con las y los informantes sus historias de vida, tarea que los/as alegra y emociona. Pascual Antillanca, uno de los informantes más ancianos, me ha permitido registrar una de las escasas imágenes que se conservan antes del maremoto de 1960: la de su padre y su madre posando para un “fotógrafo de cajón” de la plaza de Valdivia hacia 1928, a pocas horas de casarse en el Registro Civil. Oxidada y cepia, la fotografía es el reflejo de una “antigua y breve juventud” -como lo fue, en gran medida, la soltería-. Sin duda, la mejor síntesis (o elipsis) para presidir la portada de esta tesis.

El día jueves 25 de septiembre, pasadas ya las fiestas patrias, algunos/as jóvenes se han marchado al internado de Corral a estudiar o a sus trabajos en Valdivia o Puerto Montt. Afuera del pequeño terminal de buses se encuentran Héctor y Julio a fumar unos cigarros... Está lloviendo: “y a la manera antigua está lloviendo” – diría Elías Maripán-, “...de arriba para abajo”.

INTRODUCCIÓN.

“No sin desconfianza acepta uno escribir otro artículo más sobre juventud”. (Erik Erikson).

¿Qué posibilitó la emergencia de las y los jóvenes como sujetos identitarios en Chile? ¿Qué se entiende por condición juvenil en este contexto? ¿Cuáles han sido los factores de producción y diversificación de las identidades juveniles en la región? ¿Qué elementos socioculturales han servido de soporte para la existencia de esta diversidad identitaria y qué contenidos específicos están involucrados en ella? ¿Cuáles han sido los marcos interpretativos por los que se han guiado las ciencias sociales para hacer de los jóvenes sujetos de investigación en Chile y América Latina? ¿Qué constricciones teórico-conceptuales tienen aquellas para dar cuenta de sujetos juveniles emergentes, cuestionados u omitidos por la propia investigación y sociedad mayor, como las juventudes rurales¹? ¿Cuáles son los elementos fundantes de dicha emergencia o invisibilidad? ¿Cómo y cuándo han emergido dichas identidades juveniles omitidas en la dialéctica de las identidades juveniles en la región? ¿Cómo es posible teóricamente dar cuenta de estas omisiones sociohistóricas? ¿Cómo se han articulado históricamente estas juventudes con las surgidas en el mundo urbano del país? ¿Qué papel ha tenido la llamada “nueva ruralidad” en la visibilización de estos actores?

Esta investigación se configura como un esfuerzo para dar una respuesta tentativa a éstas y otras interrogantes. En gran medida, es el resultado de una indagación de largo aliento sobre memoria e identidad juvenil en el mundo rural chileno, cuyos inicios se remontan a 1998 y que a lo largo de los años ha atravesado distintas etapas. La primera fase (problematización) se desarrolló en el contexto de mi experiencia como antropólogo en programas de intervención juvenil en el mundo rural. La segunda (conceptualización, contextualización histórica, reconceptualización teórica y propuesta metodológica) se extendió entre los años

¹ Una primera aclaración importante con respecto al concepto de “juventudes rurales” o “juventud rural” ocupado en la presente investigación, tiene relación con su carácter inclusivo. Se comprende en este término, no sólo a las juventudes “campesinas” definidas por su ocupación primordial en labores agropecuarias, sino también, a aquellas que involucradas en ésta u otras esferas productivas -como las silvícolas, acuícolas o del sector servicios-, tienen una marcada vinculación y dependencia territorial con los espacios rurales. Sin embargo, se distinguen de esta categoría las recientemente denominadas “juventudes indígenas”, que pese a tener una vinculación histórica con los espacios rurales, no necesariamente están contenidas en ellos (como los jóvenes mapuches urbanos, por ejemplo). En este sentido, la noción definitoria de esta categoría –la etnia- presupone un marcador identitario que merece un tratamiento autónomo. Aunque en esta tesis se abordan estas adscripciones, su análisis específico excede en mucho esta investigación.

2000 y 2001 durante mis estudios en el programa de Doctorado en Antropología Social y Cultural de la Universidad Autónoma de Barcelona. Esta etapa dio como fruto la tesis de maestría titulada “Privilegio y Omisión. Identidades Juveniles en Chile. De las Vanguardias a las Juventudes Rurales” (González, 2002a); un capítulo de un libro sobre movimientos juveniles (González, 2002b), y un artículo científico sobre las trayectorias teóricas y los “dilemas” identitarios en las juventudes rurales latinoamericanas (González, 2004). La tercera y última fase (trabajo de campo, interpretación y montaje final), se extendió desde fines del 2002 hasta principios de 2004.

El objetivo fundamental de este trabajo es dar cuenta y resolver, tanto a nivel teórico como empírico, los problemas constitutivos de la juventud como construcción cultural en el mundo rural del sur chileno, teniendo como referente fundamental el desarrollo del sujeto juvenil como actor² social en el contexto nacional mayor y su fijación en la historia y el presente etnográfico.

La primera parte de esta tesis aborda tres ejes temáticos. El primero pretende situar, a partir de un “estado del arte”, el problema mayor que ocupa a esta investigación, a saber, aquellas identidades juveniles “omitidas”, “invisibles” o “emergentes” –como lo fue en su momento parte de la juventud urbano-popular- y que actualmente aparecen en la forma de “juventud rural”³. Así, se realiza un recorrido crítico desde el punto de vista teórico acerca de la producción de conocimiento sobre juventud y juventud rural en Chile y Latinoamérica, donde se plantea, entre otros aspectos, la falta de indagación científico social –especialmente desde la antropología y sociología rural-, en dimensiones básicas como la propia conformación de las juventudes rurales en tanto actores identitarios. En este sentido, se analizan los elementos

² Una segunda aclaración conceptual es la referida al término "actor" utilizado con más o menos restricción en este trabajo. Éste se deriva, ciertamente, de las aportaciones de Touraine (1987) en cuanto a concebir al actor como un sujeto social que modifica el ambiente natural, social y cultural y que, al transformarlo, cambia los criterios de decisión, las relaciones de dominación o las orientaciones culturales.

³ Este debate, como la ampliación de esta perspectiva, es fertilísimo. Baste decir que la reconstrucción de las identidades juveniles en la historia del “bajo pueblo” son materia de una investigación documental y oral mayor. La omisión de estas identidades que ha hecho la mayor parte de los investigadores (guiados por variables explicativas de mayor tradición, como la clase, en un sentido restrictivo), supone una búsqueda compleja por recomponer una filigrana identitaria debilitada por la ausencia documental escrita y su marginalidad tópica. Esto ha sido resuelto, en parte, por las investigaciones realizadas en la década de los 80 sobre juventud urbano-popular, pero que alcanzaron sólo a los jóvenes de esa década. En este sentido, la(s) juventud(es) rural(es) comparten la actual desatención social y de investigación con otras desagregaciones juveniles, como por ejemplo, la constitución de los segmentos juveniles de mujeres rurales e indígenas.

teóricos contextuales que explican y explicaron esta carencia de investigación, como los aportes que pudieran cimentar una preocupación científico-social sistemática.

El segundo eje temático aborda parte de la perspectiva donde se asienta teórica y metodológicamente esta propuesta de investigación, y tiene como objetivo iluminar el transcurso histórico de las identidades juveniles en Chile. Dicha perspectiva da cuenta de la historia y la memoria biográfica en la configuración, decantación y proyección de la identidad juvenil. Para ello se analizan los aportes teóricos que han posibilitado y problematizado dicha entrada, que van desde el “allanamiento del camino” emergido desde la llamada “nueva historia” (oralidad, memoria e identidad), las propias investigaciones sobre historia de la juventud, hasta las teorías “generacionales” que, en conjunto, cimientan la óptica diacrónica para dilucidar los eventuales elementos que contribuyen a la construcción de la condición juvenil. La dimensión “generacional” tiene una importancia capital en nuestra empresa, por ello se revisita críticamente como estrategia de aproximación sociohistórica y, más importante aún, se propone como un eslabón teórico-conceptual mediador -ausente en la visión de la identidad juvenil como (sub)cultura- para fundamentar la idea de condición juvenil como un *continuum*, idea que se desarrolla con detención en la segunda parte (capítulo 7).

En este punto, y dada su relevancia, cabe anotarse una aclaración crítica. En este trabajo, el uso del término “generación” tiene dos sentidos, aunque no opuestos, distintos. El primero es metodológico-instrumental, vale decir, se usa como una herramienta de análisis del cambio social que posibilita la comprensión del prototipo identitario de el y la joven en la sociedad o contexto mayor a lo largo del decurso histórico, priorizando como base delimitatoria los cambios socioestructurales. La aplicación del concepto en este sentido, queda de manifiesto en la periodización que se hace para abordar tres momentos de las identidades juveniles “privilegiadas” (capítulos 2, 3 y 4) y la configuración de las tres “generaciones amplias” llevada a cabo en el estudio de caso con las identidades juveniles rurales (capítulos 10, 11 y 12). El segundo sentido del concepto “generación” utilizado aquí, tiene una decidida carga teórica, que se restringe, como apuntáramos, a un eslabón de un *continuum* identitario que se expresa tanto en la “sociedad menor” (localidad/comunidad) como a nivel biográfico e intersubjetivo. Su uso refiere a un *tipo de identidad juvenil* experimentada y “escenificada” en las relaciones sociales a una escala local. Su uso, por tanto, tiene suma relevancia para dar cuenta del tipo de identidades construidas histórica y socioculturalmente en la comunidad rural que aquí se estudia y se representa en la tercera parte de esta tesis.

Como se adelantó, el tercer eje temático de esta primera parte da cuenta de la emergencia y desarrollo de la(s) juventud(es) como constructo sociocultural y de las/los jóvenes como sujetos identitarios en Chile, para arribar, con los elementos básicos, hasta lo que tensiona de mayor manera a esta investigación por su carácter emergente y problemático: aquellas identidades sincrónica y diacrónicamente omitidas. Estos capítulos ordenan este proceso desde el “privilegio” -elites y mesocracias masculinas ilustradas con amplia visibilidad-, hasta su omisión como actores: condición subalterna, débil argamasa identitaria e invisibilidad, tratado en profundidad en la parte tercera. Es un esfuerzo por historizar e interpretar a través de los movimientos culturales y sociales y su imaginario intelectual -teniendo como sustrato el primer marco teórico expuesto-, la construcción de la condición juvenil a partir de ciertos hitos socioestructurales paradigmáticos. La labor se apoya básicamente en fuentes bibliográficas de investigación histórica y social, como también en documentos de tipo periodístico, político, literario y ensayístico. Este repaso –casi inédito en gran parte de la investigación en Chile y Latinoamérica-, por su centralidad en la perspectiva y enfoque de la investigación, intenta ser un referente a cotejar con la dialéctica de las identidades juveniles en el mundo rural chileno.

La perspectiva en este sentido, fue la de rastrear aquellos territorios baldíos –como lo eran la mayoría hasta bien entrada la década de los 80’- sobre los que se anclan los ejes constitutivos de las diversas adscripciones juveniles en el tiempo. En un primer momento histórico (capítulo 2), se procedió a buscar las claves intelectuales que permiten comprender el surgimiento del actor juvenil en Chile y América Latina. En un segundo momento (capítulo 3), se destacan las claves políticas e ideológicas para resolver el fenómeno de la mediana democratización en la “producción de juventud” a partir de la extensión de las juventudes partidistas en la década del 30’ y 40’ (la militancia como motor de generación de juventud). Finalmente, el capítulo 4, aborda simultáneamente, las claves mediáticas, ideológicas y estructurales de la modernización, las que permiten entender desde los movimientos sociales y la industria cultural, el surgimiento y diversificación de las culturas juveniles en el país. Es importante recalcar que estos recorridos se acompañan de investigaciones, teorías e interpretaciones de las que fue “objeto” el sujeto juvenil chileno y latinoamericano en cada momento, y sirven, por tanto, como un complemento con cierta profundidad de las trayectorias de investigación científico social abordadas en el primer capítulo.

La segunda parte de esta tesis, pretende posicionar los vacíos sobre aquellas identidades omitidas, focalizándolos, progresivamente, en las juventudes rurales de Chile y el sur del país. Así, la indagación vertida en el capítulo 5 a partir de algunas obras de historia rural e historia regional, intentan profundizar las interrogantes y ampliar los márgenes de exploración, siempre teniendo a la vista la zona geocultural específica de mi estudio. En esta dirección, el capítulo 6 sintetiza en el “presente etnográfico”, los antecedentes teóricos que circunscriben los principales problemas que han atravesado el mundo rural y sus habitantes como sujetos de un espacio distintivo. Su relevancia estriba en completar conceptualmente el círculo que va desde la identidad juvenil hasta la “identidad de lo rural”, categoría analítica -cultural y territorial- definitoria en esta investigación. Por ello, este capítulo resulta axial para completar otro círculo, el que va desde el pasado al presente, en la medida que abre el camino para el estudio empírico tanto de los actores que vivieron su “juventud” en una ruralidad “clásica”, como también, aquellos que la viven actualmente, en un espacio dominado por profundas transformaciones.

Estos referentes se presentan como vertebradores de la discusión sobre identidad juvenil, medular para entender la exploración empírica que se emprende en la tercera parte de este trabajo. Así, en el capítulo 7, se propone una reelaboración conceptual de algunas aproximaciones teórico-disciplinarias sobre identidad juvenil con el objetivo de contribuir a situar y resolver los vacíos actuales que enfrentan las teorías y los énfasis disciplinarios en la generación de conocimiento sobre aquellos colectivos juveniles negados o estereotipados desde el punto de vista de su existencia socio-cultural. Para ello se retoman y profundizan algunos antecedentes conceptuales revisados en la primera parte, para arribar a la idea de la identidad juvenil como un *continuum*. El capítulo 8, en tanto, sienta las bases metodológicas y epistemológicas desde donde fue construida la investigación. Fundamental resulta en este capítulo el apartado sobre la utilización de la Historia de Vida como metodología (en directa relación con parte del capítulo 1), donde se describen tanto los presupuestos epistemológicos y teóricos de este enfoque, como las limitaciones y fortalezas en mi propia experiencia de investigación.

La tercera parte de esta tesis desarrolla en extenso el resultado de mi trabajo de campo. Debido a esto, el capítulo 9 contextualiza con mediana profundidad el “escenario” donde se

exploran las diversas constituciones identitarias juveniles en “lo rural” a través del tiempo. Expone, básicamente, el perfil sociocultural e histórico del caso que estudiamos: el Distrito rural costero de Chaihuín en el sur de Chile. Quisiera introducir el caso para su mejor comprensión.

El Distrito se asienta en la actual X Región de Los Lagos que comprende las antiguas y extensas provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé. Esta región se mantuvo aislada del desarrollo económico y sociocultural del resto de país hasta bien entrado el siglo XX, debido a la presencia indígena mapuche que, concentrada en la actual región de la Araucanía, operó como frontera con el resto del territorio nacional. Una región en que el latifundio, los “fundos-granjas” y el inquilinaje mapuche-huilliche y mestizo, tuvieron, por largas décadas, una dinámica diferencial en relación a la zona central de Chile, caracterizada por un precario desarrollo industrial. Dentro de estas particularidades, la zona –Comuna de Corral- donde se inserta el Distrito, tiene una importante centralidad en los procesos sociohistóricos que el sur de Chile vivió desde mediados del siglo XIX (colonización alemana) hasta el presente. Situado no muy lejos de la plaza industrial por excelencia del sur de Chile (Valdivia), es una Comuna donde se instaló la primera fábrica de acero de Sudamérica (1911) y sirvió de importante puerto de comunicación marítima por más de 400 años. Sin embargo, el Distrito de Chaihuín se mantuvo hasta seis años atrás (1998), sin vías de comunicación expeditas por tierra, sin electricidad, teléfono u otras infraestructuras “modernas”. Por lo mismo, constituye un caso “ejemplar”, debido a que reúne un repertorio de elementos comunes a la población rural del sur del país, caracterizada por una superposición cultural de raíz mapuche-huilliche, europea y chilena y cuyo proceso de campesinización y descampesinización ha atravesado notables alteraciones “circulares”, que van de la recolección, crianza y cultivos de autosubsistencia, hasta la proletarización y la terciarización económica. Un Distrito, en suma, que plantea un desafío paradigmático para explorar la construcción sociocultural de la juventud en sus coordenadas. Por ello, la información contextual que en este capítulo se expone es vital para situar el perfil de la “ruralidad” existente en esta parte del país y la “ejemplaridad” analítica del Distrito para la consecución de nuestros objetivos.

Aunque en el capítulo metodológico se abordan algunos de los procedimientos retóricos utilizados para la “representación” de los resultados, creo importante destacar que, en conjunto, los tres capítulos que siguen en esta tercera parte (10, 11 y 12) se articulan en torno a una secuencia temporal que va de los actores con más “edad biológica” en la comunidad (y que por tanto -aunque no necesariamente-, vivieron su “juventud” en un pasado

“etnográfico”), hasta los sujetos que hoy se autoperciben como “jóvenes”. Cada capítulo representa lo que denomino una “generación amplia”, dentro de la cual se mueven distintos tipos de identidad juvenil. Como este conjunto de capítulos conforma el “núcleo duro” de mi tesis, no creo pertinente adelantar detalles sintéticos o concluyentes sobre los mismos. Estos se reservan para las conclusiones.

Este trabajo se compone, además, de un segundo tomo con diversos anexos, divididos en ocho partes. Enfatizar la importancia teórica y metodológica de cada uno de los elementos anexados me parece poco elegante. Pero sí creo conveniente, resaltar la importancia afectiva que cada uno de estos elementos tiene. Me refiero, fundamentalmente, a las historias de vida, los relatos etnográficos y al disco compacto con una selección de la música incidental –o “educación sentimental”- que acompañó la “juventud” de mis informantes. Quizás, el conjunto de estos *corpus*, revele con más vivacidad la “cocina” de esta investigación y complete lo que el autor no fue capaz de representar con eficacia.

Finalmente, cabe agregar algunas advertencias. La primera tiene que ver con el “epicentro” de la investigación, que bajo el rótulo de "identidad" puede aparecer de una ambigüedad desorientadora. Como se verá más adelante, el término es ocupado aquí en una doble dimensión (sociedad mayor v/s lo local-comunitario), pero ambas subsumidas en una sola: las manifestaciones o escenificaciones de las adscripciones construidas socioculturalmente del "ser joven", o sus equivalentes exactos o relativos a nivel intercultural e histórico. Es decir, los resultados de la expresión de la conciencia de un "nosotros" en oposición o contraste con "el otro" o "lo otro". De allí el uso de la nomenclatura “actor”, heredera de Alain Touraine, para referirnos a las y los jóvenes no como individuos, sino como sujetos sociales transformadores. Esta aclaración la creo necesaria de antemano puesto que más de algún/a lector/a se verá tentada/o –como yo en su momento-, a anteponer modelos teóricos que sólo se relacionan tangencialmente con nuestro punto de mira, pero que por el peso de la tradición antropológica "central", parecieran neurálgicas. En este sentido, debo aclarar que este trabajo no se interesa -en lo medular- por los procesos específicos de individuación (cómo se llega a ser "persona" en una sociedad y cultura dada), ni en en las formas específicas de enculturación (tópicos fundacionales de la aproximación antropológica al problema de las

edades y la educación). Esta tesis se interesa no por el "futuro adulto", sino por el "presente joven" en la dinámica histórica.

En esta precisa dirección discurre la segunda advertencia. Creo en las disciplinas nómadas cuando los problemas exceden los ámbitos estancos con que han sido tratados. Aunque el hilo conductor de esta tesis es eminentemente antropológico -tanto por el tipo de preocupaciones (identitarias), como por el tipo de actores, contextos y metodologías empleadas-, su andamiaje conceptual se ha nutrido de diversas disciplinas, subdisciplinas y teorías que han problematizado -o dejado de problematizar- las cuestiones que aquí nos ocupan; desde la historia, la antropología y la sociología rural, pasando por la antropología y sociología de la juventud, hasta la psicología de la adolescencia y los estudios culturales. Aunque parezca una debilidad delimitatoria (o una potencialidad de moda, la pomposa "interdisciplinariedad"), este eclecticismo teórico proviene, en gran medida, de una cuota no menor de desesperación: escasez de fuentes y referentes conceptuales para abordar los problemas de investigación que me he planteado. Esto me obligó, más que a ensamblar un rompecabezas teórico preestablecido, a construir y limar las piezas; trazar y pintar el motivo; armarlo, cotejarlo, enmarcarlo y, posteriormente, exponerlo. Faena, por lo demás, continua, debido a que he elaborado un marco teórico iluminativo y en "construcción", destinado más a la retroalimentación que a su contraste empírico para posicionarlo férreamente o desecharlo.

Consciente de estas debilidades y fortalezas, además de situarse en el ámbito de las pretensiones descriptivas, esta tesis tiene un fuerte carácter exploratorio. Por un lado, se aventura a colocar en el contexto histórico el derrotero de la construcción sociocultural de la juventud en la sociedad mayor de acuerdo a las coordenadas de clase, cultura y territorio, y por otro, cava un pozo de profundidad en un segmento específico de estos actores para ponerlos en relación con las otras conformaciones identitarias. Es por ello que he concebido esta tesis como un estudio de aproximaciones sucesivas, cuyo esfuerzo mayor es el de ir amplificando en forma secuencial las diversas señas identitarias juveniles que se encuentran en la diversidad diacrónica, poniendo especial atención en aquellas que se han negado o borrado.

La tercera advertencia tiene que ver, una vez más, con el tiempo. La acusada ausencia de investigaciones sobre "historia cultural" de la juventud -en Chile y América Latina- y, especialmente, sobre juventud rural, ha desatado en los últimos dos años una suerte de "carrera" científico social por curbrir estos temas. Este fenómeno se ha evidenciado, por ejemplo, en la publicación (enero de 2003) del libro de historia contemporánea de Chile

dedicado a la niñez y en buena parte a la juventud, de los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto; o en el “robusto” número especial dedicado íntegramente a la juventud rural por parte de la *Journal of Rural Studies* (Vol 18, N°2, 2002). A ello, se agrega una creciente repercusión mediática del colectivo juvenil rural, al menos en Chile. El lunes 23 de abril de 2003, el más importante periódico de circulación nacional (*El Mercurio*) titulaba en grandes letras uno de sus reportajes centrales: “El ‘reality’ del joven rural”. Allí se plantean ciertos lugares comunes que, al parecer, no eran tan “comunes” ni tan “lugares” para el resto de la sociedad chilena: “vivir en el campo y tener menos de 30 años no es fácil. Hay que luchar contra el aislamiento, la falta de entretención y una sociedad cerrada que poco confía en la generación de recambio”.

Aunque este trabajo intentó recabar los últimos aportes para comprender a estos actores, no pudo, obviamente, sobreponerse a la marcha simultánea de otras investigaciones o fuentes de información. Pero ya se sabe, sólo es nuevo lo que se ha olvidado.

**Parte I. Privilegio & Omisión:
Perspectivas Teóricas e Históricas.**

CAPITULO 1.

Juventud, Historia e Identidades Generacionales⁴.

1. Trayectorias.

Es algo advertido entre los investigadores sociales cuyo trabajo e interés son los jóvenes, la "centralización" teórica y política del conocimiento del sujeto joven. Es de todos conocida la imagen arquetípica construida del "joven" o "jóvenes chilenos y latinoamericanos" que casi han "impuesto" los investigadores sociales de la década de los 60', 70,' 80' y 90', y que peligrosamente alcanza a los investigadores del "siglo XXI", centrados primero en el joven-estudiante-urbano de clase media y posteriormente en el joven-popular urbano.

En la América Latina de los 90', paradójicamente, muchos de los paradigmas desde los que se levantó investigación sobre jóvenes, contenían todos los elementos para que se produjera un desplazamiento. El consenso político y teórico del que se desprendía que "dentro de una sociedad existen varias juventudes", no fue asumido ni por investigadores ni por los Estados. Todas las imágenes sociales y culturales en las que aparece "el joven" al cual debe destinarse investigación, inversión social, apoyo, o eufemísticamente "preocupación", se anclan, como ya se había constatado (González, 1995a), en un sujeto urbano-metropolitano, exclusiva y discriminatoriamente.

Particularmente en Chile, las mismas matrices de la teoría social de representación de la juventud, han sido construidas a partir de una dosis poderosamente urbanizante y centralista. La construcción del "objeto" joven como "protagonista de nuevos movimientos sociales" de la década del 60' y en dictadura, o "joven-problema" y/o "joven emprendedor" en la etapa de los gobiernos transicionales; y actualmente, el "joven-ciudadano", es acreedora de la más viva

⁴ Una versión de este capítulo integró parte de mi trabajo de maestría (González, 2002a), y está basado en el proyecto de investigación elaborado para el curso doctoral sobre métodos de investigación ofrecido por los Dres. Aurora González y Aurelio Díaz, bajo el título "Óxidos de Identidad. Memoria y Juventud en el mundo rural del sur de Chile"; y en el ensayo "Privilegio y Sustracción: Clase, Raza, Género y Generación. El surgimiento de las identidades juveniles a principios del S. XX en América Latina", para un curso doctoral de la profesora Verena Stolcke. Ambos en el contexto del Doctorado en Antropología Social y Cultural, UAB, 2000.

monopolización de imágenes que desprende la urbe/centro, y de cuyos reparos los investigadores no han dado aviso, dejándose guiar por una mirada restringida.

El problema, como se mencionara antes, es que incluso el consenso de ciertas perspectivas y políticas de investigación y desarrollo, se contradice con las acciones y teorizaciones compradas o fomentadas por el Estado: ¿dónde aparecen las minorías y la descentralización del conocimiento? Hoy las y los jóvenes de los vastos sectores juveniles latinoamericanos con un alto porcentaje de ruralidad, tienen una posición subordinada en cuanto a la atención por parte de los investigadores, sólo justificada erróneamente por su escasa incidencia en el total de población. Más allá de estos asertos, la escasa preocupación científico social sobre estos sujetos, se explica por dos fenómenos entre sí potenciados.

En primer lugar, la juventud y lo rural como constructos teóricos, aparecen como contradictorios e irreconciliables. El primero está forjado y conceptualizado al calor de la "máquina a vapor" (Musgrove, 1964, citado en Feixa, 1990:5), del capitalismo, la industrialización, la urbanización, la modernización y la superación de la sociedad comunal, "tradicional", "simple", rural. La juventud histórica -y occidentalmente- descansa en el meollo de la modernidad-urbana, es el fruto y motor de su expansión. Se engrosa a sí misma con la complejidad de la urbe -la invención de la familia, la escuela y la niñez, como planteará Philippe Ariés (1973)-, las transformaciones económicas y tecnológicas, la migración campo-ciudad, la necesidad de especialización, etc. Ahora bien, la carga semántico-teórica del segundo, elaborada clásicamente desde la ideología de la modernidad industrial, es la arcadia atrasada, reactiva, conservadora, homogénea, **con un solo actor protagónico: el campesino, hombre y adulto.**

Por tanto, la juventud rural aparece como un interregno, una categoría sitiada en intersticios oscuros, casi invisibles.

La poca atención teórica por parte de las ciencias sociales, se explica porque las tradiciones de investigación sobre juventud, provenientes de la microsociología urbana (Escuela de Chicago y Escuela de Birmingham) y la antropología (la Escuela de Cultura y Personalidad, por ejemplo), focalizaron su atención en las fricciones sociales intraurbanas provocadas por las nacientes culturas juveniles (clásicamente las formadas por jóvenes aglutinados en microsociedades, como las bandas o tribus, surgidas en las urbes metropolitanas con un alto grado de identidad juvenil); o bien, por fenómenos como la enculturación y el tránsito hacia la adultez en sociedades no occidentales. Esta última orientación se discontinuó por largo

tiempo y fue reemplazada en cierta medida por el Centro de Sociología de la Educación y la Cultura de la Escuela de Altos Estudios de París con los aportes de P. Bourdieu, J. Passeron, entre otros. Todas estas tradiciones, no abordaron ni remotamente la juventud rural. Al calor de la producción intelectual de la Escuela de Birmigham, y ya entrados los años 70', se comienzan a oír voces disidentes sobre la "población sesgada" a la que tomaban como objeto los estudios sobre juventud: hombres, con culturas juveniles "espectaculares".

A nivel latinoamericano, donde la mayor parte de estas tradiciones no tuvieron mayor influencia, la desatención se agudiza. El comienzo de las investigaciones en la región se remonta a las primeras décadas del siglo XX. Una fase que puede rotularse como de "ensayística" "especulativa" o "creativa", debido a la naturaleza de las obras y autores que la produjeron.

Allí se encuentran gran parte de los intelectuales llamados "nacionalistas latinoamericanos", y sus ensayos emancipadores, prescriptivos o edificantes sobre estos actores. Captales resultan José Enrique Rodó, con *Ariel* (1900), dedicado a "Los jóvenes de América", José Ingenieros con *El hombre mediocre* (1913), José Vasconcelos con sus múltiples ensayos y cartas (1924); J. C. Mariátegui con "La reforma Universitaria" incluido en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928); o Vicente Huidobro con sus artículos y epístolas (1925a, 1925b). Obras y autores que extendieron con la palabra la nombradía juvenil (tema que se aboradará más adelante).

Este proceso se verá interrumpido por el arribo y legitimidad del positivismo en las ciencias sociales, particularmente en la psicología. Así y desde la década del 30', aparece la figura de Aníbal Ponce como "cientista social" emblemático, con las obras *Sicología de la adolescencia* (1938) y *Ambición y angustia de los adolescente* (1939). Sus obras convergen con la mayoría de las investigaciones que se estaban desarrollando en Estados Unidos y Europa desde principios de siglo en ese campo disciplinario (la influencia más notable en A. Ponce es la obra de Stanley Hall, *Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime Religion and Education* (1904), y otras sobre psicología de la infancia y juventud de J. Piaget y Spranger).

Las miradas teóricas y enfoques que diversos investigadores hicieron suyos, básicamente a partir de los años 50' y 60' con la profundización modernizante y desarrollista, no van más allá de las posibilidades que las ciencias sociales precariamente institucionalizadas -como la psicología y la sociología-, tuvieron para hacer de la realidad juvenil un fenómeno

“aprendible”. Miradas y enfoques que se prenden de un estructural-funcionalismo norteamericano estigmatizador o de un marxismo sociológico instrumental. El primero preocupado por normalizar a los "jóvenes disfuncionales o desviados" derivados de los procesos de industrialización y migración rural-urbana y, el segundo, más preocupado por la conscientización de clase y la intervención y fomento de la irrupción de los movimientos juveniles, básicamente estudiantiles.

En efecto, como se puede rastrear en la gran gama de estudios a nivel chileno y Latinoamericano, los acentos contenidos, agotan un arco de énfasis disciplinarios que van desde las perspectivas psicologistas que, en un doble aspecto, intentan comprender los fenómenos producidos a nivel individual en los procesos de conformación y búsqueda de la propia identidad y el tránsito fisiológico, en el que la juventud sería un estado universal de madurez del ser humano, donde se encontraría bajo los cambios de entes no reproductivos a reproductivos, asunción de roles adultos, etc. Todos, estudios herederos de la obra de E. Erikson (1959, 1971).

Desde la sociología, en tanto, las preocupaciones han sido múltiples, pero los enfoques similares. Son los casos de Eisenstadt (1956⁵; 1969) y toda la tradición estructural-funcionalista (Durkheim, 1967; Merton, 1970; Parsons, 1951) que tuvieron una gran presencia desde la década del 50' en América Latina y que tradujeron la juventud como "problema". Debido a ello, fue relativamente mecánica la aplicación del constructo “desviado”, “disfuncional” o “anómico”, a un segmento de los jóvenes que en ese momento a la sociedad "adulta" le preocupaba: jóvenes migrantes, delincuentes, alcohólicos, revolucionarios, "hippies" o "rebeldes". Todos estos aportes extendieron los elementos conceptuales suficientes para entender el período como una forma de *socialización y moratoria*. Con el advenimiento de los movimientos sociales y "emancipadores" en la década del 60' y 70' y el desarrollo de las propias disciplinas científico sociales, se desarrollarán e institucionalizarán los estudios sobre juventud en América Latina. Será esencialmente la sociología que, la mayoría de las veces bajo el alero del Instituto Latinoamericano de Planificación Económico y Social, ILPES -dependiente de la CEPAL-, se ocupará "oficialmente" de la temática. Las investigaciones científicas inaugurales, serán las de: José Medina Echavarría (1967); Armand y Michèle Mattelart (1970); Aldo E. Solari (1971) y Adolfo Gurrieri, Edelberto Torres-Rivas,

⁵ Aunque esta obra de Eisenstadt es marcadamente funcionalista, su aproximación desborda en parte las investigaciones dominantes hacia este colectivo que se emprendían en sociología. En *From Generation to Generation...* el autor pretende estudiar los mecanismos con los cuales la cultura es transmitida a través de las categorías de edad.

Et. al. (1971). La mayor parte de estos estudios estaban enfocados en los procesos de integración y desarrollo social de los jóvenes, intentando sumar dichas situaciones a proyectos modernizadores (Cfr. Medina y Etcheverría, 1967; Gurrieri, Et. al., 1971); como también se detecta un énfasis acusado en indagaciones de carácter político e ideológico en la juventud, básicamente estudiantil.

Así, se puede constatar en América Latina que las indagaciones científicas sobre la Reforma Universitaria y los procesos políticos continentales y mundiales desde la perspectiva de la juventud universitaria, monopolizaron la mayor parte de la investigación social sobre el actor. Después de los estudios comprensivos de Solari, *Los Movimientos Estudiantiles Universitarios en América Latina* (1967), *Estudiantes y Política en América Latina* (1968), *Algunas Reflexiones Sobre la Juventud Latinoamericana* (1971) y Silva Michelena y Rudolf Sonntag *Universidad, Dependencia y Revolución* (1970), entre muchos otros, se sucedieron iniciativas regionales que no terminan de culminar hasta nuestros días. Sólo en Chile, los estudios históricos, políticos y sociales sobre los actores juveniles universitarios y su participación en los procesos de Reforma Universitaria se desarrollan desde Bonilla y Glazer, *Student Politics in Chile* (1970), pasando por la desconocida y valiosa publicación de Patricio Dooner, *Los Movimientos Universitarios en América Latina* (1974), hasta llegar a una de las más completas investigaciones sobre el tema de Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez (1985), *Universidades Chilenas, Historia, Reforma e Intervención*, compilación de diversos trabajos sobre el tema por parte de múltiples autores. Las investigaciones recientes más importantes son las de Ximena Goecke (tesis inédita de Licenciatura en Historia sobre las juventudes revolucionarias en Chile, 1997) y la compilación de testimonios y documentos generacionales por parte de Luis Cifuentes *La reforma Universitaria en Chile 1967-1973* (1997). Como se observa, toda una trayectoria de estudios sistemáticos de lo que ocurrió en aquella porción de la juventud chilena, que gatilló y lideró –según la mayoría de los autores– las transformaciones más importantes de la región en esa época.

En el Chile de la década de los 80' -llamada también “década perdida” desde el punto de vista del desarrollo económico y social-, las organizaciones no gubernamentales fueron las únicas preocupadas de la investigación social sobre estos actores. Los intereses de aquellas se fundan en rediagnosticar la realidad juvenil enfatizando las respuestas alternativas de los jóvenes en el contexto de la dictadura militar, la represión, exclusión social y económica, centrado por definición en el joven popular-urbano (V.gr. en Chile Valenzuela, 1984; Agurto, Canales, de la Maza, 1985; Weinstein, 1985; Undiks,1990). En efecto, son estos jóvenes que,

a partir de 1983, comienzan a protagonizar las masivas protestas antidictatoriales, despertando y concentrando gran parte de la investigación social hecha en ese período. Aquí, tanto la sociología como la psicología, se abren en forma incipiente a nuevos paradigmas teóricos y epistemológicos, que tienen que ver con el progresivo desarrollo de las ciencias sociales en América Latina y Chile, lo que posibilita en última instancia, una diversificación considerable en las aproximaciones hacia la realidad juvenil, transitando desde perspectivas modernizadoras marxistas y el énfasis en los movimientos sociales (Valenzuela, 1984), hasta perspectivas más culturológicas y subjetivas (V. gr., Agurto, et. al., 1985; Piña, 1987). A partir de los años 90' y con la instauración del gobierno "democrático", los esfuerzos de investigación tienden a avanzar paralelamente a la aplicación del conocimiento acumulado por las ONG'S, que se traduce en políticas y programas sociales para los jóvenes "urbano-populares", que son comprados y aplicados por el Estado (V. gr., Cottet y Galván, 1993; Cortéz, 1994; Rodríguez, 1989; etc.)

Como el interés principal es la aplicación de programas, la evaluación y elaboración de políticas, la apertura en la investigación producida en estas disciplinas a partir del año 1985 tiende a concentrarse más en la generalidad, el estereotipo y las características globales, que en la particularidad, de hecho se retoma la preocupación por los análisis sociométricos (V. gr., Cortés y Seissus, 1991). Más allá de esto, principalmente las investigaciones sociológicas comienzan a legitimar otras corrientes epistemológicas en su disciplina, fundamentalmente a partir M. Weber y la sociología interpretativa de corte fenomenológica y hermenéutica; lo que hace aparecer en sus "grupos de discusión", la particularidad. Conceptos claves como la "identidad", ya no sólo están restringidos a la dimensión individual (psicológica), sino social y cultural. Empero, este esfuerzo, estuvo signado por cierta instrumentalización del conocimiento elicitado, al ser financiado por el Estado y ser traducido en políticas y programas para el joven urbano-popular "central", metropolitano, intentando ajustarse forzosamente a las "provincias" -culturalmente diferenciadas-, cuya necesidad de (auto) conocimiento era y es apremiante.

La ausencia parcial, por la precariedad disciplinaria en las ciencias sociales institucionalizadas en Chile y Latinoamérica, de una mirada descentralizada, teórica y metodológicamente, congruente con los nuevos paradigmas cognitivos, se evidencia.

Como se verá más adelante, tanto la investigación como las políticas de desarrollo negaron por mucho tiempo la categoría de "joven" a un gran segmento de la juventud. Ello debido a que no se consideró a estos sujetos en su dimensión identitaria, como actores

socioculturalmente diferenciados y, en definitiva, se operó al margen del conocimiento científico acumulado. Esta dimensión ya tenía presencia en la antropología y sociología "interpretativa" norteamericana y europea, como en la Escuela de Chicago, especialmente con William Foote Whyte y su *Street Corner Society* (1943); con De Martino y su *Furore en Svezia* (1962, en Feixa, 1999); Jean Monod y su libro *Les barjots. Essai d'ethnologie des bandes de jeunes* (1968); y más adelante toda la tradición abierta por R. Williams y E. Thompson y su "escuela" de los estudios culturales en Inglaterra, así como los aportes de Carles Feixa (1999) en México y Cataluña. Pero mucho antes, la antropología ya había producido conocimiento sobre la "otredad joven" de las sociedades "primitivas", como lo hicieran Margaret Mead, Nancy Munn, A. Kardiner, etc. Cobran especial relevancia la gran cantidad de estudios etnográficos sobre los "Ritos de Iniciación" que vienen a operar como preámbulo a los postulados donde arrancan las premisas teóricas anteriores, en cuanto a considerar la "juventud" como un período construido culturalmente.

No obstante, sería injusto no hacer referencia a algunos hitos relativamente recientes en la trayectoria de estudios sobre juventud latinoamericana, que aunque siguen denotando un sesgo fuertemente metropolitano y urbanizante revelan los primeros indicios de cambio, aunque todavía demasiado tenues.

Una investigación anómala y "premonitoria" en el contexto latinoamericano para ese tiempo por sus focos temáticos y la población estudiada, fue la llevada a cabo por Armand y Michéle Mattelart antes citada: *Juventud Chilena, Rebeldía y Conformismo* (1971). Este estudio toma como muestra distintos estratos juveniles para realizar una investigación en base a cuestionario. Junto a las juventudes de clase baja, media y alta, aparece representado un segmento de la juventud rural de los alrededores de Santiago, que responde a tópicos como los valores, las imágenes de la sociedad, el conflicto y consciencia de clases, compromiso político, visión sobre la familia, el consumo cultural, entre otros. No obstante, un año antes, aparece el libro de divulgación *Antología Chilena de la Tierra* (1970) publicado por el Instituto de Capacitación en Reforma Agraria (ICIRA), que incluye un pequeño ensayo de fuerte carácter biologicista hecho a partir de entrevistas abiertas a muchachas jóvenes de la zona central (San Felipe y Los Andes), sobre la "adolescente campesina", escrito por Laura Collantes.

En menor medida, esta preocupación sobre "los jóvenes campesinos" aparece en el libro de Adolfo Gurrieri, Et. al. (1971), que sólo incluirá una sección en la introducción de carácter "no empírico" -en comparación con el resto de los capítulos que son el resultado de

investigaciones en juventud urbana de Perú, Chile y el Salvador-, dedicado a la juventud rural. Con todo, es el libro de Mattelart & Matterlart –por su impacto y perspectiva-, uno de los primeros que amplía y pluraliza tempranamente la investigación sobre juventud en América Latina, cuya imagen dominante, como se señalará, la representaba el joven estudiante urbano. Será un antecedente anómalo para lo que vendrá después.

Los hitos actuales están marcados por los preparativos, en los diversos países de la región, del "Año Internacional de la Juventud", propuesto para 1985 por la ONU. El motor central de financiación y apoyo a la investigación en este marco fue la CEPAL, que a través de la División de Desarrollo Social dio un fuerte impulso a muchas de las investigaciones llevadas a cabo durante los años 80'. Expresión de su política es el número especial de la propia revista de la entidad en agosto de 1986 (Nº12), con aportes de los principales investigadores del momento. A su vez, y con sede en Uruguay, se forma el Centro de Estudios Latinoamericanos sobre Juventud, CELAJU, al que se le deben hasta ahora las mayores contribuciones y sistematizaciones de la investigación en el área. Paralelamente, en la Revista de Estudios sobre Juventud del INJUV Español se irán publicando muchos artículos sobre juventud latinoamericana, especialmente referidos a temas de expresión cultural y participación política. Fruto de estas acciones mancomunadas la Organización Iberoamericana de la Juventud publicará en 1991 -de la mano de Ernesto Rodríguez y Bernardo Dabezies-, uno de los textos capitales para adentrarse en el conocimiento generado hasta ese momento; se trata del *Primer Informe sobre la Juventud de América Latina*, donde se sistematiza gran parte del conocimiento generado a partir de un arco relativamente amplio de subagregaciones juveniles, incluidas las rurales y femeninas. Posteriormente y durante la década de los 90', se evidencia un desarrollo articulador mayor, como consta en las "Reuniones Nacionales de Investigadores sobre Juventud", en México D. F., organizado por la entidad gubernamental "Causa Joven" de cuyo primer encuentro se publicó *La construcción de lo Juvenil* (Padilla, 1998). Esta entidad publica la revista "JOVENes", que ha hecho circular muchos aportes significativos para la ampliación de los estudios juveniles. Otras importantes contribuciones están dadas en la compilación de artículos de diferentes investigadores sobre juventud Latinoamericana realizada por la Universidad Central de Colombia. Se trata de *Viviendo a toda. Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades* (Cubides, Laverde y Valderrama -Comp.-, 1998). En Argentina Mario Margulis, publica una compilación de ensayos sobre "cultura y juventud urbana" titulada *La Juventud es más que una palabra* (1996). En Chile, como se vio, después de las múltiples y pioneras investigaciones de las organizaciones no gubernamentales CIDE, ECO, entre otras,

surge en un primer momento un auge de estudios por parte del Instituto Nacional de la Juventud (ver, por ejemplo, el *Primer Informe Nacional de Juventud*, 1994), que después decae estrepitosamente, hasta llegar a revitalizarse sólo en estos dos últimos años con algunos estudios cuantitativos. Sin embargo, la ONG de Viña del Mar, CIDPA, a través de su revista *Última Década*, es la que ha continuado agrupando la investigación sobre juventud chilena y ha tenido bastante impacto en el cono sur.

Sin embargo, y en especial en lo que respecta a las juventudes en el mundo rural, la responsabilidad fundamental recae en las ciencias sociales rurales. Estas estuvieron ligadas y traslapadas por mucho tiempo -sobre todo en América Latina- a la sociología del desarrollo y a la antropología aplicada bajo el paraguas de los dos modelos dominantes de desarrollo: el de la "modernización" -inspirado en el estructural-funcionalismo y promovida por la CEPAL-, y el de la "dependencia", teóricamente anclado en el materialismo-histórico. Ambos condujeron casi de modo exclusivo la atención hacia la esfera productiva. Los debates tanto en la Sociología Rural (nacida en Estados Unidos) como en las escuelas alternativas (la tradición rusa inaugurada con V. I. Lenin -exceptuando A. Chayanov-, o la de Estudios Campesinos en A. Latina), estuvieron signados por la idea "moderna" de los desarrollismos, del cambio estructural, que más tarde o temprano haría desaparecer la sociedad rural. Sólo algunos enfoques, tildados por la misma tradición como "culturalistas" se zafaron de estos dominios y significaron un avance intenso en el estudio de otras esferas de la vida social y cultural; es el caso de antropólogos como R. Redfield (1944) y sus estudios en México. Sin embargo otros, como E. Wolf, o Carl Polanyi, siguieron interesados en las esferas "energéticas", materiales o infraestructurales de las sociedades campesinas, desatendiendo la diversidad de actores en el medio rural. La mayoría de los estudios se centraban bien en el campesino o en la familia, como unidad básica de producción y reproducción económica y social. En efecto, como lo veremos más adelante, para "entrevé" al sujeto joven bajo estas investigaciones y paradigmas, se debe hurgar trabajosamente en las complejas caracterizaciones de la unidad doméstica, donde los "menores" se traducen, casi siempre, en "mano de obra"; una suerte de entelequia económico-productiva.

No obstante, siendo más estrictos y pese a su desconocimiento, esta invisibilidad de la juventud rural como colectivo social "autónomo" se rompe casi simultáneamente con la institucionalización de la sociología rural en Estados Unidos, forjada con la creación de las revistas *Rural Sociology* (1936) y *Rural Sociological Society* (1937) (Cfr. Newby, 1981). En efecto, la tradición polaca en Sociología, inaugurada en propiedad por el académico de la

Universidad de Potsdam Florian Znaniecki a principios del siglo XX, no sólo será un referente de renovación metodológica en las ciencias sociales posteriores (el uso de las historias de vida o el "método biográfico"), sino también dará pie, al interior de esta perspectiva metodológica, a que su discípulo Josef Chalasinski publicara en Varsovia una de las primeras investigaciones "científicas" sobre juventud rural. Se trata de *Młode pokolenie Chłopów* (La joven generación de agricultores), un libro muy desconocido fuera de la tradición polaca y que se publica en 1938 en cuatro volúmenes, no existiendo traducción en otra lengua. Se basa en autobiografías de 1544 jóvenes campesinos recogidas a través de un concurso del género, -originalmente creado por su mentor en 1921- (Gutierrez, 1998). Siendo director del Instituto de Cultura Agraria, Josef Chalasinski, a través de la revista *Landwirtschaftliche*, convoca a la juventud rural polaca a un concurso autobiográfico bajo el lema "descripción de mi vida, actividades, reflexiones y esfuerzos". Su sistematización intenta dar cuenta de la migración campo-ciudad y el papel de estos actores en la organización de la familia campesina (Galeski, 1977, 1979). Se menciona también, dentro de esta clase de esfuerzos de investigación innovadores, la realización de un concurso autobiográfico mayor, intentando actualizar el estudio de Chalasinski sobre las transformaciones de la juventud polaca. Esta vez se recibieron casi 5.500 autobiografías y el concurso fue organizado por la Unión de Jóvenes Agricultores, el Comité de Investigación de Cultura Contemporánea, el Grupo de Sociología rural de la Academia de Ciencias Polaca y la Cooperativa Popular de Publicaciones (Szczepanski, 1978 en Pujadas, 1992:38).

Fuera de este anómalo antecedente, las ciencias sociales rurales no han cambiado radicalmente sus orientaciones y sólo a principios de la década de los 70' se comienza a indagar tímidamente la realidad juvenil rural. En América Latina, y básicamente desde la sociología rural, se emprenden investigaciones de carácter sociodemográficas y estructurales, preocupadas exclusivamente por los fenómenos migratorios y expectativas de los "objetos", centrados en la incidencia de estos actores en el desarrollo. Claramente pasaban por alto la adscripción identitaria, dando por hecho que la "juventud" en el mundo rural existe, pero como categoría de análisis, apoyados en criterios biológicos, como la edad y su ocupación espacial y productiva⁶. Estos últimos criterios, como lo analizaremos en la segunda parte de esta tesis, han sufrido embates importantes en las últimas décadas, producto de la desagrarización de lo rural y la reconfiguración de las formas de construir el territorio, lo que

⁶ Véase al respecto un ejemplo augural y paradigmático, como "Juventud Rural en los Países en vías de Desarrollo" informe de la división de Instituciones rurales de la F.A.O. al "Informe de las Naciones Unidas sobre Juventud. Sus necesidades y aspiraciones", Abril de 1972.

en conjunto ha revelado la extrema limitación semántica de la nomenclatura "juventud campesina".

Es en la década de los 80' donde comienzan a surgir de manera dispersa intentos más formalizados y centrados sobre estos actores. En América Latina aparecen los trabajos pioneros de la mexicana María Eugenia Verdejo (1979); Luis Jünemann (1979); Elena Hernández Casas (1980); de la UNESCO (1981); Ernesto Rodríguez, (1983); IMPROA/FAO (1986); Leticia Méndez (1986); Gonzalo Kmaid (1988, 1990), entre otros. La mayoría de estos estudios estaban centrados en aspectos económicos ligados al empleo, la educación, migración, expectativas y desarrollo. Chile aportará a la naciente tradición las investigaciones de Carlos Amtmann, Jubel Moraga y José González (1984); Carlos Amtmann y José Luis González (1986); Vio Grossi (1986) y quizás la más relevante de todo el conjunto, la de Cecilia Díaz y E. Durán (1986), perteneciente al Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA), quienes preocupados auguralmente en el tema abrirán nuevas entradas al problema, al situarlo históricamente y plantear la existencia de una identidad juvenil en el agro, aunque diferencial, no muy distante de la juventud-popular por sus condiciones de marginalidad y pauperización, en un contexto donde se cuestiona la existencia de una juventud "social" y la emergencia de estos actores en el campo, tema que se abordará más adelante.

Sólo en la década de los 90', una minoría de investigadores latinoamericanos preocupados por la juventud -muchos de ellos situados en organismos de cooperación internacional como la CEPAL, la OIT, y fundamentalmente el IICA (Instituto Iberoamericano de Cooperación para la Agricultura)-, han proseguido con las investigaciones, la mayoría cuantitativas y macroestructurales, que plantean la emergencia y consolidación de juventudes rurales, basados sobre todo en el surgimiento de la agroindustria y la expansión de pobladores rurales asalariados y semiasalariados vinculados a los procesos modernizadores en el campo, entre otros fenómenos⁷.

Así se hace constar en el encuentro organizado por la CEPAL "Seminario de expertos sobre Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina", fruto del cual se publicará un compendio de ponencias (CEPAL, 1994). Sin embargo, uno de los ponentes y quien ha dedicado más esfuerzo en el tema en América Latina, el antropólogo de la CEPAL John Durston, sigue pensando que: [a nivel latinoamericano] "hay pocas publicaciones serias, con riqueza conceptual y con base empírica, sobre juventud rural" (1997:10). No obstante,

⁷ Estos son, en orden de aparición, a William Reuben (1990), Ernesto Rodríguez & Bernardo Dabezies (1991), Luis Caputo (1994), Jhon Durston (1997), IICA (2000); entre otros.

iniciado el siglo, algunos esfuerzos expresan un síntoma de superación de estos "campos baldíos" de indagación -y fundamentalmente de perspectivas-, como lo atestigua Daniel Espíndola (2003), en un reciente arqueo sobre publicaciones en juventud rural en el cono sur, donde se consigan algunos estudios focalizados de largo aliento, que aunque tensionados igualmente por el "desarrollismo" dan algunas luces sobre las condiciones estructurales en la que este segmento se ha materializado como actor social en la última década. Por otra parte, y alejado de estas perspectivas macroestructurales, se encuentran trabajos menos conocidos, como los de la autora brasileña María José Carneiro (1999) quien ha investigado el "imaginario" construido en torno a la ciudad y el campo por los jóvenes rurales brasileños de las regiones de Río de Janeiro y Río Grande do Sul.

En este sentido, en el contexto internacional las investigaciones sobre juventud rural comienzan a afianzarse igualmente a mediados de la década de los 80' y, casi sin excepción, partiendo del diagnóstico de la escasa información e investigación sobre el tema. Algunas de ellas han intentado obviar los tópicos manidos que sobre el mundo "campesino" se venían estudiando. Un segmento novedoso de éstas ha sido producido por el Centre For Rural Social Research de la Charles Sturt University, Wagga Wagga, Australia. Es el caso de Glenda Jones (1997) y su estudio sobre identidad y género entre las mujeres del Tasmania rural y las carreras de persecución en automóviles. O las de Mariann Villa (1999), en Noruega, sobre procesos de individuación en la cultura de los *farmers*. Un grupo importante de estudios -por su originalidad y actualidad- fueron compilados recientemente en el Reino Unido (casi finalizado el primer trabajo de campo de esta tesis, en abril de 2002) por la *Journal of Rural Studies*. Su editor, Ruth Panelli, incluye, por ejemplo, a autores como A. Kraack y J. Kenway que ensayan sobre los "lugares y tiempos" de ocio en la génesis de identidad juvenil rural. En la misma vertiente A.A.S. Laegrand estudia los café-internet en las estaciones de servicio como "tecnoespacios" donde circula y se elaboran las identidades juveniles en el campo.

Otras han proseguido en las sendas clásicas, como las llevadas a cabo por Cecilia Díaz Méndez (1997) en España, referidas a las estrategias familiares de producción y reproducción de la unidad económica, y centradas en los procesos de tránsito a la vida activa de los jóvenes vinculados a la agricultura. Otros autores españoles, como Juan Jesús González (que junto Angel de Lucas y Alfonso Ortí fue cuasi fundador de los estudios sobre juventud rural en este país (1985), ha realizado nuevas investigaciones (2002) de carácter cuantitativo, pero considerando la juventud rural ya no como indefectiblemente campesina. En los primeros

párrafos de su investigación "Juventud rural y relevo generacional en la agricultura", se puede leer:

"El estudio se ha propuesto analizar los principales rasgos de la juventud rural en relación con el proceso de emancipación, los logros escolares y formativos, la inserción laboral, las prácticas asociativas, los estilos de vida y las preferencias políticas. A diferencia del primer estudio sobre la juventud rural (González et al 1985), que estuvo dedicado, en su mayor parte, al estudio de la juventud agricultora, este nuevo estudio (EJR 2000, a partir de ahora) ha desplazado su interés hacia el estudio de la ruralidad en su conjunto (...). *No se trata solo de que haya cambiado la institución demandante del estudio (el de 1984 se hizo por encargo del MAPA), sino que el intenso proceso de desagrarización vivido por España en los últimos quince años ha hecho de la actividad agraria una actividad secundaria incluso en el medio rural. Para bien o para mal, la agricultura ha dejado de ocupar el centro de la ruralidad*". (González, 2002:1-2, cursivas mías).

Quizás lo más novedoso en este último país, ha venido desde ámbitos "extra científicos" de colectivos alternativos que han sistematizado sus experiencias sobre asociacionismo juvenil en el contexto de la "ocupación rural" (V.V.A.A, *Colectividades y Okupación rural*, 1996).

En el Chile actual, no sólo hay una ausencia acusada de investigaciones sobre juventud rural -las pocas fueron levantadas desde el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) y el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile y circunscritas al campo escolar y en torno a las aspiraciones laborales (V. gr., Amtmann, Et. al., 1984 y 1986; Délano y Larrañaga, 1996)-, sino sobre juventud en general, situación que se ha ido revirtiendo lentamente durante los últimos cinco años. El grado de conocimiento sobre la realidad juvenil rural hoy descansa pasivamente en información de tipo demográfica, y ciertas aproximaciones cuantitativas generalizantes o fragmentarias como el estudio sociodemográfico realizado por José Ignacio Gómez (1994) o el de Gonzalo de la Maza (1998), sobre los jóvenes temporeros/as del la zona central (VI región) dedicados/as a la fruticultura.

2. Perspectivas Teóricas.

A continuación se verán algunas definiciones teóricas que en América Latina se manejaron sobre los actores juveniles. Las que han dominado de sobremanera las investigaciones y políticas sociales juveniles, han sido las de carácter biologicista y demográficas, es decir la concepción de la juventud como un grupo de edad específico. Las definiciones que ha dado históricamente la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), la ONU (Organización de Naciones Unidas) y la OIT (Organización Internacional del Trabajo) para implementar políticas de desarrollo social, han privilegiado este tipo de definiciones que intentan acotar este período según rangos etáreos específicos. Así, por ejemplo, la ONU

considera como jóvenes en América Latina, la población que está entre los 15 y los 29 años de edad. La OIT, en cambio, establece como jóvenes a las personas entre 15 y 24 años. Los enfoques biologicistas han definido a la juventud como una transición de la niñez a la adultez, que se inicia con la pubertad y la adquisición de la capacidad biológica reproductiva, clausurándose la etapa en el momento de la madurez fisiológica, distinguiendo, una serie de fases intermedias: pre-adolescencia, adolescencia post-puberal, etc.⁸

Como se examinó, esta concepción se alternó y matizó a partir la década de los 60' con los aportes de las primeras vertientes teóricas científico sociales que arribarán a América Latina: el estructural-funcionalismo de Talcott Parsons, vehiculizadas por el primer desarrollismo impulsado por la CEPAL. Parsons, que sólo se refirió marginalmente a teorizar sobre la juventud (Cfr. Parsons, 1963, citado en Feixa, 1990), tuvo una fuerte influencia en los científicos sociales latinoamericanos a partir de sus obras teóricas más generales (1951). Fruto de ello, se centra y conceptualiza la juventud -provocada por el paso de la sociedad tradicional a la moderna- como un "problema", es decir como un segmento social que, desajustado por esta transición abrupta, necesita espacios de integración a la nueva sociedad. Así, su herencia provocará que durante más de tres décadas mucha de la investigación sobre el objeto "joven" se alimente desde esta visión. Por otro lado, el impacto provocado por las obras del psicólogo social Erik Erikson retroalimentará las perspectivas estigmatizantes anteriores, pero sobre todo dotará a las investigaciones de definiciones teóricas más complejas. Primero, proponiendo el concepto de *moratoria* sicosocial como período intermedio y eminentemente juvenil, que es aceptado socialmente y donde el individuo ensaya el futuro rol en la sociedad a través de la experimentación de funciones, sin la responsabilidad de asumir ninguna (1959). Después, al concebir lo juvenil como una búsqueda de identidad individual (1971, publicado originalmente en 1968), este proceso que lo caracterizaría ("identidad frente a confusión"), se llevaría a cabo a partir de la resolución de una serie de conflictos, como la perspectiva temporal que dotaría al joven de un proyecto de vida; la seguridad en sí mismo; experimentación y fijación de funciones; aprendizaje y elección de un trabajo; la polarización sexual -fijación de identidad de género-; liderazgo y autoridad; compromiso ideológico y fijación de valores. Su perspectiva enfatiza la identidad como un proceso individual, que no se

⁸ La mayor parte de estas definiciones están sustentadas tanto en la biología como en la psicología del desarrollo y la cognitiva. Una visión sumaria sobre estas perspectivas se puede encontrar desde G. Stanley Hall (1904), pasando por Arnold Gesell (1956), hasta Jean Piaget, Robert Selman, Albert Bandura. Estas visiones se encuentran analizadas tanto en Gerard Lutte (1991) como en F. Rice (2000).

detiene en el transcurso vital del individuo, pero que tiene su máxima expresión en la "adolescencia"⁹, puesto que es el período donde se condensa la confusión identitaria.

Estos conceptos impactarán a la mayoría de las investigaciones sobre juventud en América Latina y se difundirán a través de Eisentadt (1956; 1969); Rosenmayr (1972) Rosenmayr y Allebeck (1971) entre otros autores, y que tienen presencia en los primeros estudios "científicos" en la región (V.gr. Gurrieri, 1971 y Solari, 1971).

Por cierto, este tipo de definiciones ha convivido y se ha "mestizado" teóricamente con otras aproximaciones a lo juvenil, que provienen básicamente de la antropología y sociología; un énfasis en lo social y cultural más que en lo biológico, individual o demográfico. El acento en el concepto de generación o en la socialización por parte de algunos investigadores, progresivamente situó al "objeto" más en dependencia de las condiciones socioculturales e históricas, que a las individuales o "genéticas" (vgr. Weinstein, 1985). Estas perspectivas se fueron convirtiendo tardíamente en las centrales para conceptualizar a la juventud. Se apoyaron en las características biológicas observables, pero se sustentaron, en forma determinante, en las pautas socioculturales que cada sociedad y comunidad sostiene para definir lo "juvenil". Esta postura -difundida masivamente por Pierre Bourdieu en una entrevista concedida originalmente el año 1978, pero cuyos antecedentes se remontan a las investigaciones antropológicas de la segunda década del siglo XX-, pondrá en evidencia que "la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre viejos y jóvenes" (Bourdieu, 1990:164)¹⁰. En forma resumida, esta postura plantea que la

⁹ Según el autor, cada etapa vital contiene una impronta-problema en la fijación de la identidad individual positiva: la Infancia: confianza frente a desconfianza; Niñez temprana: autonomía frente a vergüenza y duda; Edad del juego: iniciativa frente a culpa; Edad escolar: destreza frente a inferioridad; Adolescencia: identidad frente a confusión; edad adulta temprana: intimidad frente a aislamiento; Madurez: productividad frente a estancamiento; vejez: integridad del yo frente a disgusto y desesperanza. (Rice, 2000).

¹⁰ Un alcance importante a propósito de este autor y en relación al concepto de moratoria, es la visión que se desprende de su interpretación de la juventud, que según él "no es más que una palabra". Para muchos investigadores influidos por Erikson la "moratoria es un privilegio", un espacio de libertad sostenido socialmente para que el joven ensaye y encuentre su posición en la sociedad y en el mundo adulto. Bourdieu cree que ese espacio no es gratuito, es "impuesto" por el mundo adulto y se paga con la subordinación y la exclusión; es sobre todo, una construcción sociocultural que se guía por el control del poder. Lo mismo plantea Gerard Lutte, que cree que "la adolescencia es una fase de marginación que deriva de las estructuras sociales fundadas [históricamente] sobre la desigualdad" (1991:35) Así, en sociedades más igualitarias como la que Lutte estudió en la Nicaragua Sandinista, en la juventud tendía a verse una disminución de las condicionales de marginalidad. Esto supone un matiz en el concepto dominante de moratoria que orientó las investigaciones sobre juventud en A.L. De este modo, a contrapelo de este concepto, se comenzó a levantar investigación sobre juventud urbano-popular que, al igual que la "juventud agraria", posee moratorias mínimas -por la temprana incorporación al trabajo-, u obligadas, por la incapacidad del sistema para ofrecer oportunidades de acción y desarrollo (cesantía y tiempo disponible), por tanto se encuentran "aparcados" esperando un ensayo que no llega nunca. La moratoria, como constructo teórico, pierde gran parte de su valor explicativo en la medida que ha ido decreciendo su capacidad para entender la proliferación de identidades juveniles sin este espacio (con "moratorias negativas"). Así lo ha demostrado la investigación sobre juventud urbano popular en la década de los 80' y ya lo venían

juventud es una categoría social y culturalmente definida y construida, por ende de duración y características específicas según la sociedad en que se inserte o el estrato que se considere al interior de la misma. Se sobrevalora en esta definición la capacidad del propio entorno para generar un lapso, una moratoria entre la niñez y la adultez, y las adscripciones identitarias que van aparejadas a este período. El punto de término lo establecería la propia cultura y sociedad, como ocurre, por ejemplo, en parte de la sociedad occidental, con la consolidación de una vida independiente al núcleo familiar, autosubsistencia e ingreso al mundo laboral, construcción de una familia propia, etc. Estos referentes teóricos son el punto de partida de una serie de constricciones teóricas que dificultan la mirada hacia la alteridad juvenil, pero también, son un “punto final” que potencialmente facilitan su exploración.

Con todo, en la breve e interrumpida tradición de estudios sobre juventud y particularmente sobre juventud rural en América Latina, los problemas generales que surgen son, por una parte:

A) **la ausencia casi total de tradición de estudios sistemáticos** sobre estos actores, que **supere la mirada estructural y macrosocial, así como la instrumentalización desarrollista**, puesto que la mayoría de las entradas al fenómeno han sido tensionadas por la urgencia de la intervención modernizante. Primero en la década de los 50', -bajo la dependencia norteamericana-, para expandir la educación, controlar la natalidad y aumentar la productividad vía transferencia tecnológica (la llamada "Revolución Verde" y la "Alianza para el Progreso") y después, para redistribuir la propiedad de la tierra y radicalizar las reformas agrarias (Morandé, 1982; Heynig, 1982). Del mismo modo, desde la década de los 70', para paliar los efectos negativos de los ajustes estructurales neoliberales en el agro, vía el "desarrollo rural integral" o "local", que complementa la transferencia tecnológica, la educación y otras variables culturales, que intentan cualificar las economías campesinas desfavorecidas y permitir su supervivencia, asegurando la reproducción del mundo rural por medio de la articulación de éste con el mercado, donde los "jóvenes" -ahora- serían los protagonistas.

Y por otro,

demonstrando las sociedades "sobremodernas", al decir de Marc Augé, con altos índices de desempleo, lo que no impidió -es más, alimentó- la proliferación de tribus juveniles.

B) la ausencia de espesor teórico y empírico sobre los contenidos específicos que supone la emergencia y consolidación de estas identidades juveniles en el mundo rural. Este aspecto, que encierra problemas conceptuales mayores, sobre todo en la diversidad histórica y cultural –que serán tratadas posteriormente–, es uno de los tópicos menos interrogados en la investigación precedente. Gran parte de los supuestos definitorios sobre la conformación de una juventud rural, aparecen como una "imposición identitaria" con asideros parcialmente empíricos, debido a que las adscripciones identitarias juveniles o no han sido indagadas o lo han sido residualmente y de la peor forma posible. Esta imposición identitaria no fundamentada, en la mayoría de los casos es además sesgada, en la medida que se reconoce sólo "parcialmente la identidad joven rural", (como mucha de la teorización juvenil urbana), en cuanto a que se perciben a las juventudes rurales no como actores en sí, sino como "promesas demográficas", como futuros adultos campesinos que asegurarán la continuidad de sus "estilos de vida". Consecuentemente, gran parte de los esfuerzos teóricos y empíricos han tendido a “congelar” a este colectivo, agrarizándolos, a contrapelo de la actual diversidad productiva en muchos de estos espacios.

Estas cuestiones, ciertamente, se inscriben en un contexto problemático mayor. En primer lugar, los cambios profundos que ha sufrido el agro y el mundo rural en América Latina en los últimos cincuenta años, que han impactado la "identidad" de medio rural como espacio diferencial y que posiblemente expliquen la supuesta "emergencia" de otros actores antes invisibles, entre ellos las mujeres y los jóvenes. Y en segundo lugar, más allá de lo rural, la falta de un mayor esfuerzo sistemático y articulado por rastrear la emergencia de las identidades juveniles en Chile y América Latina que pueda iluminar y tender un puente comprensivo sobre la génesis sociocultural de las juventudes en el ámbito rural.

En este sentido, la relevancia de resolver estas carencias a través de una investigación en profundidad sobre estos actores, se fundamenta tanto en superar la desatención por parte de los investigadores sociales, como en:

A) Conocer los dispositivos diferenciales en los que se asienta la condición juvenil en estos espacios, tanto históricamente, como en los actuales procesos acelerados de transformación estructural y cultural. Esto conlleva un necesario aporte a las teorías socioculturales sobre juventud, que eventualmente pueden servir de referente para otras aproximaciones a sujetos juveniles omitidos por “definición” en las teorías sobre juventud, que tienen como correlato exclusivamente las metrópolis y la sociedad urbana, dejando al margen no sólo el mundo

rural, sino también espacios geográficos y culturales duales o híbridos desde el punto de vista territorial y productivo.

B) Poner en circulación otras visiones teóricas que superen las perspectivas restrictivas y “urbanizantes” sobre la identidad juvenil, como soportes conceptuales que ayuden a visibilizar a actores omitidos tanto por la sociedad mayor (y sus políticas sociales), como de las propias comunidades rurales. La toma de consciencia por todos los actores de la comunidad -no sólo de los jóvenes-, para comprender esta condición juvenil, implica desvelar una legitimidad identitaria equiparable a la de género, la étnica, o la de clase, lo que inside en la deconstrucción de los estereotipos, la apertura de espacios formales e informales de participación o, como actualmente se conceptualiza (a partir de los flujos migratorios en el primer mundo), la conquista de “ciudadanía”, como extensión de la democracia en la incorporación de las diferencias.

**Cuadro 1. Representaciones Sobre La Juventud.
América Latina v/s Europa & Estados Unidos.**

MOMENTO	AMÉRICA LATINA	EUROPA & E.E.U.U.
Principios del siglo XX hasta los años 30'	Fase Ensayística y Creativa	Fase Científica Inaugural
	<ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: la “juventud” es entendida como un reservorio moral tanto para la construcción de un “nuevo” y “joven” proyecto civilizatorio en la refundación de la nación y la identidad latinoamericana, como la encarnación de la modernidad cultural, “civil” (reforma universitaria de 1918) y estética (vanguardias). Preocupan sólo “los” jóvenes (masculinos, de las elites y mesocracias ilustradas) como discípulos, con una misión ética e iluminista. ● Obras y Autores: Múltiples ensayos emancipadores, prescriptivos y edificantes, como <i>Ariel</i> (1900) José Enrique Rodó; <i>El hombre mediocre</i> (1913) José Ingenieros; diversos ensayos y cartas de José Vasconcelos; "La reforma Universitaria" incluido en <i>Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana</i> (1928) J. C. Mariátegui; diversas epístolas y artículos de (1925) de Vicente Huidobro. ● Aportes Relevantes: Uso parcial de las teorías de Ortega y Gasset sobre generaciones y controversias con las interpretaciones marxistas de J. C. Mariátegui y J. A. Mella sobre los movimientos estudiantiles. ● Sujetos de atención: Universitarios / Generaciones. 	<ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: La juventud es vista como una etapa inherente a la naturaleza humana, caracterizada por la “tempestad y estímulo”. Concepción naturalista, biologicista y universalizante. En forma posterior, se produce una refutación a esta concepción universalizante y etnocéntrica sobre la “adolescencia”. Criminalización de la juventud. ● Obras y Autores: Estudios “científicos” psicológicos, antropológicos y sociológicos, como <i>Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime Religion and Education</i> (1904) Stanley Hall; <i>Coming of age in Samoa</i> (1928) Margaret Mead (entre otras obras etnográficas que contemplaron tanto la endoculturación como los ritos de iniciación en sociedades “primitivas”); <i>The Gang. A Estudy of 1313 gangs in Chicago</i> (1926) de Frederick Trasher. Paralelamente, en España y en Alemania, J. Ortega y Gasset (1923, 1933) y K. Mannheim (1928) formulan sus respectivas “teorías” sobre las generaciones de cierto impacto en las teorizaciones sobre la juventud. ● Aportes Relevantes: Teoría de la “recapitulación”: las distintas etapas de desarrollo de la personalidad representan las etapas de desarrollo de la especie humana a lo largo de la historia. Relativismo cultural y descripción de bandas juveniles en las urbes metropolitanas (Escuela de Chicago) ● Sujetos de Atención: Adolescentes (occidentales y no occidentales), Bandas juveniles y Generaciones.

<p>Décadas del 50' al 70'.</p>	<p>Fase de Profundización Científica y Dominación Teórica estructural-funcionalista y marxista.</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: Arribo de las concepciones biologicistas sobre la adolescencia. Visión de la juventud como un grupo demográfico “disfuncional” o “desviado”, fruto de los procesos de industrialización y migración rural-urbana. Paralelamente, concepción de la juventud como objeto y sujeto de conscientización de clase y agente fundamental del cambio social (básicamente en su rol de estudiantes). ● Obras y Autores: Ensayos “científicos” provenientes de la sicología, representados por <i>Sicología de la adolescencia</i> (1938) y <i>Ambición y angustia de los adolescentes</i> (1939) de Aníbal Ponce (obras que convergen con la obra de Stanley Hall). La sociología se ocupa “oficialmente” de la investigación empírica financiada desde organismos internacionales de desarrollo ligadas a Norteamérica. Claves resultan las obras <i>La Juventud Latinoamericana como Campo de Investigación Social</i> (1967) de José Medina Echavarría; <i>Los Movimientos Estudiantiles Universitarios en América Latina</i> (1967) de Aldo Solari; <i>Universidad, dependencia y revolución</i> (1970) de Silva y Sonntag; <i>Juventud Chilena, Rebeldía y Conformismo</i> (1970) de Armand y Michéle Mattelart y <i>Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana</i> (1971) de Adolfo Gurrieri, Edelberto Torres-Rivas, Et. al. ● Aportes Relevantes: investigaciones empíricas a partir de las teorías estructural-funcionalistas “estigmatizadoras” (Parsons (1951), Merton (1970)). Asimismo fuerte influencia de teorías marxistas Latinoamericanas (Teoría de la dependencia) y del marxismo sociológico “comprometido” para el análisis endógeno de los movimientos estudiantiles. ● Sujetos de Atención: Juventudes estudiantiles y “marginales” (masculinas). 	<p>Fase de Convivencia Teórica Estructural Funcionalista, ‘Sicosocial’ y ‘Culturalista’</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: Influencia del funcionalismo que concibe la juventud como un colectivo funcional o desviado. A su vez, continuidad de la escuela de Chicago y fuerte impacto de las perspectivas sicosociales-sicoanalíticas, que conciben la juventud como un proceso de individuación identitaria. Postulados sobre la juventud como un “nuevo” proletariado y como una subcultura. ● Obras y Autores: <i>Street Corner Society</i> (1943) de W. F. Whyte; <i>The Social System</i> (1951) de T. Parsons; <i>Identity, and the life cycle</i> (1959) e <i>Identity: youth, and crisis</i> (1968) de E. Erikson; <i>From generation to generation</i> (1956) de S. Eisentadt. Paralela y progresivamente, se retoma la continuidad de los enfoques “culturalistas” y empiristas con <i>Furore en Svezia</i> (1962) de De Martino; <i>Les barjots...</i> (1968) de Jean Monod. Fuerte influencia sobre y del “mayo francés” en las obras <i>El Hombre Unidimensional</i> (1964) de H. Marcuse y <i>El nacimiento de una Contracultura</i> (1968) de T. Roszak. Primeros estudios históricos sobre la condición juvenil (Ariés, 1973). Importantes aportes de la escuela de Birmingham con <i>Resistance throug Rituals...</i>(1976) de S. Hall & T. Jefferson y <i>Subculture: The Meaning of style</i> (1979) de S. Hedbige ● Aportes Relevantes: se sientan las bases de los estudios teóricos y empíricos “modernos” sobre juventud. ● Sujetos de Atención: (sub)culturas juveniles, movimientos contraculturales; jóvenes (hombres) de clases subalternas y mesocráticas; estudiantes.
---------------------------------------	--	---

<p>Década de los 80' hasta la fecha.</p>	<p style="text-align: center;">Fase de expansión teórica e Institucionalización Investigativa.</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: Permanencia de las visiones biologicistas y demográficas. Arribo de las perspectivas sicosociales-sicoanalíticas que conciben el tránsito juvenil como un proceso de individuación y moratoria (E. Erikson, 1971), entroncado con los enfoques sobre la condición juvenil de la sociología de la juventud (L. Ronenmayr y K. Allerbeck 1971). Progresivo desarrollo de enfoques sobre la juventud como un “nuevo movimiento social” y como (sub)cultura. ● Obras y Autores: gran impulso de investigaciones a partir del Año Internacional de la Juventud (1985) las que se expresan en la publicación de diversos trabajos: <i>Revista de la Cepal</i> (Nº 29, 1986), número especial sobre juventud latinoamericana; <i>Razones y Subversiones</i> (1985) de I. Agurto, M. Canales, Et. al. -comp.-. Producción en aumento desde 1990: <i>Primer Informe sobre la Juventud de América Latina</i> (1991) de E. Rodríguez y B. Dabezies; <i>La construcción de lo Juvenil</i> (1998) de J. Padilla -comp.-; <i>Viviendo a toda. Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades</i> (1998) de H. Cubides, M.C. Laverde y C. Valderrama -comp.-; entre otras. Primeras aproximaciones históricas. ● Aportes Relevantes: Institucionalización de “la juventud” como campo de investigación social. Importante desarrollo teórico “propio” a partir de los estudios culturales. ● Sujetos de Atención: Juventudes (masculinas y femeninas) urbano-populares y (sub)culturas juveniles. 	<p style="text-align: center;">Fase de dominación teórica ‘Culturalista’ y atomización teórica.</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conceptualización: Predominio y legitimación teórica de la concepción de la juventud como una construcción socio-cultural variable en el tiempo y el espacio. Gran diversidad de marcos teóricos y disciplinarios para concebir la juventud. ● Obras y Autores: gran expansión de los estudios culturales (escuela de Birmingham) y revitalización de los estudios ensayísticos y etnográficos: <i>Questions de sociologie</i> (1984) de P. Bourdieu; <i>Common Culture: Symbolic work at play in the everyday cultures of the young.</i> (1990) de P. Willis, S. Jones, Et. al. Desarrollo de las aproximaciones históricas y biográficas: <i>Youth and History...</i> (1981) de J. Gillis; <i>A Tumba Abierta...</i>(1982) de O. Romaní; <i>Historia de los Jóvenes</i> (1996) de Levi, G; Schmitt, J.-C. - Eds.-, <i>De Jóvenes bandas y Tribus</i> (1998) de C. Feixa; etc. ● Aportes Relevantes: Teoría sobre las mediaciones como aglutinantes identitario-juveniles; quiebre del “presentismo” en los estudios sobre juventud; teorías sobre la nueva condición juvenil como “etapa circular”; entre muchos otros. ● Sujetos de Atención: juventudes femeninas y masculinas; “tribus urbanas”; culturas juveniles y novísimos movimientos sociales; juventudes étnico-nacionales.
--	--	--

4. La reconstitución de las identidades juveniles en el tiempo: una “nueva historia” para “viejos” actores.

“La historia social se ha transformado en una especie de antropología cultural retrospectiva”.

Toby Judt.

“La historia debe escoger entre ser antropología social o no ser nada”.

E.E. Evans-Pritchard.

La emergencia, desarrollo y consolidación de una antropología, sociología e historia de la juventud y de las edades, han posibilitado perspectivas teóricas más complejas y pertinentes para dar cuenta de los vacíos detectados anteriormente, que permiten indagar con otro prisma aquellos fenómenos inadvertidos. Una de éstas, es el fruto de la convergencia entre dos “énfasis” para dar cuenta de la dialéctica identitaria en el mundo juvenil: la historia y la antropología cultural. Si la condición juvenil es construida culturalmente y hunde sus determinaciones en los contextos históricos específicos, estos énfasis disciplinarios pueden ser capaces de desentrañar algunos de los elementos con los cuales esta condición identitaria se articula. Se vio anteriormente cómo particularmente la antropología de la juventud en su análisis de la alteridad cultural, ha dado las claves sincrónicas donde ésta condición se asienta. Pues bien, ahora interesa resolver otra entrada crítica a la identidad juvenil, a saber, la diacrónica, por medio de la cual se es capaz de distinguir los contenidos, mecanismos y procesos que constituyen dichas identidades en contextos y tiempos concretos. La mirada diacrónica tiene una ventaja fundamental para dar cuenta del fenómeno: es un mosaico que contiene los catalizadores y las piezas capitales con las cuales las distintas adscripciones juveniles se van construyendo. Esta apertura esperamos enlazarla con la perspectiva y discusión teórica que abordaremos posteriormente en la segunda parte de esta tesis –la identidad juvenil como un *continuum*–, en la medida que en el mismo movimiento de la historia se cristalizan diversos grados de pertenencia identitaria, que van desarrollándose progresiva o regresivamente desde marcadores débiles hasta los más acentuados.

Claramente, esto depende exclusivamente del contexto y los sujetos, pero también de la obra y el autor que se estudie. Pese a que la mayor parte de los investigadores que se han preocupado de historizar la juventud como el mundo actual la conoce desde el punto de vista identitario, han sido europeos y norteamericanos (centrados en el “primer mundo” y que coinciden, como ya se dijera, en que la condición juvenil se consolida y expande con la industrialización y la especialización y es un “fruto netamente industrial y urbano” (Cfr. P.

Ariés, 1973; Lévi & Schmitt 1996, Lesko, 1996)-, un número importante de estudios han cualificado dicha apreciación.

Estas investigaciones y teorizaciones culturales y transculturales emprendidas desde la microhistoria, la sociología y la antropología (Vgr., P. Ariés, 1973; J. Gillis, 1981; P. Bourdieu, 1990; M. Mead, 1985; C. Feixa, 1988, 1990, 1993, 1999; entre otros) han ampliado y dotado de espesor conceptual -y de manera determinante- lo que se entendía por "joven", muchas veces desestabilizando fuertemente las propias directrices conceptualizadoras legitimadas, mayoritariamente psicológicas y biológicas.

En Chile, como en América Latina, una mirada comprensiva sobre las escasas investigaciones históricas, culturales y ensayos atomizados acerca del transcurso de la identidad juvenil latinoamericana, tiende a repetir las apreciaciones de estos autores: existe una intensificación en la aparición de este segmento social que se mueve desde los que "disfrutaban" del privilegio de aquella condición -pertenecientes a las elites económicas e ilustradas-, hasta una visibilidad mayor y posterior masificación y exclusión, iniciada con la expansión social de las instituciones educativas. El hito emblemático inaugural se situaría en el movimiento de Reforma Universitaria de Córdoba -Argentina- en 1918 (Alba, 1975; Faletto, 1986; Montiel, 1986; Solano, 1998; Balardini, 2000a; Balardini, 2000b).

Así, y en forma progresiva, las "juventudes latinoamericanas" se irán asentando al amparo de los espacios que las mismas conformaciones sociales de la región irán construyendo, posibilitados por la expansión educativa y la ampliación de las capas medias urbanas en el contexto de la modernización de América Latina (aceleradamente en las décadas 50-60'). De este modo se comprende un transcurso más o menos complejo que va desde los que "disfrutaban" hasta los que "padecen" la juventud. El trayecto incluye la proliferación de juventudes políticas y movimientos juveniles revolucionarios de base urbana y rural (Cuba, Nicaragua y sus influencias), y diversos movimientos estudiantiles, cuyos dirigentes engrosarán las elites gubernamentales de los diversos Estados Nacionales, en un marco internacional de protagonismo juvenil y emergencia del "mercado adolescente"; hasta la aparición de amplios sectores juveniles marginados y pauperizados en la década de los 80' y 90', producto de la recesión mundial y los reajustes estructurales. El trayecto, como bien lo plantean Szulik y Kuasñosky, incluye la visión estatal de una "juventud a educar" en los años 50' a una "juventud a controlar" en los años 60', y donde "recién en los años 80', como tendencia más generalizada, se comenzará a tomar consciencia de la crítica situación de los jóvenes (...) fruto del peligro potencial que representa este sector para la sociedad como

agente social dañado” (1996:228-229). Antes de este último momento, por tanto, y en palabras del propio Balardini, existirían "jóvenes sin juventud" (2000b:14). Pese a su obviedad, estas tesis necesitan de un contexto argumentativo empírico y teórico mayor, tratándose de América Latina, y específicamente Chile, donde ha primado la especulación y ausencia de investigación en aquellos territorios y contextos concretos.

Muchas de estas conclusiones están determinadas por la fragmentación de las investigaciones (lo que se intenta resolver en los próximos capítulos) y, en ciertos casos, por una perspectiva de la historia restringida al catequismo patrio de los actores “importantes” desde el punto de vista político-económico, lo que ha marginado de la historia a aquellos sujetos que se cree no tienen relevancia *per se* en la construcción de la “gran historia” o la “historia de la Juventud”. Pese a ello, se han iniciado muy tardíamente en la región, y en particular en el caso de Chile, algunos aportes señeros. Corresponde a Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez, como autores y editores (1986), la publicación de una invaluable serie de diez pequeños cuadernillos sobre el movimiento estudiantil chileno, abarcando desde principios de siglo hasta la década de 1970, donde se describen los hechos fundamentales que atravesaron los estudiantes universitarios en torno a los cambios sociales, la educación y la universidad. Por otra parte, corresponderá a Pablo Cotett (1994) una brevísima descripción de los discursos sobre juventud desde la década de 1960 a 1990. Sin embargo, es Igor Goicovic quien comienza a profundizar en esta empresa con la publicación, en el año 2000, de un pequeño artículo donde aborda la problemática histórica de la conformación identitaria juvenil "popular" desde principios de siglo. El autor expresa ya en los primeros párrafos la absoluta falta de atención al fenómeno, más aún desde la perspectiva de las clases populares:

"Los jóvenes, como sujetos del proceso histórico —por ende como constructores de sociedad— y como categoría del análisis social, son un hallazgo reciente. Tanto en el Chile colonial como en el Estado republicano, la juventud, y particularmente la juventud popular, careció de identidad propia. Su dimensión ontológica (*ser*) y su intervención histórica (*quehacer*) se diluía al interior de las clases sociales subordinadas. Carecía de especificidad en cuanto grupo social. Ello porque en el Chile tradicional se era pobre y excluido antes, durante y después de ser joven. Es por lo anterior que la historia social en Chile asumió como objeto preferente de estudio a las clases populares en su conjunto (...) Pero los jóvenes no han convocado el interés de los historiadores ni en general ni en particular." (Goicovic, 2000:104-5).¹¹

¹¹ El autor hace referencia a una "antología" de textos fundamentales para comprender el período natural de emergencia de los actores juveniles: J.S. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, 1955. J. Barria Serón, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, 1972. G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, 2000. A. Brito, "La construcción histórica de las mentalidades de género en la sociedad popular chilena, 1900-1930", 1999. N. Corvalán, "Amores, intereses y violencias en la familia de Chile tradicional. Una mirada histórica a la cultura afectiva de niños y jóvenes", 1996. J. Rojas, *Los niños cristaleros: trabajo infantil de la industria. Chile, 1880-1950*, 1996. (Cfr. Goicovic, 2000).

Este diagnóstico, demuestra la dificultad de la labor y, también, la perspectiva teórica y conceptual desde donde reconstruir dichas identidades. Por lo pronto, se intentará resolver teóricamente las dificultades y precisar las potencialidades de la perspectiva diacrónica para el estudio y recomposición de la dialéctica de las identidades juveniles, con el objetivo último de iluminar nuevas “emergencias” identitarias, como las rurales.

Un primer aspecto a abordar teóricamente es la relevancia que tiene la recuperación de las identidades juveniles en el tiempo. En efecto, la investigación social ha desaprovechado una fuente capital para comprender el transcurso de los procesos socioculturales y políticos de una determinada comunidad desde una óptica clave para dar cuenta de sus transformaciones, como es la constitución y expresión de las identidades juveniles, ya como “(sub)culturas”, con una autonomía mayor, o como “generación”, con una menor. En este sentido, una primera tarea es la elucidación de la “construcción” cultural que se tiene de lo juvenil en determinado espacio socio-cultural. Esto revelará muchos de los dispositivos y recursos disponibles con los cuales aquel colectivo regula el ciclo vital de sus individuos, asignándoles determinados roles y status. Pero sobre todo, como se planteaba anteriormente siguiendo a Bourdieu (1990), los mecanismos por los cuales la sociedad segmenta, propone y justifica la distribución de las desigualdades, por medio de los cuales se puede dar cuenta de la propia constitución del actor juvenil a partir de su memoria social.

Por lo mismo, se intentará dar cuenta, en principio, de las potencialidades de la diacronía para resolver el tema del desvelamiento de las identidades juveniles. Para ello se revisarán las perspectivas historiográficas que abren el camino para la realización de esta tarea, habida cuenta que los paradigmas historiográficos dominantes, como modeladores de las tareas de investigación, han abordado marginal y tardíamente a los sujetos que preocupan a este estudio (en este sentido las obras de P. Ariés y J. Gillis, son fundacionales).

Sin resolver a cabalidad las múltiples aristas problemáticas en las que la investigación histórica y la propia historiografía, se han visto envueltas en estos últimos treinta años, interesa destacar aquellos aspectos que, por un lado, allanan el camino teórico para la comprensión de la construcción de la identidad juvenil en el tiempo, y por otro, otorgan elementos conceptuales que están involucrados en un cierto cambio de paradigma, que permite un desplazamiento epistemológico y teórico para abordar a estos “nuevos-viejos” actores.

Un aspecto capital en este sentido se inscribe en la crisis de los estatutos epistemológicos de las ciencias sociales para dar cuenta de la realidad social. Más allá del tenor y alcance de esta crisis, lo cierto es que de un tiempo a esta parte, las tradiciones de investigación y vertientes

disciplinarias se han visto impactadas por la disolución parcial de aquellas “guías” que las habían normado casi desde su nacimiento, básicamente el positivismo y algunas de las versiones “neopositivistas” que sostienen la existencia de una realidad independiente del sujeto cognoscente; es decir, un modo de pensar la ciencia entendida como unívoca y ligada ciertamente a la imagen monopólica de las ciencias naturales, donde gran parte de la discusión la guía la “mejor” mediación entre sujeto que conoce y objeto que es conocido: el método científico (en algunos casos, un método). Todo esto en el convencimiento de un conocimiento “objetivo” que es capaz de “descubrir” las leyes que gobiernan la realidad¹². Interesa destacar sólo una de estas implicancias para la historia como disciplina, en el entendido que para la sociología y la antropología estas contracciones tienen larga data, las que se han reactualizado desde la emergencia de una “antropología interpretativa”, al modo de Clifford Geertz, James Clifford, Marc Augé, y muchos otros (auto)denominados “postmodernos”, hasta una antropología “experimental”, como la de Stanley Diamond, Dennis Tedlock o Stephen Tyler; todos preocupados por el “qué dice” –interpretación-, más que por el “por qué lo dice” -explicación-.

Una de estas implicaciones para la investigación histórica es la “reflexividad”, que ha conducido al cuestionamiento de la propia práctica investigadora surgida bajo el paradigma positivista dominante, que tamizado en la historiografía por Leopold von Ranke, va a concebir la tarea esencial de la empresa historiadora como la elucidación de los “hechos tal cual estos ocurrieron” (objetividad), centrado básicamente en sólo un factor determinante, la política. Peter Burke (1993), ha sistematizado las múltiples reacciones ante esta concepción de la investigación histórica a partir del recorrido de las prácticas que diversos historiadores han

12 Estos y otros múltiples problemas se inscriben en un contexto mucho más complejo que no es el caso analizar aquí. Sólo insinuar que esta reflexividad científica, para algunos autores, se vincula con la crisis de los “metarelatos” omnicomprendivos emergido en la modernidad, como la propia ciencia y las teorías de largo alcance, las cuales dejaron de responder a las preguntas fundamentales de un nuevo “momento” histórico, el postindustrial o postmoderno. Aunque cierta amnesia los oculte, planteamientos críticos a la ciencia “normal” no son tributarios de este diagnóstico general que confunde realidad con deseo (“postmodernidad”). Las críticas a la ciencia como “ideología” se arrastran sólo en América Latina desde Orlando Fals Borda (“La ciencia del pueblo”), quien, como otros marxistas, planteaba la falsa neutralidad de la ciencia, el control del conocimiento de las clases dominantes y la utilización del mismo para la mantención del statu quo. Similares tesis se encuentran presentes en autores como Jürgen Habermas de la escuela de Frankfurt, o autores ligados a la sociología del conocimiento, que al calor de Kuhn se cruzaron en un debate sobre el “externalismo” y el “internalismo” para comprender la ciencia. En un ámbito más restringido, desde la propia práctica científico social, la filosofía de la ciencia y la epistemología, se han ido sucediendo desde la década de los 70’ (basados, por cierto, en un relectura de los “clásicos”) fuertes críticas al modelo científico-natural para comprender la ciencia. Estos cuestionamientos van desde las tradiciones epistemológicas hermenéuticas y fenomenológicas en el campo de las ciencias sociales y humanas, hasta las de tipo constructivistas que, emergidas al interior de las ciencias naturales han impactado fuertemente a las primeras (V.gr. Maturana 1986, 1996; Watzlawick, y Krieger, 1996).

realizado desde la década de los 70', las que se han opuesto a este paradigma dominante, caracterizándolo y unificándolo a partir de una "vía negativa": por las divergencias con respecto a esta concepción historiográfica decimonónica, más que por sus acuerdos internos. Al conjunto de estas prácticas, Burke, basado en las tradiciones histórico-científicas que arrancan desde los historiadores de la *école des annales*, como Marc Bloch, Fernand Braudel, Lucien Febvre, y sobre todo, de la tercera generación de esta escuela (Cfr. Barros, 1991, 1993c), como Georges Duby y Jacques Le Goff, las ha rotulado como "Nueva Historia" (*Nouvelle Histoire*)¹³.

Pese a las múltiples prácticas, no siempre convergentes, Burke señala una serie de factores que dotan de una cierta "unidad parcial" a esta nueva perspectiva. Una de las fundamentales, tiene que ver con las preocupaciones centrales de la historia bajo el paradigma decimonónico; la política, la narración de acontecimientos y, posteriormente, un énfasis acentuado sobre los elementos estructurales como condicionantes del hecho histórico. La "Nueva Historia", dice Burke, "se preocupa por toda la actividad humana" y sus producciones (económicas, sociales, mentales, imaginarios, etc.), que, antes concebidas como inmutables, se entienden como construcciones culturales determinadas en las variaciones del tiempo y el espacio. En efecto, estas concepciones comienzan a manifestarse desde la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad con la aparición de la "historia de las ideas", de las "mentalidades" y de las "representaciones", hasta el abordaje de esferas específicas que antes se consideraban "carentes de historia". Ejemplos pioneros de esta ampliación indagativa, son el fortalecimiento del cruce disciplinario conocido en Inglaterra como "Antropología Histórica", o en Norteamérica como "Historia Cultural", que más o menos emparentadas con la tradición francesa de los *annales* (desarrollada desde mucho antes), acuden a la antropología tanto para el "rescate del sujeto", como para la utilización del constructo conceptual de "cultura" y así completar los enormes vacíos historiográficos (Cfr. Barros, 1993a). Sin embargo, y en rigor, la propia antropología desde F. Boas, pasando por E. Evans-Pritchard, C. Levi-Strauss, hasta Marshall Sahlins y C. Geertz¹⁴ había reconocido la "alteridad" en la historia utilizando este

¹³ Carlos Barros, en una secuencia de trabajos (1991, 1993a, 1993b, 1993c), ha abordado la contribución específica de la *école des annales* a esta renovación historiográfica. De gran interés resulta su sistematización sobre las distintas generaciones de investigadores de esta escuela en conexión con otras tradiciones nacionales que fueron coincidiendo en las mismas "vías" exploratorias, como la "antropología histórica" inglesa.

¹⁴ En uno de sus últimos libros, Geertz dedica un apartado específico a revisar el cruce disciplinario a partir de dos grupos de obras de "historia antropologizada" y "antropología historizada", sin embargo, agrega poco o nada a la discusión: "al final, quizás el progreso radique más en una comprensión más profunda del 'y' del *accouplement* 'historia y antropología'. Cuidad de las conjunciones y los nombres cuidarán de sí mismo" (2002:102).

constructo conceptual y fundiendo en gran parte de sus investigaciones estas “variantes” disciplinarias¹⁵. Los resultados de esta “reactualización” han sido, por ejemplo, la tematización diacrónica del racismo y la sexualidad a través de las prácticas matrimoniales, como lo hizo Verena Stolcke en 1974 en la Cuba esclavista del siglo XIX, (*Racismo y sexualidad en la cuba colonial*, 1992), investigación que desde la antropología histórica se retroalimenta y retroalimentará progresivamente una rica renovación científico social de los que habían comenzado a abordar “la niñez, la muerte, la locura, el clima, los gustos, la suciedad y la limpieza, la gesticulación, el cuerpo, la femeneidad, la lectura, el habla y hasta el silencio” (Burke, Op. cit, 14)¹⁶.

Otra de las características medianamente aglutinadoras, y quizás la más importante de este “movimiento”, se conforma en torno a la crítica a la historia tradicional como práctica “ciega” y sesgada, en cuanto a concentrar su visión en los sectores dominantes de la sociedad (“grandes hombres”, estadistas, generales, etc.), aquellos en los que se cree, descansa el papel central en el drama histórico, dejando al resto de la humanidad en el anonimato social, marginada de su preocupación, por su papel menor y poco decisivo en la “historia total”. Dicha reacción proviene de una convergencia disciplinaria (básicamente historiadores, antropólogos y sociólogos), y tiene como autores fundantes a Edward Thompson, quien publicó en 1965 *The making of the English Working Class*; Emmanuel Le Roy Ladurie con la edición de *Montaillou* (1975) y Carlo Ginzburg con su libro *Il fromaggio e i Verni*¹⁷, textos capitales de esta perspectiva. El primero rescata “a la calcetera pobre, el campesino ludita, al tejedor ‘anticuado’ (...)” (en Sharpe, 1993:40), para dar cuenta del proceso de industrialización en

15 En este sentido, y por razones de compartimentación e identidad disciplinaria, antropólogos como E. E. Evans-Pritchard manifestaron explícitamente los puntos de unión y distancia con la historia como ciencia lo que, sin embargo, abrió una entrada fecunda a la simbiosis de ambas: "Aunque el historiador y el antropólogo estudien los mismos hechos, lo harían en cualquier caso con fines diferentes y usándolos también de manera desigual: el antropólogo investiga el pasado de una sociedad sólo para descubrir si lo que indaga del presente ha sido característica constante a través de un largo período de tiempo, para cerciorarse que alguna correlación, que cree poder establecer, es de hecho, una interdependencia, para determinar si algún mecanismo social es repetitivo, etc. Y no (como los historiadores) para explicar el presente por medio de antecedentes y orígenes". (1974:62-63).

16 Burke se refiere, respectivamente, a P. Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, (Op. cit.) y *L'Homme devant la mort*, Sevil, 1977; M. Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Gallimard, 1976; E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine* (Nueva York, 1971); A. Corbin, *Le miasme et la jonquille, L'odorat et l'imaginaire social, 18-20 siècles*, Aubier-Montaigne, 1982; G. Vigarello, *Le propre et le sale: l'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, Seuil, 1987; J.-C. Schmitt (ed.), *Gestures*, número especial, *History and Anthropology* (1984); R. Bauman, *Let Your Words be Few* (Cambridge, 1984).

17 Algunas de estas obras tienen sus respectivas ediciones en castellano: E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989; C. Ginzburg, *El queso y los Gusanos*, Muchnik Editores, 1994.

Inglaterra desde la óptica de los que “soportaron” dicho proceso. El segundo tiene como tema una comunidad rural pirenaica en la Edad Media donde, a partir de las actas inquisitoriales, reconstruye la mentalidad y forma de vida campesina desde la perspectiva de los propios actores. El tercero, y de alto impacto en la comunidad científica por su originalidad y atractivo retórico, indaga la cosmovisión y sistema de creencias de un molinero italiano nacido en 1532 (Menocchio), también a través de documentación inquisitorial. Dicha perspectiva ha sido una de las más fructíferas, y de la cual es preciso referir algunos puntos críticos que de ella se derivan por las implicancias teóricas de la presente investigación.

La primera derivación que ha surgido de la “historia desde abajo”, es la que tiene que ver con la visión de esta práctica histórica como “subversión”, en la medida que coloca a los actores subordinados en la centralidad de los procesos históricos (cuestión ya presente en la historia feminista). Esta tendencia ha sido emprendida en un principio por Daniel Bertaux (1993) en Francia y Alessandro Portelli (1987, 1989) en Italia, quienes han visto en este ejercicio la capacidad revitalizadora de “identidades dormidas” en el develamiento de las contradicciones de clases existentes y los contextos de subordinación y dominación donde se asientan. Por tanto, la mayoría de los investigadores que han seguido a estos autores han evidenciado su potencial transformador de la realidad social, sobretodo si esta práctica se acompaña por una democratización de la misma, es decir, si es capaz de facturarse por todos, especialmente por los actores que la viven. De allí que el resultado haya sido la proliferación de (auto)historias locales comunitarias, de trabajadores, pobladores y mujeres, entre otros actores “invisibilizados” por la historia oficial y que han servido, en algunos casos, como proceso de autoreconocimiento identitario, de plataforma de aglutinación sociocultural. Estos planteamientos encuentran referentes claros en la concepción de que la historia es uno de los pilares de la identidad colectiva. El antropólogo mexicano Guillermo Bónfil Batalla (1987), por poner un sólo ejemplo entre muchos, ha mostrado un interés específico en la historia como recurso cultural para la articulación de la identidad. En su teoría del “control cultural”, (sobre identidad cultural étnica), Bónfil explicita que el conocer el grado de poder de decisión sobre determinados recursos culturales¹⁸ como la historia, nos hace adentrarnos de manera empírica al “tipo de cultura” que los sujetos están viviendo dentro de un *continuum* y en forma graduada; si ésta es vivida en forma "autónoma" o "apropiada", que corresponde a la cultura "propia"; o participan de una "cultura ajena" o "enajenada", que corresponde a vivir en una "cultura ajena". Lo que redundará en la autoconsciencia de la comunidad cultural sobre las

¹⁸ Según Bónfil, cinco son las matrices en que se "mueven" los recursos culturales, a saber: Materiales, De Organización, De Conocimiento, Simbólicos y Emotivos (1983:21).

vías de salida a las condiciones que quieren transformar, con el objetivo último de empoderarse de la mayor cantidad de recursos culturales para vivir en la cultura “propia”. La importancia de la historia, a la luz de Bónfil, tiene un significado concreto para vivir la identidad, puesto que se plasma día a día en la capacidad para producir, reproducir, conservar y variar, la gama de recursos culturales de que se disponen y se dispusieron:

"Debe asumirse el carácter histórico de esa capacidad de decisión [de los recursos culturales]: hay un espacio de control cultural real en cualquier momento de la historia de un pueblo; pero existe también, en los pueblos sujetos a la dominación, una memoria de la época en que se tuvo un control cultural más amplio y, en correspondencia, un proyecto permanente de recuperación. En este sentido, los recursos culturales de un pueblo no son únicamente los que tiene bajo su control en un momento dado, sino todos aquellos con los que mantiene una relación histórica hacia el pasado y hacia el futuro: la memoria y el proyecto forman parte de la cultura autónoma". (Bónfil, 1986:111).

En América Latina, particularmente en Chile, esta vertiente “cruzada” – historia/identidad-, ha tenido importantes aportaciones. Especialmente significativos resultan los primeros trabajos de Leopoldo Benavides, Tomás Moulián, José Bengoa, Mario Garcés y Gabriel Salazar, quienes desde las década de los 80¹⁹ venían alentando o construyendo historias “locales” (comunitarias, de etnia o de clase), alternativas a las oficiales, y pregonaban, como en el caso de Salazar (“La Historia como Ciencia Popular: Despertando a los "weipifes"” (1992) y *Labradores, Peones y Proletarios* (2000), el carácter emancipador que tenía la construcción de una historia alternativa a la institucionalizada, la que había servido de justificación y aglutinación identitaria de las clases dominantes, excluyendo del pasado al “bajo pueblo” o a los actores que no se acomodaban con un estereotipo de identidad nacional que a los grupos de poder convenía. Una historia de elites políticas y transformaciones económicas lideradas por aquellos, salpicada de color local y patriotismo militar, marginando como actores “existentes” a las grandes mayorías excluidas y “sin historia”. A principios de los noventa Salazar escribía:

“(…) La historia y las demás ciencias sociales están diseñadas para estudiar a Chile no según la perspectiva de un determinado sector social, sino, según su totalidad. Como patria única. Tal como los

19 Moulián y otros, ya reflexionaban sobre esta corriente teórica: "Este tipo de historia se interesa por la reconstrucción de la vida cotidiana y le asigna gran importancia a los protagonistas anónimos. Los "hombres comunes" son reconocidos en sus papeles y en su importancia histórica, como actores y forjadores anónimos de la historia" (Benavides, Moulián y Torres, 1987:26). Mucho más tarde, se enfrentará con Salazar en un debate donde hará aportaciones importantes para algunas cuestiones críticas de esta perspectiva. Moulián le enrostraba la arbitrariedad científica de creer en el peso determinante (moral y explicativo) de las mayorías explotadas en la historia para comprender el curso de las transformaciones, practicando el mismo tipo de exclusión, pero ahora con los sectores dominantes.

gobernantes dicen sentir y pensar el país. Tal como desean verlo las elites que comandan su desenvolvimiento histórico (...) En consecuencia tienden a verlo todo con los ojos del Estado". (Salazar, 1992:2).

El autor llamaba a “despertar a los weipifes”, al interior de los grupos subalternos. Weipife en la cultura Mapuche era el mensajero, pero también el anciano, que contaba las historias de su pueblo a los más jóvenes y con ello contribuía – y sigue contribuyendo-, a la reproducción cultural de los valores más caros de su identidad:

"La historiografía popular, que trabaja la continuidad entre el pasado, el presente y el futuro- y no el pasado como mero pasado-, contribuye a integrar, de modo dinámico e intersubjetivo las formas debilitadas y absolecentes de la identidad con las formas nuevas que es preciso consolidar. En este sentido, ofrece una plataforma orgánica para funcionalizar las técnicas de proyección y planificación social y control social sobre las mismas, asentando todo ello sobre una consciente consciencia de historicidad". (Ibid., 12).

Consecuentemente con esta “historia desde abajo” y a partir del ámbito específicamente epistemológico y metodológico, otras vertientes de la “Nueva Historia” -en su tarea de ampliar aquellas zonas invisibles del comportamiento sociocultural en el pasado-, posibilitaron la apertura del tipo de fuentes que la disciplina consideraba válidas para la reconstrucción científica de los procesos históricos, clásicamente, el documento escrito – principalmente el autenticado como oficial -, como prueba irrefutable de lo “existente” y la objetividad. Así, el documento “oficial” pudo ser, a fuerza de las investigaciones, complementado o sustituido con otro tipo de fuentes surgidas “desde abajo” en toda su multiplicidad, incluyendo la iconográfica. El cambio más relevante en este sentido, lo produjeron un buen número de investigadores que venían trabajando esta “historia del bajo pueblo” que formaron parte de una corriente metodológica llamada “historia oral” que, siguiendo los trabajos principalmente de antropólogos como Oscar Lewis (*Antropología de la Pobreza y Los Hijos de Sánchez*), vieron la potencialidad metodológica de las fuentes orales para el trabajo con el presente y el pasado. En este sentido muchos autores, como Paul Thompson (1988) y Luisa Passerini (1978), han amplificado las posibilidades tanto metodológicas como teóricas en el trabajo con este tipo de fuentes (y legitimado de paso otras, como las sonoras y gráficas).

Por lo pronto, interesa abordar los núcleos problemáticos que entraña la perspectiva diacrónica en el rescate de las identidades juveniles, en el entendido que éstas son viables y necesarias de ser investigadas.

5. Historia, Cultura e Identidades Generacionales.

Uno de los elementos teórico-conceptuales fundamentales que ayuda a desentrañar las potencialidades de la perspectiva histórica para dar cuenta de los procesos identitarios juveniles y de la sociedad en su conjunto, se encuentra en la dimensión generacional, cuyas “traducciones” les han asignado el mote de “método de las generaciones” (J. Ortega y Gasset, 1959), “método histórico de las generaciones” (Marías, 1967) o más actualizadamente “teoría de las generaciones” (Jansen, 1977) o “principio analítico de las generaciones” (Edmunds & Turner, 2002) y cuyos autores más relevantes en las ciencias sociales y humanas son tanto el propio J. Ortega y Gasset, como Karl Mannheim²⁰.

Dimensión (y “teoría”) bastante soslayada en las propias ciencias sociales, por el intento de sustituir las teorías de gran alcance –como el marxismo–, sobre el cambio social. Particularmente por desplazar el conflicto social clasista al de las edades, como el propio Juan Carlos Mariátegui (1928) denunció en América Latina a partir de las reformas universitarias. Sin embargo, estas propuestas que subsumen mecánicamente la exclusión generacional-juvenil a la de clase (como sucede también con la categoría etnia y/o cultura y género) han atravesado crisis y modificaciones importantes en su propio transcurso teórico, en la medida que la clase entendida como categoría monocausal y determinante de agregación social no ha sido capaz de dar cuenta del conjunto de interdependencias entre las distintas esferas del comportamiento sociocultural, privilegiando a unos colectivos sociales por sobre otros. Así, autores como Edmunds & Turner, se han aventurado a replantear con claridad que “*the erosion of a strong class theory has, consequently, provided opportunity to reconsider generations, especially in relation to politics and cultural change*” (Op. Cit., 3).

Sin embargo, la clase como categoría analítica para dar cuenta de las diferenciaciones y agregaciones identitarias (particularmente juveniles), tiene un valor todavía relevante, de

²⁰ Ambos autores trabajaron paralelamente el problema. Ortega, quien no conoció los trabajos de Mannheim, realiza sus primeras menciones al tema en 1914 en *Vieja y Nueva política*. Expone formalmente su teoría en 1923 en el libro *El tema de nuestro tiempo* y la madura y finiquita en 1933 al interior del texto *En Torno a Galileo* (para una secuencia detallada Marías, Op. cit, 90-92). Mannheim, por su parte, publica en 1928 *El problema de las generaciones [Das problem der generationen]*, el que representa un aporte capital no sólo a la teoría, sino a toda su obra (Sanchez de la Yncera, 1993: 153). Mannheim conoció la obra de Ortega aunque no le prestó mayor atención, limitándose a mencionar en la bibliografía la versión alemana de *El tema de nuestro tiempo*.

sobremanera en la interacción con las otras categorías, cuestión que revisaremos posteriormente. Por lo pronto, intentaré describir los aportes de la dimensión generacional.

Lo aportes de José Ortega y Gasset, como de Karl Mannheim, dan continuidad a preocupaciones presociológicas anteriores, que se arrastran desde los clásicos helénicos (Homero, Heródoto, Hecateo de Mileto) y que se encuentran ya presentes en el nacimiento de las propias ciencias sociales con A. Comte, W. Dilthey, J. S. Mill, etc. (Jensen, 1977). Sin embargo, esta perspectiva ha tenido ciclos revitalizadores importantes, sobre todo en los estudios literarios y, en momentos determinados, en la historia y sociología. Uno de los autores fundantes en esta perspectiva, es el citado Ortega y Gasset. Fuertemente imbricado por su propia concepción de la filosofía y la historia, el autor propondrá la tesis de que la generación es el concepto fundamental de la historia, organizadora de ella y método fundamental para su investigación (Op. Cit., 50-54). Su preocupación fundamental pasó primero por definir el concepto de generación, como “el conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia” (Ibid., 39-40)²¹, es decir, un conglomerado de sujetos que comparten “comunidad de fecha y comunidad espacial” (Ibid., 41), hasta elaborar las distinciones básicas con que el término se había trabajado con anterioridad. Las distinciones más relevantes cuya pertinencia tienen hoy toda actualidad-, son las que conciernen a la generación como categoría que apela al colectivo versus la genealogía, que se centra en el individuo y remite al parentesco o al linaje familiar como un esfuerzo de dividir las concepciones del término que provienen desde la biología con respecto a las ciencias histórico-sociales. Posteriormente, Ortega y Gasset traza un marco de distinciones más finas que caracterizan a la generación como una suerte de “motor histórico”. Una de ellas es la división entre los “contemporáneos” y los “coetáneos”, es decir, los elementos aglutinantes que conforman las generaciones. Los contemporáneos estarían formados por el conjunto de individuos que viven en un mismo tiempo (jóvenes, adultos y viejos), mientras que los segundos formarían parte de un grupo más reducido, potencialmente miembros de una generación (si coinciden en un mismo espacio de convivencia). Esta presencia temporal múltiple es la que, según el autor, genera el cambio social: “Merced a ese desequilibrio

21 Una gráfica definición de Ortega es ésta: “Alguna vez he representado a la generación como una caravana dentro de la cual va el hombre prisionero, pero a la vez secretamente voluntario y satisfecho. Va en ella fiel a los poetas de su edad, a las ideas políticas de su tiempo, al tipo de mujer triunfante en su mocedad y hasta al modo de andar usado a los veinticinco años. De cuando en cuando se ve pasar otra caravana con su raro perfil extranjero: es la otra generación. Tal vez en un día festival la orgía mezcla a ambas, pero a la hora de vivir la existencia normal, la caótica fusión se disgrega en los dos grupos verdaderamente orgánicos”. (Op. cit., 41-42).

interior se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada, putrefacta, en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical ninguna” (Ibid., 39-40). Así, según Ortega y Gasset, en el “hoy” coexistirían varias generaciones que caracterizan la vida social como un sistema dinámico de atracciones y repulsiones que constituyen la realidad de la vida histórica. Así, la generación sería un gozne sobre el que se mueve la historia, producida por la sucesión de generaciones.

Sin embargo, este postulado encierra submecanismos por los que se produce el cambio histórico. Ortega (y en una reactualización teórica, Jenssen), recurre a los conceptos de “masa” y “elite” para dar cuenta de la acumulación de energías de cambio que se producen al interior de la propia generación y que sustentarán las de mayor alcance. Según los autores, al interior de una generación conviven sujetos pertenecientes a la masa y a la elite, donde la función de estos últimos es la de “guiar”, servir como referente en la tarea de renovación histórica. Esta interrelación entre masa y elite de la misma generación será el contenido –o como dice el autor de *En torno a Galileo*, la “perspectiva”-, con el que una generación se va a relacionar con otra. Y es aquí donde aparecen las ideas capitales de Ortega y sus herederos, debido a que son éstas el “combustible” del “motor” del cambio: las relaciones intergeneracionales. El autor concibe el ciclo vital dividido en cinco edades de quince años cada una: niñez, juventud, iniciación, predominio y vejez. Sin embargo, para la teoría Orteguiana, sólo dos fases vitales tendrán importancia histórica, las que corresponden a las dos edades maduras, a saber, iniciación y predominio, las que en su relación se constituirán como el *locus* del cambio histórico. Estas fases tendrán guarismos etéreos concretos: el de iniciación, llamado también por el autor como de “gestación”, iría de los 30 a los 45 años; y el de predominio, o también llamado de “gestión”, de los 45 a los 60 años. Como el protagonismo está situado en estas dos generaciones, son ellas las que van a mantener las mayores relaciones, caracterizadas -siguiendo a Jenssen (Op. Cit., 94-100)-, por el conflicto real o potencial²², derivado de la competencia por el dominio en la estructura social, en pleno impulso de actividad, donde unos luchan por el mundo que quieren fabricarse, y los otros, por vivir en el que se fabricaron. Este conflicto, además, se basaría en la autoridad de las generaciones de iniciación con respecto a las de predominio y por la diferencia de “perspectivas” entre cada una de ellas, básicamente, según la autora, porque “las

²² Aunque para el autor -y es aquí donde radican muchas críticas-, esta relación no es necesariamente conflictual, más bien de colaboración: “La polémica no es, por fuerza, de signo negativo, sino que, al contrario, la polémica constitutiva de las generaciones tiene en la normalidad histórica la forma de secuencia, discipulado, colaboración y prolongación de la anterior por la subsecuente” (1959:51).

interpretaciones de la juventud son interpretaciones válidas de un mundo ligeramente diferente del de las otras dos generaciones”, por tanto, “resulta difícil encontrarse y comunicarse entre sí”.

A partir de la relevancia de estos fenómenos, Ortega llega a proponer lo que será central en sus escritos, un método de investigación histórica: el generacional. Esta idea consiste en proyectar dicha estructura sobre todo el pasado, so pena de “renunciar a descubrir la auténtica realidad de la vida humana en cada tiempo —que es la misión de la historia—” (Op. Cit., 42). Desde allí el autor propone develar la historia mayor. Para ello acude al contexto externo, debido a que desde la perspectiva individual, según Ortega, no se puede saber -teniendo como clave aquellos 15 años que constituyen una generación- si se está en el principio, final o término de su propia generación. De este modo, propone ir a un extenso ámbito histórico donde se han producido “grandes cambios” y a partir de aquellos hechos situar a la figura que “con mayor evidencia represente los caracteres sustantivos del período (Ibid., 63-64), al que llama “Epónimo” (de ahí la importancia de la elite en relación a la masa). Luego se consigna la fecha en que esta figura cumplió 30 años -fecha de la constitución como sujeto relevante históricamente-, para fijar las restantes generaciones, anteriores y posteriores, añadiendo o restando grupos de 15 años para llegar a consignar una “zona de fechas” a la que una generación forma parte.

Una de las muchas críticas viene dada por la ingenuidad del autor en cuanto a acudir a los contextos históricos “objetivos”, externos y “fundamentales”, para volver sobre ellos en su tarea de reconstitución histórica. De ahí la reformulación de las propuestas de autores como Julián Marías y Nerina Jensen. Estos últimos han agregado modificaciones a la configuración de las estructuras generacionales a partir de sus críticas tanto a la arbitrariedad del guarismo vital de 15 años -como período más o menos exacto de sucesión generacional-, como del establecimiento de momentos “históricos de crisis” y sus respectivas “generaciones decisivas”, lo que para los autores resulta muy difícil de situar. Lo propio ocurre con los epónimos.

Más allá de éstos y otros múltiples problemas que enfrenta esta “teoría”, lo cierto es que posiciona y posibilita inauguralmente una entrada “histórica” a las generaciones de “gestión”, tal como ocurrió –aunque no necesariamente por influencia Ortegiana-, con el comienzo de diversos esfuerzos de investigación sobre historia de los jóvenes a partir de la década de los 80’. Pero lo fundamental, es que abrió una perspectiva valiosa para dar cuenta no sólo de la causa del cambio social en la historia –cuestión muy discutida-, sino más bien de la distinción

de una categoría social que, enlazada en torno al tiempo y al espacio, puede formar un segmento social y cultural similar, con una misma perspectiva sobre el mundo y, por tanto, con una identidad; sobretodo, por la relevancia que le otorgan Ortega y sus discípulos a los períodos de “iniciación” -lo que equivaldría en su sistema, a los agentes más jóvenes de la estructura social-. No obstante, estos planteamientos poseen serias trabas teóricas para dar cuenta de esta identidad.

En efecto, esta fortaleza es precisamente la gran debilidad de la teoría. Más allá de las distinciones entre masa y elite, tanto J. Ortega como N. Janssen y, en menor medida, J. Marías, se sustraen a las múltiples diferencias que pueden existir entre coetáneos que forman una generación o, incluso, a la imposibilidad de proponerlas como agentes que en su aglutinación puedan generar preguntas –y respuestas- válidas desde la investigación social. En este sentido los aportes críticos de Karl Mannheim son fundamentales, no sólo como elementos reformuladores de la gravitación (aunque no de su carácter decisivo) de la categoría generacional, sino también, como **fertilizadoras de una concepción de la identidad juvenil graduada**, que permite resolver y desentrañar aquellas condiciones juveniles “omitidas” o invisibilizadas por la teoría sociocultural juvenil (expresadas en la llamadas “(sub)culturas juveniles”), así como las existentes en la diversidad histórica y sincrónica.

Mannheim emprende una revisión crítica y exhaustiva de una porción enorme de los investigadores que, en rigor, habían trabajado y aplicado en profundidad la categoría generacional en sus indagaciones (como A. Comte, O. Lorenz, G. Rümelin, G. Ferrari, J. Drommel y F. Mentré²³). Asimismo, acude a los intelectuales que, habiendo tocado tangencialmente el problema, logran dar algunas luces sobre las limitaciones y potencialidades que él descubre (como W. Dilthey y M. Heidegger y W. Pinder²⁴). Un primer parteaguas desmontador lo factura en torno a las limitaciones que las propias tradiciones de investigación habían tenido para el tratamiento de las generaciones en la perspectiva de constituirse como locus del avance histórico. En esta empresa asocia los autores a las distintas ópticas epistemológicas desde donde han emergido sus trabajos, emprendiendo una crítica tanto teórica como epistémica. El primer grupo de autores y planteamientos los adscribe al positivismo (Comte, Drommel, Mentré, Ferrari y Lorenz), básicamente porque sus

²³ Una descripción sintética de algunas de las ideas de estos autores puede leerse en Marías (1967 y 1989).

²⁴ De hecho el título del trabajo de Mannheim alude directamente al libro que este historiador del arte alemán había publicado en 1926 *Das problem der generationen in der Kuntgeschichte europas*, en el que había aplicado la perspectiva generacional.

postulados tienen en común la búsqueda de una base biológica que se propone dar paso a una ley general del ritmo lineal de la historia, teniendo como meta comprender el cambio formal de las corrientes espirituales y sociales a partir de esta esfera biológica. Estas consideraciones de Mannheim se asentaban en que la mayoría de los autores aludidos se basaban estrictamente en el sustrato vital²⁵ -el guarismo de 15 años es propuesto por Dromel en la sucesión de generaciones; mismos referentes en los que se mueven Mantré y Ortega-, para explicar el carácter unilateral de la generación para la articulación del progreso, alojadas en los supuestos de una psicología esquemática que confiere a la vejez un carácter conservador y a la juventud uno tempestuoso. Así, el problema del cambio sociocultural estribaría en la simplificación de calcular el promedio de tiempo que tarda en ser relevada la generación precedente por la nueva en la vida pública y en el determinar el punto “natural” de ocurrencia, para proceder a hacer, en el decurso histórico, un oportuno corte y contar... Ante lo cual Mannheim reacciona: “una comunidad de pertenencia a una generación no se puede comprender y deducir inmediatamente desde las estructuras biológicas (...) Ese es el error de todas las teorías naturalistas” (1993: 208-209).

Posteriormente, acude a lo que denomina los enfoques “histórico-románticos” (básicamente alemanes) para abordar el tema, los que se convertirán en el légamo fecundador de sus posiciones y conceptualizaciones para convertir la dimensión generacional en un tópico propiamente sociológico. Mannheim, apoyado en Dilthey, plantea que el aporte fundamental de esta tradición, estriba en la superación del absurdo biologista del tiempo externalizado, mecanista y patrón para dar cuenta del progreso lineal, puesto que la categoría generacional apela a la existencia de un tiempo interior no mensurable y que sólo se puede comprender como algo puramente cualitativo, convirtiéndose, de paso, en la contraprueba a la linealidad del flujo temporal de la historia. De este modo, la relevancia de la cuestión de las generaciones pasa del dominio causal (dato cronológico) al comprensivo (la estructura de los movimientos sociales y espirituales); apoyándose para esto en Heidegger en su concepción de generación como destino colectivo que envuelve al destino individual. Es bajo estas premisas que Mannheim emprende su empresa crítica y propositiva, en cuanto a circunscribir -como tema relevante desde el punto de vista científico social-, el vínculo generacional, la unión cualitativa de las generaciones y la distancia entre ellas. Sin embargo, tanto Heidegger como Dilthey le performan la mirada, más no la solución de estos problemas. Por ello acudirá a

²⁵ Que de paso fractura el fondo “no discutible” de Ortega, en cuanto éste no es capaz de zafarse a cabalidad de las determinante “naturales” -como la edad biológica- para dilucidar la identidad de una generación y el papel de la misma en el cambio histórico.

Pinder, quien había abordado, bajo las premisas anteriores, el problema generacional desde el punto de vista de la unidad y diversidad cualitativa de la misma, dilucidando un aspecto sumamente atractivo –casi desde la falsación–; la “no contemporaneidad de los contemporáneos” (para lo cual Ortega y Gasset había propuesto las distinciones de contemporaneidad y coetaneidad). Pinder propone que el “espíritu de un tiempo” no tiene principio formativo unitario; y que esta unidad epocal es aparente. Es aquí donde Mannheim se distancia, puesto que interpreta en el autor una incapacidad para comprender la mediación existente entre lo natural y lo espiritual (la relevancia de la categoría generacional), proponiendo los ejes “explicativos” fundantes de los lazos intra e intergeneracionales que, sólo complementados y convergentes con la situación cultural y circunstancias sociales, posibilitarían la igualdad de oportunidades que formarían una “unidad generacional” (*generationseinheit*). Este concepto será clave para dar cuenta de la generación como categoría sociocultural significativa y gravitante desde el punto de vista científico social.

Hasta este momento, el autor ha hecho –al igual que los aportes teóricos de la juventud “como construcción sociocultural”–, una proposición fundamental: el “dato vital” (la edad), es una posición generacional [*die Generationslagerung*] que sin interactividad con el cuerpo social no tiene mayor significación. Igual que como la clase y el sexo, datos que sin conectividad, no nos permiten interpretar la realidad sociocultural²⁶. Así, el fenómeno de las generaciones se produce en el meollo del acontecer social como fuerza formativa: son las fuerzas materiales, sociales y espirituales (léase culturales), las bases para producir individuos. Una buena síntesis de estos planteamientos la ofrece el propio autor:

“Sin negar la significación de los datos biológicos, hay que decir que sólo se puede hacer justicia a la problemática global si no se busca en una rítmica aritmética ‘el llegar a ser’ de ésta. Hay que considerar los datos biológicos como los factores de influencia ubicados más profundamente; pero, precisamente por eso, no se debe tratar de captarlos inmediatamente en sus consecuencias manifiestas, sino que es necesario el esfuerzo de observarlos, ante todo, en el elemento de los factores de influencia de carácter socioespiritual. Parece, pues, que lo propio del proceso histórico es que los factores vitales de influencia que son más elementales operen de modo latente, y que sólo puedan captarse *en el elemento* propio del plano social y espiritual que está superpuesto a ellos. Expresémoslo de un modo práctico: *el investigador sólo puede hacerse cargo de las transformaciones atribuibles al factor generacional, cuando previamente ha distinguido todas las modificaciones atribuibles al dinamismo histórico social. Quien se salte esa “esfera intermediaria” estará inclinado a atribuir inmediatamente a un factor natural*

²⁶ La posición de clase, como la “posición generacional”, dice el autor, tienen en común solamente “que limitan al individuo en un determinado terreno de juego”, confiriéndoles una modalidad específica de vivencia y pensamiento y una modalidad específica de sujeción en el proceso histórico. En este sentido, y extendiendo el ejemplo a la “posición generacional”, plantea : “No es de ningún modo cierto que una situación de clase posea siempre *consciencia de clase*, aunque en determinadas condiciones sociales ésta pueda surgir de aquella, conferirle un cuño especial y posibilitar la configuración de la ‘clase que se autoconstituye’ a partir de la mera situación de clase” (Ibid., 208-209).

(generación, raza, situación geográfica, etc.) todos los elementos que se atribuirían a la llamada 'influencia del medio' a la 'situación del momento'" (1993:213, cursivas mías).

Por tanto, es aquí donde el autor cierra definitivamente parte del problema. **Las generaciones remiten a las variaciones en el tiempo de la génesis social de individuos, que no se deben al tiempo mismo, sino a las condiciones histórico-sociales.**

A partir de estas premisas, el autor desarrollará lo que serán sus aportes específicos más relevantes, a saber, las piezas constructivas que están implicadas en la conformación de una "unidad generacional" que pueden, a partir de la autoconsciencia, formar -en palabras de Mannheim-, "grupos concretos". Esta concepción está muy cercana y constituye el matiz fundamental, según nuestra óptica, de las definiciones de "cultura juvenil".

Mannheim elabora estas piezas constructivas a partir de un arco ascendente de conceptos que van desde la "posición generacional" (*Generationslagerung*), es decir la edad biológica; pasando por la "conexión generacional" (*Generationszusammenhang*) o, lo que es lo mismo, una "posición generacional afin", hasta llegar a la "unidad generacional", la cual nace de los individuos que están "directamente" involucrados en una determinada "conexión generacional". El desarrollo de estos conceptos resulta fundamental, sobre todo los dos últimos.

La "conexión generacional" está determinada por la participación en el mismo ámbito histórico social y en la misma "comunidad de vida histórica" (Ibid., 221), que tiene la capacidad de generar una vinculación y participación real a partir de los contenidos sociales y espirituales entre los individuos que se encuentran en la misma "posición generacional" – léase la "edad"– (Ibid., 222). Por tanto, queda clara la no pertenencia a una misma "conexión generacional", siguiendo al autor, de la juventud prusiana de 1800 con la juventud china del mismo período cronológico. Un ejemplo más potente, sobre todo para los análisis ulteriores, grafica más acentuadamente su distinción:

"(...)¿acaso hay que contar a los campesinos –que vivían en una región completamente alejada y que por entonces, apenas, o sólo muy escasamente estaban afectados por las perturbaciones globales- en la misma *conexión generacional* en la que en esa misma época hay que incluir a la juventud de las ciudades?. Seguro que no, y tanto más por cuanto ellos no llegaron a ser directamente captados por las revoluciones sociales y espirituales que impulsaba la juventud ciudadana." (Loc. cit.).

Así, para el autor, sólo es posible hablar de "conexión generacional" cuando los contenidos sociales y espirituales, operantes en los terrenos de lo que se ha desestabilizado y de lo que está en renovación, posibilitan un vínculo real entre los individuos que se encuentran en la

misma “posición generacional”: “(...) entonces, la mencionada juventud campesina sólo se encuentra en la correspondiente *posición generacional*, pero no participa de la *conexión generacional* en cuestión. Se encuentra en la misma *posición generacional* en la medida en que puede incluirse potencialmente en los nuevos destinos” (Loc. cit.). Aquí Mannheim se apoya básicamente en lo que llama la “estratificación de la experiencia”, es decir las vivencias iguales o diferenciadas en que los sujetos participantes de una “posición generacional” experimentan. De ahí las afirmaciones que se alzan, para muchos, como el hilo argumental de las apreciaciones críticas de la dimensión generacional como se venía trabajando pero, que a su vez, sitúan en parte las posibilidades de la categoría:

"Lo que constituye la posición común en el ámbito social no es el hecho de que el nacimiento tenga lugar cronológicamente al mismo tiempo –el hecho de ser joven, adulto o viejo en el mismo período que otros-, sino que lo que la constituye primariamente es la posibilidad, que en ese período se adquiere, de participar en los mismo sucesos, en los mismo contenidos vitales; más aún, la posibilidad de hacerlo a partir de la misma modalidad de la estratificación de la conciencia. Resulta fácil probar que el hecho de la contemporaneidad cronológica no basta para constituir posiciones generacionales afines. Nadie querría sostener que la juventud china y alemana se encontraban en afinidad de posición en torno a 1800. Sólo se puede hablar, por lo tanto, de afinidad de posición de una generación inserta en un mismo período de tiempo cuando, y en la medida en que, se trata de una potencial participación en sucesos de vivencia comunes y vinculados. Sólo un ámbito de vida histórico-social posibilita que la posición en el tiempo cronológico por causa de nacimiento se haga sociológicamente relevante". (Ibid., 216).

Por otra parte, la “unidad generacional” (*generationseinheit*), se define como una adhesión mucho más concreta a ciertos contenidos histórico-espirituales, cuya característica es la de un reaccionar unitario, “un agitarse juntos” (Ibid., 225), por tanto constituye un tipo específico de “conexión generacional”. Para ilustrarla, acude a lo que distingue, en su tiempo, como dos “unidades generacionales” operantes en la misma “conexión generacional”, la “juventud romántico-conservadora” y la “liberal-racionalista”. Ambas, según el autor, son parte de sólo una “conexión generacional” expresadas en “dos formas polares” de una misma problemática de su presente, pero se constituyen como “unidades generacionales” porque establecen cada una de ellas un vínculo mucho más estrecho al ocupar ese mismo presente en forma de experiencia divergente.

Siguiendo este arco conceptual ascendente, resultan particularmente interesantes aquellas categorías que, sin desarrollar en profundidad, atisba Mannheim en su trabajo. Así, al igual que una “unidad generacional” constituye un segmento específico basado en la “conexión generacional”, los “grupos concretos” generacionales, insinúa el autor, tienen su “eventual”²⁷

²⁷ En este sentido Mannheim es explícito: “La unidad de generación no consiste en absoluto en una adhesión que aspire al *desarrollo de grupos concretos*, aunque ocasionalmente pueda ocurrir que el hecho de la unidad de

génesis en la “unidad generacional”, cuyo signo es el de cultivar y tener conciencia que constituyen una “unidad generacional”. Su importancia es que estos “grupos concretos”, pueden teóricamente ser equiparables a las llamadas “culturas juveniles”. Es enormemente significativo para las interpretaciones derivadas del presente acercamiento teórico, que en este punto Mannheim coloque como ejemplo de “unidad generacional autoconsciente” a las *Burschenschaften* (corporaciones de estudiantes) del siglo XIX -que según su información se basaban en las *eteiriai* griegas-, y a su contemporáneo *Jugendbewegung* (“movimiento de la juventud”). En referencia a las *Burschenschaften*, el autor cita a pie de página a F. Herbst, para graficar el temple de las corporaciones estudiantiles y su sentido de formar una identidad:

“(…) Estábamos convencidos de que la vida nos impone elevadas exigencias, y, si esas exigencias no se satisfacían desde arriba, nosotros, confiando en nosotros mismos creíamos tener derecho a ordenar nuestras condiciones de vida de tal modo que pudiéramos formarnos y fortalecernos en ellas de acuerdo con nuestra convicción, aquella que nos habían impuesto la razón y el espíritu del tiempo” (En Mannheim, 1993:228-229).

En este sentido, surge un aporte esclarecedor para establecer los límites entre uno y otro concepto, dado que el autor sostiene que éstos tienen la característica de no sólo derivarse mecánicamente unos de otros (“la unidad generacional, de la conexión generacional y ésta, a su vez, de la “posición generacional”), sino que forman realidades distinguibles claramente: “estar fundamentado en algo no equivale a significar ser deductible de, estar contenido en, ese algo (...) un fenómeno que se fundamenta en otro, no puede darse ciertamente sin él (...) pero contiene en sí (...) un sobreañadido cualitativamente propio y no deductible de aquel” (Ibid., 209).

Tanto en las piezas constructivas que van desde la “conexión generacional” a la “unidad generacional” autoconsciente, se encuentran las claves de lo que se entiende por “identidad generacional”, como concepto que media entre la “cultura juvenil” –como categoría identitaria juvenil mayor- y la comunidad de pertenencia a años de nacimiento próximo (lo que se ha llamado “grupos de edad”). De allí que, convergente con el planteamiento y en una interpretación aguda sobre esta obra de Mannheim, Sánchez de la Yncera (1993: 180-181), descubre en el autor una de las primeras reflexiones científico sociales sobre las interpretaciones colectivas de la realidad y el campo de las autodefiniciones de grupo o, lo que es lo mismo, la resolución en el terreno de la identidad en la configuración de actores

la generación se convierta en la base para establecer la unidad consciente en el proceso de formación de grupos más concretos” (Ibid., 206).

sociales que se producen en la “vivencia, convivencia y contra vivencia”. Para Sánchez de la Yncera el escrito de Mannheim dialoga fecundamente con los aportes posteriores de Paul Ricoeur (1991) sobre la identidad subjetiva, donde aborda la dinámica del tiempo en la constitución del “yo”. Más allá de estas referencias, lo cierto es que Mannheim provee de herramientas conceptuales fundamentales para dar cuenta no sólo del real aporte de la dimensión generacional como categoría científico social complementaria en la dilucidación de la realidad histórico-social, sino también, de una batería conceptual para dar cuenta de aquellos actores juveniles que en la dialéctica histórica o presente puedan aparecer eventualmente con una débil argamasa identitaria.

Como puede verse, dichas teorías no han sido suficientemente explotadas como generadora de preguntas o iluminadoras de “realidad”, que desde una historia de la juventud pudieran tener alcances fecundos. Sin embargo, aún faltan un par de autores fundamentales que pueden ayudar a afinar aún más la interacción entre historia, cultura, generación y juventud.

Como se dijo anteriormente, la teoría de las generaciones tuvo ácidas críticas y generó controversias desde su aparición. Las fundamentales provenían del Marxismo, fundamentalmente porque la categoría generacional se erigía como un concepto monocausal para explicar el cambio histórico-social, que se proponía como sustitutiva de la categoría dialéctica de la “lucha clases” para la explicación del mismo. Sin embargo, estas críticas desde el marxismo decimonónico -que fue el período más intenso donde convivieron ambas teorías-, no se adentraron en el meollo del asunto. Tendrán que pasar varias “generaciones” para que un neomarxista se ocupara tangencial, pero certeramente sobre el problema. Sus planteamientos, en lo fundamental, recorren tácitamente los mismos caminos de Mannheim en sus críticas a las glosas conceptuales positivistas sobre la categoría (la edad es sólo un dato biológico sin significación sociocultural) y la dimensión generacional como una, de muchas otras, categorías comprensivas (antideterminismo). Pero, sobre todo, toca los mismos centros neurálgicos que Mannheim para la comprensión y delimitación de los alcances analíticos de esta perspectiva desde el punto de vista sociocultural, dando cuenta del carácter relacional de la generación como categoría analítica, profundizando el flanco crítico abierto por el autor de “el problema de las generaciones”, a saber: la generación como efecto de las variaciones en el tiempo de las condiciones sociales, culturales y materiales de una sociedad. Debido a esta

similitud, sólo se enfatizarán algunos aspectos tocados por Bourdieu en su concepción de esta categoría sociocultural²⁸.

En efecto, como ya se había visto, para Pierre Bourdieu (1990) la juventud era una construcción cultural pero que, mirada desde el punto de vista generacional, da cuenta de las formas materiales y sociales constituidas históricamente en determinada sociedad para producir sujetos. Así, según el autor, las diferencias generacionales son diferencias en los modos de producción de individuos, los que van acompañados del mismo habitus -herencia cultural o inconsciencia de clase inculcada por las condiciones de existencia- (Bourdieu, 1988:464), lo que para Mannheim, como se vio, sería la “estratificación de la experiencia”. Para Bourdieu, el “tiempo” sería una variable dependiente de las alteraciones estructurales del campo de producción de los actores; cuando cambian las condiciones de reproducción materiales y sociales se producen nuevos agentes, en consecuencia, emergen las diferencias generacionales:

"Una clase o una fracción de clase está en decadencia, y por consiguiente orientada hacia el pasado, cuando no está en condiciones de reproducirse con todas sus propiedades de condición y de posición, y cuando, para reproducir su capital global y mantener su posición en el espacio social (la de su familia de origen o su posición presente), sus miembros más jóvenes, en una proporción importante, tienen que realizar por lo menos una reconversión de su capital, que se acompaña con un cambio de condición, marcada por un desplazamiento horizontal en el espacio social: cuando, en otros términos, la reproducción de la posición de clase llega a ser imposible (desclasamiento) o no se cumple si no es mediante un cambio de fracción de clase (reconversión). En ese caso, la transformación del modo de generación social de los agentes determina la aparición de *generaciones* diferentes, cuyos conflictos no se reducen a aquello que normalmente se inscribe en los conflictos generacionales, puesto que tienen por principio la oposición entre los valores y los estilos de vida asociados al predominio en el patrimonio del capital económico o del capital cultural." (Bourdieu, 1990:464-5).

Así, un aspecto central propuesto por Mannheim (Op. Cit., 213), es replanteado por Bourdieu: no es posible trazar generaciones más que a partir del conocimiento de la historia específica del campo²⁹. La acción del tiempo es la acción de las transformaciones estructurales del campo de producción de sujetos; del campo de reproducción de las posiciones de los grupos sociales.

28 Estas semejanzas en la concepción de generación, incluso, han llevado a Martín Criado (1998) a retraducir ciertos aportes de Mannheim a los terrenos terminológicos de Bourdieu.

29 Para Bourdieu, el concepto de campo remite en términos analíticos a una red de relaciones objetivas entre posiciones, las que se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes. Estos agentes se enfrentan por la distribución de las diferentes especies de poder (capital). La posesión de estos capitales implica el acceso a las ganancias que se encuentran en disputa en cada campo y es lo que determina, en última instancia, la posición dentro de él: igualdad, subordinación, hegemonía, etc. (Cfr. Bourdieu, 1995).

"La historia estructural de un campo (ya se trate del campo de las clases sociales o de cualquier otro) constituye en períodos la biografía de los agentes que en él se encuentran comprometidos (de suerte que la historia individual de cada agente contiene la historia del grupo al que pertenece); en consecuencia, no es posible separar en una población unas *generaciones* (por oposición a unas simples clases de edad arbitrarias) si no es sobre la base de un conocimiento de la historia específica del campo en cuestión: en efecto, únicamente los cambios estructurales que afectan a ese campo poseen el poder de determinar la producción de generaciones diferentes, al transformar los *modos de generación* y al determinar la organización de las biografías individuales y la agregación de esas biografías en clases de biografías orquestadas y sometidas a un ritmo según el mismo *tempo*. Aunque tenga como efecto el *sincronizar* durante un tiempo más o menos largo los diferentes campos y el confundir, por espacio de un momento, la historia relativamente autónoma de cada uno de esos campos en una historia común, los grandes acontecimientos históricos (revoluciones o cambios de régimen), que lo más a menudo son utilizados como puntos de referencia en la periodización de los campos de producción cultural, introducen con frecuencia unos cortes artificiales y desaniman en la búsqueda de las discontinuidades propias de cada campo." (1990:465-6).

Más allá de estas precisiones y cierta determinación “socio-estructural”, el autor es capaz de colocar en escena algunas preguntas y aspectos fundamentales para el trabajo con esta categoría. Si las generaciones están en último término ancladas en las variables específicas de cada campo o realidad social concreta, que produce individuos con un habitus también específico –lo que será, según Bourdieu uno de los contribuyentes de la reproducción cultural-, ¿cómo, en forma concreta, podemos distinguir una generación de otra en términos del espacio social (similares condiciones de existencia)?; y por otro, ¿cómo “ajustarla” o vincularla con la variable “tiempo”. Enfrentado a ese problema, Martín Criado (Op. Cit., 84-85), también siguiendo al Bourdieu de *La distinción*, intenta dar respuesta a ello planteando, primero, las aristas del problema. Criado sugiere que como los cambios materiales y sociales son paulatinos, éstos no pueden circunscribirse a una fecha concreta (de hecho se remite a la paradoja de Eubúlides citada en Bourdieu: ¿cuántos granos de trigo forman un montón de trigo?). Por lo tanto, dice que es el propio investigador quien tiene, por medio de “un acto de violencia”, que delimitar el “momento” en que las condiciones sociales y materiales son homogéneas. Para ese aserto recurre a G. Mauger (quien, además, recuerda enormemente a Mannheim):

"Si se adopta una definición precisa de la pertenencia a una misma clase de condiciones de existencia, no se pueden delimitar generaciones más que en el interior de un grupo estrechamente definido (clase o fracción de clase especificada por la profesión y/o el sexo, región, etc...) o en un campo precisamente definido del espacio social (campo político, campo de producción cultural). Pero se puede, a la inversa adoptar una definición fluida (..) Es decir, que la extensión de una generación en el espacio social puede variar de un grupo restringido de pretendientes en tal o cual campo (vanguardias literarias o artísticas) a la cuasi-totalidad de una clase de edad (como, en caso de guerra, en la movilización de los soldados de un contingente) en función de la definición adoptada de la pertenencia a un mismo 'cuadro de vida histórico-social': de la entrada en el mismo momento en una misma profesión (que supone un mismo 'modo de generación') a la simple participación en un mismo 'acontecimiento-fundador' (como una guerra o una crisis política: la guerra de Algeria o Mayo 68), de la confrontación a una misma situación (la crisis del

mercado de empleo, por ejemplo) de toda una clase de edad, a la situación específica de los titulares del mismo sexo de tal categoría de diploma." (Mauger en Criado, Op.Cit., 85).

Así las cosas, quedan suficientemente claras las posibilidades de esta dimensión como categoría potencial de indagación, en un doble aspecto de por sí dialéctico: el de la realidad sociocultural que produce sujetos, como también el de los propios sujetos generados por esta realidad como tamizadores de la experiencia dada por la estructura sociocultural mayor; o, lo que es lo mismo, "la edad procesada por la historia y la cultura" (Margulis y Urresti, 1996:18).

La condición dialéctica de esta capacidad iluminadora de la dimensión generacional se encuentra ligada a lo que Mannheim (Op. Cit., 224-227) llama "unidad generacional" y "grupos concretos", y estriba en la propia capacidad de los actores y grupos sociales para adscribirse, autodefinirse y apropiarse de una determinada "identidad generacional". Para Bourdieu esta capacidad se deriva de la confrontación (la lucha al interior de un campo determinado) entre los distintos sujetos y conglomerados por adquirir y administrar determinados capitales simbólicos para reproducir y mantener su posición –y garantías– dentro de ese campo. De hecho, desde allí arrancan las disquisiciones de Bourdieu sobre el consumo cultural como mecanismo de "distinción" que permite a los actores sociales detentar una u otra posición dentro de la estructura social. A esta dinámica corresponde la visión sobre la identidad o autoafirmación generacional como constructo válido para dar cuenta no sólo del "campo", sino también de los agentes constitutivos de él y su significancia.

Convergente con ello, aparecen aportes que ayudan a cualificar la idea de identidad generacional, inscrita no sólo en la dinámica "material" de las relaciones sociales, sino también en las simbólicas. Es decir, la configuración de esta identidad a partir de las relaciones entre los diferentes actores de la vida social, cuya expresión se representa en la afirmación o negación de las diferencias: niño/no-niño, joven/no-joven, adulto/no-adulto, viejo/no-viejo. De este modo, **la constitución de una identidad generacional, sería ante todo un proceso relacional**, en tanto que está situada en un contexto de afirmaciones o negaciones intergeneracionales. Los aportes del antropólogo Frederick Barth (1976) sobre la construcción de las identidades étnicas ha explorado estas dimensiones, enfatizando la constitución de la misma a través de la organización de las diferencias con respecto a otros grupos étnicos.

A partir de allí y en un sentido amplio, la noción de identidad constituiría una definición sociocultural de una realidad individual: un campo de relaciones humanas en el que los

sujetos se esfuerzan por hacer una síntesis entre las determinantes internas y las externas de su acción, entre lo que es para sí y lo que es para los demás. Así, esta opera mediante el sentimiento, reconocido como tal, de pertenencia a uno o varios colectivos y, por otro, en el plano del poder social, a través de la posibilidad que el individuo tiene de realizarse a través de la diferencia (Bouchrara, 1997).

Más allá de estas afirmaciones, lo cierto es que las identidades elaboradas en torno a la construcción cultural de lo juvenil tienen la capacidad de refractar en forma resumida los recursos culturales que se privilegian por parte de la sociedad mayor para ser transmitidos e inculcados en aras de la reproducción del sistema sociocultural. Estos recursos aparecen visibilizados de una manera más clara y sintética en la selección flexible y medianamente autónoma por parte de los actores juveniles de los elementos culturales que quieren adoptar, transformar o rechazar en su incorporación a la sociedad mayor y adulta. Es decir, no sólo se refractan las reglas de inserción a la sociedad (adulta) y el consiguiente control del poder en determinado campo, sino también el manejo de los contenidos culturales claves para posibilitar su ingreso (relaciones intergeneracionales); contenidos que serán más tarde constitutivos de una nueva legitimidad y cultura. Por tanto, y como lo plantea Feixa para el caso de las culturas juveniles, su expresión se constituye en un tropo del sentido u horizontes culturales en los que determinada sociedad vive, materializa y representa su devenir. Este mismo autor -que ha trabajado pioneramente en esta dirección con el recurso metodológico más pertinente (al cual se referirá al final de este trabajo)-, enfatiza tanto el papel de las identidades juveniles como “síntoma y metáfora” de los procesos de cambio histórico, así como la pertinencia de la “diacronía” para su elucidación en cuanto a síntesis subjetiva del entramado estructural de la sociedad:

"(...) les cultures juvenils es poden entendre una síntesi col·lectiva de les interaccions que s'estableixen, en cada moment històric, entre biografies y estructures; son un símptoma, una metàfora, de processos sòcio-culturals. Però és una metàfora amb un alto grau d'autonomia de significat: els joves rellegeixen les situacions històriques d' acord amb factors microsocials, reapropiats y reexpeditats a través del filtre de la pròpia biografia, elaboren en termes culturals les seves experiències materials i estructurals. Des d'aquesta perspectiva, les històries de vida han de portar les traces de la interacció biografies-estructures-cultures juvenils, tan a nivell d'experiències materials, com a nivell d'elaboracions simbòliques. Dexifrar el significat de les verbalitzacions autobiogràfiques pot ser el camí més fecund per tal de comprendre les condicions estructurals d'emergència de les cultures juvenils, així come les formes en què han estat experimentades pels individus concrets. L'objectiu no és "reduir" el concret al general, sinó observar el general de de la perspectiva del concret: accedir a la dinàmica macro-social mitjançant la comprensió de la dimensió micro-social, avaluar les continuïtats i els canvis en les estructures objectives des de la perspectiva de la subjectivitat" (Feixa, 1990:66).

Esta perspectiva puede rastrearse, igualmente, en uno de los trabajos históricos más interesantes sobre los jóvenes en la Italia fascista y en E.E.U.U durante los años 50' (Passerini, 1996), quienes representan para su autora, la “metáfora” del cambio social. En el mismo sentido y de forma más específica, los últimos trabajos de Agnes Heller y Feren Feher (1994), se han centrado en los movimientos culturales -particularmente generacional-juveniles-, como mediadores, con una gran capacidad de transformación en cuanto a ser productores de un imaginario cultural que “supera la cultura de clases” y que modela el “ser y estar” del mundo adulto. Pero es, quizás, el trabajo de Edmunds y Turner (2002), el intento teórico actual más sistemático desde la antropología y la sociología para potenciar la perspectiva generacional como dimensión heurística. A través del análisis de eventos traumáticos -fuente creadora de generaciones según los autores³⁰-, como las guerras, la caída del muro de Berlín o el atentado a las torres gemelas de New York, Edmunds y Turner plantean que se han creado nuevas formas de consciencia que trascienden la división de clase y género para producir movimientos y culturas generacionales. Prendidos de los aportes de Bourdieu y basándose en las actuales condiciones postindustriales, los autores expanden el concepto de Mannheim sobre las relaciones generacionales (restringido a los límites locales o nacionales), para llevarlo al análisis de generaciones juveniles “globales”, inauguradas, según los autores, desde la Segunda Guerra Mundial y la extensión de los medios de comunicación de masas, las nuevas tecnologías y los bienes simbólicos juveniles transnacionalizados. Su preocupación “postmaterialista”, les lleva a concebir la generación “as an age cohort that come to have social significance by virtue of constituting itself as cultural identity” (Op. Cit., 7). Distinguen entre generaciones “activas” y “pasivas”, donde las primeras tendrían un papel “generativo”, en tanto, producirían un nuevo patrimonio cultural. Dentro de las generaciones activas se encontrarían las generaciones estratégicas, las que capitalizarían los recursos y oportunidades favorables para crear un “sentido generacional” que alimentaría la transformación social, la que se materializaría con las generaciones subsecuentes. Su material “empírico”, lo constituyen los movimientos juveniles, culturales e intelectuales emergidos desde 1960 en Estados Unidos, Australia y Gran Bretaña. Todo un reto, para quienes, como los autores, se suman a una reconceptualización de una “sociología de la juventud”, reemplazándola por una antropología o sociología de las generaciones.

³⁰ Según los autores “a generation can be defined in terms of a collective response to a traumatic event or catastrophe that unites a particular cohort of individuals into a self-conscious age stratum”. (2002:12).

CAPITULO 2.

“Que los viejos se vayan a sus casas”: El surgimiento de los actores juveniles en Chile y el contexto latinoamericano³¹.

1. Nombradía juvenil.

(...) Jóvenes, seamos jóvenes, seamos dinámicos, seamos enérgicos, seamos puros, desinteresados y dispuestos al sacrificio. Sacudamos esta apatía de buey durmiente que adormece hasta el paisaje de primavera con su sola presencia.

Ayer uno de vosotros decía que yo he sido siempre como una descarga eléctrica, que soy un despertador. Esa frase me basta como recompensa, es el mejor elogio al que puedo aspirar y si realmente he logrado sacudir el adormecimiento de siesta española que nos caracteriza, podré volver a Europa pensando que valía la pena haber venido a la patria, pues he realizado en ella algo grande.

¡Hicimos nacer la juventud!

(Vicente Huidobro, Carta a la Federación de Estudiantes Universitarios, 1925b).

Manidamente interpretado –y soslayado- como el iluso afán político de uno de los poetas más gravitantes de hispanoamérica, este fragmento de carta representa el testimonio final de un precipitado parto producido en las primeras décadas del siglo XX: la emergencia, el arribo como actor social³² e identitario de gran parte de la juventud latinoamericana en su versión mesocrática, ilustrada y masculina. Dicha carta, redactada por el poeta vanguardista a los 33 años a su regreso de su segunda estadía en Francia, no es nada más ni nada menos que la respuesta de aceptación al ofrecimiento de su candidatura a la presidencia de la República de

³¹ Parte de este capítulo tiene una versión preliminar y reducida titulada “‘Que los Viejos Se vayan a Sus Casas’. Juventud y Vanguardia en América Latina y Chile” (González, 2002b).

³² Subrayamos su dimensión de actor social, porque su presencia como categoría social identitaria restringida a una “cultura de clase” local venía teniendo presencia acentuada desde el último cuarto del siglo XIX. Véase, por ejemplo, el testimonio biográfico de los “días de juventud” de Luis Orrego Luco (1866-1948): “la vida social era entonces agradable y activa. Solíamos ser invitados a grandes bailes en casas particulares de hacendados o millonarios. Transformábase generalmente la casa entera en sala de baile. Las invitaciones se circunscribían a las *niñas y los jóvenes más conocidos*. La casa donde se recibía se llenaba de flores, el champagne corría a torrentes, sin mirar el gasto, y la fiesta duraba generalmente hasta las cuatro de la mañana (...) Participé en el gran sarao que se ofreció en la casa de Pancho Undurraga, en honor del Príncipe Don Carlos de Borbón, a quien tuve el honor de conocer, con no poca satisfacción de mi parte, pues no llegaba a los veinte años y me pagaba de semejantes snobismos.” (Orrego Luco, 1984:58-59). Por su parte, Tancredo Pinochet Le-Brun describe ácidamente la “vida material de un joven santiaguino” a principios de siglo XX: (...) Nace i su cuna de bronce se lo vende Busquets, Seckel, Lumsden (...) Crece i los padres Franceses o el Instituto Inglés se encargan de su educación (...) Su ropa se la hacen Pujol, Pinaud, Cerri, Delteil, Geue, Biagini, Serveau, Dufresne, Cornaglia, Falabella, Russo, Ouvrard o Casini; sus zapatos Pepay, Vuletich, Canguilhem, Rouxel, Werneburg, Ancich; su sombrero Launay, Cohé, capellaro, Voigt, La Joven Italia Wieger, Chopis, Wegener, haudeville o Biaut. Sus pelotas para foot-ball o lawn-tennis, se las venden Diener, Hume o Melrose; sus cigarros se los venden Pabst, Silberstein, Wageman o Kähny; los licores Weir Scott, Stirling o Hayes. (...) Pinochet Le-Brun (1909:102).

Chile por parte de la "Convención de la Juventud Chilena", evento que reunió a gran parte de las juventudes universitarias y secundarias de Santiago. La mayoría de ellas, como la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), se sabían influyentes, pero estaban desconsoladas por el apoyo y posterior traición de su otrora candidato, -y quién efectivamente llegara a ser presidente-: Arturo Alessandri Palma. El camino de Vicente Huidobro después de 1925 seguirá alimentando más a las vanguardias artísticas mundiales que a las políticas y regresará a Francia derrotado. Sin embargo, como expondremos, cerrará magistralmente el proceso de surgimiento de estos actores, que fue marcado por la convergencia entre vanguardias estéticas de una aristocracia rebelde -como la del propio Huidobro- y las vanguardias político-sociales de capas medias y organizaciones obreras y militares.

El principio de esta misiva se puede situar a fines del siglo XIX. En ese momento, cuando en Europa y Estados Unidos los procesos de modernización se instalaban definitivamente y las grandes urbes crecían al amparo de una industrialización radicalizada, gran parte de América Latina vivía todavía un proceso de decantación republicana, soportada en una ruralidad y economías primario-exportadoras generalizadas. La labor era la de profundizar y formalizar los Estados Nacionales abandonando la frustración interna en un doble juego identitario: mirando al exterior -básicamente a Francia, al menos hasta 1914 con el inicio de la I Guerra Mundial- y construyendo una fuerte conciencia americana y nacional. Poco a poco el proceso modernizador avanza y junto con él, las revoluciones sociales y culturales en todo el mundo. En gran parte de América Latina dicho trayecto está caracterizado por un parte, por las luchas entre la "fronda" aristocrática, oligárquica, católica y conservadora, que frenaba tercamente la expansión de la modernidad (económica y cultural); y por otra, por un sector mesocrático y obrero en continuo crecimiento, que impugnaba la redirección de la modernidad, democratizando la sociedad a partir de cambios sociales y culturales profundos, criticando la sola "modernización de las apariencias". La aparición de los jóvenes, en su versión estudiantil, como un estrato visible y gravitante, coincide y es parte -como veremos más adelante- de la primera entrada de los actores medios en casi toda América Latina, también de inspiración antioligárquica. El primer gobierno de Alessandri en Chile, el *Batllismo* en Uruguay, el *Irigoyerismo* en Argentina son sus expresiones (Faletto, 1986); teniendo la influencia importantísima de las Revoluciones Mexicana y Rusa. Al mismo tiempo, estos hechos entroncan con el incipiente arribo del movimiento obrero y anarquista, que enfrentaba aún más a la oligarquía con el "pueblo".

2. Chile íntimo: breve contexto

En el Chile de principios de siglo, el Estado se rige por el parlamento. Sistema conocido como parlamentarismo o república oligárquica, donde el presidente era un instrumento de las elites. Ellas viven criollamente la *belle époque* y la moda de París, así como la idea de "nación" sin problemas sociales. Su enriquecimiento proviene de la exportación del salitre, el carbón y la especulación. Estas castas familiares, según múltiples fuentes³³, no eran más de cien, cuyo poder económico-político venía desde la independencia con el latifundio y se había incrementado con la explotación minera y su exportación a California y Australia. El Censo de 1907, señalaría que los habitantes pertenecientes a la clase trabajadora sumaban casi un millón de personas, sobre una población activa de 1.250.000 y que esta masa vivía marginada de todo beneficio, incluida las decisiones nacionales. Este modelo se venía resquebrajando aceleradamente desde los primeros movimientos sociales -1880- y la guerra civil de 1891, tanto en las ciudades de Iquique, Santiago, Valparaíso y Talcahuano. Ejemplo de ello es la fundación, el 1 de enero de 1900, de la primera *mancomunal*, organización proletaria que más tarde se transformaría en el Partido Obrero Socialista y que jugará un papel decisivo durante casi una década en la lucha social. En los primeros años del siglo se sumarán numerosas huelgas y revueltas obreras en todo el país. En 1907 -mismo año en que se funda la Federación de Estudiantes de Chile- el sistema estalla en uno de los hitos más significativos del movimiento obrero latinoamericano, la huelga y la masacre de la "Escuela Santa María de Iquique", donde más de un millar de trabajadores de las minas salitreras del norte, angustiados por la devaluación de su moneda de cambio (*fichas*) en los almacenes (*pulperías*), la usura y la explotación, son asesinados. La represión irá en aumento.

El centenario del país (1910), encuentra a un Chile fracturado por la desigualdad y el descontento de sus capas medias y bajas, como lo prueba Alejandro Venegas Carusel en su *Sinceridad. Chile Íntimo 1910*, un retrato de la miseria de Chile de norte a Sur que provocó escozor entre las clases acomodadas. Allí, el autor desvela las condiciones del proletariado viviendo en los "conventillos" o *cités*, sin agua potable, sin alcantarillado, ni gas, y en precarias condiciones sanitarias. Esto, a contrapelo del crecimiento económico incipiente en que se encontraba el país entre 1895 y 1920. Este período, conocido como el "ciclo industrializador del salitre", se expande y crece alimentado fuertemente por la Primera Guerra

³³ Estas y otras informaciones sobre el período fueron extraídas de: Bethell, 2000; Collier & Sater, 1998; Escobar, 1960; Espinoza, 1988; Jobet, 1951; Encina, 1968.; Ramírez Necochea, 1956; Salazar, & Pinto, 1999; Silva, 1997; y Cariola & Sunkel, 1982.

Mundial (1914-1918) debido a la exportación de minerales (salitre y cobre, fundamentalmente) y productos agrícolas. Sin embargo, su beneficio quedó concentrado en las oligarquías y los inversores norteamericanos que comenzaban a instalarse definitivamente en la explotación minera. Sin embargo, el fin de la guerra supuso el derrumbe de la industria salitrera (cuyo producto era consumido como abono y en la fabricación de explosivos), lo que provocó la cesantía de miles de obreros, que migraron hacia el centro del país, hacinándose y viviendo en condiciones aún más paupérrimas. Con todo, poco a poco las clases medias y la naciente clase obrera comenzarán por la vía política y a través de diversos movimientos sociales, a presionar por sus derechos y garantías. Es así como se amplía el Partido Radical -representante de la pequeña burguesía- y el Partido Democrático, de fuerte tendencia socialista; crecen las orgánicas anarquistas (se unen a la Industrial Workers of the World, IWW) y sindicales, y se funda, bajo el liderazgo de Luis Emilio Recabarren, el Partido Obrero Socialista (1912), que más tarde pasará a ser el Partido Comunista. Los movimientos de la sociedad civil aumentan, como la masonería, los movimientos laicos anticlericales y las organizaciones de mujeres o, en palabras de Subercaseaux (1998) el espiritualismo y *feminismo aristocrático*, como el Club de Señoras (1915-1923) y la revista "Azul" (1914)³⁴.

3. Estética de la lucha social: bohemia & rebeldía "lírica".

Pero fundamentalmente proliferan y adquieren un protagonismo inédito -por su vinculación interclasista- los movimientos estudiantiles y las vanguardias artístico-literarias; todas nucleadas bajo el amparo de la Federación de Estudiantes de Chile, fundada, como dijéramos, en 1907. En sus revistas *Juventud* y *Claridad* publicarían sus primeros textos Pablo Neruda, Gabriela Mistral, el mismo Huidobro; Luis Emilio Recabarren, Pedro Prado, el dirigente estudiantil anarquista y poeta José Domingo Gómez Rojas -al cual volveremos más adelante por su particular interés-, Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, etc., la mayoría partícipes y protagonistas de las luchas sociales que emprendiera la Federación y los partidos Democrático, Radical y Liberal -unidos en la Alianza Liberal-, y las diversas organizaciones obreras anarco-socialistas. En las revistas del organismo se divulgarán textos de Verlaine, Kropotkin, Nietzsche, Bakunin, Proudhon, Marx, Jules Romains, Baudelaire, Apollinaire y Rimbaud. Es decir, la mayor parte de las teorías y estéticas de la vanguardia y la "sospecha".

³⁴ En este período aparece una de la más importantes luchadoras del movimiento, Amanda Labarca y se detecta la enorme influencia de la visita de la libre pensadora española Belén de Sárraga, que fue radicalmente proscrita por organizaciones femeninas vinculadas al clero. (Cfr. Subercaseaux, 1998).

Todo se acompaña con la mesocratización del país: apellidos que no vienen de la independencia, ni de los próceres del siglo XIX; creciente presencia femenina, migración estudiantil y una incipiente y centralizada -básicamente en Santiago- expansión de las escuelas, los liceos y la universidad; y una masificación de los espectáculos públicos, como el cinematógrafo, el teatro y fiestas de distinto tipo. De la mano de la FECH comienza la llamada "Bohemia Estudiantil" generada por la abundante migración de estudiantes a la capital. Su participación activa comienza con la toma de posición contra la Iglesia y a favor del Estado laico. En un pequeño documento histórico elaborado por la FECH, se recuerda que en mayo de 1913 se produce una revuelta de la Bohemia, donde piden:

"(...) la renuncia de Monseñor Sibila, nuncio papal, que había propuesto en 1910 que la Iglesia, para protegerse de confiscaciones, debía vender sus bienes y enviar los frutos de la venta al Vaticano. En los enfrentamientos, Monseñor Sibila pierde su sombrero a manos de los estudiantes, siendo llamado el presidente de la FECh, Alejandro Quezada por el Ministro del Interior del Presidente Barros Luco, para que devuelva el símbolo de dignidad del eclesiástico". (FECH, 2001).

Se conoce a la "Bohemia Estudiantil" de la época por revolucionar social y culturalmente a la sociedad. Los "años locos" tienen un espejo importante en la sociedad chilena y los salones y espectáculos se llenan de los ritmos del "Tango", del "One Step", del "Charleston", del "Shimmy" y del "Foxtrot". La FECH, produjo y puso en circulación un espacio de identificación simbólico-juvenil gravitante para el momento, las llamadas "Fiestas de la Primavera", realizadas en el mes de octubre de cada año, que condensarán gran parte de las subjetividades juveniles del momento en su versión mesocrática, estudiantil y masculina. La fiesta -que tuvo continuidad durante décadas- aglutinaba la mayoría de la expresión artística de estos sujetos, donde tendía a visibilizarse tenuemente a algunas mujeres-jóvenes, nomenclatura casi ausente por el monopolio de la tríada hombre-joven-estudiante con que había emergido el prototipo identitario. La elección de la reina de la primavera durante la fiesta convivía con el concurso de "afiche" y con los "Juegos Florales", concurso literario de renombrada importancia y que tuvo como ganadores a los que más tarde serían dos premios nobeles de literatura: Gabriela Mistral en 1914, con "Sonetos de la Muerte" y Pablo Neruda en 1921 con "Canción de la Fiesta". La bohemia así como la mancomunidad entre "arte y revolución", es retratada con cierta intensidad por el mismo Neruda en su libro de memorias *Confieso que he vivido*. Allí se ilustra esta retroalimentación de las vanguardias artísticas y políticas, la mayoría vinculadas a la universidad y sus orgánicas estudiantiles, como la misma Federación. Sobre ese momento, Neruda recuerda:

"Cuando llegué a Santiago, en marzo de 1921, para incorporarme a la Universidad, la capital chilena no tenía más de quinientos mil habitantes, olía a gas y a café. (...) (...) Al local de la Federación de

Estudiantes entraban y salían las más famosas figuras de la rebelión estudiantil, ideológicamente vinculada al poderoso movimiento anarquista de la época. Alfredo Demaría, Daniel Schweitzer, Santiago Labarca, Juan Gandulfo eran los dirigentes de más historia. (...) En la vida literaria revolucionaria, la figura más importante era Roberto Meza Fuentes, director de la Revista "Juventud", que también pertenecía a la Federación de Estudiantes (...) Allí descollaban González Vera y Manuel Rojas. (...) A González Vera lo había conocido yo en Temuco fugitivo tras el asalto policial a la Federación de Estudiantes (...) Su presencia me conmovió (...) tal como la llegada del nihilista revolucionario a la casa de Sacha Yegulev, el personaje de Andreiev que la juventud rebelde latinoamericana veía como ejemplo." (Neruda, 2001:49-50)

Para mucho más adelante insistir:

"(...) Cada uno trataba de ser más anárquico, más disolvente, más desordenado. La vida social chilena se conmovía profundamente. Alessandri pronunciaba discursos subversivos. En las pampas salitreras se organizaban los obreros que crearían el movimiento popular más importante del continente. Eran los sacrosantos días de lucha. Carlos Vicuña, Juan Gandulfo. Yo me sumé inmediatamente a la ideología anarcosindicalista estudiantil. Los intelectuales se refugiaban en las cantinas. El viejo vino hacia relucir la miseria que brillaba como oro hasta la mañana siguiente." (Neruda, 2001:349).

La FECH, sincretizaba un fuerte liderazgo político y estético³⁵, acrecentándose dicha simbiosis de forma exponencial en corto tiempo. Ya para 1918, la organización potencia su liderazgo político y se une a las reivindicaciones mesocráticas y obreras, particularmente a estas últimas. Su preocupación por la "cuestión social" había marcado su nacimiento³⁶, por tanto su alianza con los movimientos de trabajadores, era obvia. Dicha alianza y protagonismo ha sido minimizada por la historia oficial de las elites políticas, y en alguna medida por la de los historiadores "obreristas", lo que más adelante abordaremos. En 1918 la FECH se une a la Federación Obrera de Chile (FOCH), liderada por Luis Emilio Recabarren, orgánica que se convierte en la vanguardia de la protesta social, en el contexto de un Chile fuertemente desestabilizado por el descontento -hambre y carestía- provocada por la explotación y la crisis de postguerra. A fines de 1918, tanto la FECH como la FOCH,

35 Se debe consignar, que una lúcida lectura "cultural" de este período nos la proporciona Bernardo Subercaseaux (1998) a propósito de la vanguardias de principios de siglo. En su obra queda perfectamente ilustrado el papel y el imaginario de la naciente juventud, en un breve capítulo titulado "Juventud e imaginario de la desmaterialización" donde vincula a las vanguardias juveniles estéticas y políticas de principios de siglo como sectores con condiciones socio-culturales mediadoras respecto a las nuevas energías culturales y a los ideales de cambio. Su análisis lo ejemplifica bajo el símbolo del vuelo, - la desmaterialización- para él representado en la obra *Alsino* de Pedro Prado y *Altazor* de Vicente Huidobro. Otro "síntoma" de la alianza entre vanguardias juveniles artísticas y políticas, es el "gesto" del anarquista y dirigente de la FECH, Juan Gandulfo, quien "grabó en madera la portada y todas las ilustraciones de *Crepusculario*", el primer libro de Neruda (Neruda, 2001:50).

36 La fundación de la entidad es el fiel reflejo de las contracciones sociales que se estaban produciendo. Ella surge en 1907 por un "gesto de dignidad herida" como dijera Vera en *Juventud y Bohemia* (1947:41-42). El relato que en 1905 un grupo de estudiantes de medicina -la mayoría de clase media- fueron a Valparaíso en labores sociales (combatir una epidemia de viruela, muy común en la época). En 1906 se les hizo un homenaje de agradecimiento en el Teatro Municipal, pero recibieron entradas para las plazas peor ubicadas, reservándose los lugares de privilegio para los invitados de alta alcurnia. En protesta los homenajeados no acudieron y el director de la escuela de Medicina Dr. Orrego Luco renunció. A partir de allí surge la idea de crear el organismo.

acuerdan para el 18 de noviembre convocar al "mitin del hambre", cuyo éxito y multiplicación en el país termina con la constitución popular de la "Asamblea Obrera de Alimentación Nacional", que vertebrará a gran parte de los movimientos sociales que intentan remover a las oligarquías, con diversas huelgas y paros simultáneos en todo el territorio, más una marcha con cerca de 100.000 personas en Santiago. Entre los años 1911 y 1920, dice Cabero (1929) hubo en Chile 293 huelgas en que participaron casi 160.000 personas -de una población chilena de aproximadamente 4.000.000-. De éstas, la mayoría tuvo lugar de 1918 en adelante.

En el intertanto, y consecuente con la política de alianza, Pedro León Loyola, presidente de la FECH en 1918, funda la Universidad Popular Lastarria para obreros. A principios de 1919, el presidente Luis Sanfuentes reprime y relega a Temuco a Recabarren; y ya para principios de 1920 la Asamblea se disuelve concentrándose en la FOCH. Los hechos se precipitarán y la FECH -junto a un numeroso contingente de jóvenes, artesanos y obreros-, apoyarán la candidatura de Arturo Alessandri Palma y su campaña de justicia social y antiparlamentarismo oligárquico. Y es quien representa para el proceso histórico chileno (sólo en su primer período presidencial, 1920-1925), la institucionalización de la mesocratización del país, capitalizando las luchas sociales, tanto de la FECH, la FOCH y la IWW y dotando, con la promulgación de la Constitución de 1925, de una nueva legitimidad socio-política, básicamente para las clases medias, separando por ejemplo, la Iglesia del Estado. Su llegada al poder está revestida de reacción contestataria por parte de la oligarquía, y la juventud estudiantil sufrirá en carne propia dicha respuesta. Es el tiempo de la influencia de la Reforma de Córdoba, que en los jóvenes se hace patente, cuestión que posteriormente abordaremos con más detalle. En el transcurso del apoyo de los jóvenes estudiantes a la candidatura de Alessandri, se suceden una serie de hitos significativos para la identidad del movimiento y su propia condición juvenil.

La "Convención Estudiantil de la FECH", realizada en junio de 1920, transgrede de forma radical los valores y principios de las elites dominantes, que se traducen en una acentuada opción en contra del capitalismo y la moral católica. En la breve historia de la FECH se cita una alocución del entonces senador Enrique Zañartu, quien diría a propósito de las conclusiones de la Convención: "el que tales principios sustenta debe envejecer en la cárcel hasta morir en ella" y "lo que es contrario al régimen capitalista es contrario a los intereses nacionales" (Op. cit., 2000). Los sectores conservadores gobernantes, para frenar las aspiraciones de Alessandri distrayendo la atención, inventan un conflicto con Perú y Bolivia - la llamada "guerra de don Ladislao", llamada así por el Ministro de Guerra de la época,

Ladislao Errázuriz-, y que los estudiantes denuncian rápidamente como una farsa, mientras la prensa acusa a la FECH de antipatriótica. El asalto a la sede de la FECH -"Club de Estudiantes"- el 21 de julio de 1920 por parte de la policía e incitada por los sectores conservadores marcará un hito. Un valioso testimonio panóptico de este momento fue rescatado en 1960 por la revista *Ercilla*. En ella, aparece entrevistado un gran número de dirigentes de la época, directamente involucrados en los hechos, entre ellos uno de los presidentes de la FECH en el período del golpe militar (1924-1925), el poeta Roberto Meza Fuentes, en ese tiempo con 61 años y que dirigió las revistas estudiantiles "Juventud" y "El Universitario":

"Fue la generación sacrificada. Tuvo su mártir: Domingo Gómez Rojas (...). Fue un dirigente estudiantil, un poeta y agitador de gran talento. Murió enajenado en la Casa de Orates. Mi generación fue la perseguida, porque inició los contactos entre obreros y estudiantes, con sentido revolucionario en la acción. (...) De toda Latinoamérica, los universitarios chilenos éramos los que más participábamos en las luchas políticas y de justicia social. El año 20 la lucha electoral fue violentísima. Alessandri era candidato a la Presidencia. Para detener el triunfo de este candidato popular, el Gobierno de la época llegó incluso a inventar un peligro internacional y a decretar la movilización del Ejército a las fronteras nortinas (la "guerra de don Ladislao"). La FECH, reunida extraordinariamente, pidió al Gobierno una explicación de las causas de la movilización. En dicha gestión participaron los dirigentes José Ducci Kallens y Pedro León Loyola entre otros. Al día siguiente, los estudiantes éramos "traidores a la Patria, vendidos al oro peruano". Entonces se produjo el famoso apaleamiento a los estudiantes y el asalto al local de la FECH. (...) Desde los balcones del segundo y tercer piso fueron arrojados a la calle el piano, obras de arte, muebles y archivos de la revista "Juventud". Con todo ello se hizo una hoguera en medio del aplauso de los asaltantes y pijes de la calle Ahumada. La plancha de bronce de la FECH fue arrancada y en su lugar puesto un cartel: "Se vende esta casa. Tratar en Lima". La plancha original fue llevada en triunfo a La Moneda, donde el Presidente felicitó a los autores por su actitud de vandalismo patriótico. Nuestros dirigentes se escondieron: Santiago Labarca, Pedro León Ugalde, Juan Gandulfo y Domingo Gómez Rojas fueron apresados. La muerte de Gómez Rojas dio origen a un grandioso funeral. Se pensó postergar la fiesta primaveral en señal de duelo, pero luego se decidió realizarla a pesar de todo. El "prólogo lírico" que se estilaba en aquella época, generalmente alegre, se convirtió en una protesta en versos (Revista *Ercilla*, 14 de septiembre de 1960).

La muerte de José Domingo Gómez Rojas (dirigente y el poeta más popular entre los estudiantes), el 29 de septiembre de 1920, es otro ejemplo importante del surgimiento de estos actores a principios de siglo, librepensadores, vanguardistas estéticos y comprometidos con las luchas sociales. Su muerte es una marca para el movimiento juvenil de ese entonces, que será proyectada y capitalizada, como adelantáramos más arriba y analizaremos con detención después, con Vicente Huidobro. Juntos, son una extraordinaria síntesis de los elementos que estaban en juego en la naciente condición juvenil. Gómez Rojas, escriben Moraga y Vega (1997) nace en Santiago el 4 de agosto de 1896. A los 17 años publica *Rebeldías Líricas*, con lo que se gana su entrada a los movimientos vanguardistas estudiantiles. Escribe bajo el seudónimo de "Daniel Vásquez" primero como militante de la Juventud Radical y después como encendido ácrata participa de las acciones políticas de la FECH y los mítines callejeros

obrero-estudiantil. Se dice que se vuelve loco, a consecuencia de las torturas en la cárcel, para terminar muriendo en la Casa de Orates el 29 de septiembre de 1920. Su funeral sería uno de los más multitudinarios que se recuerde en los años 20' y se constituyó como un mártir del movimiento juvenil-estudiantil, político y artístico. Es curioso que el poeta y dirigente sea sólo conocido por este "Miserere", que es casi un manifiesto existencial de juventud y que espejea ciertamente con su propia desventura: "La juventud, amor, lo que se quiere, // ha de irse con nosotros, ¡Miserere! // La belleza del mundo y lo que fuere // morirá en el futuro, ¡Miserere! // La tierra misma lentamente muere // con los astros lejanos, ¡Miserere! // Y hasta quizá la muerte que nos hiere // también tendrá su muerte, ¡Miserere!".

Pablo Neruda en las memorias citadas, recuerda estos hechos así:

"Yo había sido en Temuco el corresponsal de la revista "Claridad", órgano de la Federación de Estudiantes, y vendía entre 20 a 30 ejemplares entre mis compañeros de Liceo. Las noticias que en el año 1920 nos llegaron a Temuco marcaron a mi generación con cicatrices sangrientas. La 'juventud dorada', hija de la oligarquía, había asaltado y destruido el local de la Federación de Estudiantes. La justicia que desde la Colonia hasta el presente ha estado al servicio de los ricos, no asaltó a los asaltantes, sino a los asaltados. Domingo Gómez Rojas, joven esperanza de la poesía chilena enloqueció y murió torturado en un calabozo. La repercusión de este crimen (...) fue tan profunda y vasta como habría de ser el asesinato en Granada de Federico García Lorca" (2001:48-49).

Bernardo Subercaseaux, para elaborar una síntesis del fenómeno, rescata en su libro la siguiente reflexión del otrora joven del Partido Radical, Santiago Labarca³⁷, que fuera presidente de la Federación en un período álgido, 1918, acompañado en la vicepresidencia del estudiante de medicina y militante anarquista Juan Gandulfo:

"Rememorando esos días de lucha veinte años después, Santiago Labarca, se pregunta "¿Qué fuimos? ¿Quiénes fuimos?" y responde "un heterogéneo conglomerado de hombres de todas las edades, venidos de todas partes, y a los que impulsaban todos los sueños: obreros, artesanos, estudiantes, profesores, filósofos, políticos, artistas; unos pocos diletantes y ningún usufructuador". Fue, en definitiva, un movimiento estudiantil y social multifacético y plural en lo ideológico (...) que jugó un rol decisivo en la caída del régimen oligárquico y en las características que asumió el triunfo de Arturo Alessandri Palma, sobre todo en su perfil de candidatura mesocrática, antioligárquica, populista y reformista". (Subercaseaux, 1998:48).

Arturo Alessandri -alias el "León de Tarapacá" por su encendida oratoria y caudillismo-, finalmente gana las elecciones, pero tendrá que seguir afrontando la fuerte crisis económica motivada por la postguerra y el crecimiento demográfico. Las movilizaciones obreras (entre 1920 y 1924 hubo 386 huelgas que involucraron a más de 200.000 personas, según Cabero (1929)- y las presiones del conservadurismo le harán renunciar a su cargo por un breve

³⁷ Subercaseaux cita el artículo que el propio Labarca publicó en el tomo VIII de la revista *Babel* en 1945 titulado "la generación de los años 20".

tiempo. Los sectores conservadores incitan a la oficialidad militar a tomar el poder. Estos, a través de Luis Altamirano, inspector general del ejército y otros oficiales jóvenes de menor rango como Marmaduke Grove, Carlos Ibáñez del Campo y Alejandro Lazo, protagonizarán el “ruido de sables” que demandará a Alessandri una serie de proyectos de ley, como la modificación de la dieta parlamentaria, impuestos, salarios y pensiones. Alessandri nombra al general Luis Altamirano como Ministro del Interior para calmar a los militares y Altamirano nombra a Juan Pablo Benett como Ministro de Guerra y al general Francisco Neff como Ministro de Hacienda. Ellos apadrinarán los proyectos de ley más urgentes y deciden no disolverse como gabinete hasta que no se aprueben la totalidad de ellos. Alessandri, decide renunciar por sentirse un “títere” de los militares, lo que fue rechazado. Sin embargo, su dimisión se convierte en una salida temporal por seis meses y parte a Argentina. El gabinete militar disuelve el congreso y se autoproclama como junta gubernamental. En ese momento, resurgirá el movimiento militar vinculado a la suboficialidad que comenzó el movimiento, la llamada "Juventud Militar", conocida en la historia "oficial" como "Junta Revolucionaria de enero de 1925". Esta será reconducida por el citado Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez, los que colocan en puestos claves a Emilio Bello Codecido, Pablo Dartnell, y al Alnte. Carlos Ward. Ellos reestablecerán en su puesto a Alessandri y provocarán que finalmente se promulguen las leyes sociales como el "Contrato de trabajo", "Seguro obligatorio", "Accidentes del trabajo", "Tribunales de conciliación", "Organización sindical", "Sociedades Cooperativas y Libre asociación", "feriado anual", "gratificación" y, lo más trascendental, la decretación de una nueva constitución (1925), que restaba gran parte del poder al orden constitucional parlamentarista-oligárquico anterior.

Esto reafirma y recalca que no sólo el movimiento estudiantil se apropia de la *nombradía* juvenil - y que habitualmente se presenta como paradigma del surgimiento del actor juvenil en América Latina. Este se acompaña con otros, poco conocidos, pero que reivindican igualmente su condición juvenil. Tal es el caso de la "Revolución de los Tenientes en 1924 en Brasil y el citado "movimiento de la juventud militar" en Chile, al cual Faletto (1987) hace auguralmente una breve referencia para analizar el proceso. Dicha “Juventud Militar”, como los movimientos estudiantiles-juveniles organizados, tendrá una vinculación muy fuerte en este período con el propio Vicente Huidobro y con la carta que citáramos al principio, proceso que terminaremos analizando. Pero antes de precipitarnos en los antecedentes finales de la misiva de Huidobro y el intento de los sectores juveniles mesocráticos de acceder al poder, es

deber ampliar nuestra mira de análisis hacia el resto de los países latinoamericanos, fuente de retroalimentación de gran parte de los procesos "juveniles" nacionales.

Las revueltas juvenil-estudiantiles y la creación de organizaciones de juventud universitaria recorrerán todo el continente a principios de siglo. Junto a ello se inicia una toma de conciencia de su condición en éstos de forma creciente. En este contexto, "lo joven-universitario" era la hipérbole de la transformación sociocultural. La radicalización del ideal ilustrado de "progreso" y democracia. El uso de la propia palabra "juventud" comienza a generalizarse y a adquirir más potencia semántica entre la mayoría de los intelectuales comprometidos con la causa antioligárquica, y se apropia para delimitar y excluir los intentos fallidos y anquilosados de construcción nacional excluyente, así como la solución a los problemas sociales que emergían con la incipiente introducción de la racionalidad del capital y la perpetuación de la dominación de las oligarquías y la Iglesia Católica. La mayoría de aquellos sujetos "crearon" la juventud como un concepto cargado de renovación y cambio, la corporeización de la modernidad que se asienta de sobremanera con el paso de siglo y los deseos liberales y antioligárquicos que aparejaba la naciente "*intelligentsia populista*". Una de las tantas lecturas sobre el contenido de su identidad, puede darnos como resultado la visión de que ésta se asienta en los valores antioligárquicos, pero se reserva su esencia identitaria fundamental: el ser los iluminados, la vanguardia "liberal", los que piensan por sí mismos sin representar a ningún interés social concreto. En la misma revista *Ercilla* se reproduce el siguiente testimonio del citado Pedro León Loyola (Presidente de la Federación durante 1913-1914, y en ese entonces con 73 años), que clarifica cierto espíritu generacional de estos jóvenes estudiantes, sobre todo a principios de siglo:

"Entonces no había luchas electorales entre los estudiantes. Nadie se habría atrevido a presentar su candidatura, pues le habría significado el repudio moral inmediato de todos sus compañeros. El idealismo universitario iba a levantar a los partidos políticos, pero no ocurría como ahora que la politiquería invade las escuelas universitarias. Entonces, no se concebía siquiera la idea de colocar un cartel de propaganda electoral en los recintos universitarios, por los que había un enorme respeto. Yo nunca me metí en política activa y jamás firmé el registro de un partido. Pertenecí al Centro de Propaganda Radical. Era la asociación de los jóvenes radicales en barbecho. Pero nadie jamás se habría atrevido a encomendarnos una tarea de convencimiento político o electoral. Nos habría indignado y ofendido. Eramos libres y nos respetábamos nuestras ideas. (Revista *Ercilla*, 14 de septiembre de 1960)

La naciente generación identificaba su juventud con la del siglo, nos dice Gerald Martin:

"(...) Identificaban su modernidad con la revolución estética en la poesía, música, y artes plásticas y sus revueltas sociales con las revoluciones mexicana y rusa (...). Ahora, en la era del cine, la radio, la música grabada, los automóviles, los aviones, los transatlánticos, Hollywood y la Proletkult, *llegó el momento de la juventud, el artista joven como deportista o estudiante revolucionario*. Por primera vez en un siglo eran los jóvenes los que producían las ideas e ideologías dominantes" (2000:214, cursivas mías).

De este modo, en el inicio del siglo XX irrumpe un sujeto social hasta entonces poco visible y que para muchos será el motor de todas las transformaciones acaecidas en América Latina hasta la década de los años 70': La juventud -en ese momento élítica- estudiantil y artística. El proceso encuentra su clímax en los movimientos de reforma universitaria, cuyo bastión fue el movimiento estudiantil de Córdoba en 1918, donde podemos situar, en palabras de Faletto "el surgimiento de una ideología juvenil" (1986:72), o la emergencia de "la nueva generación americana" (Julio González V, 1930, en Balardini, 2000a). El movimiento de Reforma Universitaria iniciado en Córdoba, no sólo es el principio de la emergencia del actor joven -al menos en la palabra- sino también sintetiza el violento cambio de "imaginario" que sacudirá a América Latina al iniciar la centuria. Antes de 1910, el intelectual progresista estaba contra España y posteriormente contra Estados Unidos; luego de las revoluciones Mexicana, Rusa y la Reforma de Córdoba de 1918, tuvo que oponerse a los terratenientes y al capitalismo (Martin, 2000: 202).

4. "No estén cuerdos, ni un solo instante": El légame intelectual latinoamericano.

Gran parte de los intelectuales involucrados en el proceso de Reforma suscribirán una suerte de ideología nacional latinoamericanista, que coincide con la decepción provocada por la Primera Guerra Mundial en Europa (que formó a gran parte de ellos). Por tanto, el movimiento enlaza fuertemente con un latinoamericanismo exacerbado que se opone de paso al cosmopolitismo de los sectores oligárquicos y conservadores. La primera guerra justifica la decadencia del modelo civilizatorio europeo para éstos y da pie para enarbolar la idea de un modelo civilizatorio "joven", "nuevo" de "futuro": el americano. Estas ideas pueden rastrearse en la mayoría de los influyentes ensayos de la época, como *La Raza Cósmica* de José Vasconcelos, y fundamentalmente en el ensayo edificante de José Ingenieros *El hombre mediocre* (1913) y *Ariel* (1900) de J. Enrique Rodó. Es importante detenerse en Rodó (1871-1917). El siglo se abre con la publicación de *Ariel*, que tiene la significativa dedicatoria "A la Juventud de América". La obra ha tenido múltiples interpretaciones, básicamente por su abstracción y tono lírico-filosófico, pocas veces transitado por el ensayo americano. Su obra intenta ser la antítesis de *Calibán*, libro de Ernest Renán que plantea el triunfo de Calibán - símbolo de la materialidad, el pragmatismo utilitarista- sobre Ariel, que es la espiritualidad. Rodó, reescribe la historia, para llevar a Ariel a la victoria. Este ensayo -o soliloquio filosófico- ha sido leído, la mayoría de las veces, como una reacción filosófica antipositivista,

y por tanto reafirmadora del idealismo; y por otra- que es la interpretación más socorrida- como una reivindicación de la latinidad en contraposición al utilitarismo, materialidad y torpeza del ethos cultural angloamericano (básicamente de Estados Unidos); reafirmando los valores latinoamericanos e hispanos que intentan ser asimilados y ensombrecidos por dicha cultura. Así, en palabras de Zum Felde “*Ariel* se convirtió en el símbolo mismo del latinoamericanismo, definido por primera vez” (en Hate, 2000:41).

Esta lectura, sin embargo, está atravesada por una reivindicación de la condición juvenil americana inaugural, que, la mayoría de las veces, es pasada por alto. Rodó, con singular maestría ventrílocua, encanta a sus discípulos con su personaje, el maestro “Ariel”, sobrenombre que los propios alumnos le pusieran a su profesor, llamado “ Próspero”, en homenaje a un cuadro que representa la *Tempestad* de W. Shakespeare, donde aparece la figura. Dicha pintura, se encuentra en el despacho del mentor, espacio donde elabora un discurso de despedida de final de año, que es la argamasa de la obra. Rodó exhorta a la juventud latinoamericana a abandonar los caminos de Calibán y seguir los de Ariel, “genio del aire”: la sensualidad, la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y no dejarse seducir por el cuerpo y el pragmatismo utilitario anglo-americano que intenta absorber, como digiera el crítico Clarín en el prólogo de una de la ediciones de la obra, “con cantos de sirena” a la “américa joven latina” (Clarín, 1961:21). Estas ideas serán el mensaje del mentor, acompañadas con una *ideología juvenilizante* pocas veces resaltada por los críticos, pero muy acentuada en su obra. De hecho, ya en los tres primeros capítulos, traza los objetivos que inspirarán a las camadas generacionales de principios de siglo, con su mensaje de afirmación de “optimismo y juvenilismo”, en el decir de Carlos Real de Azúa (1976:11):

"(...) La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renan: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida”. (Rodó, 1961:30)

Y continúa con la más elaborada intelección sobre el símbolo de la Juventud en la historia y la cultura greco-latina:

"(...) La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. — Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. «Aquel que en Delfos contemplaba la apiñada

muchedumbre de los jonios —dice uno de los himnos homéricos— se imagina que ellos no han de envejecer jamás». Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente” (1961:32-34).

Para terminar reflexionando sobre el alcance y objetivos de su palabra, reafirmando a través de la toma de conciencia generacional, el "nuevo" proyecto americano:

"(...) Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. —He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu” (1961:41-42).

El caso de José Ingenieros, nacido en Italia y nacionalizado argentino, es también importante. Fue un profesor universitario, que en su época de estudiante había formado el Centro Socialista Universitario, una de las organizaciones que participará en la fundación del Partido Socialista Obrero de Argentina. Publicó ensayos políticos y filosóficos de gran impacto en la juventud estudiantil, tanto en América Latina como en Europa, y se involucró, ya como profesor, activamente en el proceso de Reforma universitaria, apoyando decididamente a los estudiantes. *El Hombre Mediocre* resulta ser un ensayo edificante que alecciona a la juventud sobre las lacras morales que aquejan al mundo (servilismo, hipocresía, etc.). Junto a ello, la obra manifiesta una elevación de la “verdadera” condición juvenil como modelo de futuro moral:

“Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella: jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrepitos de pocos años prematuramente domesticados por las supersticiones del pasado: lo que en ellos parece primavera es tibieza otoñal, ilusión de aurora que es ya un apagamiento de crepúsculo” (1980:23).

La influencia de estos autores, queda registrada en una carta dirigida a la revista *Ercilla* por un lector que reflexiona sobre su propia generación en relación a la del 50':

“La juventud de la generación del año 20 tuvo más suerte. Los jóvenes de hoy reirán de ella, porque no usaban camisas de vistosos colores; porque preferían a Mozart, y no la música africana; porque bailaban 'one-step' y no los bailes descoyuntados de hoy; porque todavía seguían leyendo a Pierre Loti y Oscar Wilde. Pero esa juventud no imploró ayuda ni comprensión. Antes, por el contrario, fue ella la que guió. *Llegó hasta el pueblo, hasta la masa trabajadora e inquietó a estadistas y maestros. Pero tuvo guías espirituales, como Ingenieros y Rodó. Y actuó como juventud. Nunca se tornó grave ni ceremoniosa. Rompió muchos viejos moldes, y fue impetuosa y temeraria. Fue juventud pionera, que tuvo la noción del porvenir, que escuchó la voz del siglo, y se lanzó de un salto gigante hacia delante*”. (A. Vial, Carta dirigida a la revista *Ercilla*, junio 1956, cursivas mías).

Por otra parte, en México, el foro principal de las ideas “juveniles” lo representaba el “Ateneo de la Juventud”, fundado en 1909, y cuyo integrante más destacado, junto a Alfonso

Reyes, será el abogado, poeta, político y filósofo José Vasconcelos (1882-1959). Participa como diplomático al lado de Madero en el triunfo de la Revolución Mexicana (1910), para posteriormente exiliarse por un largo período. Regresa a México para llegar a ser Secretario de Educación Pública de 1921 a 1924. En varios países latinoamericanos es nombrado “Maestro de la Juventud”, por su mensaje y labor pedagógica edificante y su liberalismo radical. Por diferencias políticas con el régimen, se alejó del país, volviendo a México en noviembre de 1928, para al año siguiente lanzar su candidatura a la Presidencia de la República, apoyado por los estudiantes. Al perder las elecciones, vuelve a partir de México y cambia sus postulados ideológicos hacia la derecha. A parte de sus obras más conocidas como *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *La Raza Cósmica* (1925), y su autobiografía *Ulises Criollo* (1935), el prolífico ensayista tiene una destacada preocupación por el imaginario³⁸ juvenil emergente, dedicando *La Nueva Generación* (1929) y numerosas cartas y discursos a abordar el papel de los jóvenes en una América Latina incluyente. Una de los escritos más representativos de su pensamiento, publicado en 1924, es la carta “A los estudiantes de Trujillo que se dirigieron a mí en nombre de los estudiantes del Perú”, cuyo mensaje es un sumario de sus planteamientos con respecto al rol de la juventud en los Estados Nacionales explotados por “gamonales” o “estancieros” y por una burguesía a la que deben “reducirse sus privilegios mediante una legislación radical”. Su mensaje apela a un idealismo juvenil total, que sea capaz del autosacrificio para lograr resolver la marginación, la explotación, la incultura y el falso patriotismo de los gobiernos tiranos, para construir una América Latina unida, pasando a plano secundario los “cortos” y “gastados” provincianismos (“Sólo las almas de moluscos siguen apegadas a la roca de la patria”). El meollo de su discurso es ensalzar el espíritu transformador de la juventud para alcanzar esos objetivos, so pena de infelicidad y derrota. La urdimbre de su carta es persuasiva y contiene enormes dosis de incitación al cambio y al protagonismo de sus lectores, vía una opción moral que se opone al privilegio de la pasividad y resalta los valores redentores, por medio del dolor y sacrificio, de la “verdadera juventud”:

“(…) Ustedes que son jóvenes deberán interrogarse sinceramente, y si es la felicidad lo que ambicionan, no vacilen, háganse cuerdos, desarrollen ingenio y fuerza y todos los tesoros del mundo llegarán a ser suyos. Pero si en el fondo del corazón han sentido una sorda inquietud, que no se satisface con el lucro, ni con falsa fama, ni con la dicha ruin, entonces deténganse a pensarlo, porque el camino es árido. Si a pesar de todo eso se sienten movidos por un afán que se atreve a todo, y padecen el disgusto de la verdad

³⁸ De aquí en adelante se utilizará el concepto de “imaginario” como un orden social posible (Laclau, 1993), que tiende a orientar la acción (conocimiento) y movilizar voluntades (consciencia) y en cuyo contenido se mezclan datos, conocimientos considerados científicos, ideologías sistemáticas, sueños, ilusiones, deseos y mitos compartidos.

incompleta; de la dicha infecunda; si el día que termina sin un suceso ilustre les causa angustia, si el ansia de la vida infinita los llena de un dolor confuso que nada cura del todo; si una sed de ser y de gloria les devora las entrañas, si están dispuestos a padecer; resueltos a no hacer otra cosa que sufrir por toda una vida de martirio y grandeza, entonces serán de los elegidos” (1981:90).

Su carta es casi como un testamento romántico a las nuevas generaciones, que ofrece su ayuda y consejo en un trance aciago, so pena de radicalidad:

“(…) No estén cuerdos, ni un solo instante; batallen y forjen sin descanso; en patrias como éstas, no hacer es un pecado y todo lo demás es virtud. Obren en grande pensando en belleza. Suelten sus fuerzas como río desbordado pero consciente de que mueve la tierra y fecunda inmensidades. Nadie podrá detener el impulso de una juventud unida y activa, generosa y libre. Usen su fuerza para derribar la tiranía del hombre, la tiranía de las instituciones, y la tiranía de los propios apetitos. (...) Los jóvenes que aspiran a dirigir pueblos y a redimir gentes, podrán conocer la pasión, pero no tienen tiempo para los deleites” (1981:91, cursivas mías).

Vasconcelos, como los otros políticos e intelectuales de la época, llamados "nacionalistas latinoamericanos", se autorizan a repensar América Latina en su totalidad bajo la premisa del recambio generacional. Ellos, como reza el mote que le pusiera el intelectual colombiano y protagonista fundamental de las épocas, Germán Arciénagas a J. Vasconcelos -"Maestro de la juventud de América"- se erigen en mentores progresistas de una juventud latinoamericana que re-fundan con la palabra. Muchas de estas ideas, particularmente las de Rodó, quedan gráficamente señaladas en el "Manifiesto Liminar" de Córdoba:

“(…) La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elevación de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulante o comprado. Hay que dejar que ellos mismo elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien”³⁹.

5. “El mayo del 68' latinoamericano se realizó en 1918”.

Se ha escrito mucho sobre dicho movimiento. Sin embargo, quisiéramos rescatar más que los hechos puntuales que llevaron a su desencadenamiento, ciertos alcances que pudieran iluminar el caso chileno⁴⁰. La Reforma de Córdoba tiene una importancia significativa en la historia Latinoamericana justamente por la expansión de sus resultados y la representatividad que condensa: mesocratización versus exclusión oligárquica. Los especialistas en estudios

³⁹ Este manifiesto, como otros que publicó el movimiento, pueden leerse en Del Mazo (1967).

⁴⁰ En este sentido, y para más detalle, puede leerse el artículo de Solano (1998), además el del mismo Balardini (2000a).

sobre educación y movimientos sociales estudiantiles, resaltan los aspectos de "principio" de la Reforma, como la modificación de la estructura "monástica y clerical" en su organización universitaria y sus consecuencias, tales como el co-gobierno estudiantil, la autonomía universitaria, el derecho de asociación, la injerencia en los contenidos académicos y el acceso de las clases populares a la enseñanza superior.

En Chile, los ensayistas e intelectuales más próximos a la juventud como objeto de tematización, estaban ligados al Instituto Pedagógico y la Universidad de Chile. Los dos nombres de más trascendencia son Enrique Molina, pedagogo y ensayista, Rector de la Universidad de Concepción y más tarde Ministro de Instrucción Pública; y Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile y acaso el más influyente educador y filósofo de la época. La matriz alemana en la educación chilena, alejó a esta generación de autores del idealismo Francés y el "Arielismo". Letelier y sus más importantes obras como *Filosofía de la Educación*, *La Evolución de la Historia*, *Los Pobres* y *La Actitud de los Pequeños*, se aleja del nacionalismo latinoamericano en eclosión y es un ferviente positivista, influenciado a través de su mentor, Victorino Lastarria, por A. Comte. La propia formación en Alemania y Estados Unidos de estos promotores de la educación pública en Chile, hizo que la "exaltación del espíritu latino" tuviera poca resonancia en gran parte de sus discípulos. Por tanto, pese a sus posiciones progresistas de la época -Letelier llegó a ser diputado como militante radical-, sus escritos no dialogan del todo con gran parte de la camada intelectual latinoamericana y por tanto, se alejan de un discurso reivindicacionista juvenil-americano. Cabe señalar, que Valentín Letelier muere un año después de la reforma de Córdoba, por tanto su influencia no alcanza a impactar su obra. No obstante, es significativo anotar que la propia postura política de Letelier como Rector está atenta a los movimientos estudiantiles. De hecho, fue el propio Letelier quien apoya la creación de la FECH y quien habilita su club en 1908, "El kindergarten terrorista de la calle bandera", según el mote que rescata de la época el investigador José Miguel Vicuña (En Navarrete, 1989: XVII). Este entendimiento ayudará a "enfriar" los movimientos de inspiración reformista en la propia Universidad de Chile y ocurre que el rector que sustituye a Letelier, el historiador Domingo Amunátegui Solar, logró ejercer su cargo desde 1911 hasta 1923, en medio de las movilizaciones sociales y estudiantiles.

Pese a ello, y como vimos, la influencia de la reforma se deja sentir en las elecciones de 1920, cuando la propia FECH se involucra decididamente en el apoyo a Alessandri. Sus reivindicaciones más "académicas" transitan más por la injerencia clerical católica en la

educación, que por la desestabilización radical y abierta de la propia orgánica universitaria. Las propias conclusiones de la Convención Estudiantil de la FECH realizada en 1920 aborda con énfasis la cuestión social y la lucha anticapitalista. Por tanto, el espíritu reformista recae con más potencia fuera de las aulas, aunque con un enorme sentido de solidaridad generacional-estudiantil. Ciertamente, existen nexos profundos con los procesos vividos después de Córdoba en otros países latinoamericanos. En Perú, por ejemplo, precede al "Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios del Perú" en 1919, una serie de protestas estudiantiles de largo aliento. El presidente Augusto Legía, llega al poder el año 1920, apoyando el movimiento, para después alejarse de él, como Alessandri en Chile. Allí nace un influyente movimiento político y revolucionario, engendrado en el movimiento estudiantil, el APRA -Alianza Popular Revolucionaria Antimperialista-, que extenderá sus influencias por toda la región durante décadas. Los nombres de aquellos líderes fueron capitales para el movimiento juvenil-estudiantil e intelectual chileno: Víctor R. Haya de la Torre y Juan Carlos Mariátegui. Los estudiantes chilenos participan en los congresos intercontinentales de estudiantes, donde se aprueban plataformas conjuntas de lucha, tanto en el Cuzco como en La Habana, cuyo corolario es el "Primer Congreso Internacional de la Reforma" realizado en México en 1921. Los movimientos tendrán sus secuelas en muchos países latinoamericanos, incluso una década más tarde, como en Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador y Venezuela. En este último país, por ejemplo, la llamada "Generación del 28" protagonizó en el carnaval caraqueño de 1928 un movimiento de carácter académico y estudiantil que derivó en un enfrentamiento con el régimen de Juan Vicente Gómez, provocando una revuelta de grandes proporciones destinada a la modificación del sistema político venezolano, y en el que participaron Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva y Juan Bautista Fuenmayor. Es sumamente interesante este proceso por su símil con las revueltas que una década atrás habían sucedido en Chile. Los acontecimientos están fuertemente ligados a las vanguardias estéticas y políticas. En el carnaval de 1928 se organiza "La Semana del Estudiante", donde se desencadena un gran movimiento de protesta juvenil-estudiantil fuertemente reprimido, que termina con la mayoría de los líderes encarcelados y exiliados (más de doscientos). Los hechos comienzan con la lectura de un poema de Pío Tamayo, antiguo exiliado político y uno de los introductores del marxismo en Venezuela, dedicado a la coronación de Beatriz I, que es juzgado como subversivo por las autoridades gomecistas. El movimiento prologará la mayoría de las transformaciones mesocráticas del país, incluyendo la llamada "despersonalización del poder" (Pino, 1985).

Más allá de estas consideraciones, una influencia importante del movimiento de Córdoba en Chile la ejerció el APRISMO, que había elevado al estudiante a motor del cambio social. Estas ideas, como distingue muy bien Gabriel Solano, se entroncaban con una teoría elitista 'de la nueva generación' como impulsor de los cambios históricos, que se sustentaba en las influencias del filósofo español José Ortega y Gasset. En "Idea de las generaciones", primera parte de *El tema de nuestro tiempo* (1923), se lee: "Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada" (1968:14). Para más adelante decir. "Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien, se parecen más todavía. El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros" (1968:15).

Con este diálogo intelectual se inicia unos de los debates más prolíficos sobre "generación" y "juventud" en la América Latina de la época. Las diferencias con el APRA, proceden tanto del propio J. C. Mariátegui como de J. Antonio Mella –líder estudiantil y fundador del Partido Comunista cubano–, quienes atacarán la idea de la historia como una sucesión de sensibilidades encarnadas por cada generación, debido a que este postulado desplaza el conflicto social clasista, al de las edades. Mariátegui en *Defensa del marxismo* considera que no es la "nueva sensibilidad" de la juventud la que había encendido su entusiasmo revolucionario, sino que "era la desesperada lucha del proletariado en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, en las trincheras (...) La acción heroica, operada con desigual fortuna, de Lenin y su aguerrida fracción en Rusia, de Liebknecht, Rosa Luxemburg y Eugenio Leviné en Alemania, de Bela Kun en Hungría, ..." (En Solano, 1998:66). No obstante, el mismo autor dedica en sus *Siete Ensayos...* un capítulo entero a la Reforma ("La reforma universitaria. Ideología y reivindicaciones"). Aquí describe perfectamente el "espíritu" de los movimientos reformistas, más allá de su posición clasista antes que generacional manifestada en su *Defensa del marxismo*; destacando el "sentimiento" de postguerra y el americanismo, la lucha generacional y el papel de la juventud en la lucha junto a los asalariados y explotados:

"Todos convienen en que este movimiento, que apenas ha formulado su programa, dista mucho de proponerse objetivos exclusivamente universitarios y en que, por su estrecha y creciente relación con el avance de las clases trabajadoras y con el abatimiento de viejos privilegios económicos, no puede ser entendido sino como uno de los aspectos de una profunda renovación latino-americana" (Mariátegui, 1988:100-102).

J. A. Mella es quizás el más enfático en su crítica a la teoría de las generaciones de Ortega. En *¿Puede ser un hecho la reforma Universitaria?* plantea: "no es cuestión de glándulas, canas y arrugas, sino de imperativos económicos y de fuerza de las clases, totalmente consideradas". Para él, la liberación nacional no podrá ser lograda por la pequeño-burguesía sino por la clase obrera (En Solano, 1998:67). Este debate ideológico tiene una notable significación para desentrañar las lecturas políticas en el entorno de las reformas, y prueban la toma de conciencia sobre la eclosión juvenil en la época. Por lo pronto señalaremos que el reguero de movimientos que deja tras de sí Córdoba, ha hecho concluir a muchos que:

“(...) El mayo del 68' latinoamericano se realizó en 1918, y tal vez los procesos de París no hayan tenido tantas consecuencias históricas como "el grito insurreccional de Córdoba". Escaramuzas como las de mayo 68 se realizan cada fin de mes en las capitales de América Latina... ¿no es cierto acaso que la tiranía somocista la derrocó una revolución de *muchachos, compas y compitas*?” (Montiel, 1986:128).

Más allá del fetichismo, lo cierto es que Córdoba retroalimentó al resto de movimientos reformistas, no sólo educacionales sino, también, sociales. Sin embargo, lo fundamental es que representa el síntoma más visible de la emergencia de la "juventud" en América Latina, aunque muchas veces opaque los complejos procesos del resto de los Estados Nacionales latinoamericanos, que tienen igual o mayor riqueza.

6. "Que los viejos se vayan a sus casas": Clímax y final del proceso de la emergencia generacional-juvenil en Chile.

Volvamos a Chile. Decíamos que la candidatura de Alessandri representa el referente fundamental para la emergencia de las identidades generacionales-juveniles ilustradas, mesocráticas y masculinas; que no obstante, se acompañaron de la aparición de otros actores que reivindicaron la *nombradía juvenil*. Aquí es justamente donde la epístola del "poeta y mago" Huidobro se sitúa y que para nuestra interpretación, es la "hipérbole" de la instalación inicial de parte del imaginario identitario juvenil en Chile, el cual no ha sido rescatado ni en una hermenéutica histórica-juvenil, ni en una propiamente literaria, sólo constituyéndose como un dato anecdótico⁴¹.

⁴¹ La más cercana aproximación al "Huidobro político-social" es el ensayo de David Bary "Vicente Huidobro y la literatura social" (De Costa, 1975:319). Sin embargo, su orientación subsume la "enunciación" en el "enunciado", es decir, analiza su ideología poética, más que el contexto de su producción. Sin embargo, una brillante e inédita aproximación histórico-cultural a la estadía francesa de Huidobro, la ha hecho Waldo Rojas,

Vicente Huidobro (1893-1948)⁴², había llegado de Francia después de haber trabado amistad con la vanguardia artística francesa y española. Tenía a su haber un conjunto de publicaciones en francés -se ganaría el mote de "el poeta francés nacido en Chile" (Rojas, 2001:213)-, y un creciente prestigio internacional. Su vuelta, en 1925, fue animada por la transformación total del país y las influencias que recibirá en París de la mano del poeta turco Nazim Hikmet, quien le describe los hechos acaecidos en la primera postguerra con el derrumbe del Imperio Otomano y la instauración de la República, liderado por los "jóvenes turcos". Teitelboim (1992), afirma que el vate se identificará fuertemente con el líder de todo el proceso de fundación del nuevo Estado Turco, Mustafá Kemal Atatürk, quien remueve las bases culturales de su sociedad, cambiando el alfabeto árabe por el latino y modernizando las esferas socioculturales más apegadas al tradicionalismo islámico. De este modo y con ese ejemplo, el poeta arriba al país y se lanza decididamente a la arena política. Se pone en contacto con la llamada "oficialidad joven", autora del segundo golpe de Estado, que pretende reinstalar a Alessandri en el poder. Conversa con los jefes del movimiento, Carlos Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove:

"La palabra "joven" es envolvente. Les habla de "los jóvenes turcos". Huidobro se transfigura en Kemal Atatürk Pashá, Kemal Atatürk se encarna en Huidobro. ¿Si aquel es el hombre en Ankara, Vicente no podría ser el hombre de Santiago? Aunque representa el espíritu de la juventud del mundo, a él ahora le interesa la juventud militar. Ella es el poder nuevo por antonomasia, el paradigma. El personifica lo nuevo en poesía en arte, en política (...) Ellos son la fuerza. Huidobro el pensamiento, la cultura. Kemal Atatürk Huidobro. Los viejos a la tumba. Los jóvenes al poder" (Teitelboim, 1992:127).

En agosto de 1925, funda y dirige *Acción. Diario de Purificación Nacional*, que se financia gracias a la ayuda de oficiales jóvenes del ejército y la armada, dirigidos por Marmaduke Grove (este último más tarde líder de la experiencia socialista chilena anterior a la Unidad Popular, cuya duración fue de 12 días). Su orientación es pro-militarista progresista y juvenil,

historiador de la Sorbonne, quien ha reconstituido la sensibilidad epocal de Francia de principios de siglo y el impacto en Chile y en el propio poeta (Cfr. Rojas, 2001).

⁴² Sólo a manera de recordatorio, el autor nace en el seno de una familia aristócrata dueña de la más importante vitivinícola chilena de ese tiempo -"Santa Rita"-, entre otras empresas. Publica algunas obras poéticas cumbres de la literatura hispanoamericana, como *Ecuatorial*, *Poemas árticos* y *Altazor*. Desde su viaje a París en 1916 trabó amistad con las diversas vanguardias artísticas e intelectuales de la época, especialmente con Guillaume Apollinaire, Pierre Reverdy, Juan Gris, Pablo Picasso, Jean Cocteau y Tristan Tzara. Fue partícipe del movimiento surrealista junto a Breton y P. Eluard, empero rompe con aquél y funda el movimiento Creacionista, de enorme influencia en el ultraísmo hispanoamericano y gran parte de las vanguardias históricas (Vgr. O. Girondo; J. L. Borges, César Vallejo, Carlos Pellicer, etc.). En la revista de la FECH, Claridad (1920), se publica el manifiesto "Agú" por Alberto Rojas Gimenez a la manera Dadaísta, donde el puente obvio es el autor de "Altazor". Las referencias bibliográficas sobre su obra son bastísimas, sin embargo, es el estudioso español René de Costa, quien ha hecho los más destacados estudios y compilaciones. Ver De Costa, 1975 y 1989. A su vez, el escritor, político y amigo personal de Huidobro, Volodia Teitelboim publicó su biografía, *Huidobro la Marcha Infinita* (1993).

solidarizando con los sectores más desposeídos y enarbolando la bandera de la "cuestión social". Sufre una serie de hostigamientos y ese mismo mes es agredido en dos ocasiones en las cercanías de su casa al denunciar actividades ilícitas en el ámbito político-administrativo. Capitalizando el espíritu de la época, se transforma en un polemista radical. Usando toda clase de ironías, sarcasmos y descalificaciones culteranas, se transforma en un "personaje" para el país, alentado por la gran cobertura de la prensa, como "Las Última Noticias" y "La Hora" que lo destacan en titulares (Fotografías y documentos facsimilares en De Costa, 1989:167). El 21 de noviembre es clausurado *Acción...* y el escritor funda el periódico *La Reforma*. En agosto de 1925, en *Acción...*, aparece su artículo más conocido, "Balance Patriótico", el cual resume con magistral vehemencia su credo político y su lucha social, pero particularmente su enfática reivindicación generacional:

“(...) Un país que se muere de senectud y todavía en pañales es algo absurdo, es un contrasentido, algo así como un niño atacado de arteriosclerosis a los once años. El sesenta por ciento de la raza, sífilítica. El noventa por ciento, heredo-alcohólicos (son datos estadísticos precisos); el resto, insulsos y miserables a fuerza de vivir entre la estupidez y las miserias. (...) Dos revoluciones [se refiere a las de 1924 y 1925] llenas de buenos propósitos, pero escamoteadas por los prestidigitadores de la vieja politiquería incorregible y con la cual no hay que contar, sino para barrerla. El país no tiene más confianza en los viejos, no queremos nada con ellos. Entre ellos, el que no se ha vendido, está esperando que se lo compren. (...) *Entre la vieja y la nueva generación, la lucha va a empeñarse sin cuartel. Entre los hombres de ayer sin más ideales que el vientre y el bolsillo, y la juventud que se levanta pidiendo a gritos un Chile nuevo y grande, no hay tregua posible. Que los viejos se vayan a sus casas, no quieran que un día los jóvenes los echen al cementerio. Todo lo grande que se ha hecho en América y sobre todo en Chile, lo han hecho los jóvenes. Así es que pueden reírse de la juventud. Bolívar actuó a los 29 años. Carrera, a los 22; O'Higgins, a los 34, y Portales, a los 36. Que se vayan los viejos y que venga juventud limpia y fuerte, con los ojos iluminados de entusiasmo y de esperanza*” (Huidobro, 1925a: 2, cursivas mías).

El historiador chileno Mario Góngora (1988), es uno de los pocos científicos sociales que se ha detenido en este caso. Para el historiador, Huidobro genera la oleada cultural más rica del siglo XX en nuestro medio. El poeta, según el autor, cumple el papel de productor y agitador cultural que antes era monopolio de eclesiásticos y juristas. La época parlamentaria, caracterizada por el consenso y la moderación, se altera radicalmente en los años 20', dando paso a una serie de movimientos sociales y culturales, cuyo paradigma, para el historiador, se encuentra en Vicente Huidobro. Su análisis lo lleva más allá, evidenciando el discurso "juvenil" que porta el escritor, planteando -no sin influencia de Ortega y Gasset- que "son luchas generacionales en que la intelligentsia espera tener poder en el Estado, porque se sabe más fuerte intelectualmente y más desprendida de los intereses creados." (1988:162). El final de la carta de Huidobro que se citara en este artículo, se sitúa aquí, en medio del desbarajuste institucional y donde los sectores juvenil-estudiantiles ven en el vate la encarnación de sus intereses como sujetos juveniles. Su proclamación en la "Convención de la juventud Chilena"

no estuvo exenta de problemas. Según Teitelboim (1992), había un sector que quería inclinarse por la candidatura de José Santos Salas, candidato de la izquierda. Finalmente el poeta logró ser proclamado candidato a la Presidencia de la República el 17 de octubre de 1925, aceptando dicha candidatura para dar espacio a este sector en las decisiones del país. En el afiche propagandístico de su candidatura se lee: “VOTE POR VICENTE HUIDOBRO CANDIDATO DE LA JUVENTUD. El único que ha demostrado amar al pueblo, no con palabras sino con hechos, hasta exponer su vida”. Huidobro pierde las elecciones por un margen amplísimo ante Emiliano Figueroa. Después vendrá su militancia comunista y sus reflexiones generacionales: “Todo individuo menor de setenta años que no es simpatizante al comunismo es un mediocre y todo individuo menor de cuarenta años que no es comunista es un idiota” (En Navarrete, 1989: XIV). Igualmente, en la España de la guerra civil, retomará sus reivindicaciones generacionales juveniles lanzando un nuevo manifiesto juvenil, titulado “Mensaje a la Juventud Americana”, publicado por el diario ABC del 23 de junio 1936.

Para concluir, quisiera proponer algunos alcances de la "hipérbole Huidobriana" para la emergencia del sujeto joven en Chile, reenlazando algunas ideas antes vertidas y precisando otras antes obviadas por motivos expositivos. Tanto Góngora (1988), como Subercaseaux (1998), coinciden en el papel de la vanguardia estética y político-social para la mesocratización del país en las primeras décadas de la centuria. De este modo, podría concluirse que son esas condiciones identitarias-generacionales las que permiten el arribo de una identidad juvenil en su dimensión estudiantil, particularmente en Chile, la que se expresa tanto en la Federación de Estudiantes de Chile y sus alianzas políticas progresistas, como en la Bohemia Estudiantil y la Vanguardia Artística aparejada. Estos fenómenos tienen una serie de antecedentes estructurales que son el nicho de emergencia identitaria, las cuales expusimos sintéticamente a lo largo del capítulo. Sin embargo, un aspecto a plantear, tomando la epístola de Vicente Huidobro como síntesis del proceso, es su representatividad y legitimidad sociocultural. Pudiera ser descalificado y subestimado como parte del proceso de arribo y re-conceptualización de "lo joven" en Chile y América Latina, sobre todo al calor del debate en torno a la decantación de la modernidad chilena a fines del siglo XIX desde perspectivas hasta ahora antagónicas: la historia de las clases dirigentes -oligarcas y burgueses- versus las clases subalternas "sin historia". O lo que es lo mismo, legitimidades historiográficas que vienen desde las clases subordinadas frente a las -parodiando a Salazar (1992) del "alto pueblo", desde donde se ha escrito la historia con mayúscula. Las limitaciones del proceso analizado tienen que ver con que sólo da cuenta de un fenómeno minoritario. Las grandes mayorías

excluidas en la época -obreros y campesinos-, no tenían el privilegio de alcanzar la condición juvenil. Por cierto, aquellos "jóvenes", como hemos repetido, provenían de familias con recursos suficientes para dejar que los hijos ensayaran en la escuela y universidad los roles que en el futuro desempeñarían. Así, recibían un "pase liberado" para experimentar en la cultura, las artes, la política y el ejercicio del libre pensamiento y los excesos que resultarían de aquella prueba. Su número era minoritario, y en esos años todavía formaban parte de un fenómeno en expansión reciente:

"El estudiante de los años 20, el de Córdoba y el del Primer Congreso Internacional de Estudiantes (México, 1921), podía autoidentificarse todavía con facilidad como miembro de una reducida elite. Sus iguales eran los demás jóvenes universitarios, los intelectuales y profesionales progresistas y, en todas las partes del mundo, los hombres y mujeres que estaban dispuestos a luchar 'por el advenimiento de una nueva humanidad'" (Brunner, 1985:1-2).

No obstante, era una elite destinada a seguir "democratizándose" y que no tenía los mismos rasgos excluyentes y eliticos extremos de los siglos anteriores, donde de hecho el actor "joven", no logró cuajar su identidad como sujeto social. En este sentido esta perspectiva se basa en la complementariedad de las perspectivas. Más que un ejercicio ecléctico, propongo por un lado, la gravitancia de estas capas juveniles nacientes, inéditas con anterioridad, por tanto legítimas de rescatarse; y por otro, y más importante aún, insisto en el alcance de la confluencia de estos nuevos sujetos identitarios con las clases populares y sus luchas sociales. Esto, porque la mayoría de las lecturas que se han hecho sobre este momento de la historia de Chile, o bien subestiman el protagonismo juvenil emergente y la óptica generacional, resaltando el catequismo patrio de las elites políticas o bien, subsumen a dichos actores en los movimientos obreros y la "cuestión social".

Ciertamente es una historia que se confunde con la del movimiento obrero, pero que es distinta desde la perspectiva de una historia y antropología de la juventud. ¿Esta alianza reivindica la condición identitaria juvenil? Creemos que dicha constitución identitaria es antes reivindicada por las vanguardias estéticas, que las vanguardias político-sociales emancipadoras -el ejemplo de Huidobro, Gómez Rojas, Meza Fuentes y Juan Gandulfo, como de muchos otros, son significativos⁴³-, aunque el entrelazamiento las hace, por tramos, poco distinguibles. Este interregno es injustificado. Al parecer dicho momento es crucial en la conformación de las identidades juveniles que irán aumentando progresivamente, más allá de

⁴³ Es sintomático, por ejemplo, que Bourdieu en *Las reglas del arte*, aborde la problemática generacional de los artistas de vanguardia como una disputa por el privilegio de ser "joven". El resultado es que éstos son "de algún modo, dos veces jóvenes" (1995:229).

privilegio y del “lujo” que significaba ostentarlas en esa época. Por ello, creemos que la candidatura de Vicente Huidobro a la presidencia, sus misivas y su "Balance Patriótico", son junto al "Manifiesto Liminar" de los estudiantes de Córdoba, los ejemplos “vivos” del comienzo de la visibilidad juvenil en América Latina. A partir de allí, el protagonismo juvenil no se detendrá y tanto las diversas identidades generacionales, como la propia identidad juvenil, se irá complejizando y diversificando. Sin embargo, la matriz “mesocrática-ilustrada-masculina”, liderará el prototipo identitario juvenil latinoamericano hasta bien entrada la década de los 70’.



VOTE POR
VICENTE HUIDOBRO
Candidato de
la Juventud

El único que ha demostrado amar al pueblo, no con palabras sino con hechos, hasta exponer su vida.

**Si quiere que el Chile Nuevo sea un hecho
vote por Vicente Huidobro**

**Si quiere salvar el Salitre
vote por Vicente Huidobro**

**Si quiere limpiar el país y verlo pronto
grande y rico.
vote por Vicente Huidobro**

**Si quiere el desarrollo de la Instrucción
vote por Vicente Huidobro**

**Si quiere salvar la Raza
vote por Vicente Huidobro**

**Si quiere que los móviles de la Revolución
se cumplan pronto
vote por Vicente Huidobro**

El Ex-Director de "ACCION", herido por su valentía, es el único hombre capaz de regenerar nuestra Patria.

Secretaría General: Galería San Carlos, Oficina 9, (Allos)

Imagen 1. Afiche de propaganda de la candidatura de Vicente Huidobro a la Presidencia de la República de Chile (1925). (Una copia puede verse en De costa, 1989:242). “(...) Jóvenes, seamos jóvenes, seamos dinámicos, seamos enérgicos, seamos puros, desinteresados y dispuestos al sacrificio. Sacudamos esta apatía de buey durmiente que adormece hasta el paisaje de primavera con su sola presencia. Ayer uno de vosotros decía que yo he sido siempre como una descarga eléctrica, que soy un despertador. Esa frase me basta como recompensa, es el mejor elogio al que puedo aspirar y si realmente he logrado sacudir el adormecimiento de siesta española que nos caracteriza, podré volver a Europa pensando que valía la pena haber venido a la patria, pues he realizado en ella algo grande. ¡Hicimos nacer la juventud!”. (Vicente Huidobro, Carta a la Federación de Estudiantes Universitarios, 1925. Revista *Espiga* N°3, Quillota-Chile, 1925.

CAPITULO 3.

De la Masacre a la Falange: Paramilitarización & Militancia de las Juventudes Mesocráticas Chilenas.

“Al iniciarse la década de los '40, la juventud universitaria presentaba el espectáculo de un cuadro multicolor. Era la época de los uniformes y por las calles marchaban las "camisas pardas" de acero y blancas, según fuera el partido a que cada joven perteneciera”.

Luis Galdames.

La llamada Generación juvenil-estudiantil del 38', compartió con la del 20' muchos de los supuestos ideológicos por la que esta última había luchado. Un ideario que se fundaba en la ruptura con las directrices sociales y culturales que habían heredado del siglo anterior (oligarquía y conservadurismo religioso), aprovechando las fuerzas intelectuales que vincularon a toda Latinoamérica (antiimperialismo, nacionalismo latinoamericano o “americanismo”). Las secuelas de la generación del 20' permean a aquellos jóvenes que asisten y protagonizan los acontecimientos que se sucederán a fines de la década del 30', cruciales en la historia de un país que cada vez miraba tanto económica como culturalmente a su interior pero que, sin embargo, la realidad internacional se encargaba de acechar y determinar (la ascensión del fascismo y nazismo en Europa, la guerra civil española y la II Guerra Mundial). Las matrices de producción de “juventud” no cambiarán mayormente, salvo por el arribo definitivo y en propiedad de los sectores mesocráticos que, posibilitados por una educación superior cada vez más extendida, intentan por vez primera no sólo colaborar en las transformaciones sociales, sino ser los actores protagonistas de esos cambios, sin miedo alguno al ejercicio del poder.

Hablamos de una “conexión generacional”, que ligada al pensamiento progresista de los años 20', abandona el acratismo y la relativa autonomía con respecto a los partidos políticos (Cfr. Tironi, 1986) y se sumerge en la militancia de las poderosas ideologías totalizantes que toman forma en Europa y se decantan en Chile. Gran parte de sus características como jóvenes están contenidas en la generación precedente, sin embargo, un episodio violento y trágico hará visualizar variantes propias, fundantes, que no compartirán con la generación anterior y que sí tendrán las nuevas generaciones que arribarán posteriormente: la masiva producción y participación juvenil en el seno de las aglomeraciones políticas partidistas y su consolidación como actores sociales. Su escenificación se encuentra en los hechos trágicos del 5 de septiembre de 1938 (“La Matanza del Seguro Obrero”) que,

junto a la escisión del Partido Conservador, son la síntesis del fenómeno. A su vez, se cristaliza en las primeras respuestas del Estado hacia el mundo juvenil, bajo la presidencia de los gobiernos del Partido Radical, cuyas políticas en materia educacional y asistencial centran la preocupación sobre parte de este colectivo.

Comenzaremos dándole voz a un participante de esta generación, que lúcidamente reflexiona sobre algunos hitos en los que se mueven estos actores (principalmente jóvenes-estudiantes). Estas son las coordenadas contextuales sintetizadas por Luis Galdames, quien fuera dirigente estudiantil de la FECH en 1945:

“(…) El escenario en que actuó nuestra generación tuvo dos niveles muy bien determinados, por una parte, estaba la extraordinaria presencia internacional, representada primero por dos conflictos armados: la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Ocupó también un lugar preferente en nuestras preocupaciones, el movimiento nacido en Perú, llamado el APRA, con su líder Víctor Raúl Haya de la Torre, que también en esta época tenía una vigencia muy importante. En el plano nacional, no fueron menos extraordinarios los sucesos que repercutieron hondamente en la juventud de la época. *El triunfo electoral del conglomerado de izquierda llamado Frente Popular [....]. Además, el ambiente de las luchas electorales de la época, fue violentamente sacudido por la masacre de 60 jóvenes nazistas en la Caja de Seguro Obrero*, ubicada frente al palacio de gobierno. Tal vez fue este hecho doloroso el que inclinó la balanza en favor de la candidatura de don Pedro Aguirre Cerda. Como se recuerda, la diferencia de votos entre el triunfador Aguirre Cerda y el candidato de derecha Gustavo Ross, fue muy escasa. *La guerra civil española generó en sectores sociales de Chile, especialmente entre los intelectuales, estudiantes y obreros, grandes esperanzas. Se consideraba que España era una especie de laboratorio, donde se ensayarían fórmulas doctrinarias que podrían aplicarse más tarde en el espacio latinoamericano*”. (Galdames, 1985:16, cursivas mías).

1. El Alzamiento Juvenil y la Masacre del Seguro Obrero.

“... yo no invento nada, sólo hablo de lo que existió,
de lo que pasó en el Seguro Obrero.
Existieron una vez sesenta y tres muchachos...”.

Carlos Droguett

Posterior a los fenómenos ligados a la génesis y visibilidad del actor juvenil en Chile, se sucederá, tras breves presidencias de Barros Borgoño y Emiliano Figueroa, el régimen de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), más conocido como el “Mussolini Chileno” (Cfr. Collier & Sater, 1998:192). Ilegalizó al Partido Comunista y desarticuló, relegó y persiguió a un gran número de jóvenes estudiantes agrupados en torno de la FECH y otras orgánicas obreras. Un primer momento de prosperidad económica (reactivación de las salitreras) y una posterior crisis derivada de un enorme endeudamiento con bancos norteamericanos, suizos e ingleses en pro de un fomento industrializador (“nacionalismo económico”), terminan con su

mandato. Corolado por la gran depresión del año 29' que tuvo efectos devastadores en Chile, Ibáñez dimite en favor de Juan Esteban Montero, quien es derrocado tras el golpe de estado del 4 de junio de 1932, liderado por el Comodoro del Aire Marmaduke Grove, el exdiplomático socialista Carlos Dávila y el abogado Eugenio Matte, quienes proclaman “La República Socialista de Chile”, cuya duración fue mínima. El contexto, ciertamente, era de desbarajuste social e institucional y se prolongaba desde 1924. Tras la entrega del poder de Dávila, se proclaman elecciones que, bajo el auspicio del partido radical, liberal y demócrata, las gana Arturo Alessandri Palma, en lo que se constituyó su segundo gobierno (1932-1938).

Bajo su mandato, Alessandri dotará de estabilidad institucional al país, pero bajo diversos costos. Es en este momento cuando se produce un hecho que sintetiza un proceso generacional-juvenil de larga duración en Chile y que entronca, en grado sumo, con los avatares de la sociedad europea del momento: una diversificación interna de los actores juveniles –básicamente estudiantes mesocráticos y una incipiente “juventud obrera”, predominantemente masculina- provocado por el advenimiento de ideologías totalizadoras partidistas que encausan y suman reivindicaciones propiamente generacionales en otras de mayor rango. Nos referimos a los jóvenes militantes del partido comunista y socialista –“las milicias socialistas”-; y su revés -fenómeno que se analizará en profundidad por constituirse como otro hito en la dialéctica del desarrollo de los actores juveniles en Chile-: jóvenes apropiándose de estos discursos totalizadores (cristianos, nacionalistas o comunistas), apoyados en una reivindicación pro-generacional juvenil, como es el caso de la Falange Nacional y el Movimiento Nacional Socialista Chileno.

A pesar de que estos procesos encuentran sus antecedentes en las primeras décadas del siglo XX, su particularidad es que en este momento el fenómeno no sólo se diversifica, sino que se expande, lo cual conduce a los sectores de clase media a visualizarse como actores juveniles en el seno de las juventudes políticas emergentes. O dicho más claro aún: surge la partidización como motor fundamental de producción de “juventud”.

Los últimos estudios históricos sobre Chile en el siglo XX que abordan este período (segundo gobierno de Alessandri, triunfo del Frente Popular y los gobiernos radicales), lo han rotulado como de “consolidación democrática y desarrollo industrial”, “política de masas” o del “orden reestablecido”, con el Estado como “eje del proyecto nacional” (Aylwin, Bascuñán, Et. al., 1990; Collier & Sater, 1998; Correa, Bascuñán, Jocelyn-Holt, Et. al., 2001). No obstante, éstos sólo intentan plantear, y pocas veces interpretar, los alcances de la siguiente paradoja: el triunfo del Frente Popular -aglomeración de radicales, comunistas y

socialistas-, sobre el candidato oficial del segundo gobierno de Arturo Alessandri, su Ministro de Hacienda, el derechista Gustavo Ross, por cerca de nueve mil votos provenientes, casi todos, del Movimiento Nacional Socialista Chileno (M.N.S.)⁴⁴. Paradoja, en cuanto los Frentes Populares fueron propiciados por la Internacional Comunista para combatir el fascismo en Europa, y que en el Chile de 1938 le dan el triunfo al Frente Popular criollo con el apoyo nazi. Paradoja más complicada aún si se sabía que en Francia esta estrategia de alianza progresista había fracasado y en España había desembocado en una guerra civil.

La “anomalía” tiene en parte solución en una lectura generacional de lo que fue esa época en Chile. Las energías culturales de un actor juvenil cada vez más asentado y legitimado por los acontecimientos anteriores (tanto la fundación de la FECH, los dos golpes de Estado propiciados por la “oficialidad joven” como la candidatura de Vicente Huidobro a la presidencia), se vuelven a plantear, pero con suma fuerza. Hablamos de la “Masacre del Seguro Obrero”⁴⁵, rebelión e intento de golpe de Estado llevada a cabo por cerca de 60 jóvenes-estudiantes y algunos jóvenes obreros nazistas⁴⁶ -cuyo promedio de edad era de 23 años-, quienes intentaron derrocar al gobierno de Alessandri por la fuerza pocos meses antes de la elección presidencial que daría el triunfo al Frente Popular.

⁴⁴ La inferencia que hacen la mayor parte de los historiadores se guía por la cantidad de fuerza electoral que se suma a la disputada elección. Un aporte preciso la hace Mario Sznajder a partir de los datos oficiales de la contienda electoral presidencial de 1938, en comparación a las parlamentarias de 1937. En esta última el M.N.S. había sacado 14.235. Posteriormente en las elecciones presidenciales, Aguirre Cerda (apoyado por el M.N.S.) obtiene 227.720 votos y Ross Santa María 218.609. (Cfr. Sznajder, 1990).

⁴⁵ Oficialmente la institución estatal de previsión social se llamaba “Caja del Seguro Obligatorio”, pero popularmente la entidad era conocida como “Seguro Obrero”. No obstante, a la masacre se le apellidará con ambas denominaciones, primando la de “Seguro Obrero”.

⁴⁶ Las discrepancias en las fuentes acerca de los jóvenes involucrados y asesinados en la rebelión, son mayúsculas. Algunas hablan de 62 jóvenes, 58 asesinados (Correa, Figueroa, Jocelyn-Holt (Op. Cit); otros hablan de 40, sin especificar los muertos (Aylwin, Bascuñán, Et. al. Op. cit.). Otros, hablan ambiguamente de “un grupo” (Cfr. Collier & Sater, Op. Cit). En la publicación *La Verdad sobre los sucesos del 5 de septiembre de 1938. Recopilación de los Hechos* (1938) se impugna la investigación de la masacre y la ausencia de un número oficial de asesinados e involucrados. En la crónica del escritor Carlos Droguett *Los asesinados del Seguro Obrero* (1972, [Ed. Orig. 1939]) habla de “sesenta y tres muchachos” (1972:32). Enrique Zorrilla en su autobiografía, habla de 59 jóvenes asesinados (1996:15) para posteriormente referirse a 64 jóvenes participantes (Op. Cit.:154), y terminar aludiendo a “63 cadáveres, [de los cuales] 30 o más tenían su cráneo destrozado o sus vientres despedazados por las bayonetas” (Op. cit, 157). Sin embargo, el mismo Zorrilla incluye una lista de asesinados que consta de 59 nombres (Op. cit, 200-2001). El diario El Mercurio del 6 de septiembre de 1998, citando la prensa de la época, se refiere a “59 muertos” (“Con las Manos En Alto”, 1998, Cuerpo D:24). Uno de los tantos grupos juveniles neonazistas chilenos, como “Patria Nueva Sociedad”, la revista “Acción chilena” o “Era Hitleriana”, reivindican el acontecimiento como eje fundacional de su accionar, y estiman también un número de 59 jóvenes mártires. Para más detalle sobre estos grupos y sus escritos ir a <http://www.libreopinion.com/members/comunidades.html>

Llevada a cabo el 5 de septiembre de 1938, en homenaje y reivindicación al golpe de Estado perpetrado por la “oficialidad joven” del ejército al mismo Alessandri en su primer gobierno (5 de septiembre de 1924), la rebelión cambiará abruptamente el transcurso de la historia previsible para la década del 40’ y encarnará otra hipérbole: la de una juventud “madura” como actor social que, con mayores raigambres sociales mesocráticas y populares, intenta involucrarse, con su demostración de poder, en las transformaciones político-sociales y, como tal, es disciplinada y cooptada por el mundo adulto. Muchos investigadores han proscrito y minusvalorado este episodio, ya por sus vinculaciones políticamente incorrectas con el nazismo o por considerarlo la anécdota de un proceso que venía en curso y al cual tarde o temprano se arribaría: la institucionalización y acceso al poder de las clases populares y medias, fenómeno que se representa en las primeras políticas educativas masivas o el derecho a voto de la mujer.

La rebelión es una de las marcas que signará el mote de la “generación del 38’ tanto por los estudiosos de la historia y la literatura, como por algunos protagonistas de aquella generación. El episodio está marcado por las políticas conservadoras y represivas del otrora progresista Alessandri Palma hacia las mayorías excluidas. Primero, con la histórica represión de la sublevación de los campesinos de “Ranquil” en 1934, donde la policía masacró a cerca de 100 personas. Posteriormente, con el cierre del periódico socialista “La Opinión” y la decretación de tres meses de estado de sitio y cierre del Congreso en 1936, motivado por una huelga de trabajadores ferroviarios. Por último, y la de más trascendencia, la promulgación de la ley de Seguridad Interior del Estado en 1937 -claramente persecutoria del M.N.S., el P.C y el P.S-, provocada por la violencia política que enfrentaba al gobierno en contra de estas orgánicas y a estas entre sí.

Alessandri, bajo el éxito de sus políticas económicas en pro de la superación de la deuda externa y la depresión del 29’, se trabó en una dura confrontación con amplias mayorías sociales proclives al ascenso de los sectores excluidos al poder que, organizados en un abanico complejo de partidos de centro-izquierda e izquierda (como se reconocen desde el Partido Comunista hasta el mismo Movimiento Nacional Socialista Chileno), intentan frenar principalmente la candidatura de Gustavo Ross y el continuismo en las sombras de Alessandri. Para ello se alían, por un lado, en el Frente Popular (Comunistas, Radicales y Socialistas) y, por otro, en la “Alianza Popular Libertadora”, en torno a la figura del antaño presidente Carlos Ibáñez y apoyado por fuerzas políticas disímiles (la Unión Socialista – partido no-marxista-, Ibañistas e independientes), pero fundamentalmente por nacistas, con la

figura del “jefe” Jorge González Von Marées a la cabeza. Ibáñez, ávido opositor de Alessandri desde los tiempos del levantamiento de la “oficialidad joven” y, posteriormente, responsable de la persecución y exilio del “León de Tarapacá” (Alessandri Palma), incentiva un Golpe de Estado con González Von Marées y el M.N.S. (obsequiándoles incluso una ametralladora, apodada el “saxófono del general”)⁴⁷. Complota con sus antiguos aliados en las fuerzas armadas e impulsa la organización del Golpe, el que era perseguido con ahínco por los nacionalistas. Ibáñez, en una actitud ambigua, pospone la operación en reiteradas ocasiones, lo que da pie a los jóvenes del M.N.S. a tomar la ofensiva después de una exitosa “Marcha de la Victoria” organizada por la Alianza Popular Libertadora el 4 de septiembre, donde miles de muchachos “nacis” desfilaron apoyándolo a la presidencia. El día 5 se desatará la intentona golpista y la tragedia.

Los hechos son conocidos, pese a que existen múltiples versiones del episodio, cuyas variantes están determinadas por el tipo y espesor informativo de las fuentes. Estas van desde las síntesis informativas con pretensiones de “objetividad”, que describen desde lo que se observó desde “afuera” de la Caja del Seguro Obrero -ubicado en frente del palacio de gobierno-, y “afuera” del edificio central de la Universidad de Chile, donde se encontraban los otros jóvenes amotinados (Vgr. Revista “Crack”)⁴⁸; pasando por fuentes militantes

⁴⁷ Aunque el propio Ibáñez negó tal vinculación, lo cierto es que múltiples fuentes han descrito la estrecha complicidad entre éste y el M.N.S. Véase para más detalle el libro de Wurth Rojas (1958) *Ibáñez caudillo enigmático*, Santiago, Editorial del Pacífico.

⁴⁸ Esta es la versión que entrega la Revista "Crack" el 8 de septiembre de 1938: “Antecedentes, desarrollo y epílogo de una tragedia que duró 5 horas. **12.10** Empleados rezagados en el Seguro Obrero se ven sorprendidos por la violenta entrada de elementos extraños que procedieron, pistola en mano, a tomar posesión del edificio. El último de los asaltantes, mientras trataba de colocar la cadena en la puerta, fue quien disparó tres balazos contra el carabinero Salazar, que intentaba impedir el cierre del edificio. **12.20** El carabinero Salazar logró llegar a gatas hasta la puerta de la Intendencia, donde cayó. El Presidente de la República ha oído los disparos, baja y se traslada a la Intendencia. Es entrevistado por uno de nuestros repórteres a la pasada, y dice textualmente: ‘¿Tanto se han demorado en reducir a esos locos? Es imprescindible tomar medidas definitivas para terminar con esta clase de incidentes’. En ese momento se hace presente el intendente de Santiago, señor Bustamante, y acompaña a S.E. hasta el edificio de la Intendencia, mientras el fuego sigue arreciando. **12.45** Se ha iniciado el fuego de fusilería desde el tercero y cuarto piso de la Caja. Allí dentro han quedado los doctores Rojas Carvajal, Rodríguez Opitz, Orrego Puelma, Marcoleta y Estévez, y las señoritas Rebeca O’Brien, Ana del Villar, Blanca Reyes y Evangelina Seguel. En la Intendencia, aún no se sabe con precisión lo que ocurre en el interior del Seguro. **1.00** El Presidente Alessandri ha captado ya la verdadera situación. No son gangsters ni locos los que se han introducido al edificio del Seguro Obrero, como pretendió establecerse en los primeros rumores. Forman parte del mismo grupo de revoltosos parapetados tras los espesos muros de la Universidad de Chile. Se presume que pertenezcan al partido nazi. **1.35** Los generales Novoa y Arriagada están en el Palacio de La Moneda. Las órdenes impartidas son terminantes. Diez minutos para liquidar la situación producida en la Universidad. Mientras carabineros sostienen un nutrido tiroteo con los revoltosos en la Alameda, la artillería cumple rápidamente órdenes del General Novoa, y se traslada hasta el frente de la Universidad de Chile. Dos disparos: un sólo eco formidable en el interior de la Universidad. La puerta izquierda ha sido destrozada. **2.20** Frente al edificio del Seguro Obligatorio, tendidos sobre la plaza de cemento y replegados al sur frente a la Moneda y al norte, junto al edificio de "La Nación" [periódico], contestan el fuego de fusilería de los revoltosos. Llega la Mecánica de la Sexta Compañía de Bomberos, trata de elevar su telescópica en dirección al quinto piso, cuando

(revistas del propio M.N.S., como el diario “El Trabajo”); hasta crónicas y reportajes de tipo autobiográfico, literario y periodístico que facturan un relato polifónico, contextual, diacrónico y sincrónico, e incorporan diversos informantes y testimonios de observadores y actores protagónicos externos e internos, que los dotan de una carga de verosimilitud mayor al ser contrastadas⁴⁹. Cabe hacer notar que la investigación oficial estuvo cargada de irregularidades (incluyendo la “ley mordaza”, promulgada posterior a los hechos, para no dar más cobertura al acontecimiento); lo que para muchos despejó la duda en torno a la inocencia

dos bombas ponen un violento epílogo a la maniobra. A continuación caen una máquina de escribir y otra de sumar (los voluntarios, con una serenidad a toda prueba, logran recuperar la telescópica y retirar la máquina del sitio peligroso). **3.00** Los parapetados dentro de la Universidad se rinden. Los carabineros proceden a su detención y a dar libertad al rector señor Juvenal Hernández y la señorita Bohler, que habían sido detenidos y conservados como rehenes en la sala en que se realizaba la Junta del Estadio Nacional. **3.15** Desorientación pública; las casas comerciales del centro comienzan a cerrar. Los rumores arrecian, van, vienen, se refunden y se agrandan. Nadie sabe nada. **3.30** Los revoltosos del Seguro Obrero comienzan a ceder. Así aumentaba la dotación de fuerza de Carabineros, y los propios jefes del Cuerpo presiden el ataque definitivo para tomar el edificio. Ya hay fuerzas de orden en los tres primeros pisos. Las acciones en el interior son difícilísimas. Ascensores que no funcionan, escaleras obstruidas por barricadas de pisos, sillas, escritorios y todo lo que los revoltosos han colocado para defenderse. En todas las oficinas se han visto obligados a hacer saltar las chapas a balazos. **3.45** Los revoltosos de la Universidad son conducidos bala en boca hacia la Sección de Investigaciones, siguiendo la calle Morandé. Alcanzan a llegar hasta la mitad de la cuadra que va de Agustinas a Huérfanos. Orden terminante de regreso al primer piso del Seguro Obligatorio. **4.00** La bandera blanca flamea en una ventana del octavo piso. Los carabineros tratan de subir hasta los últimos pisos confiados en la rendición completa de los revoltosos. Sin embargo son repelidos a tiros y muere uno de los miembros del Cuerpo. La decisión está tomada: no hay contemplaciones y en el interior del gran edificio de la Caja de Seguro resuenan miles de disparos. De todos los revoltosos, incluyendo los que habían sido conducidos desde la Universidad salen con vida únicamente cuatro. De ellos, tres están heridos”.

⁴⁹ Informes detallados y que cumplen con algunas de estas características aparecen en el citado libro de Enrique Zorrilla; el libro de R. Donoso, *Alessandri, Agitador y Demoledor. Cincuenta años de historia política de Chile* (1954) y en “*La Verdad sobre los Sucesos del 5 de septiembre de 1938*” (Op. cit., 1972). En este último se describen pormenorizadamente y con testimonios diversos la embergadura de la masacre. El documento dialoga con el gesto de Droguett y muchos otros que sería extenso citar, en cuanto representa la indignación, condena y solidaridad de todos los sectores sociales ante la tragedia. El citado documento, en su primera página deja constancia a los lectores de que “... No es partidario de una ni otra tendencia (...) y su recopilación (...) y explicación están efectuados por personas adversarias a la ideología de los caídos” (1938:7). El texto incorpora la mayoría de las fuentes periodísticas que reportearon los hechos, sumadas a su propia investigación. Se agrega una compilación de artículos de opinión referente al acontecimiento. Los fragmentos más importantes del texto dan cuenta de al menos tres hechos que denotan la arbitrariedad del gobierno y las fuerzas armadas (que pueden ser cotejadas con los registros gráficos de la época compilados por Droguett en su libro citado, provenientes de las revistas “Zig-Zag”, “Ercilla” y “Hoy”): Primero, el uso desproporcionado de la fuerza (se apostó el regimiento Tacna con artillería, derribando la puerta principal de la Universidad de Chile, produciéndose la muerte de siete universitarios y la posterior rendición de los amotinados de ese lugar. Segundo, la contraorden de trasladar y hacer ingresar a los detenidos de la Universidad a la Caja del Seguro Obrero, donde se encontraban el resto de los jóvenes nacistas, con el objetivo de lograr su rendición (el documento habla del “Desfile de la Muerte”). Producida la rendición de todos los participantes, el regimiento Buin y Carabineros procede a disparar contra algunos estudiantes que todavía resistían en una de las torres del edificio del Seguro Obrero, para posteriormente reducirlos y asesinar con fusiles, pistolas y sables a todos los detenidos. El documento cita a un médico de la asistencia pública entrevistado por la revista Hoy (Op. cit., 1938) quien dice que se le dio la orden de abandonar el recinto con las siguientes palabras “Que se vaya la ambulancia y no espere más heridos, los que quedan serán repasados, luego dejarán de aullar estos canallas” (Op. cit., noviembre de 1938:41). Tercero, la falta de un enjuiciamiento formal a los responsables, un informe oficial oportuno por parte de las autoridades, donde se detallasen e identificasen las víctimas, puesto que fueron arrojadas a una fosa común. En un segundo proceso judicial (30 junio de 1939), llevado a cabo por las irregularidades del primero (sustanciado por el Ministro Erbetta), quedan detallados y confirmados estos acertos (Cfr. Zorrilla, Op. cit., 215).

de Arturo Alessandri, quien fue inculpado (junto al General Humberto Arriagada) de la orden de asalto y asesinato de los amotinados. El propio Alessandri, tanto en un comunicado oficial como en su autobiografía, alegó inocencia, aunque se responsabilizó políticamente del episodio (Alessandri, 1952).

Pero más que las variantes, que se desarrollan de acuerdo a los intereses y supuestos de los relatores, interesa particularmente el imaginario generacional construido por algunas fuentes paradigmáticas. Por un lado la obra del narrador Carlos Droguett en su obra *Los Asesinados del Seguro Obrero* (1972), por colocar en circulación -y de paso legitimar- la suma relevancia de los hechos, escenificando la impronta trágica que tuvo el alzamiento con una pieza “literaria”; y principalmente, la obra autobiográfica del entonces joven naziista Enrique Zorrilla (1996), tanto por los ricos, extensos y hasta ahora inéditos aportes, como por el significado y lectura generacional del episodio, entregado en la forma de un detallado contexto personal y social que rodea su biografía en la propia involucración con los hechos del “alzamiento juvenil”.

La aparentemente extraña preocupación de Droguett por los hechos del 5 de septiembre –como escritor comprometido y de izquierdas, por tanto alejado del fascismo-, incomoda a un lector iniciado, pero da algunas claves sobre la también original posición del nazismo criollo, más preocupado por la obtención del poder, de aliarse y complacer a las clases subalternas (de ahí su antialessandrismo y populismo), que de su antisemitismo.

De hecho, la interpretación “clasista” de los acontecimientos por parte de Droguett, queda reflejada en las primeras páginas de la obra:

“Nunca pensé que pudiera ocurrir tan de repente. Todos creíamos que el Gobernador dejaría, en el último tiempo, que el pueblo de abajo eligiera un Gobernador como lo deseaba, pero no olvidábamos que eso no lo podía querer el pueblo de arriba y que el Gobernador tampoco lo querría. No ocurrió eso, pero ocurrió en cambio que algunos estudiantes de los que perseguía el Dentista con su gente, y algunos obreros que ya francamente odiaban al Gobernador, pensaron expulsarlo a él de su palacio.” (Op. Cit., 20).

Su crónica, construida a partir de una serie de informantes, ficcionaliza en el terreno de los sentidos los sucesos, para transformar a los caídos en “mártires juveniles”. Diálogos ficticios sobre el horror, el dolor físico, la angustia emocional, la impotencia y la bestialidad humana, inundan un relato espeluznante, plagado de sangre, heridas, muerte y pólvora, que recrea con pincel finísimo la tragedia de los participantes. En uno de sus párrafos relata los acontecimientos acaecidos en la universidad:

“El General tenía sed, tenía mucha sed. Era la una. Almorzó una comida fría y se bebía un vinito tembloroso mientras miraba el aire asustado y maligno y se fue en seguida a buscar a sus soldados. Cuando los encontró arrastraron un cañón cerca de la Universidad. El cañón disparó, la granada rajó la puerta y explotó adentro (en un espacio sombrío y frío, a un lado un barómetro descompuesto y al otro un aviso de la cooperativa estudiantil). La granada mató a dos estudiantes, los otros se pegaron a la muralla y vieron saltar sus cuerpos y quedar sosegado cada pedazo, desangrándose indiferente (un pedazo de género delgado y ordinario, un pedazo de carne y un pedazo de sangre). Cada trozo de carne era un pedazo de estudiante que no podía faltar si se quería después reconstruirlo, y cada trozo de carne tenía un temblor, un dolor, tal vez un brillo, un pedazo de alma. Fue corto todo eso. Caidas las puertas, se metieron por ellas los hombres uniformados de verde con sus terribles armas rabiosas, y desgarraron y balearon sobre cada par de ojos que los miraba, sobre cada oreja que los oía, sobre cada cuerpo que los atestiguaba. Siete muertos hubo ahí, pero no siete cadáveres, sólo quedaron muchos pedazos de cadáveres, piernas solitarias, brazos huérfanos, ojos saltados, cráneos y cabellos hundidos sobre los sesos, la sangre y las ideas, porque las ideas no son sino eso, pelos, carne, sangre que dan su vislumbre o su recuerdo. (Ibid, 23)”.

Para más adelante relatar los sucesos ocurridos en el edificio del Seguro Obrero:

“Los hombres de uniforme estaban en una oficina esperándolos. Cuando venían en la escalera les dispararon y ellos se iban desmoronando no tan rápido y no hablaban, no lloraban, sólo roncaban un poquito, se movían suavemente para recoger todas las balas. La sangre que goteaba por las ropas, que chorreaba de las caras y las manos parecía que los hacía más numerosos y extrañamente enfiestados. Y entonces el Teniente paseó la ametralladora sobre los peldaños como si estuviera manejando una manguera para espantar el calor, ese calor lleno de silencio y de estertores, después se fue hacia adentro y se demoró un rato y tornó con el sable desnudo y él mismo parecía más alto y más delgado. Con el filo empezó a darle al primero. Era un muchacho frágil, que, quién sabe por qué, se descubrió el costado con ambas manos temblorosas, mostrando un forado hecho ahí a punta de balas (...)” (Ibid, 30).⁵⁰

Pese a que estos hechos ya habían desencadenado el triunfo del Frente Popular, su recepción fue vastísima, generando una honda conmoción nacional. No es, por cierto, el único intelectual que reacciona frente a la masacre. Tanto el documento *La Verdad sobre los Sucesos del 5 de Septiembre* (Op. Cit., 1938), como la autobiografía de Enrique Zorrilla, antologan las respuestas de diversos intelectuales y creadores frente a la tragedia. Uno de ellos es el propio Vicente Huidobro que, mandado a encarcelar por Alessandri por la supuesta complicidad en los hechos, escribe a su salida del presidio en el Diario La Opinión:

⁵⁰ Confróntese este párrafo con el testimonio de uno de los cuatro sobrevivientes, Alberto Montes, hecho a la Revista APSI en 1985: “(...)Después nos hicieron salir a nosotros, obligándonos a pasar por encima de los cadáveres de nuestros compañeros y nos empezaron a balear con las carabinas, los revólveres y pistolas que empuñaban los oficiales. Después nos repartieron por las escaleras y allí nos repasaron con bayonetazos y culatazos. Enseguida nos robaron los relojes, las billeteras, colleras y todo lo que era de valor. Yo quedé con cuatro balas de revólver en el brazo y la pierna izquierda. Otras dos balas me pasaron rozando la canilla derecha. Otra la chaqueta. Quedé finalmente botado entre el 5° y 6° piso con la cabeza abajo. No perdí el conocimiento, pero permanecí sin moverme. Estaba bañado en sangre. Me di cuenta de todo. De cómo nos balearon, repasaron y robaron”.

“Hay 120 cadáveres que claman justicia... Hay miles de ojos que buscan el asesino...

Todos los corazones sangran, sangran en silencio...

¿Quién ha manchado a Chile con un horrendo estigma?

(...) A la sangre campesina de Ranquil, la sangre obrera de San Gregorio, Lago Buenos Aires y la Coruña se junta hoy la sangre estudiantil de la Caja de Seguro...

¿Por qué tanta mancha de sangre en nuestra historia?

(...) Basta señores, un poco de respeto a un país que no merecía tanta desgracia. Basta. La Paciencia del país se ha agotado.”

En este sentido, Zorrilla, apoyado en el Huidobro de las reivindicaciones juveniles de la década del 20', hace una lectura generacional bastante original, aunque no por ello exenta de sesgo no reconocido. Su autobiografía juvenil tiene un tono justificador de su posición como nacista (posteriormente desarrolla una carrera política como diplomático en el gobierno de Eduardo Frei, fundador de la Falange Nacional y posterior Presidente de la República encabezando el Partido Demócrata Cristiano). Una débil, pero suficiente argumentación, liga los hechos del 5 de septiembre, con las opiniones “líricas” de Huidobro el año 1925, en su periódico *Acción. Diario de Purificación Nacional*, las que fueron citadas con anterioridad. Se prende de aquellas “profecías” para justificar su complicidad en la detallada preparación de la revuelta y su frustrada participación en las acciones directas de la Universidad y el edificio del Seguro Obrero.

Zorrilla, enfermo en el último instante, se ve impedido de participar en la rebelión armada, no obstante se encarga de la logística de comunicaciones, esconde a Jorge González Von Marees en su casa y colabora en su huida. Pese a ello, el relato de Zorrilla es acucioso en la descripción de la atmósfera generacional que desencadenan los acontecimientos, la mayoría obviados por las fuentes literarias, periodísticas e históricas. El autor desentraña la génesis de los acontecimientos a partir de la reconstrucción del imaginario y la lucha generacional que los circundaba, la que interpreta históricamente:

“En esta lucha contra la “fronda aristocrática”, las juventudes chilenas llevan a Arturo Alessandri Palma al poder en 1920, y las juventudes militares, a Carlos Ibáñez del Campo en 1924. Ambos caudillos iberoamericanos se apoyarán por turno en los jóvenes universitarios y la joven oficialidad persiguiendo unos mismos objetivos. Sin la juventud del año 20, A. Alessandri no habría podido vencer a la fronda. Sin la juventud militar de 1924 Carlos Ibáñez del Campo no habría podido materializar las reformas del año 20, desbaratar el régimen parlamentario y dar acceso a los nuevos estratos de la nacionalidad. En 1931, será la juventud universitaria quien derroque a Ibáñez, sin que éste recurra a su represión militar” (Zorrilla, 1996:74).

Su análisis, tiene como obvios referentes las teorías de Ortega y Gasset sobre la idea de generación que, “americanizadas”, dan cuerpo al nacionalismo profesado por él y otros

sectores juveniles, como los ligados al APRA. Así, cita a Miguel Serrano, otro líder del movimiento nacionalsocialista chileno:

“En América –afirma Miguel Serrano- la revolución antes que una lucha de clases es una lucha de generaciones. La lucha de generaciones supera a la lucha de clases, puesto que en una misma clase lucha una generación contra otra. Aún no hemos hecho historia y toda nuestra vida ha sido impuesta desde fuera, sobrepuesta. Contra el mito extrangerizante hemos luchado con todas nuestras fuerzas” (Miguel Serrano, en Zorrilla 1996:75).

Su texto engarza con lo que llama “profecía política” de Huidobro, en cuanto observa las coincidencias del discurso Huidobriano de sus años como candidato y las que se materializan, según él, en ese momento⁵¹. Apela, para ello, no sólo a sus cuartillas en el Diario *Acción...*, sino a sus escritos de 1933, en los que habla del proyecto común bolivariano y su propuesta de crear la “República de Andesia” que uniría Chile, Bolivia, Argentina, Uruguay y Paraguay, de donde Zorrilla extrae su vinculación nacionalista continental (Cfr. el contenido de *“Jóvenes de América Uníos para formar un bloque continental”* de V. Huidobro, en Teitelboim, Op. cit., 1993). En este sentido, Zorrilla nos dice: “Vicente Huidobro es el hombre clave insustituible para comprender la revolución intergeneracional cuyo fuego sagrado él va a alimentar desde los años 1925 al 1938” (Op. cit., 76-77).

Con todo, Zorrilla recrea un fresco generacional invaluable que, desde las filas del nacionalismo, nos ayuda a comprender los alcances de la rebelión del 38’, más que como un episodio de la “historia patria”, como una microhistoria de la sociabilidad juvenil y sus referentes en el imaginario social y político, centrales para los que gozaban el privilegio de ser jóvenes en esa época. Uno de los párrafos de su autobiografía sintetiza con especial lucidez estas directrices:

“Digamos para establecer el sentido de nuestras juveniles luchas, que éstas se libraban en varios frentes. Una era la lucha que manteníamos por la unidad e integración latinoamericana que contaba con el apoyo de Vicente Huidobro -‘Simón Bolívar tu nombre ha atravesado toda América en áspero galope’; ‘Su corazón tomaba la forma de un Continente’ de Gabriela Mistral-, Joaquín Edwards, que se habían identificado con el “Nacionalismo Continental” del cual -políticamente hablando- hacía de líder Jorge González. Esta lucha contaba en la Universidad, como dijimos, con el apoyo de los apistas y demás estudiantes latinoamericanos. Otra lucha se libraba en el frente nacional, donde combatíamos la dictadura financiera que nos querían imponer “la fronda aristocrática”, señalada por Alberto Edwards, fronda plutocratizada, cuyo símbolo era Gustavo Ross, por cuya candidatura se jugaba ahora el Presidente A. Alessandri Palma. Un tercer frente lo constituía nuestra lucha por el dominio de la calle y de los claustros universitarios. En el campo de la política nacional, más que a Alessandri, combatíamos la “fronda aristocrática”, la cual se había enseñoreado de nuestra antigua aristocracia. Pero cuando las preferencias

⁵¹ Huidobro, como Teitelboim refiere (1993), dará igualmente apoyo a las reivindicaciones de esta generación. De hecho, hará diversos llamados a votar por Ibañez y será encarcelado durante seis días después de la Masacre. (Cfr. Aylwin, Bascuñán, Et. al. Op. cit., 145 y Zorrilla, Op. Cit., 181).

presidencialistas, que se inclinaban por el ex Ministro, Emilio Bello Codecido, se traspasaron a Gustavo Ross con toda la influencia y audacia que poseía el primer mandatario, la lucha contra la oligarquía económica tomó otro cariz. Y se inició el combate contra el "León", a fin de impedir que inclinara la balanza a favor de su ex Ministro de Hacienda. Las Revistas "Hoy" y "Topaze", el diario "La Opinión", encabezaron esa dura lucha en la que teníamos de aliados a los socialistas, pero no a los comunistas stalinistas, más preocupados del frente externo que del nacional" (Zorrilla, 1996:87).

Una de las más caras interpretaciones de Zorrilla sobre el *putsch* del 5 de septiembre, tiene que ver con la emergencia y legitimidad de la "juventud" estudiantil y de las clases populares, que tendrán su nombradía como "jóvenes obreros". Según su testimonio como partícipe y planificador de la asonada, la elección de la Caja del Seguro Obrero y la Universidad de Chile como escenarios de la rebelión, responde a lo emblemático que resultan dichas instituciones como interpeladores de ambos sectores sociales. Igualmente distingue, como ideólogo del episodio, las fuerzas sociales comprometidas, situando a los actores juveniles al interior de la sociedad civil y separándolas de las fuerzas armadas que como cuerpo social tenían ya una carga identitaria definida. Estos referentes, como otros, quedan registrados sintéticamente en los siguientes párrafos:

"Jorge González encargó directamente a Oscar Jiménez planificar el alzamiento juvenil asesorado por César Parada, jefe del G.U.N [Grupo Nacionalista Universitario]. Con esto quedaban en nuestras propias manos juveniles los planes y preparativos de la rebelión. No se trató pues de un "Putsh", como lo propagó la prensa del gobierno para tildarnos de extranjerizantes. *Ni tampoco de un golpe 'Per Se', sino de un auténtico alzamiento juvenil que desembocaría a la formación de una junta de Gobierno para hacerla garante de la elección presidencial de Octubre de 1938.*"

"El plan propiamente tal consta de una parte civil y de otra militar. Oscar Jiménez tiene la responsabilidad de la acción civil y de la parte militar, el ex Coronel en retiro, Caupolicán Clavel, encargado de establecer contacto con los oficiales."

"La acción civil se concibe esencialmente como un alzamiento juvenil de jóvenes universitarios, jóvenes obreros y jóvenes empleados. Simbólicamente, el movimiento intelectual se liga con el de los trabajadores. Para este efecto, los muchachos tomarán control de dos edificios inexpugnables a las ametralladoras con las que cuenta el Cuerpo de Carabineros. Los universitarios ocuparán la sede central de la Universidad de Chile en Alameda, donde funciona la Escuela de Leyes, mientras los jóvenes obreros y empleados ocuparán la Caja de Seguro Obligatorio. Se trata de emplear en la acción el mínimo de gente posible. Unos treinta camaradas en cada edificio, seleccionados directamente por O. Jiménez, cuya edad fluctúa entre los 18 y 24 años, periodo de la adolescencia que al decir de Ortega y Gasset carece de pleno discernimiento."

"Simultáneamente, se planifica ese día intervenir los servicios de comunicaciones telefónicas y alumbrado, con el fin de paralizar por unas horas los tranvías, ascensores y las fábricas y crear un clima de confusión y congestión que lleve a los santiaguinos a salir a la calle, toda vez que no disponemos nosotros de capacidad para movilizar masas populares, como la tiene el Partido Comunista. Al producirse la congestión en las calles, se avivará el nombre de nuestro candidato, se protestará contra el respaldo del gobierno a la candidatura de Ross, se llamará a elecciones libres, pidiendo al Ejército tomar la responsabilidad del acto eleccionario". (Zorrilla, 1996:114, cursivas mías).

En otro sentido, su posición exculpatoria de las responsabilidades de los sujetos jóvenes involucrados, apelando, como queda explícito, a Ortega y Gasset, da cuenta -como el libro de Droguett-, del debate que suscitó al interior de la sociedad chilena el hecho que hayan sido “jóvenes” los participantes y víctimas. Este hecho constituye una de las aristas más ricas del episodio, puesto que el alzamiento, a la luz de un análisis exhaustivo de la recepción del fenómeno en la sociedad, fue un pretexto para explicitar y corporeizar las imágenes sobre la condición juvenil del momento. El espanto provocado por la masacre –ciertamente alimentado por la situación política eleccionaria del momento-, proviene de una sociedad donde el “joven-estudiante” goza de visibilidad y garantías como actor social; no sólo es el reservorio moral, sino también un sujeto lábil en su constitución y, por tanto, como Zorrilla dice apelando a Ortega y Gasset “carente de pleno discernimiento”. Un par de artículos de opinión publicados en forma posterior a la masacre, revelan algunas imágenes que ilustran en parte aquel imaginario, tensionadas, no obstante, por el momento político masivamente opositor al régimen de Alessandri y, por tanto, “comprensivo” con los jóvenes. Así escriben Prendez-Saldías y Anibal Jara en los diarios La Opinión y La Hora, respectivamente:

“Los estudiantes que dieran la asonada el lunes último, con la intención infantil de derrocar al Gobierno que soportamos, iban tras de un ideal que era su norte y su esperanza alucinada. Se jugaban la vida con inconsciencia jubilosa, perturbados acaso por prédicas incontroladas (...) No es la ocasión de averiguar qué doctrina ilusa y qué hombres pusieron la inquietud en sus mentes juveniles (...)” (Prendez-Saldías).

“(...) Estoy viendo en las fotografías el rostro deslumbrante de este adolescente que va a morir. Es en la juventud donde la muerte tiene toda su pavorosa y magnífica belleza. Es la muerte joven, sin pestilencias”. (Anibal Jara, alias Ajax).

Estas imágenes paternalistas, románticas y absolutorias de la juventud, no se condicen con las transformaciones que acaecían en los sujetos juveniles y que se verán a continuación.

2. Jóvenes, Milicias y Militantes: De “Nacis” y Falangistas

El Movimiento Nacional Socialista Chileno -formado mayoritariamente por jóvenes universitarios en abril de 1932-, había nacido bajo la influencia corporativista del fascismo italiano y del nazismo Alemán, no obstante, como lo reconocen los ideólogos del movimiento y sus propias proclamas, no compartían, en principio, el antisemitismo, ni el europeocentrismo. Hecho que los hará autodenominarse “nacis” con “c” y no con “z”, y que los llevará a romper con los integrantes del movimiento asentados en el sur del país, mayoritariamente alemanes, influenciados o activos militantes del nacionalsocialismo

Hitleriano⁵² (NSDAP [Organización para el extranjero, AO] Landsgruppe Chile) y otras orgánicas del mismo partido, como el movimiento de juventudes *Jugendbund*, dirigidas desde Valdivia por el *Führerprinzip* Adolf Schwarzenberg. Sin embargo, cabe recordar que Hitler aún no llevaba a cabo el Holocausto Judío, marcado por “La Noche de los Cristales Rotos” (noviembre de 1938). Para esa fecha el M.N.S. ya había sido diezmado. Con todo, el M.N.S. enfatiza tanto posturas antimarxistas como anticapitalistas, a la vez que ensalza la nación chilena y el americanismo. Parte de la ruptura con el nacionalismo alemán, viene dado por una búsqueda ya emprendida en la primera década del siglo por la mayoría de los intelectuales latinoamericanos. Su llamado es a la construcción de un nacionalismo continental sin expansionismos. Este sustrato será complementado con la apelación a la propia historia patria, básicamente a la figura de uno de los líderes de la independencia, José Miguel Carrera, y de dos líderes políticos chilenos del siglo XIX, el ministro Diego Portales, creador de la constitución de 1833 -caracterizada por el presidencialismo autoritario-, y el ex Presidente Manuel Balmaceda, último representante, según el movimiento, de estos ideales constitucionales antes de la llegada del parlamentarismo.

Gran parte de sus ideas se encuentran concentradas en discursos y artículos en diversos periódicos, particularmente en *El Trabajo y Acción Chilena*; la propia biografía y libros de González Von Marées; y los ensayos y libros publicados por algunos de los miembros del M.N.S., como M. Mena, Javier Cox, Enrique Zorrilla y Carlos Keller⁵³. Uno de los mayores

⁵² En torno a las características distintivas de estos dos movimientos nacionalsocialistas, puede consultarse la obra de Víctor Fariás (2000) quien estudia en profundidad lo que fue el N.S.D.A.P. en Chile (y que llegó a tener cerca de mil militantes germano-chilenos). Sobre la posición del M.N.S. con respecto al grupo anterior puede leerse la propia biografía de Jorge González Von Marées, quien fundara para más distinción y después de la masacre, la “Vanguardia Popular Socialista” (Alliende, 1990). Al respecto, Zorrilla, citando a Jorge González, dice: “Pero sin duda las influencias exteriores nos impactaban por parejo. Jorge González se pronunció contra la dictadura de Franco cuando ella se apoderó de la Falange Española. En 1936 con ocasión de organizarse en el mundo los ‘Frentes Populares’ propiciados por la Unión Soviética, Jorge González definió la posición del M.N.S. frente a los grupos alemanes del sur de Chile al declarar la incompatibilidad entre la calidad de miembro del M.N.S. y de la organización *jugendbund*, por ser contrarias al espíritu nacional chileno. Además denunció la existencia en el sur del país de ‘Escuelas’ que no acataban los principios de nuestra enseñanza. Miguel Serrano planteaba que nuestra tarea era ir creando nuestra propia realidad y manifestar nuestras diferenciaciones con el exterior, a fin de cumplir la misión de reconquistar nuestra América. Se trata de: ‘*Levantar el país y más allá, al Continente para hacer (de nuestros países) una potencia respetada por el mundo. Sería labor de treinta y más años. ¿Durará treinta años la guerra de Europa? ¿Y por qué están peleando... (sino) por aquellas tierras riquísimas en manos de gentes que no las explotan, de seres inferiores? Vamos allá, Ud. Hitler se quedará con este país, Ud. Stalin, con ese otro y Daladier y Chamberlain y Mussolini con estos otros. Y sería absurdo que Norte América no entre en el reparto*’”. (Zorrilla, 1996:78-79, cursivas mías).

⁵³ Cfr. Mena (1935); Carlos Keller (1935, 1938); González Von Marées (1932, 1940); Alliende (1990); Zorrilla (1988, 1996) y especialmente el artículo de Javier Cox, donde plantea “la libertad de respuestas locales” como “diferentes realizaciones nacionales de un mismo pensamiento político, que se ha convenido en denominar genéricamente fascismo” (Cox, 1935). Una cuidada síntesis e interpretación de los principios ideológicos –como un verdadero movimiento fascista-, las realiza Mario Sznajder (1990).

esfuerzos ideológicos fue desmarcarse, como los partidos nazi y fascista alemán y europeos, de la ideología marxista partidaria, de gran acogida en la juventud latinoamericana de los años 30' (Cfr. Cox, 1935 y Tironi, 1986). El nacionismo criollo critica tanto al marxismo como al liberalismo, su raíz materialista, racionalismo, ateísmo y falta de patriotismo (Cfr. González Von Marées, 1940). A su vez, como sus contrapartes europeos, es partidario de la acción directa, por tanto se define como movimiento y no como partido, oponiéndose al parlamentarismo de la democracia liberal. En sus definiciones centrales Zorrilla afirma:

“EL M.N.S. llama a la unidad a todos los chilenos por sobre las banderías, más allá de derechas e izquierdas, no acepta la lucha de clases, se define como "Movimiento" y no como "partido", decidido a instaurar un tipo de democracia gremial representativa, al igual que los demás movimientos del Nacionalismo Continental”. (Zorrilla, 1996:65).

Keller, por su parte, las emprende contra el capitalismo, expresando la tendencia más izquierdista que tuvo el M.N.S. Chileno: “Chile está sometido hoy día a una dictadura capitalista dirigida por los partidos reaccionarios de derecha. La miseria en que viven las clases populares es el resultado de esta derecha (...) (1938:65)”. Para más adelante insistir en lo que será la profecía autocumplida del movimiento y que ciertamente lo liga al ideal de “joven” fascista:

“Somos los únicos en Chile que estamos dispuestos a aniquilar la dictadura capitalista y a dar nuestra sangre, si fuere necesario, para redimir definitivamente a este país, para instaurar una democracia popular (...) En contra de nosotros están los cobardes que no son capaces de sublevarse contra la oprobiosa dictadura capitalista que nos agobia, o que ven en la vida una posibilidad para satisfacer egoísmos inescrupulosos”. (Op. cit., 66-67).

En la práctica, estas ideas se complementan con un populismo exacerbado y fuertes llamados a la violencia y a la militarización de sus miembros, creando para ello las “Tropas Nacistas de Asalto”, y el GNU –Grupo Nacionalista Universitario-, constituidos por jóvenes obreros y universitarios. El movimiento alcanzó el 3,5% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1937 (sólo 0,5% menos que el Partido Comunista) (Correa, Figueroa, Jocelyn-Holt, Op. Cit., 125) eligiendo a tres diputados, entre ellos al mismo González Von Marées -que antes del episodio del 5 de septiembre, disparará su pistola en medio de una sesión del Congreso, quedando impune-. Su fuerza era innegable.

El concierto juvenil del momento es similar. La mayoría de la juventud estudiantil se adscribe a los partidos y movimientos políticos que se fundan o reagrupan, convirtiéndose en partidos de masas. Esta característica, común en gran parte de Latinoamérica, es síntoma de un fenómeno que se funda en la década del 30'. En primer lugar, la proliferación de los

actores políticos –la inclusión de la mujer en el electorado, por ejemplo- y en segundo término, la consolidación de los partidos políticos como mediadores legitimados entre la sociedad civil y el Estado. Las agrupaciones más relacionadas con el mundo juvenil eran, por un lado, el recién re-fundado Partido Socialista de Chile (1933), encabezado por los históricos Marmaduke Grove y Eugenio Matte, quienes eran ácidos críticos al Partido Comunista por su “desviación internacionalista y dependiente del imperialismo soviético”; por otro, el Partido Radical, de tendencia progresista, anticlerical y de raigambre mesocrática, en creciente ascenso; el Partido Conservador de raíz católica y, principalmente, su escisión, la Juventud Conservadora que posteriormente se llamará -ya con autonomía partidaria desde 1938-, Falange Nacional. Cuadro político que, por lo demás, será el que guiará los destinos políticos de los próximos 40 años en Chile.

Antes de la rebelión, múltiples disputas alteraban la administración Alessandrista, una de las fundamentales la protagonizaban los jóvenes, en sus versiones militantes y paramilitares. Los grupos destacados por sus rencillas callejeras –incluso con resultados de muerte, como la del joven socialista Héctor Barrueto (Zorrilla, Op. Cit., 79), fueron los jóvenes de las “Milicias Socialistas” y las “Tropas Nacistas de Asalto”. Pertenecientes tanto al P.S. como al M.N.S, el primero se convierte en el movilizador de masas “de una izquierda con tintes nacionalistas”, y el segundo, “el movilizador de un nacionalismo con tintes socializantes” (Sznajder, 1990). Sus enfrentamientos y acciones violentas provocaron una dura respuesta por parte del gobierno, que condujo a la sangrienta represión del 5 de septiembre de 1938, la cual se constituyó en una sombra agraz que desencadenó la propia derrota del proyecto Alessandrista. La paramilitarización de la sociedad tenía un antecedente “institucionalizado”; las “Milicias Republicanas” (formadas para defender la constitución y el gobierno civil), fundadas en la efímera República Socialista de Marmaduke Grove y disueltas por Alessandri debido a la enorme sombra que significaban para el ejército. En ellas, participó una gran cantidad de jóvenes.

La mayor parte de la juventud estudiantil estaba crispada fuertemente por el contexto internacional (que se agudizará posteriormente con el inicio y desarrollo de la II Guerra Mundial) y será dinamizada localmente por las posiciones antiimperialistas y nacionalistas de parte de la izquierda juvenil universitaria latinoamericana, con la todavía fuerte presencia del APRISMO peruano. Se trata de un complicado momento que dota a esta generación de una enrevesada trama ideológica, que se decantará posteriormente en los nacientes partidos y

movimientos políticos nacionales. Al respecto, el testimonio del clima juvenil-militante dado por Luis Galdames es esclarecedor:

“(…) La segunda guerra mundial provocó serios desconciertos en la opinión pública nacional y naturalmente en los círculos propios de la juventud universitaria. Por una parte, resultaba muy difícil comprender el pacto nazi-soviético que prevaleció durante la primera etapa del conflicto (…)” (Op. cit, 17).

(…) “Un anti-imperialista, por ejemplo, tenía razones muy válidas para no sentirse comprometido en aquel conflicto mundial. En la charla del café, en los corrillos de las oficinas y en el debate de la juventud universitaria de la época, esta materia estuvo en el orden del día y provocó serias tensiones doctrinarias. Como consecuencia de reflexiones, de dudas, de tomas de posiciones, un sector de la juventud jugó la opción del APRA, cuya presencia en Chile se manifestó a través de varios intelectuales peruanos. Las banderas del APRA flamearon un tiempo en grupos socialistas y radicales como una alternativa a los intereses de las grandes potencias imperialistas. Su líder máximo, Haya de la Torre, estuvo varias veces entre nosotros, invitado incluso por la Federación de Estudiantes de Chile, durante la presidencia de Felipe Herrera. Varios dirigentes apristas vivieron largo tiempo en Chile, como es el caso de Manuel Seoane y del actual vice-presidente del Perú, Luis Alberto Sánchez. Sin embargo, la influencia del APRA se diluyó con el tiempo.

(…) *Al iniciarse la década de los '40 , la juventud universitaria presentaba el espectáculo de un cuadro multicolor. Era la época de los uniformes y por las calles marchaban las "camisas pardas" de acero y blancas, según fuera el partido a que cada joven perteneciera. Las camisas de acero del socialismo, lograron llevar hasta la presidencia de la FECH, a Jorge Millas, excepcional valor de la época, quien durante varios lustros iluminó el panorama de la filosofía nacional. La primera mitad de esta década la vida estudiantil se vio saturada de esfuerzos estériles, sin encontrar el camino de una política coherente. Recordamos la celebración del Congreso americano de estudiantes que logró una amplia acogida en la gran mayoría de los países del continente. Carlos Diemer y Hugo Miranda aparecían como los responsables de este torneo. La pugna entre las corrientes políticas donde había adeptos de las potencias del Eje nazifascista y de los países aliados, provocó la ruptura de aquel Congreso.”* (Ibid, 18, cursivas mías).

Otro testimonio generacional convergente al de Galdames, nos lo entrega Zorrilla quien, con lujo de detalles, nos describe aquel espectáculo multicolor de las juventudes militantes, particularmente la Nacista:

“En la cúpula del Movimiento naciente, el ‘Jefe’ está asesorado por un Consejo, y después de consultarlo, toma la responsabilidad de su decisión. Este Consejo Nacional tiene contacto con los ‘comisarios’ provinciales y departamentales. Para divulgar sus ideales, el Nacional Socialismo cuenta con el diario ‘Trabajo y la revista’ ‘Acción Chilena’, cuyo director es Carlos Keller, un hombre de muy vasta y reconocida cultura. *La insignia que el militante lleva en, la solapa, tiene como símbolo el brazo musculoso de un trabajador sobre un fondo tricolor entre mar y cordillera. El uniforme consiste en una camisa de tocuyo gris; no se distingue mucho del uniforme socialista, pero sí del comunista, del miliciano y del falangista. El uniforme se lleva en los actos oficiales y concentraciones. Se complementa con una gorra tipo militar y de un cinturón terciado, cuya hebilla de bronce sirve para la defensa. También lo llevan los vendedores del diario "Trabajo" y los equipos voluntarios de trabajo. El saludo es romano, se hace con la diestra en ángulo. Los apristas, hacen el mismo saludo con el brazo izquierdo. Los comunistas, lo hacen con la mano empuñada. Hay en ello influencias europeas que nadie puede ocultar. Pero mientras los comunistas cantan ‘La Internacional’ traducida, llamando a la revolución del proletariado, los socialistas cantan nada menos que la ‘Marsellesa’ con letra aprista. El himno nacistista tiene música chilena compuesta por Rengifo, y sus palabras son de Mauricio Mena”* (Zorrilla, 1996:67, cursivas mías).

Una de las pocas interpretaciones generacionales de este momento, focalizada en la FECH, es la realizada por Ana Tironi (1985). La autora habla tanto del “marxismo estudiantil”, la “formación de las juventudes políticas”, como de la “bolchevización estudiantil” y el antifascismo (1938-1949). Ciertamente la historia de la FECH hasta ese momento acumulaba una serie de acciones que la siguieron ligando a los movimientos sociales más amplios -como la presión por la caída de Ibáñez en 1931-. En lo fundamental, como también advierte la autora, la juventud universitaria se aleja paulatinamente de su independencia –autarquía y anarquismo- como conglomerado social (ver capítulo anterior, sobre parte de su esencia identitaria fundamental: el ser los iluminados, la vanguardia “liberal”, los que piensan por sí mismos sin representar a ningún interés social concreto). Volodia Teitelboim, ex secretario general del Partido Comunista y en ese entonces estudiante de Derecho, refrenda con claridad esta fase: “la generación del año 30’ había pasado del anarquismo a la visión marxista de la política” (1997:28). La explicación de Tironi a este fenómeno alude a la influencia del pensamiento marxista en sus versiones partidarias internacionales, que incitan a una fuerte presión para la creación de plataformas de vanguardia orgánicas y convergentes a los partidos políticos. Una de estas manifestaciones es la creación del grupo “Avance” que participó activamente en la caída de Ibáñez en 1931 y que aglutinó a la mayoría de la izquierda marxista universitaria. Esta generación, de acuerdo a Tironi, fue especialmente crítica con sus antecesores, puesto que los consideraron como idealistas, pequeños burgueses y sin una vinculación real con la clase obrera, interpretando sus movilizaciones, como la reforma de Córdoba, por la proletarización de la pequeña burguesía.

Pese a que las apreciaciones de estos sujetos sobre la generación del 20’ fueron de crítica al escaso compromiso por los cambios globales de la sociedad y sus solas reivindicaciones universitarias, lo cierto es que estas fueron animadas también por demandas de carácter más amplio, como la universalización de la cultura y la apertura de la universidad a los cambios sociales. Al parecer, fueron críticas impulsadas por una ideologización partidista que bogaba por una actuación y complicidad mayor -de un actor social visto como “vanguardia moral”-, para con los movimientos de carácter partidario construidos como “vanguardia social”. El epicentro explicativo de esta “partidización” juvenil se encuentra en el clima internacional y nacional del momento, que acentúa la masificación de las ideas marxistas en vastos sectores sociales debido, sobre todo a partir de la crisis del 29’, a que corroboraba las teorías marxistas y leninistas sobre el derrumbe del sistema capitalista mundial y el papel de las vanguardias

sociales en su redireccionamiento. El papel del “Partido”, concebido justamente como vanguardia, es la de aglutinar y propiciar los cambios hacia la construcción de otra sociedad.

El abandono del anarquismo estudiantil y sus luchas por las reformas propiamente universitarias y el abrazo hacia el “insurreccionalismo bolchevique” propiciado por los Partidos Comunistas, será un ejemplo de un cambio de objetivo de lucha, hacia las transformaciones revolucionarias totales. En este sentido Tironi, brillantemente sintetiza:

“La crítica se dirigió también a la misión de vanguardia moral de la sociedad y de forjadores de los cambios, que los jóvenes se autoasignaban. Surgió en cambio, en la década del 30, un profundo desprecio por la condición pequeño burguesa, en donde se incluían los estudiantes y como contrapartida, brotó el culto al proletariado, aún cuando en Chile éste no era aún muy numeroso. La identificación de los estudiantes con las clases más pobres también había existido antes; pero ya no era el artesanado, con que se vinculaba el anarquismo, sino que era el proletariado creado por la expansión capitalista, según el modelo europeo, el que recibe la misión de transformar la sociedad. Los estudiantes sólo debían apoyar esta misión. Pero el proletariado, alienado por el sistema capitalista, requería de la acción de una vanguardia que guiara su acción. De ahí surgió otro rasgo esencial en este período, que es la formación de las juventudes políticas. Los estudiantes, para participar en el cambio, no debían mantenerse alejados de los partidos políticos como hasta entonces”. (Tironi, 1985:79).

Un texto interesante en este sentido, es el de Silva Michelena y Rudolf Sonntag, *Universidad, dependencia y revolución* (1971). Allí, los autores hacen un balance desde la perspectiva marxista de lo que fueron los movimientos estudiantiles de las cuatro primeras décadas del siglo XX en América Latina. En su trabajo dividen la relación entre los jóvenes estudiantes y la sociedad en tres fases: la primera (década de los años 20’ y la reforma de Córdoba), como de “extrañamiento hostil”, por su reactividad y “hasta egoísmo” hacia la sociedad. La fase comprendida entre las décadas del 30’ al 60’, la rotulan como de “extrañamiento analítico”, por cuanto los actores hacen un esfuerzo por analizar las condiciones socioeconómicas que les rodean y sus implicancias políticas y cuyo objetivo es la búsqueda de una “sociedad más desarrollada, más moderna y más racional” (Op. Cit., 41). Por tanto, se inicia aquí un proceso de apertura para con el compromiso militante. Los autores llegan hacia los que serían los actores del momento (década del 60’), período caracterizado relacionamente como de “extrañamiento positivo”, en cuanto hay un compromiso prioritario con la sociedad en pro de una transformación.

No obstante, tanto las apreciaciones de Tironi, Silva Michelena y Rudolf Sonntag, iluminan a aquellos sectores de la izquierda marxista que se vieron instrumentalizados fuertemente por directrices partidarias, y se puede dudar razonablemente de que estas mismas explicaciones pudieran servir para el caso de otros conglomerados juveniles, como los

jóvenes del M.N.S. quienes, además, se oponían al concepto de partido y se autodenominaban “movimiento” (apoyados en un acentuado corporativismo y autonomía). La duda se acrecienta si se observa la proliferación de movimientos sociales juveniles y adultos antifascistas, que ven en el avance del nacionalismo la antítesis de sus luchas sociales y la autopercepción de estos movimientos, como el M.N.S., de reivindicar más que al Partido, a la patria y al “Jefe”.

Una parte de la explicación del fenómeno nos la entregan cuatro autores que han trabajado sobre el movimiento Fascista (Malvano, 1996 y Passerini, 1996), Nacista (Michaud, 1996) y Franquista (Feixa, 1990) y su vinculación con los sujetos juveniles en Europa. Los análisis provenientes de Malvano hunden sus raíces en la interpretación histórico-discursiva de la imagen, como forjadora del mito de la juventud en el fascismo italiano. Passerini, en tanto, analiza igualmente los discursos sobre la juventud en el fascismo, teniendo como fuentes films y documentos públicos y periodísticos. Estas últimas fuentes, más testimonios indirectos, son las que utiliza Michaud para describir la vida cotidiana de los jóvenes bajo el Nacionalsocialismo Alemán. Estos trabajos dan muchas luces del por qué el M.N.S. chileno tuvo un fuerte posicionamiento en los actores juveniles. No es el caso describir las múltiples convergencias “inspiradoras” que ligan al M.N.S. chileno con las experiencias totalitarias europeas. Sólo baste acotar que al contrastar los discursos y acciones de aquellas experiencias con la local, se puede arribar a algunas explicaciones más amplias del fenómeno chileno. Lo primero, es que tanto el fascismo italiano como el nazismo colocaron al actor juvenil en el primer plano de su acción política e ideológica. Lo habían hecho en ese momento en Europa tanto la Iglesia Católica -con la formación de la Juventud Obrera Cristiana-, como el comunismo soviético, haciendo proselitismo internacional con sus “Pioneros”, la *Komsomol* y la celebración de los “Festivales Mundiales de la Juventud” (Alba, 1975:181-188; Feixa, 1999:41). Pero fueron el fascismo y el nazismo quienes tuvieron en los *Balillas*, los *Avanguardisti* y la *Juventud Hitleriana*, respectivamente, el soporte fundamental de sus discursos, acciones y regímenes. Para el caso fascista, inspirador de las políticas nacistas en materias juveniles, la carga semántica de lo juvenil fue de lo “positivo absoluto” y, por tanto, como expresaba el himno fascista, la homologación era obvia: “El fascismo es juventud” (Malvano 1996: 312). El régimen de Mussolini explotó con redundancia la imagen del joven como simbolizador del hombre nuevo del fascismo, “o más exactamente al mismo fascismo” (Ibid., 315). La realidad, como analiza Passerini a través del seguimiento del debate juvenil en la Italia fascista -particularmente en la revista “Crítica Fascista”-, era consecuente con el

discurso: “confiar a las generaciones jóvenes el poder, todo el poder”, decía Giuseppe Bottai de 32 años, director de la revista y subsecretario del Ministerio del Trabajo en 1928 y posterior Ministro del Trabajo hasta 1932 (Passerini, 1996: 393). En el caso del Tercer Reich, la situación reivindicativa juvenil tenía los mismos alcances: “(...) Desde un punto de vista nacionalsocialista la juventud siempre tiene la razón” había dicho el *Reichjugendführer* –jefe de las juventudes del Reich- Baldur von Schirach (Michaud 1996:363). Estos discursos tomaron cuerpo en la formación, tanto en Italia como en Alemania de las “Juventudes de Estado”, a las cuales pasaron a formar parte la mayoría de los actores juveniles en estos países y que, posteriormente, irían a ser la carne de cañón en la II Guerra Mundial. La centralidad del joven en los proyectos totalitarios nazi-fascistas, indudablemente sedujeron a los miembros del M.N.S. chileno. Particularmente –y más allá de las imágenes a las que se prendió en un primer momento el M.N.S. criollo- a las ideas fascistas, que en materia juvenil, se distanciaron del racismo con que el régimen nazi bombardeó educativamente a sus “hijos”.

Pero más allá de las diferencias, hay características comunes de las imágenes del arquetipo del joven construido por estos regímenes totalitarios que están contenidos en el imaginario y acción del M.N.S. chileno. Estas son, por un lado, la centralidad del corporativismo -que para muchos era el punto de distinción clave, que los hacía más vanguardistas que la izquierda marxista- y la mitificación y mistificación de un “líder”. Y por otro, la valentía y la masculinidad. Obsérvese uno de los llamados del ideólogo del M.N.S. Carlos Keller para definir el “nacismo” como una “nueva concepción de la vida, que exalta los valores heroicos (...) Una doctrina para los fuertes, los sanos, los viriles y [que] repudia toda debilidad y feminismo”. (Op. Cit., 1935).

En efecto, tanto el fascismo como el nazismo habían paramilitarizado agudamente a los jóvenes inculcándoles, como valor central, la jerarquía y la obediencia; uniformándolos -distinguiéndolos- como protagonistas y símbolos sólidos de la nación. A su vez, como meticulosamente estudia Malvano a través de múltiples imágenes, la utilización de la imagen del “Efebo”, vigoroso, bello y atlético intenta sintetizar el estilo fascista, que tiene su máxima expresión tanto en la organización paramilitar de los jóvenes, como en la práctica deportiva, transmitiendo la idea de la juventud viril y heroica, tal como lo escenificó en su día, la documentalista pro-Nazi Leni Riefenstahl⁵⁴. Es muy probable que los jóvenes “nacis”

⁵⁴ Notables ejemplos de este fenómeno a nivel comunicativo, que no los refiere Malvano por la naturaleza de sus fuentes, son los films propagandístico de la Alemania Nazi de esta autora, como “El triunfo de la voluntad” (documental sobre el VI Congreso del Partido Nazi (1934) y, fundamentalmente, “Olimpiada” (1938), basada en los juegos olímpicos de Berlín de 1936 y donde se cristaliza con fuerza estas ideas matrices del nazi-fascismo:

chilenos encuentren en esta concepción el núcleo identitario fundamental que anima sus operaciones⁵⁵. Es más, dentro de su propio “plan de acción” (que incluye el fortalecimiento de la moneda, la nacionalización del salitre, el cobre y el petróleo), se cuentan estos elementos, como el fomento de la natalidad y la implantación, bajo la dirección del ejército, del Servicio del Trabajo Obligatorio para la juventud, con el objeto de educar a ésta “...en un espíritu de disciplina y de dignificación del trabajo manual, y de realizar, al mismo tiempo, obras públicas y sociales de gran aliento” (“Plan de Acción”, citado en Sznajder, 1990).

La síntesis que hace Passerini esclarece con notable acierto el enlace entre el nazi-fascismo europeo y el criollo y sus consecuencias generacionales en Chile:

“El período fascista representa, en cuanto a los jóvenes, un Jano bifronte: por un lado, prevalece aún la visión de la juventud como fase preparatoria a la vida adulta, aunque la impaciencia de los jóvenes destruye esta concepción; por el otro, surge la idea moderna y postmoderna de una condición juvenil prolongada e inquieta, emblema de la crisis de la sociedad contemporánea. Estas concepciones son válidas especialmente para la imagen del joven perteneciente a una clase social más o menos acomodada y culta, y se extenderá progresivamente a las clases trabajadoras. El fascismo toma de nuevo el mito de la vitalidad del joven sabio por instinto, capaz de obedecer y combatir; y también de mandar y gobernar, y lo adapta para justificar y alentar un aparato de poder asimismo joven y con pretensiones totalizadoras. *El joven es metáfora del fascismo a la vez que su instrumento, ya que le sirve para dar la sensación de potencia y fuerza, de fatalidad y determinación histórica*” (Passerini, Op. Cit., 417-418, cursivas mías).

Podría decirse que similares fenómenos se advierten en los sectores provenientes del socialcristianismo, como la Falange Nacional, cuya formación y desarrollo es paradigmática por su estrecho vínculo reivindicativo generacional-juvenil (Cfr. Covarrubias, 1987) y cuyos referentes más próximos se encuentran ciertamente en la Falange Española⁵⁶. En su nacimiento, ésta glorificó –como el fascismo italiano-, a la juventud (Cfr. Feixa, 1990:48) y tuvo expresiones orgánicas similares al nazi-fascismo, como el Frente de Juventudes y la Sección Femenina. Historia evitada por los líderes fundacionales de la Falange criolla, ésta

una elegía del cuerpo y una exaltación del poder físico vinculado al canon helénico y al ideal “étnico” de la raza y la virilidad aria.

⁵⁵ Es importante aquí analizar con detención los escritos y ensayos de algunos ideólogos del M.N.S. chileno, donde se hace cierta apología tanto de la violencia como de la “valentía” (Vgr. Carlos Keller). Igualmente las cartas que los participantes dejan a sus familiares al momento de perpetrar la rebelión juvenil. Una muestra de ellas se encuentran en el citado libro de Zorrilla e intertextualizado en el libro de Droguett. Parte de éstas apelan a una exaltación del patriotismo, apoyado en la valentía y “hombría” que sustenta lo obrado. Al mismo tiempo, tiene gran interés la declaración de González Von Marées al entregarse a la justicia después de la rebelión, asumiendo toda la responsabilidad (en Zorrilla, Op. cit., 136-137).

⁵⁶ La Falange Española, fundada por José Antonio Primo de Rivera en 1933, fue en rigor un movimiento de carácter fascista –aunque singular-, que junto a monárquicos y católicos apoyaron políticamente a F. Franco a dirigir su dictadura (Cfr. Payne, 1985). Un libro reciente de José Díaz Nievas publicado en España analiza la convergencia entre las Falanges chilena y española (*Chile: de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana*, Madrid, UNED, 2002).

tiene una fuerte ligazón con los postulados pro-fascistas de José Antonio Primo de Rivera, retórica definida sobre la base de su anticomunismo y catolicismo que los líderes falangistas chilenos adscribieron. Estas secuelas de la Falange Nacional en Chile, darán paso, posteriormente, a una vinculación más social-cristiana.

Una lectura transversal del nacimiento y desarrollo de la Falange, otorga algunas luces para comprender el papel de los partidos políticos en la generación de “juventud”.

La Falange Nacional representa la capacidad de estas juventudes políticas de “empoderarse” de los espacios otorgados por los adultos, para terminar buscando la total autonomía con respecto al partido. La Falange es el resultado de una lucha ideológica pero, mayormente, generacional al interior del Partido Conservador, agrupación que representaba las ideas de la Iglesia Católica frente a las ideas laicistas de liberales y radicales. La entonces Juventud Conservadora, comenzó a distanciarse aceleradamente de las líneas partidarias, influida primero por el grupo de estudios del Presbítero Fernando Vives y la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) dirigido por el sacerdote Oscar Larson y, posteriormente, por la lectura de Jaques Maritain, las Encíclicas Papales y la Doctrina Social de la Iglesia. Los jóvenes Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Manuel Garretón, Eduardo Frei, Radomiro Tomic y Rafael Agustín Gumucio, promueven una lucha al interior del Partido Conservador para lograr su rectificación.

El conflicto ideológico con los mayores se agravó, cristalizándose en acciones de indisciplina con respecto al partido. Frases como las de Bernardo Leighton –uno de los fundadores de la Falange-, “Estamos en el Partido Conservador persiguiendo su transformación” o las de Ricardo Boizard –otro de los fundadores-, “La Juventud Conservadora ha nacido en el Partido Conservador, que no es lo mismo que obedecerle” (Sepúlveda, 1996:19), se hicieron más frecuentes. El punto de quiebre se produjo justamente en las elecciones de 1938. El Partido Conservador apoyaba a Gustavo Ross a la presidencia, lo cual fue resistido por la juventud del partido, que acordó votar en blanco. El triunfo del candidato del Frente Popular por un escaso margen de votos frente a Ross, gatilló la reestructuración por parte del Partido de su Juventud política, lo que desencadenó, finalmente, en la ruptura definitiva. La juventud se retiró del Partido creando en 1938 la Falange Nacional. La mayoría de sus dirigentes, según Sepúlveda, contaba con menos de treinta años y pretendió ser exponente de los jóvenes. Su lema: “juventud Chilena, adelante” (Op. Cit., 23).

Aquí cobran relevancia, al menos en el terreno de las interpretaciones, los planteamientos que Lewis Feuer hiciera sobre los movimientos estudiantiles en 1971 (en Auth y Joannon, 1985). Para el autor el populismo está originalmente ligado a la rebelión generacional. De hecho, el desmembramiento de los partidos de izquierda, según Feuer, constituye un rechazo generacional al padre colectivo, representado en los partidos (cuestión relevante para la proliferación posterior en Chile de las llamadas “juventudes revolucionarias”). Auth y Joannon, siguiendo a Feuer, plantean que este rechazo generacional se debe a que los primeros encuentros con las distinciones de raza y clase sobreviene producto de una orden paterna. Por tanto, “el pueblo, el campesinado, el proletariado, se vuelven entonces, una especie de conciencia alternativa proyectada que reemplaza a los padres; una nueva y opuesta autoridad paterna a la cual se le imputa la encarnación de principios y valores opuestos al *stablishment*” (Op. cit., 19).

Con todo, su apoyo y plataforma de acción fueron básicamente los estudiantes universitarios, los que le dieron una débil representación política (hasta 1957 obtuvieron entre tres a cinco diputados en un total de 147). La fusión posterior de la Falange Nacional con otras orgánicas políticas cristianas, derivó en la formación del Partido Demócrata Cristiano, que continuó por esa senda, pero cada vez fue ampliando su fuerza. Sin embargo, su reivindicación juvenil no cesó, alcanzando el cenit en la campaña presidencial de 1964, con Eduardo Frei a la cabeza, organizando “La Marcha de la Patria Joven” y movilizando a miles de jóvenes en pro de la candidatura de éste.

En suma, y por último, no se puede obviar, en una mirada global, la totalidad del proceso de militancia, paramilitarización y disciplinamiento de los sujetos juveniles. Muchos de los acontecimientos dan pábulo para concluir la fuerte instrumentalización a la que fueron sometidos -“juventud utilizada”, llama a esta generación Alba (1975: 174)-, en la medida en que se constituyeron como soldados de primera fila en la resolución de las fracturas políticas, económicas y sociales. Pese a la centralidad del actor juvenil que se albergaba en los entresijos del discurso emancipador-totalizador, lo cierto es que la “uniformación” tuvo costos de sangre, dentro de los que la Matanza del Seguro Obrero se constituye como una pálida –aunque siempre aberrante- muestra del lugar que ocupó el actor juvenil en este trance histórico, quizás la del “recluta” venerado. Curioso resulta que esta apreciación –la del joven instrumentalizado- fundada en este momento, haya dado lugar, posteriormente, al sibilino lugar común sobre la manipulación del “Partido” para con los jóvenes. Interpretación más

cierta para los 30'-50', que para los 60'-70', en la medida en que de sobremanera, en esas últimas décadas, el "recluta" pasó, en la mayor de las veces, a "comandante".

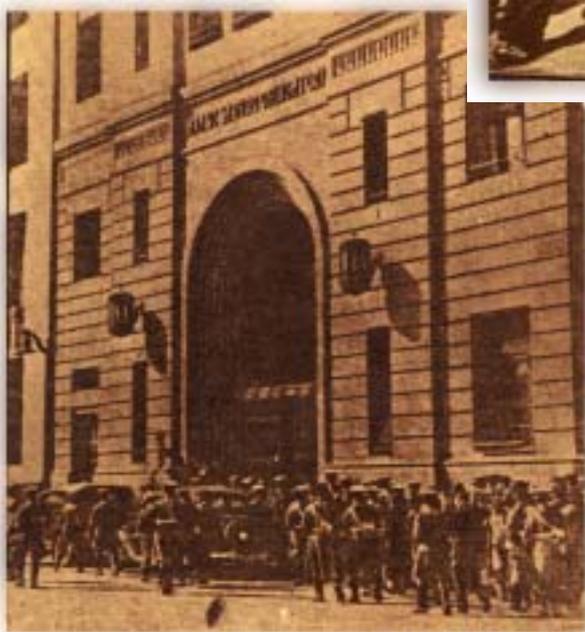
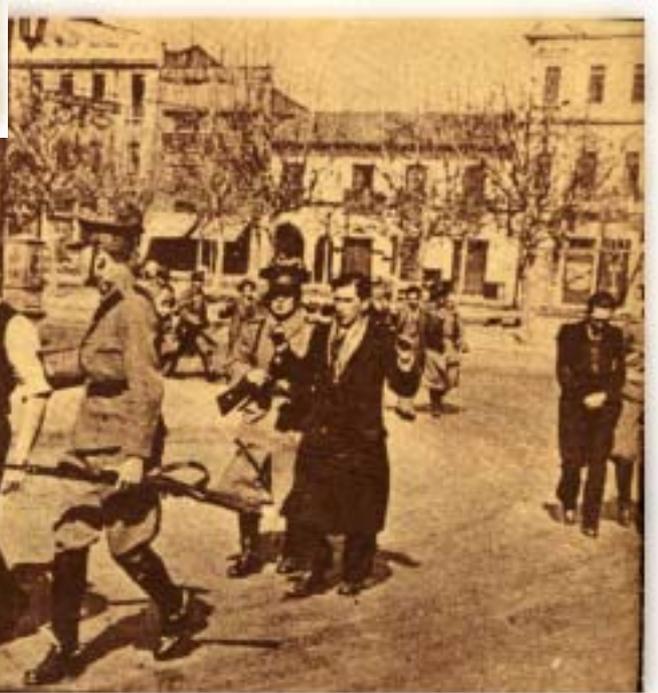
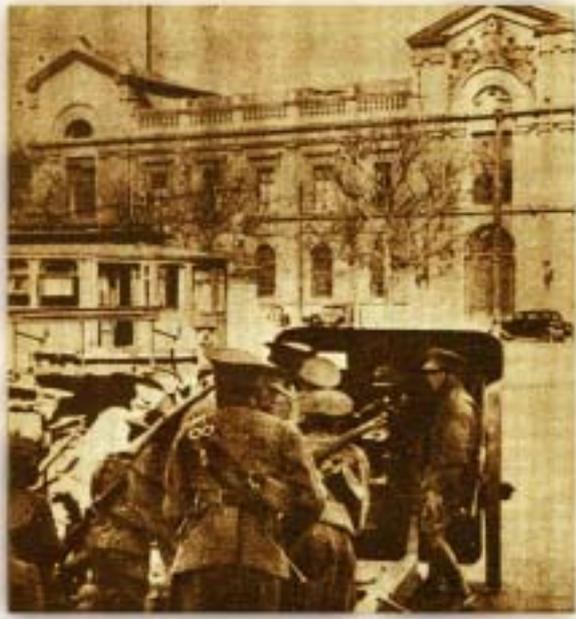
3. Las Reacciones del Estado.

La "madurez" de los jóvenes, estudiantes y militantes como actores, conlleva a una de las primeras respuestas del Estado hacia el mundo juvenil. El triunfo del Frente Popular da paso a una seguidilla de gobiernos radicales que se extiende hasta 1952 (Aguirre Cerda, de 1938-1941; Juan Antonio Ríos, 1942-1946 y González Videla, 1946-1952), bajo los cuales -como Daniel Escobar (1995) ha descrito-, harán su aparición una serie de políticas que incorporarán al actor juvenil como depositario de acciones específicas o subsidiarias por parte del Estado, algunas de las cuales tienen proyección hasta ahora. Fueron las políticas educativas las primeras acciones "subsidiarias" por parte del Estado, al fomentar, con la creación de la Dirección General de Educación el 5 de diciembre de 1940, el acceso de las capas medias y populares a una educación técnica (Universidad Técnica del Estado, 1947 y otras entidades).

Estas acciones vehicularán los aspectos culturales y recreativos no encausados en la educación formal, como la creación en 1942 de la "Sección de Cultura y Publicaciones", más adelante llamada "Dirección General de Informaciones y Cultura" (1943). Por la vía educativa formal se crean, igualmente, las escuelas experimentales artísticas populares (1943) y la instituciones de Teatro Experimental de la Universidad de Chile (1941), el de "Ensayo" de la Universidad Católica (1943) y el "Universitario de Concepción" (1945). Finalmente, se crearán instituciones que tendrán preocupación específica por el mundo juvenil, como la "Dirección General de Protección de la Infancia y Adolescencia" (Ley 7.420 del 09/06/1943); la "Defensa Civil de Chile" (1945), el "Cuerpo Cívico de Alfabetización Popular" (1944) y la "Dirección de Deportes del Estado (1948), hoy "Dirección General de Deportes y Recreación" (1970).

En las administraciones posteriores (segundo gobierno del general Ibáñez (1952-1958), y el de Jorge Alessandri (1958-1964)), parte de las acciones del Estado hacia el mundo juvenil mantendrán lo hecho por los gobiernos radicales, sobre todo en materia educativa. Sólo se agregará la creación de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas en 1958, impulsada por la FECH y respaldada por los senadores demócrata cristianos, Eduardo Frei y Radomiro Tomic (Escobar, Op. Cit.).

Pese a ello, la década del 50' será clave en la masificación de una “cultura juvenil” propiciada por la modernización y el arribo y extensión de los medios de comunicación de masas. La influencia norteamericana -no sólo en cuanto a las políticas desarrollistas hacia América Latina-, se hará patente en el mundo simbólico que transportará; hecho que se complejizará y diversificará desde la década del 60'.



Imágenes 2, 3 y 4. Secuencia fotográfica de 1938 que muestra: El ataque de las Fuerzas Armadas a las dependencias de la Universidad de Chile; la detención de parte de los jóvenes nazistas amotinados allí y su traslado al edificio del “Seguro Obrero” -

donde se encuentra el resto de los muchachos insurrectos-; y el posterior asalto y masacre de los jóvenes en este último recinto. (En Droguett, 1972).

JORGE GONZALEZ

Jefe del Movimiento Nacional Socialista de Chile, hablará hoy a las 9.30 de la noche al pueblo de Valdivia, desde el

TEATRO CERVANTES

Tantos los hombres de trabajo, los que unen los pensamientos de la explotación y van sobre a función socialista el resto de la vida, "deben encontrar" su claridad y honrada.



¡¡ TODOS AL CERVANTES HOY A LAS 9.30!!
¡¡ POR IBANEZ Y CONTRA ROSSI!!
¡¡ EL NACIONAL-SOCIALISMO A LA MUNICIPALIDAD!!

Imagen 5. Anuncio en el periódico *El Correo de Valdivia* fechado el viernes 25 de marzo de 1938 publicitando la presencia del diputado del Movimiento Nacional Socialista Chileno, Jorge González Von Mareés. El sábado 26 de marzo, en el Teatro Cervantes de la ciudad, haría una violenta arremetida contra “el divisionismo racial” que existía en el sur de Chile, acusando de ello a los descendientes de alemanes. Una prueba más de su distancia con el antisemitismo de los militantes del NSDAP *Landsgruppe Chile* y otras orgánicas del mismo partido, como el movimiento de juventudes *Jugendbund*, dirigidas desde Valdivia por el *Führerprinzip* Adolf Schwarzemberg, cuyos jóvenes militantes estaban concentrados, en gran parte, entre los descendientes germanos de esta ciudad.

CAPITULO 4.

“Yo parecía el diablo”: Génesis de las Culturas Juveniles en Chile.

"Papá, ¿De qué es propaganda la luna?"

Carl Sandburg

Nos encontramos en un momento paradigmático en la dialéctica de las identidades juveniles, no sólo en Chile, sino en América Latina y en el mundo. La década de los 60' y parte de los 70' fueron verdaderas bisagras históricas. Estos años, caracterizados -entre otras cosas- por la irrupción de las mujeres como actores sociales, marcaron un hito en la visibilización total y protagonismo preferente del sujeto juvenil, traducido rápidamente como grupo de interés, de presión, de “poder” -como diría Mattelart & Mattelart en los 70' (1970:10)-, incluso, de “nuevo proletariado” (Hermann, 1968:127). O expresión del paso de una cultura “cofigurativa” a una “prefigurativa” (Mead, 1990), en la que los pares reemplazan a los padres como referentes para la construcción del presente sociocultural, instaurando una ruptura generacional sin parangón en la historia.

No es casual que el grueso de las investigaciones sobre el mundo juvenil se reinicien, desarrollen y concentren en esta época, después de una fase “ensayística” (inicios del siglo XX) y sico-biologisista (décadas del 30' al 50', con Aníbal Ponce como “cientista” emblemático). La mayoría de las investigaciones de la época, en Chile y en América Latina, se volcaron a sistematizar lo que hasta entonces había sido el rostro visible del prototipo identitario: la juventud-estudiantil, particularmente universitaria, agregándose tardíamente -en algunas variantes de estudios propiciados por la CEPAL-, la constatación de la diversificación del actor juvenil al interior de las clases sociales (juventud “marginal” o “popular”), como algunas reflexiones de Medina Echavarría (1967) y de sobremanera los trabajos de Mattelart y Mattelart en Chile (1970)⁵⁷ y los compilados por Gurrieri, Torres-Rivas Et. Al. (1971) -Ver referencias teóricas en capítulo uno-.

⁵⁷ Las preocupaciones científico-sociales de estos autores en Chile son bastante sintomáticas de la emergencia cabal de nuevos actores sociales. Una notable investigación anterior, casi desconocida, había abordado al sujeto femenino: *La mujer Chilena en una nueva sociedad: estudio exploratorio* (1969) Santiago, Ed. Pacífico.

Décadas que resultan imposibles de sintetizar, sin ensombrecer las variantes juveniles y sus adscripciones identitarias, como la multiplicidad de fenómenos contextuales que las rodean y performan. Todo ello sustentado, como se vio, en un contexto que complejiza aún más la tarea: la preocupación amplificadora de las propias ciencias sociales por estos sujetos.

Sin embargo, la década de los 60' y la profundización de la modernización de allí en adelante, obliga a priorizar ciertos elementos no del todo abordados, que se encuentran en el núcleo de las disquisiciones sobre la condición juvenil hoy día y que sirven como referente esencial para comprender la complejización, diversificación y génesis de otros actores juveniles, como el caso de las juventudes “revolucionarias”, “coléricas” y mucho más adelante, las urbano-populares y rurales. Hablamos de los referentes estructurales y socioculturales que posibilitaron la aparición de “cultura(s) juvenil(es)”, que implica, como fue revisado en los antecedentes teóricos, una mayor complejidad, densidad y autonomía del marcador de los actores que lo experimentan con respecto al mundo adulto. Clásicamente, decíamos siguiendo a Feixa (1999:84), serían aquellos jóvenes aglutinados en microsociedades surgidos en las urbes metropolitanas que corporeizados por la clase, la etnicidad, el territorio y la estética, son creados y recreados por los medios de comunicación masiva y el mercado.

Porque si bien los actores juveniles latinoamericanos, y particularmente chilenos, encuentran su espacio de escenificación juvenil en la expresión artística, la universidad o la esfera política, un momento de quiebre o alteración lo representa la articulación de una nueva plataforma de aglutinación identitaria, como lo es el arribo de la modernización desarrollista norteamericana desde los años 50' a gran parte de la región, que implicó no sólo más consumo de cemento, electrificación y aumento de la matrícula educativa (Morandé, 1982), sino también una transformación radical en las pautas culturales, sociabilidad y estilos de vida que habían operado sin grandes sobresaltos hasta aquel entonces. Estas transformaciones culturales que han sido detalladamente estudiadas por diversos científicos sociales en una época de reflexividad teórica e histórica en la década de los 80' y 90'⁵⁸ tienen una singular importancia en la aparición del “poder joven” y el consecuente nacimiento de las culturas

58 Ver los estudios de Morandé (1984) *Cultura y Modernización en América Latina*; Brunner (1988) *El Espejo Trizado*; Quijano (1988) *Modernidad, Identidad y Utopía en América Latina*; y de García Canclini (1990) *Culturas Híbridas*, por ejemplo.

juveniles⁵⁹, como en el punto de partida para la diferenciación y diversificación del sujeto juvenil.

Intentaré por tanto sintetizar y describir aquellas transformaciones que permitieron la visibilidad total y el protagonismo preferente de los sujetos jóvenes en Chile, a partir de algunas señales paradigmáticas, dejando parte de los citados estudios anteriores sobre las juventudes universitarias y estudiantiles, como trasfondo referencial al cual acudir - imprescindible- para completar la perspectiva sobre este breve itinerario. Así, se dará mayor cobertura al consumo y producción cultural, estructura y estructurante de la génesis de una cultura juvenil, no obstante acudir a algunos episodios contextuales sobre la Reforma Universitaria, así como la institucionalización de una política juvenil y algunas expresiones político-partidarias con asiento preferente en el mundo joven universitario, que tienen fuerte ligazón con el desarrollo de algunas culturas juveniles.

1. La Patria “Joven”.

“(…) Estoy aquí para detener la inflación, para defender el valor de nuestra moneda; para dar trabajo estable y abrirle una oportunidad a la juventud chilena (…)” (Eduardo Frei, primer discurso presidencial, 3 de noviembre de 1964).

Los referentes que rodean la emergencia de las culturas juveniles en Chile son múltiples y complejos y tienen como fondo una serie de procesos que venían acentuándose desde la década del 50', vehiculizados por la llamada “revolución de las expectativas” (Correa, Figueroa, et. al., 2001), referida a la fe en la superación de los problemas sociales – básicamente la crisis del “Estado de Compromiso”, del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, y la concentración de la tierra (el latifundio)- vía el desarrollismo. Tanto el segundo gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958), como de Jorge Alessandri Rodríguez, hijo del expresidente Arturo Alessandri Palma (1958-1964), no fueron capaces de sostener un crecimiento económico acorde con las expectativas del país. Ibáñez no pudo satisfacer con la industria, la demanda interna; lo mismo ocurrió con la producción agrícola. La extrema dependencia con respecto a la producción del cobre debilitó los ingresos (cuestión que se agudizó con la guerra de Corea). Alessandri tampoco fue capaz de solucionar estos graves

⁵⁹ Un estudio importante en este sentido es el realizado por Maritza Urteaga en México (2002), justamente al dar cuenta no sólo de la parte –en sus palabras- “activista-racional” de estas generaciones (juventud estudiantil), sino también de sus productores culturales por antonomasia: los rockeros (jipitecas y punketas).

problemas y se agudizó la inequidad en el país (de hecho, ya bajo Ibáñez, en 1957, se produjo una asonada popular de gran envergadura). La década de los 60', así, seguía arrastrando los problemas más críticos de la economía chilena: el sistema de tenencia de la tierra y el estancamiento campesino, la acentuada dependencia con respecto a los ingresos provenientes de la minería y la inflación crónica (Collier y Sater, 1998:239-243). Las soluciones y los nuevos modelos de sociedad comienzan rápidamente a emerger.

La imagen de la “sociedad de la abundancia” del primer mundo, provocó la creencia en una sociedad “no-subdesarrollada” (bajo la nueva nomenclatura de la época) vía la racionalización y planificación de la vida social por medio de la técnica y las reformas estructurales desde arriba –el Estado-. Proceso que se manifestó en Chile en el surgimiento de nuevas fuerzas sociales calificadas para liderar estas transformaciones, como lo fueron las nuevas generaciones de capas medias y populares, las cuales sustentaban tanto proyectos reformistas (Partido Demócrata Cristiano), como revolucionarios (Partido Comunista, Socialista, y posteriormente Radical, MAPU, entre otros).

En un primer momento el triunfo electoral fue para los reformistas, con Eduardo Frei a la cabeza, en 1964. Su estrategia evidenció desde un principio su búsqueda y encuentro con la base electoral y “simbólica” juvenil. Primero con la “Marcha de la Patria Joven”⁶⁰, donde cinco columnas de jóvenes provenientes de todo el país marcharon durante meses difundiendo las ideas del programa electoral de Frei, hasta converger en el entonces Parque Cousiño, donde el candidato habló ante 300.000 jóvenes, a los cuales “identificó con la patria misma” (Correa, et. al., 2001:243; Sepúlveda, 1996). Este episodio tuvo como resultante el advenimiento definitivo del “poder joven”. En sus postulados, Frei, como otros estadistas en la región durante la década del 60' (Vgr. Juscelino Kubitschek en Brasil y Arturo Frondizi en Argentina), se adscribió al modelo desarrollista, apoyado en las líneas programáticas “estructuralistas” de la CEPAL. Con sede en Chile, La Comisión Económica Para América Latina, fue el engranaje principal de la máquina ideológica del desarrollismo latinoamericano, propiciado por la ONU y los Estados Unidos a través de la “Alianza para el Progreso” y sus sistemas crediticios –transferencia de veinte mil millones de dólares a los largo de diez años, provenientes la mayor parte del tesoro norteamericano (Halperin, 1997:540)-. Todo esto, por cierto, en el contexto de la Postguerra, donde Estados Unidos se empeñaba en alejar el “fantasma” del bloque comunista liderado por la U.R.S.S. y sus influencias más “peligrosas”,

⁶⁰ En contraposición a la del “Tren de la Victoria” y el programado “Carnaval de la Victoria” organizado por el Comando Juvenil del candidato Salvador Allende.

como Cuba, en medio de la “Guerra Fría”. La “Alianza Para el Progreso” –bajo su mentor intelectual, el asesor del la presidencia norteamericana W.W. Rostow-, financió la mayoría de las reformas modernizadoras del sistema productivo en América Latina, la diversificación y comercio exterior, reformas agrarias, expansión de los sistemas habitacionales, de salud y educación, entre otras. El Demócrata Cristiano Eduardo Frei, no sólo se benefició de la ayuda que desde la década de los 50’ se venía dando a la región, sino también de la complicidad directa del gobierno de Estados Unidos (John F. Kennedy, primero –1961-1963-, y Lyndon Johnson después –1963-1969), a través de la CIA y la financiación casi de la mitad de la campaña electoral y la de organizaciones y partidos antimarxistas (según información que arroja el llamado “Informe Church” del congreso de E.E.U.U en 1974). Todo ello permitió en parte, frenar en la elección de 1964 a la izquierda, que cada vez tenía más fuerza electoral, pues logró 977.902 sufragios –38,93%-, frente a 1.409.012 –56,06%- de Frei (Aylwin, Et, al. 1990:210).

Influido por las teorías desarrollistas “re-traducidas” del cura jesuita Roger Vekemans del Centro Bellarmino, el Centro para el Desarrollo de América Latina (DESAL), o la revista *Mensaje*, entre otras instituciones católicas, Eduardo Frei capitaliza estas fuerzas culturales renovadoras en un proyecto de país “moderno”, “cooperativista” de “promoción popular” -el social cristianismo de J. Maritain encontraba sus referentes cristalizados en las propuestas del Concilio Vaticano II propiciadas por el Papa Juan XXIII y la “teoría de la marginalidad” de Vekemans se pone en boga-, y fundamentalmente “joven”. Importantes reservorios generacionales político-intelectuales afluentes del Partido Demócrata Cristiano (fundado en 1957 sobre la base de la Falange Nacional), fueron la AUC (Acción Católica Universitaria), la JOC (Juventud Obrera Católica) y posteriormente tanto la JEC (Juventud Estudiantil Católica) como el movimiento en torno a la llamada “Iglesia Joven” (1968). El gobierno de Frei, inaugura las políticas estatales específicamente juveniles e incorpora en sus ministerios a muchos jóvenes políticos y tecnócratas, intentando cooptar todas las energías reformistas de los que creían en su “Revolución en Libertad”, como alternativa al socialismo: profundización de la Reforma Agraria, “Chilenización” del cobre –que no nacionalización, la que vendría con Allende en los 70’- y un programa masivo de construcción de viviendas –nada muy alejado en términos pragmáticos del programa Allendista⁶¹-. Frei atendía la “brecha generacional” y

⁶¹ Obviamente el fondo de programa Allendista, en lo que se constituirá su segunda derrota electoral antes de su triunfo en la elecciones de 1970, tiene un diagnóstico diferente al sustentado por Frei: la superación del subdesarrollo es inviable por la vía capitalista dependiente, tanto interna (burguesía y oligarquía local), como externa (imperialismo); y tendrá los elementos esenciales de los que posteriormente se llamará la “Vía Chilena al

apelaba a la mayorías “biológicamente” jóvenes, que en Chile comenzaban a ser preponderantes: **sólo al comenzar la década del 60’ el 49.4% de la población era menor de 20 años**, según cálculos de la CEPAL/UNICEF en 1967 (Gurrieri, Et. al, 1971:17). Y no es casual que la totalidad de las federaciones estudiantiles universitarias hacia 1964 estuvieran dominadas por jóvenes demócrata cristianos (Tironi, 1985:96).

Desde mediados de siglo, la sociedad chilena venía sumando cambios acelerados, que terminaron por modificar radicalmente su estructura social. Se manifestaba un sostenido crecimiento demográfico: de 5.932.995 habitantes en 1952 a 7.341.115 en 1960 hasta alcanzar a 8.884.768 en 1970 (Aylwin, et. al., 1990:244). Todo ello sustentado en un aumento de la natalidad y esperanza de vida y una baja de la mortalidad. Pero también, en uno de los hechos principales de la transformación, a saber, la migración campo-ciudad. Sólo durante la década del 50’ la población de la ciudad de Santiago duplicó el número de habitantes, de 1.384.285 en 1952 a 2.125.000 en 1960. El proceso de industrialización y la parálisis del mundo campesino, había arrastrado a una gran población a una naciente metrópolis, y ya para 1970, el porcentaje de población total rural había disminuido a un 24%, teniendo en cuenta que en 1952 era de un 39,8%. (Aylwin, et. al. 1990:245).

La “Alianza Para el Progreso”, manifestaba los primeros impactos en la educación básica y media, puesto que la alfabetización entre personas de 15 años y más, subió de un 80,2% en 1952 a un 84,6% en 1960. Las cifras más significativas, sin embargo, están situadas en la educación superior, una de las transformaciones más importantes del período y que explican en parte, los procesos de cambio, diversificación y complejización del actor juvenil chileno, asentado históricamente en las universidades. Según Aylwin (Ibid., 245), el número de alumnos universitarios en el año 1952 era de 9.335, para 1957, esta cantidad había subido a 20.440, en 1965 a 41.801, para llegar en 1970 a más de 77.000.

Pese a no querer concentrar la investigación en describir estas transformaciones en la educación superior, es importante dar cuenta de algunos antecedentes, por el hecho de estar imbricados en la de emergencia de las culturas juveniles, particularmente las “revolucionarias”.

Socialismo”. Gran parte de este diagnóstico se apoyaba en la llamada “Teoría de la Dependencia”, cuyos mentores intelectuales fueron A. Gunder Frank, F. Enrique Cardoso, Teotonio Dos Santos, entre otros.

2. “El Mercurio Miente”: Otra Vez Los Estudiantes.

“(…) El joven secundario // y el universitario, // el joven proletario, // quieren revolución.
Y en la universidad // se lucha por la reforma // para poner en la horma // al beato y al nacional.
Somos los reformistas, // los revolucionarios, // los anti-imperialistas, //
de la universidad.” (Víctor Jara - Quilapayún, *Movil Oil Special*).

El aumento de la matrícula universitaria se debió principalmente a la ayuda del gobierno norteamericano, la OEA, la UNESCO y fundaciones internacionales. Tan sólo la Ford Foundation (según Correa, et. al., 2001:235), aportó 16 millones de dólares entre 1960 y 1968 para institucionalizar la investigación científica y expandir la matrícula, concentrada mayoritariamente en la Universidad de Chile. En 1958, la Universidad de Concepción, en el sur de Chile, fue elegida como universidad piloto en Latinoamérica para implementar la investigación en ciencias básicas vinculadas a las necesidades del desarrollo del país. La Universidad de Chile, ampliaba y creaba sedes universitarias en regiones y se dotaba a nivel global de un sistema de becas y gratuidad de la enseñanza. Asimismo, se fortalecía la actuación de las universidades propiamente regionales, como la Universidad Austral de Chile, fundada en 1954.

Esta expansión se enfrentó a una arcaica organización administrativa (estatutos que regían a la universidades públicas desde 1931), y que a poco andar la década de los 60', comenzaron a provocar fricciones con la modernización de las universidades y con el movimiento universitario-estudiantil. Primero, en la Universidad Católica de Valparaíso y Santiago, esta última liderada por una Federación Demócrata Cristiana, -particularmente con su presidente Claudio Orrego- y posteriormente en las Universidades de Chile, Técnica del Estado, Universidad de Valparaíso y de Concepción. Los hechos, ampliamente estudiados y analizados por diversos investigadores⁶², dan cuenta de una acumulación de malestar interno (la propia organización universitaria, aquejada de los mismos males criticados desde la Reforma de Córdoba) y externo (las urgentes necesidades de transformación y compromiso social). Múltiples instancias participativas se fueron desarrollando a principios de la década

⁶² Además de la bibliografía citada al comienzo, existen estudios específicos que analizan los procesos particulares de reforma en cada universidad. Ver por ejemplo, para el caso de la Universidad Católica el artículo contenido en el libro de Garretón y Martínez (1985) del mismo Garretón “Notas sobre el origen y desarrollo de la reforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1973); el libro de Verónica López y Marcia Scantelbury *La reforma en la Universidad Católica* (1969) y la Tesis de Licenciatura en Historia de la misma universidad “El Movimiento Estudiantil de Reforma y el Gremialismo en la época de la Reforma Universitaria”, de Andrea Guzmán (1990). A su vez, para el caso de la Universidad de Chile, pueden revisarse trabajos específicos como el de Felipe Agüero “La Reforma en la Universidad de Chile” (En Garretón y Martínez, Op. cit.).

del 60', todas las cuales intentaron reformar la universidad, como el Seminario de Reforma de la Universidad Técnica del Estado (1963), la creación de la Comisión de Reforma de la FECh (1964), hasta llegar a la convención de la Reforma Universitaria en la Universidad de Chile, en 1966. Sin embargo, el movimiento estudiantil estalla en 1967 como un reguero, primero en la Universidad Católica de Valparaíso (15 de junio) y posteriormente en la Universidad Católica de Santiago (10 de agosto, no sin el rechazo de los movimientos universitarios de derecha, como los jóvenes “gremialistas”). Este último, tuvo un impacto enorme, por provenir de una universidad católica, tradicionalmente conservadora, jerarquizada, y concentradora de los hijos de las clases más pudientes de la sociedad. Este proceso termina con la renuncia del Rector Alfredo Silva. El estudiante Miguel Angel Solar Silva, llamado el “Cohn Bendit chileno”, lideró el movimiento en la Universidad Católica, que tuvo un impacto emblemático para la propia (auto)imagen del actor juvenil: su poder de transformación real en la sociedad y un protagonismo preferente. El detalle del proceso, sobre todo el de la Universidad Católica, contiene elementos representativos de lo que será la dialéctica de los jóvenes del momento, que convergen notablemente con los acontecimientos de movilización juvenil-estudiantil en gran parte del mundo. Los testimonios y documentos de Miguel Angel Solar confirman el impacto de la toma universitaria. Ya en la inauguración del año académico, Silva había predicho en su discurso frente al rector: “[a la universidad] le vamos a exigir que cambie sus viejas estructuras y los hombres que la sostienen, para que se coloque al servicio de su pueblo (...) (Discurso íntegro en Cifuentes, 1997: 231). Después de diversas negociaciones por sacar al rector e iniciar el proceso de reforma (entre ellos un plebiscito para decidir la continuidad del rector, conversaciones con la jerarquía católica del país, el Ministro del Interior de Frei – Bernardo Leighton- y hasta intercambios epistolares con el Papa), se precipita la toma de la Casa Central de la Universidad. Los acontecimientos están marcados por la confrontación con el *establishment nacional*, incluido el periódico más influyente de la derecha, *El Mercurio*, en cuyas páginas se había descalificado repetidamente al movimiento. En medio de la toma, se instaló en la fachada de la casa de estudios, bajo la gran estatua de Cristo con los brazos abiertos, un enorme lienzo que decía “El Mercurio Miente”, que terminó simbolizando las revueltas y a sus protagonistas. “Era feroz, era exquisito”, nos dice sobre la pancarta un contemporáneo de los hechos en sus memorias, el dramaturgo De la Parra, “Era como abofetear al padre, como levantarse en medio del almuerzo los domingos, como irse de la casa mental de Chile” (1999:77).

Todo este proceso se decantará finalmente en los intentos del Estado por la integración y control del sujeto juvenil y su capacidad movilizadora, cuya expresión formal se manifiesta en las políticas juveniles emprendidas por el gobierno de Frei. Las investigaciones de Daniel Escobar (1995) y Jorge del Picó (1994) dan cuenta de estas intervenciones específicas inaugurales, primero con la creación de las “Casas de la Juventud” (con la influencia del Ministerio de Juventud Francés); después con el incentivo de los trabajos voluntarios de verano por parte de los estudiantes (creando para ello la Oficina Nacional para el Servicio Voluntario en 1967), y posteriormente con una organización y regulación global de las acciones: la creación de la Oficina para Asuntos de Juventud, dependiente de la Presidencia de la República; un redireccionamiento “juvenil” de DIGEDER (Dirección General de Deportes del Estado), “incorporando el concepto de recreación” (Del Picó 1994: 137); y la creación del Departamento de educación Extraescolar en 1968, entre otras menos específicas. Dentro de éstas, particularmente interesante resultan las primeras acciones por atender al mundo joven femenino, -que había sido abordado sin distinciones generacionales-, por parte de un Estado preocupado por la vulnerabilidad de las conductas sexuales ante el “hippismo”, creándose de manera experimental el programa VIFE (Vida Familiar y Educación Sexual) en el centro de Perfeccionamiento del Magisterio de Profesores (1967) (Lopresti, 1993). Con todo, muchas de estas acciones sobrevivirán hasta el final del gobierno Allende -aunque obviamente con énfasis distintos-, teniendo su sello en la creación por decreto supremo, el 21 de diciembre de 1971 de la “Secretaría General de la Juventud”, y para el Año Internacional de la Juventud en 1972, la creación de un Consejo de Gabinete para tratar exclusivamente los problemas del sector.

3. “Ser Joven y no ser Revolucionario es una Contradicción Hasta Biológica”.

“(…) Soy parte de una generación que está marcada por el signo de la revolución cubana (...) Y la revolución cubana fue de todos los procesos de nuestra permanencia en la universidad, el que desde distintas perspectivas de adhesión o de crítica, marcó más profundamente a mi generación. Por lo mismo esta fue también la generación del Presidente Kennedy y de la "Alianza para el Progreso". La tentativa más sistemática de respuesta alternativa al cambio revolucionario y al horizonte del socialismo por primera vez presente en América Latina. Fue una generación marcada por el debate en torno a que si era posible un socialismo autónomo, nacional, transformador en América Latina, o si estábamos condenados a ser subordinados en el juego de la política de bloques. Fue una generación marcada por la presencia de los EE.UU. en la República Dominicana en 1965 y yo diría que esta generación cierra su significado en los años ' 60 con la guerra de Vietnam: un proceso conmocionante, desgarrador, que a nadie dejó indiferente, que también ayudó en el tránsito personal de nuestras propias vidas (...)” (Maira, 1985:22-23).

Este testimonio generacional de Luis Maira (1985), militante de la Izquierda Cristiana, ex dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y uno de los diputados más jóvenes que llegara al Parlamento en la historia del país (miembro de la Cámara de Diputados entre 1965 y 1973), grafica sintéticamente el proceso que operó al interior de las juventudes universitarias. El contexto latinoamericano y mundial, fertilizaba no sólo los procesos de Reforma y protagonismo juvenil, sino que se constituía como aglutinador de las diversas sensibilidades reformistas y revolucionarias. Ampliamente estudiados⁶³, los movimientos juvenil-estudiantil internacional coexisten con los chilenos. Estos movimientos estarán marcados por al menos cinco episodios centrales para la proyección de su propia imagen. Por un lado están las revueltas estudiantiles europeas, principalmente las de Mayo de 1968 y la “Primavera de Praga”, con un impacto mediático significativo, gracias a la expansión de los medios de comunicación de masas. Por otro, las revueltas juveniles en Estados Unidos en pro de los derechos civiles, antiimperialistas y antimilitaristas (básicamente contra las segregaciones raciales, la sociedad patriarcal, la guerra de Vietnam y el servicio militar), que comenzaron en la Universidad de California en Berkeley desde 1964 y que se extendieron por muchas universidades norteamericanas (Brandes, 2002). En tercer lugar, aparecen los movimientos estudiantiles y políticos en Latinoamérica que marcarán la década de los 60’ y 70’. Primero la Revolución Cubana con la reivindicada imagen “juvenil” y teorías revolucionarias del Che Guevara (el foquismo, entre las más influyentes⁶⁴) y la “Matanza de Tlatelolco” el 2 de octubre de 1968 en ciudad de México. Los movimientos en el primer mundo arribaron a América Latina, más como movimientos contraculturales de jóvenes satisfechos (Vgr. Roszak, 1976 [orig, 1968] y las influyentes obra de Marcuse, 1962, 1964) que de una verdadera raíz político-revolucionaria. Las palabras de Marcuse: “la rebelión no está dirigida contra los males que provoca esta sociedad, sino contra sus beneficios”- o las de Roszak sobre la culpa del surgimiento de los “hijos rebeldes”: “sus

⁶³ Dos trabajos recientes sobre estos movimientos son los de Stanley Brandes “Beatniks, Hippies, Yippies. Orígenes del movimiento estudiantil norteamericano” y el de Sergio Balardini “Cordoba, Cordobazo y después. Mutaciones del movimiento juvenil en Argentina”, en Feixa, Saura y Costa (2002). Otra obra que analiza los sucesos acaecidos tanto en la Alemania Federal como a nivel mundial es libro de Kai Hermann *Los Estudiantes en Rebeldía* (1968)

⁶⁴ El propio Che Guevara, elaboró varias reflexiones sobre el actor juvenil, la mayoría referidas al compromiso del estudiante con la revolución y la militancia partidaria. Recientemente en la Revista Cuadernos de Salud Pública de Cuba se han antologado sus discursos, hasta ahora dispersos y poco conocidos (Delgado y López, 1998).

padres que los han equipado con un superyo anémico”, tenían su asidero en la reacción generacional provocado por un malestar agudo de los hijos del “baby boom” contra la sociedad de la abundancia, la tecnocracia, la tecnologización, el conservadurismo heredado de la postguerra, la despolitización, la sociedad de consumo y el bienestar material, cuya manifestación inaugural fue el movimiento literario contracultural “Beatnik”, simiente del movimiento Hippie (léase *El Aullido*, por ejemplo, del poeta Allen Ginsberg, las novelas *En el Camino* de Jack Kerouac, *El Almuerzo Desnudo* de William Burroughs y otras de menor impacto, pero no menos representativas por sus antisistémicos excesos, como las de Gregory Corso –*El Feliz Cumpleaños de la Muerte*-, u otras de Lawrence Ferlinghetti y Gary Snyder). Los movimientos acaecidos en América Latina, en cambio, tienen un cariz político de transformación social radical, que se constituyen como “originales” y distintos de los movimientos juvenil-estudiantil europeos y norteamericanos (a lo más, vinculados a opciones políticas de izquierda moderadas, como la llamada *New Left*). Expresaban disconformidad con el modelo de desarrollo, la miseria masiva, la desigualdad y dependencia con respecto a los países desarrollados provocadores del subdesarrollo, paralizadores de la emancipación revolucionaria y la instauración de un modelo socialista propiamente latinoamericano. El alejamiento del movimiento estudiantil de sindicatos y orgánicas políticas de la izquierda marxista, ocurrido en Europa -particularmente en Francia-, no tuvo ningún atisbo de aparecer en América Latina. Estas características, harán surgir en gran parte de la región movimientos estudiantiles secularizados de la universidad como plataforma única de lucha, conectando -a través de una política de alianzas- sus reivindicaciones con las demandas e imperativos de la sociedad en su conjunto. En este sentido, resultan significativos las declaraciones del líder estudiantil de Mayo del 68’, Daniel Cohn Bendit, en la histórica entrevista que le hiciera Jean Paul Sartre, en 1968:

“La cuestión de saber si puede haber todavía revoluciones en sociedades capitalistas evolucionadas y de lo que hay que hacer para provocarlas realmente no me interesa. Cada cual con su teoría; unos dicen: las revoluciones del tercer mundo son las que provocarán el derrumbe del mundo capitalista. Otros: sólo gracias a la revolución en el mundo capitalista podrá haber desarrollo del tercer mundo. Todos los análisis están más o menos fundados, pero en mi opinión, eso no tiene mayor importancia”. (*Le Nouvel Observateur*, 20 de mayo de 1968).

En Chile, en contraste, uno de los procesos más interesantes en este sentido –surgido en el contexto de la Reforma Universitaria-, es el nacimiento de variantes identitarias juveniles que, al igual que la Falange y el Movimiento Nacional Socialista Chileno en la década de los 30’, tendrán un fuerte desarrollo y autonomía generacional. Son las llamadas por Goecke

(1997), “Juventudes Revolucionarias”, cuya génesis se encuentra en las universidades Católica y de Concepción, producto de la preponderancia que tomó la situación social y política en el país y al interior de las universidades. “(...) La urgencia del cambio social y la de los estudiantes por participar y ser protagonistas de éste, va a postergar la reforma”, dice Tironi (1985:102). Así, tal como se planteó en la Convención de Reforma de la FECH, la dependencia entre “situación social” y “Universidad” era recíproca, por tanto, como analizaron en perspectiva Silva Michelena y Rudolf Sonntag (1971), comienza un estadio de “extrañamiento positivo”: la posibilidad de hacer la revolución es más determinante que la cosmética de la reforma universitaria. El movimiento estudiantil, fortalecido por la Reforma, estaba fuertemente politizado y su protagonismo alcanzará niveles sólo comparables con la década del 20’.

En este contexto, y al interior de las universidades, emergen tres movimientos políticos con bases netamente estudiantiles. Los dos primeros, en la Universidad Católica de Santiago, producto de la escisión del Partido Demócrata Cristiano: el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y, posteriormente, la IC (Izquierda Cristiana), guiados, uno más que otro, por la cada vez más influyente “Teología de la Liberación”, base ideológica que hizo converger políticamente a marxistas y cristianos. El tercero, uno de los movimientos juveniles partidarios más interesantes y que se presenta como la síntesis de esta versión juvenil: el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fundado en 1965, con militantes escindidos de la Federación Juvenil Socialista pertenecientes al Partido Socialista), formado mayoritariamente por jóvenes, tanto universitarios, como obreros y con una progresiva ampliación de su base social. Dichas juventudes dinamizarán los movimientos sociales que contribuyen al triunfo electoral de la Unidad Popular, presidido por Salvador Allende, quien no sólo señaló en su primer discurso -una vez ganada las elecciones del 70’- desde los balcones de la FECH: “Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación de Estudiantes. (...) Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia. Porque todos lo sabemos: la juventud de la Patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo (...)” (4 de septiembre de 1970); sino que dedicará un día después (Estadio Nacional) y dos años más tarde (México) encendidos

discursos que resumen muchos de los postulados que operan en la consciencia de las “juventudes revolucionarias” y que al mismo tiempo la interpelan⁶⁵:

“(…) Miles y miles de jóvenes reclamaron un lugar en la lucha social. Ya lo tienen. Ha llegado el momento en que todos los jóvenes se incorporen (…). El escapismo, *la decadencia, la futilidad, la droga, son el último recurso de muchachos que viven en países notoriamente opulentos, pero sin ninguna fortaleza moral. No es ese nuestro caso.*” (Salvador Allende al instaurarse el Gobierno de la Unidad Popular, en el Estadio Nacional al día siguiente de asumir el cargo del Presidente de la República, el 5 de Noviembre de 1970, cursivas mías).

“(…) La revolución no pasa por la universidad, y esto hay que entenderlo. La revolución pasa por las grandes masas, la revolución la hacen los pueblos, la revolución la hacen esencialmente los trabajadores. Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes que como se han leído el Manifiesto Comunista o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado, y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres que por lo menos tienen consecuencia en su vida. *Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica*, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario en una sociedad burguesa es difícil. Cómo no requerir precisamente capacidad y capacitación a los revolucionarios, por lo tanto, el dirigente político universitario tendrá más autoridad moral si acaso es también un buen estudiante universitario. Ser agitador universitario y mal estudiante es fácil, ser dirigente revolucionario y buen estudiante es más difícil, pero el maestro universitario respeta, al buen alumno y tendrá que respetar sus ideas cualquiera que sean (…).”

(Transcripción nuestra del discurso ofrecido en el auditorio del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades -hoy auditorio Salvador Allende-, de la Universidad de Guadalajara, el 2 de diciembre de 1972. Una versión fragmentada de este discurso en Latorre 1974:185).

Estos segmentos juveniles, serán el sustento de *La Nueva Canción Chilena*, producción cultural juvenil que se opondrá desde el antiimperialismo y lo latinoamericano -ya finalizando la década de los 60’ y decantado en el comienzo del gobierno socialista de Salvador Allende en 1970-, a la que había concentrado parte de la génesis de las versiones culturales juveniles emergidas desde fines de los 50’: Los *rocanroleros y coléricos* de *La Nueva Ola*. Ambos movimientos y juventudes los retomaremos con detención más adelante.

4. La “Edad de Moda”

"Fue la rebelión de un segmento de la clase media y fue una verdadera 'revolución cultural', en el sentido en que no lo fue la China (...). Las generaciones anteriores habían conocido el culto al padre terrible, adorado y temido: Stalin, Hitler, Churchill, De Gaulle. En la década de los 60 una figura ambigua, alternativamente colérica y orgiástica, los Hijos, desplazó a la del Padre saturnino. Pasamos de la glorificación del viejo solitario a la exaltación de la tribu juvenil".

Octavio Paz

⁶⁵ Otros discursos particularmente valiosos por la centralidad del sujeto joven-estudiante en el pensamiento de Allende, pueden leerse en “La juventud debe ser base y motor del proceso de cambio” (Saludo a la XX conferencia de la FJS (agosto de 1971) y “Discurso a los estudiantes de la Universidad de Concepción” (4 de mayo de 1972). Ambos publicados en *Salvador Allende. Obras Escogidas* (1989).

En efecto, una de las características más bien soslayadas por la investigación social es importantísima, por su carácter fundacional. Por un lado la complejización y diferenciación de los actores juveniles –donde más que nunca es absolutamente imposible hablar de “juventud” en singular-; y por otro, algo central para nuestro objetivo: la generación de transformaciones identitarias que hace a estos actores ganar definitivamente un espacio legítimo de autonomía al interior de la sociedad. Hablamos del nacimiento y expansión de las culturas juveniles, en las que cohabitan juventudes con distinto grado de autorreconocimiento identitario –desde la matriz generacional hasta la (sub)cultural-, y cuyas manifestaciones, no obstante estar asentadas en los sectores sociales privilegiados, modularán por su adscripción o negación, la multiplicidad emergente de expresiones juveniles (como la de los sectores populares urbanos). Es el comienzo de un proceso acelerado donde “lo joven”, como dice Martín-Barbero, se “libera” definitivamente de la “edad” para convertirse en un imaginario (1998:31); o lo que es lo mismo, cuando se comienza a vivir el inicio de una “juvenilización de la cultura”, situada en la cultura de masas, que en un primer momento se inspira en formas de identidad juvenil, para después adoptar todo su simbolismo (Pérez Tornero, 1998:263). Se trata de un juego complejo, donde los sectores élíticos y mesocráticos comienzan a conquistar un espacio de autonomía cultural (una verdadera cultura juvenil); mientras que los sectores subordinados logran alcanzar un espacio menor de autonomía –la mayoría sumergidos en las juventudes políticas, con vinculación estudiantil o consumiendo “juventud” desde la naciente industria cultural criolla-, pero conquistan un terreno antes negado, el reconocimiento identitario definitivo como actor: al fin y al cabo son “jóvenes”. Ya sea por los resultados de la expansión educativa, por el papel de las juventudes políticas que se arrastraba desde las décadas pasadas, o por el consumo cultural juvenil, el momento es álgido para un actor que recién estrena toda su fuerza, acumulada durante el siglo.

Las condiciones de producción de las culturas juveniles chilenas, están marcadas por los referentes estructurales que se vieron en un comienzo, sobre todo la paulatina modernización de la esfera material (la extensión de la electricidad desde los gobiernos radicales con la creación de centrales hidroeléctricas fomentadas por la CORFO, la urbanización, la expansión de la matrícula educativa y creación de universidades, la industrialización y la migración campo-ciudad, etc.). Pero de sobremanera la “modernización” de la esfera simbólica, fenómeno atribuido habitualmente a la influencia externa (básicamente como la *norteamericanización* de las costumbres vía la aparición de los medios comunicación

de masas y la industria cultural), como también, al “agotamiento de las formas sociales burguesas criollas” (Aylwin, et. al., 1990:254). En efecto, en el Chile de la década de los 60’ tanto la industria cultural como las comunicaciones crecen progresivamente. Primero con la propagación de los radiotransistores (cerca de un millón de equipos en 1960 y más de 100 estaciones de radio), y los equipos de televisión (31.000 equipos en 1964, para llegar 374.000 en 1970)⁶⁶. En el terreno de las comunicaciones sucede lo mismo, un crecimiento explosivo de la telefonía, los transportes privados y públicos y una conexión permanente del país con el resto del mundo. Se podría decir, siguiendo a Collier & Sater, “que los aviones a reacción y el presidente Frei llegan prácticamente juntos. Ambos representaban una nueva imagen de modernidad (...)” (1998:259).

Estos cambios en la esfera cultural son obviamente tributarios de la transnacionalización del mercado simbólico en América Latina y la “clonación” de la industria cultural del primer mundo a nivel local (Cfr. Brunner, Barrios y Catalán, 1989, Brunner, 1989 y García Canclini, 1990). Manifestaciones sustentadas en el éxito económico norteamericano después de la II Guerra –traspasadas a Américas Latina vía la “Alianza para el Progreso”- provocado por el dinero ganado y ahorrado durante la guerra (Adams, 1992); los avances tecnológicos –a su vez fruto de las investigaciones en el terreno militar-, el monopolio de la producción de manufacturas durante la reconstrucción europea (principalmente por la apertura permanente de los mercados y la demanda del viejo continente, que produjeron un superávit en la balanza comercial por valor de cerca de 12.5 billones de dólares); la automatización laboral con las nuevas tecnologías, la demanda de productos debido a la explosión demográfica –el *baby boom*- y el bajo precio de la energía –petróleo- (Johnson, 1997). La llamada “Sociedad de la abundancia” transformó radicalmente la vida social norteamericana durante los 50’: el consumo crece vertiginosamente, surgen las tarjetas de crédito, la tecnología de “ayuda” y entretenimiento doméstica se industrializa y entra masivamente en los hogares. Entre estas invenciones la Televisión es la más cautivante. Junto a ella, la publicidad se convierte en el medio de socialización preferente del consumo. Esta tuvo como blanco predilecto a las mujeres y a los jóvenes, y dio nacimiento a un inédito mercado juvenil masivo –*teenage market*-: periodismo juvenil, industria musical segmentada –el Rock And Roll irrumpe con toda su fuerza-, junto con toda una serie de productos

⁶⁶ Las estaciones televisivas, se desarrollan en Chile en las universidades. Primero en la U. Católica de Valparaíso, después en la de Chile, para extenderse con la U. Católica de Chile en Santiago con el Mundial de Fútbol de 1962 realizado en el país. Todos estos antecedentes pueden consultarse tanto en los trabajos de María Luz Hurtado *Historia de la Televisión en Chile. 1958-1937* (1984), como en los de Gutierrez y Munizaga “Radio y Cultura de Masas en Chile” (1983), entre otros.

asociados, desde transistores, discos y tocadiscos, películas, motocicletas, hasta objetos fetiches de diverso tipo. La personificación de este momento, se encuentra en el surgimiento de varios ídolos musicales y cinematográficos, cuyas imágenes se transnacionalizan rápidamente a partir de las tecnologías comunicativas recién estrenadas: Elvis Presley, James Dean y Marlon Brando, encarnaciones matrices de las nacientes culturas juveniles. Esta se manifiestan progresivamente desde la formación de los *fan clubs* y *gruppies*, hasta las *pandillas* juveniles imitadoras de sus héroes musicales y de película, tipo *El Salvaje* (con Marlon Brando y de Laszlo Bebedek, 1954), y *Rebelde sin causa* (con James Dean y de Nicholas Ray, 1955), cuyo correlato sociocultural era la irrupción de la juvenilización de la sociedad. “La edad de moda” –en el decir del clásico libro de Aranguren *La Juventud Europea y otros ensayos* (1961)- había alcanzado rápidamente a Europa a través de la modernización y el “bienestar” generado desde 1947 por el *European Recovery Programm*, conocido como “Plan Marshall”, que otorgó ayudas por cerca de 12.000 millones de dólares a Europa (Adams, Op. cit,351). Desde allí comienzan a generarse fenómenos similares, personificados -avanzada la década del 60’-, en el grupo musical “The Beatles” y las nacientes culturas juveniles modeladoras en Inglaterra, Francia, e Italia: *Teddy Boys*, *Blousson Noirs*, *Vitelloni*, *Raggare*, *Hippies*, etc. Para Feixa (1999:43-44) cinco son las condiciones, antes inexistentes, que provocan la emergencia de las primeras culturas juveniles en el primer mundo. El autor sostiene que se asocian al Estado de Bienestar (ocio y un poder adquisitivo mayor por parte de los jóvenes); la pérdida de autoridad paterna⁶⁷, la modernización de las “costumbres”, en cuanto a una erosión de la moral puritana que desembocó en un consumismo creciente y la “revolución sexual”, cuyos portadores fueron esencialmente los jóvenes; y finalmente dos procesos capitales: tanto la expansión de los medios de comunicación de masas que, según el autor, creó una verdadera cultura popular juvenil internacional, y la creación de un *teenage market*, como espacio de consumo diferenciado, productor de una identidad juvenil más masificada. En efecto, la moda se convierte en un espacio preponderante de diferenciación generacional, de allí que tanto el *blue jeans* – originariamente una prenda de trabajo- como la *mini falda* –creada en 1965 por Mary Quant-,

⁶⁷ Esta pérdida de autoridad del *Pater Familia*, no sólo estuvo marcada por la mayor independencia económica de los hijos y el cuestionamiento generacional hacia su dependencia, sino también por una progresiva promoción social de la mujer. La eclosión de los movimientos de liberación femenina permitieron la obtención de libertades individuales –“lo personal es político”- y una ampliación e igualdad de roles, que se tradujo en el mayor acceso a la formación superior y a empleos de importancia pública. Junto a ello, habría que agregar uno de los hechos más significativos: la revolución sexual, provocada por la capacidad de la mujer de controlar su función reproductiva a partir de una invención crucial: la píldora anticonceptiva.

se conviertan en “lengua franca” de adscripción juvenil, es decir, en “sustratos juveniles desterritorializados” (Muñoz, 1998:264).

En América Latina este fenómeno se manifestó recién hasta muy entrada la década de los 60’ en un segmento social mesocrático y élítico que, “privilegiados” por las señales de la modernización y la capacidad de consumo, estuvieron en condiciones de absorber los elementos culturales y la ideología capitalista que, en el decir de Monsivais (1987:126), “penetraban” en un primer momento –fines de la década de los 50’- desde Estados Unidos. Una mirada ortodoxa a los fenómenos de contacto cultural, puede llevarnos a una lectura mecánica con respecto al fenómeno: una suerte de repetición, copia ramplona de las nacientes culturas juveniles en el primer mundo. Sin embargo, el mestizaje, la hibridación, generaron respuestas originales a esta juvenilización emergente, que va desde la “nacionalización parcial” del Rock And Roll en sus versiones primeras –Elvis Presley, Bill Halley & The Comet-, hasta una reacción extrema y creación de un nuevo imaginario simbólico antiextranjero, que apela y rescata lo local; que converge (más no replica) con los movimientos estéticos y musicales de la *New Left*, con Joan Baez, Pete Seeger y Bob Dylan como autores representativos. La llamada “Nueva Canción Chilena” y los movimientos culturales en Brasil y Cuba, como la “Bossa Nova” y la “Nueva Trova Cubana”, serán sus síntomas más visibles. Intentaremos concentrarnos en la génesis de estas culturas juveniles en Chile a partir de estos dos movimientos culturales juveniles matrices.

5. “El primer disco de 45’ con un adolescente chileno”. La modernización de las apariencias y la diversificación de las culturas juveniles.

(...) Cartagena por dentro está llena de sorpresas. El 90 por ciento de los muchachos usa gestos y tenidas de "coléricos" (...) Altoparlantes situados en las inmediaciones de la playa atruenan con rock and rolls durante todo el día, mientras en la arena, el "espacio vital" está limitado por huesos de pollo, carpas, cáscaras de sandías y... bañistas.

(...) Los que creen que los "James Dean" y los "casacas negras" sólo existen en la pantalla, se llevarán duras sorpresas si van a Cartagena. Allá no son grupitos, sino casi todos los muchachos los que llevan las tenidas "semillas de maldad". Afortunadamente, muchos sólo se quedan en la imitación de la vestimenta y los gestos, aunque grupos de "carlotos" (así los llama la gente) intentaron destruir electrolas, donde alguien, inocentemente, quiso interrumpir una serie de rocks y colocó una canción mexicana. (...) La tenida "James Dean" es barata, y, además, cómoda: Blue-jeans, casaca o gruesos sweaters, pelo crecido (ahorro en peluquería). Tal vez lo único imperdonable es su afición al rock. Siete u ocho parlantes de locales diferentes, a lo largo de su bella terraza costanera, hacen de Cartagena un infierno de alaridos y ritmos para gimnastas, que tienen ancha acogida. Tan violento es el temporal de rock, que después de 418 horas de sufrirlo, los enviados de Ercilla oyeron una melodía extraña, exótica, que sólo pasados varios minutos pudieron identificar. Era la cueca del "guatón Loyola". Y lo más extraño no es eso. "Mocositos" [niños] de 8 o 10 años bailan con furia los ritmos impuestos por los más grandes, lejos de sus papás, en lugares públicos y a una hora en que la anterior generación estaba "haciendo tuto" [durmiendo] hacía rato. Entre ese ejército de "carlotos" ingenuos ("¿qué les hemos ofrecido aparte de rock?" se preguntó un

papá), también se cuelan pandillas auténticas. Gestos torvos, miradas huidizas, cortaplumas provocadoras se pueden apreciar a cada rato, tanto en el viaje en tren como en un paseo por la playa. (Revista Ercilla, 1961)

Este reportaje sobre el balneario de Cartagena, uno de los principales de la zona central de Chile, da cuenta del acceso de las capas medias y populares a lo que había sido tradicionalmente uno de los símbolos del ocio de la "aristocracia chilena", convertido para entonces en el síntoma visible del cambio en los patrones de sociabilidad de la sociedad chilena de la época: una "sociedad de la abundancia" postiza e inacabada, que sólo es capaz de proveer de forma contrahecha "ocio" y bienes simbólicos a través de una industria cultural apuntalada en una "modernidad periférica". Sin embargo, son estos contenidos supraestructurales los que comienzan a eliminar y sustituir los modos de interacción anclados en la cultura tradicional, provenientes básicamente del mundo rural. Podríamos decir, siguiendo a Brunner, Barrios y Catalán (1989:24-42), que esta incorporación a la "modernidad periférica" profundizada desde 1964, contiene los siguientes fenómenos interrelacionados: desplazamiento de la cultura comunicacional de corto alcance por otra de carácter masivo; el traslado de la cultura de la esfera privada a la pública, ampliándose las formas de participación; la progresiva disolución de "una cultura nacional" como expresiva de un "ser colectivo", nacido de la tierra y de la sangre; la aparición de una cultura cotidiana de masas y finalmente la internacionalización de la misma. Estos fenómenos comienzan a acentuarse y a expandirse con la masificación de la radio, aparato cultural que complejiza a los ya presentes en Chile, como el sistema educativo y comunicativo escrito, pero cuya eficacia es mayor: "Esto permite el surgimiento de formas culturales masivas que generan identidad", según Gutiérrez y Munizaga (1987:303), y adquiere una mayor gravitancia en los 60' al llegar a los sectores más alejados del aparato cultural educativo, como los campesinos y sectores marginales urbanos. Esta "versión" de la modernidad guiará las transformaciones en los patrones de comportamiento cotidiano en la sociedad, cuya cara "material" —una democratización real de los recursos—, tardaría muchísimo en llegar. Pese a todo, el campo cultural, con su autonomía relativa (Bourdieu, 1970), coloniza y funda nuevas pautas de identidad y sociabilidad, que se manifiestan rápidamente en el país y en América Latina. En este sentido, gran parte de estas transformaciones están moduladas por la masificación y producción de bienes simbólicos segmentados. No es casual que en una entrevista hecha en 1996, Carlos Monsivais haya dicho "Yo no me consideraba joven con el énfasis de ahora. Tenía certidumbres sobre mi edad, pero me consideraba lector, estudiante, simpatizante de

izquierda, incluso mexicano, pero no joven, categoría irrelevante culturalmente hablando antes del rock” (1996:9).

Quizás fueron el Mambo y el Bolero (ambos nacidos en Cuba) y en menor medida el Cha Cha Chá, los últimos bienes simbólicos generacionales propiamente latinoamericanos y de impacto continental, que antecedieron a la irrupción cabal de la industria cultural y el Rock And Roll, a fines de la década de los 50⁶⁸. Tanto la expresión musical como las imágenes de James Dean y Elvis Presley que transmiten la radio, el cine y la prensa segmentada, permearán cada vez más a los actores juveniles, dotándolos de referentes para una mayor autonomía con respecto al mundo adulto. Estos fenómenos se vivieron con particulares crisis en la sociedad chilena del momento, generando un amplio debate⁶⁹ que ya había sido inaugurado en Estados Unidos con una frase del subcomité del Senado sobre delincuencia juvenil, que glosaba: “el gangster del mañana es el individuo que hoy se parece a Elvis Presley” (En Passerini, 1996:430). Las expresiones culturales juveniles del extranjero comienzan a superponerse a las de formación latinoamericana –como el Bolero-, que por su parsimonia y romanticismo aparecen con una menor autonomía con respecto a las generaciones mayores (ver por ejemplo las obras de los autores con más impacto, los mexicanos Agustín Lara, Armando Manzanero y el chileno “Lucho” Gatica). Un miembro de

⁶⁸ Un análisis pormenorizado de este y otros fenómenos musicales y culturales los estudia, entre otros, César Albornoz en “El tiempo del volar de las palomas. La cultura Pop en Santiago”. (Tesis de licenciatura en Historia, 1995). Interesante resulta, del mismo autor, la ponencia “Posibilidades metodológicas del estudio de la música popular contemporánea en Chile desde el ámbito historiográfico” (2001). Asimismo, un repertorio completo de la música popular chilena fue compilado por Luis Advis, Juan Pablo González Et al. en tres volúmenes (1997 y 1998), *Clásicos de la Música Popular Chilena*. Sobre el Rock en Chile, véase los libros de Fabio Salas, *El grito del Amor* (1998), Tito Escárte, *Frutos del País, Historia del Rock Chileno* (1993) y *Canción Telepática, rock en Chile* (1999).

⁶⁹ La prensa chilena comenzó a reproducir tanto el malestar cultural de los adultos locales como las noticias alarmistas provenientes de Estados Unidos, que reaccionaron negativamente ante la “relajación de las costumbres”. (...) La juventud de hoy es víctima, además, de la velocidad. No ha puesto a tono su pensamiento con el avión cohete. Confunde el pensamiento con la imaginación, que es más veloz que el avión a chorro. (...) Que la juventud salte las vallas en que se halla encerrada, porque no es libre. Vive prisionera de las novedades frívolas. Lo que cree que es libertad, es vasallaje. Está amarrada a los acontecimientos, a la novedad musical y a todo lo que hace cosquillas sobre la epidermis. (Adolfo Vial, 1956. Carta dirigida a la revista *Ercilla*, 2 de Junio). En la misma revista, el 4 de julio de igual año, aparece esta noticia: “Inquietos Policía y Educadores: Enloquece el Rock and Roll”. (...) Desde hace meses, las autoridades educacionales, religiosas y policiales están preocupadas en USA por las extraordinarias y peligrosas repercusiones del “rock and roll” en la juventud norteamericana. La locura y griterío que despierta en los auditores han sido comparados con el escándalo perturbador de una carrera de motos en la quietud de un sábado por la tarde (...) Al ritmo del “rock and roll” muchachos y muchachas parecen enloquecer y comenten desaguisados y desmanes. Periódicamente se ponen de furiosa moda en Norteamérica, como en otros países, determinadas cadencias musicales. En la década del 20 fue el “ragtime”; después, antes de la última guerra, el swing; y ahora, el “rock and roll”, también popularizado en Chile a raíz de la película “Semilla de maldad”. Pero nunca se había llegado a los extremos actuales. El “rock and roll” tiene algo demoníaco -afirman sus más tenaces opositores-. Despierta algo salvaje, recóndito, que aflora avasallando la medida y el control que exige la vida civilizada” (...).

la generación literaria del 50' y participe de esta transición, Enrique Lafourcade, testimonia: “[el rock mató al bolero] Presley y Los Beatles extendieron sus tentáculos a todo este sereno, señorial, cursi, melancólico y delicado mundo hispanoamericano. El ‘uno-dos-tres agarrados’ de los danzantes dio lugar a la gimnasia y llenó la danza de ejercicios individuales estilo “cada uno para su santo” (Diario El Mercurio, 26 de mayo 2002).

La irrupción del Rock and Roll en los sectores mesocráticos y elíticos de la juventud urbana chilena supuso las mismas alteraciones que en el primer mundo, al menos en el terreno de las apariencias. Su impacto objetivo en las grandes mayorías puede discutirse. Al respecto puede consultarse parte del trabajo de Mattelart y Mattelart (1970:161-201) sobre gustos y consumo cultural en los jóvenes de fines de la década del 60'. Sin embargo, la proliferación de una industria cultural juvenil, nos retrata un fenómeno de creciente importancia en la sociedad chilena del momento.

La resemantización del Rock and Roll en Latinoamérica se produce y reproduce tempranamente. En México, con la fundación de los *rocanroleros* “Los Locos del Ritmo” en 1958 (Urteaga, 2002:40); en Brasil con la llamada *Jovem Guarda*, con Roberto Carlos, Erasmo Carlos e Wanderléia y los grupos The Jet Blacks, The Jordans, entre otros; en Perú, la “Nueva Ola Peruana” con cantantes como Joe Danova y Pepe Cipolla; en Argentina con el movimiento nucleado en 1962 en torno al programa televisivo “El club del Clan”, con “Palito” Ortega, entre otros. En Chile el movimiento se inicia a partir de 1956-1957 con la participación de cantantes jóvenes en los nacientes programas radiales de música juvenil, cantando primero los *covers* en inglés de los ídolos y grupos fundacionales, los *rocanroleros* Elvis Presley, Chuck Berry, Little Richard, Pat Boone, Paul Anka y “reyes” del *Twist*, como Chubby Checker; para después chilenizar los textos, algunas melodías y crear las propias (pese a que la mayoría de los grupos y solistas trocaron sus nombres originales por otros de raíz anglosajona). Según Salas (2003) inauguran la fiebre *rocanrolera-nuevaolera* una solista mujer llamada Nadia Milton (que graba un single en abril de 1960) y un *colérico* estudiante de clase media, hijo de inmigrantes, llamado Peter Mociulski von Remenjik, quien bajo el apodo de “Peter Rock” tuvo una amplia repercusión mediática. El cantante graba en julio de 1960 en los estudio de RCA un single en inglés con dos temas: *Baby I don't care* de Elvis Presley y *Something happens* de Paul Anka. Paralelamente, el cantante participaba en la agrupación “Peter Rock y Los Lions”, que lideraba Jorge Pedreros. Pese a sus letras

simplonas e inofensivas⁷⁰, al igual que Presley, las pautas coreográficas escandalizaban. "Yo parecía el diablo, porque movía las caderas, cantaba lo que parecían puros tarros y no a todos les gustaba. Pero las chiquillas [muchachas] se me tiraban encima, hacían cola en las radios... si me tenían que sacar con carabineros cuando cantaba", relata Peter Rock (Las Últimas Noticias, 7 julio de 2001). El periodista Camilo Fernández (quien fuera el gestor musical e "industrial" de casi todo el proceso de industrialización musical de los 60-70), comienza a reclutar a un numeroso contingente de jóvenes cantantes para copar un mercado virgen⁷¹: Danny Chilean (Javier Astudillo); Larry Wilson (Reynaldo Rojas); Buddy Richard (Ricardo Toro) Pat Henry (Patricio Henríquez). El año 1962 el Mundial de Fútbol hará debutar la nacionalización del Rock and Roll, con el disco single cantado en castellano por Germán Casas y Los Ramblers: "El rock del mundial", que alcanzó en pocos meses un millón de copias vendidas⁷². En forma paralela, Peter Rock grababa también en castellano "Entre la Arena y el Mar", y Danny Chilean "Verónica". Este proceso de "chilenización parcial" no se detuvo más, con un contingente de artistas que seguía sumándose: Gloria Benavides, Luz Eliana, Cecilia y Fresia Soto, "Los Carr Twins", Luis Dimas, Marisa, Lalo Valenzuela, Los Hermanos Zabaleta –que formaron "Los Red Juniors" y posteriormente los "Bric a Brac"–, el

⁷⁰ Pese a que desde fines de los años 90' se ha generado un *revival* muy significativo del movimiento – especialmente con los artistas más creativos e innovadores, como Cecilia y Buddy Richard, justo es decir que existe una marcada subvaloración de esta corriente entre los miembros más progresistas y conspicuos de esta generación. No sólo por su anuencia para con el "imperialismo" y posteriormente hacia la dictadura militar, sino también, por su remedo acrítico y ramplonería creativa. El sociólogo Tomás Moulian, consultado por el arrastre actual de la Nueva Ola, refirió: "Cada cierto tiempo las sociedades viven el fenómeno de la nostalgia. A nivel masivo, se recuerda el aspecto más inofensivo de la música de los 60', que es la Nueva Ola. Pero no la parte crítica de la música de esa época como Víctor Jara, Violeta Parra y Rolando Alarcón. Es ése el tipo de nostalgia que aparece en una sociedad en crisis. Hoy los chilenos buscan identificarse con ese romanticismo para enfrentar el pragmatismo y la incertidumbre de la vida cotidiana" (El Mercurio, 17 junio 2001). Sobre la primera canción *roncanrolera* chilena con éxito, "El Rock del Mundial", De la Parra afirma por ejemplo: "Difícil sea encontrar una canción más fea en la memoria de los Chilenos. Su ritmo adivinable y monótono, su letra autoafirmativa y chauvinista, su deliciosa ramplonería, retrata como nada lo que significaba en esa primera mitad de los años sesenta la Nueva Ola". (Op. Cit., 68-69). Con todo, el relativo éxito recursivo de este movimiento parece confirmar una aceptación del complaciente "gusto popular", como plantea en una crónica, igualmente complaciente, el escritor Jaime Collyer (El Mercurio, 29 de marzo 2002).

⁷¹ Es particularmente interesante el imaginario construido a partir del inicio del proceso. Entrevistado por el periódico Las Últimas Noticias (7 de julio de 2001), Camilo Fernández, quien trabajaba en radio Agricultura, comentó el episodio: "*Me interesé en ese niño rubio, de buena facha [aspecto], y lo escuché. Planeamos inmediatamente la grabación. Le dije que íbamos a grabar un simple con "Baby, I don't care" de Elvis y, al otro lado, una balada de Paul Anka, "Something happened". Era el primer disco de 45 con un adolescente chileno y en un estilo que jamás se había grabado aquí. Sabía que daría resultado*" (cursivas mías).

⁷² Camilo Fernández, en el mismo reportaje del Diario Las Últimas Noticias, recuerda: "En 1962 me convertí en un productor de alto nivel. Yo estaba en el Festival de Viña y escuché a Los Ramblers con una canción sobre el Mundial de Fútbol que se hacía ese año en Chile. Después de la actuación me acerqué al pianista, Jorge Rojas, y al cantante, Germán Casas, y les pregunté si tenían sello discográfico. Me dijeron que no y los grabé en mi propio sello, Deamon. Vendí cientos de miles de copias. Tantos, que hubo que volver a fabricar discos de 78 para los sectores suburbanos. Después, llegaban artistas de todas partes a mi oficina" (Op.Cit., 2001).

“Pollo Fuentes” (ver anexo), entre muchos. La industria musical juvenil comenzó a diversificar sus tentáculos para crear y posicionar a estos nuevos “ídolos”, palabra, por lo demás, modelada por el imaginario juvenil (Cfr. Revista Ecran 10 de diciembre de 1968). Ya entrado los años 60’, las disqueras de capital local y transnacional existentes, RCA-Victor, Phillips, Odeon, Deamon, etc. propiciaron la diversificación de la industria cultural juvenil. Primero con empresas organizadoras de numerosas giras y conciertos por todo el país, y después, aliándose con empresas radiales y periodísticas que marcaron el comienzo de la prensa juvenil en Chile. Así nacen los “Disc-jockey” y los programas de Radio Portales, “Calducho”, y de Radio Minería, “Discomanía” (este último- dirigido por Raúl Mattas-, había nacido un poco antes de la irrupción del Rock and Roll, pero internalizó el nuevo movimiento rápidamente, colocando incluso un novel locutor, Ricardo García). A ello se suman las revistas “Ecran” de la empresa Zig-Zag, primero con sus secciones “Pick Up” a cargo de Camilo Fernández y “Rincón Juvenil” a cargo de Lidia Baltra (esta última sección se transformaría desde 1964 en semanario, a cargo de María Luz Marmentini). Posteriormente surgirán los medios escritos más importantes de este tipo de prensa, “Onda” (1970-1973) y la de más impacto, perteneciente a otro grupo editorial de ese entonces, Lord Cochrane-Mercurio: “Ritmo de la Juventud” (1965-1975), bajo la dirección de María Pilar Larraín, medio que fuera el soporte promocional fundamental de la “Nueva Ola” chilena y las nacientes culturas juveniles, importando rostros y tendencias musicales. Pese a que sus contenidos eran mayoritariamente musicales, como bien plantea Albornoz, reflexionando sobre sus investigaciones (2001), lo que estaba detrás, “no era la música propiamente tal, sino ella en cuanto manifestación dirigida y generada hacia o por la juventud” (Op. Cit., 5).

La red mediática formada en torno a los ídolos del Rock and Roll norteamericano y criollo, produjo lo que venía sucediendo en el primer mundo desde la década del 50’: una proliferación de seguidores de clases medias (muchos de ellos agrupados en Club de Fans, o *gruppies*), que hacen germinar verdaderas culturas juveniles en torno a la estética, la moda, la música y la filmografía. La versión juvenil *rocanrolera* –la más masificada en este momento- se prendía tanto del imaginario coreográfico descoyuntado y “pélvico” que emanaba el “rey del rock”, Elvis Presley, como de la autocontención y corrección como contraparte a la subversión del baile (usa pelo corto, se alista en el ejército, se casa y no cuestiona mayormente el orden establecido). En este sentido, el cantante norteamericano, rockero y baladista, Pat Boone, se erigió como el contendiente modélico, estético y musical de Presley en el Chile de la época, justamente por subrayar su “normalidad”: es menos desencajado, más

formal, pulcro y atildado. Esta vertiente más reactiva hacia la enajenación y vesanía del Rock and Roll, contrasta enormemente con la de los “Coléricos”. Este segmento tiende a sostener su estilo más en los patrones de comportamiento que irradia el cine. Su fuente principal proviene de la imagen de James Dean en *Rebelde sin Causa* y de Marlon Brando, en *Semilla de Maldad*, cuyo telón de fondo, es el Rock And Roll de “Bill Haley & The Comets”. Al igual que los hijos de la sociedad de la abundancia norteamericana, que fue la que disfrutaba de coche, televisor, habitación propia, tiempo libre, capacidad económica y de todos los bienes materiales que sus padres y abuelos jamás soñaron, los *Dean y Brandos* criollos fueron, en su hibridez, la versión maldita, rabiosa, encolerizada de los *rocanroleros*. El caso que ilustra más paradigmáticamente este arquetipo de cultura juvenil “espectacular” –básicamente por su recepción en la sociedad-, es el de Carlos Boassic, joven *colérico* de clase media-alta apodado “Caroloto”, que en abril de 1959, asesinó –supuestamente- de un balazo a su novia en la comuna de Peñalolén en Santiago, lo que ocasionó gran revuelo en la sociedad chilena y estigmatizó a esta cultura juvenil. El crimen dio pie para rotular a los jóvenes más radicales de estética “colérica” –como los describe el reportaje de Ercilla antes citado- con el mote de “Carlotos”⁷³.

Es un Chile cada vez más inmerso en una sociedad de masas y modificado en sus relaciones intergeneracionales. Los cambios más notorios, no se manifestaron sólo en la paulatina sustitución del traje gris por el *bluejean*, la chaqueta de cuero negra, las faldas “plato” y zapatillas o la desaparición del sombrero y la propagación de la motocicleta, sino que se manifiestan y vivencian al interior de la vida cotidiana: la mayor permisividad para con los espacios de interacción de los jóvenes; la habitual organización de *Malones* o fiestas de fin de semana en las propias casas donde se baila escuchando Rock and Roll y los últimos boleros en el *pick up* [toca discos], eso sí con horario restringido; la posibilidad de hablar en la mesa con los mayores; un progresivo énfasis en la familia nuclear, la desaparición de algunas restricciones que pesaban sobre la mujer -como fumar en público, independizarse, estudiar, trabajar y controlar “su” natalidad-, la extensión y diversificación del consumo y

⁷³ Este episodio constituye un rico campo de exploración sobre la génesis de las culturas juveniles en Chile. Boassic pertenecía a una de las primeras “pandillas” de motociclistas aparecidas en el país (“Los Aguiluchos”), cuya irrupción en la sociedad se concatena con este hecho criminal. Actualmente preparo una investigación específica sobre este caso. Otro ejemplo interesante, aunque menos mediático, lo constituye la biografía del poeta Boris Calderón. Muerto prematuramente a los 28 años (1962), el escritor va a ser conocido como un maldito, casi *beatnik*, ya por su desenfado lírico, como por sus costumbres: montando motocicleta, vistiendo *bluejeans* y causando estragos en la conservadora localidad semi-rural de Buin (González, 1999). Otros casos interesantes lo constituyen algunos integrantes de la generación literaria del 50’, como Alejandro Jorodowski, Enrique Lihn y Stella Díaz Varín, de similares irrupciones contraculturales.

circuitos de producción cultural para el disfrute del ocio y tiempo libre, etc. Ximena Goecke, en su trabajo sobre las juventudes revolucionarias chilenas, da cuenta -aunque con un cierto sesgo de *presentismo*- acertadamente de este proceso:

“(…) [Desde Alessandri Rodríguez se percibe] el desarrollo de una “identidad joven”, es decir la toma de consciencia por parte de los propios jóvenes de que forman parte de un grupo etéreo distinto de los adultos y de los niños, que tienen intereses, capacidades y expectativas peculiares, lo cual se expresa en un creciente desarrollo de una “cultura juvenil” (…) [que basados en modelos extranjeros inicialmente] pronto acrisola aportes con elementos autóctonos para dar origen (…) a un mundo joven chileno conformado por varias subculturas juveniles (…) [perfilándose] como un nuevo e importante grupo de presión” (1997: 87-88).

Muchas de estas transformaciones se reflejan en la germinación y desarrollo de la industria editorial y cinematográfica local, de la literatura y filmografía “de jóvenes”. Gran éxito tiene, por ejemplo, el escritor Enrique Lafourcade al novelar, en *Palomita Blanca* (1971), el imaginario del hippismo criollo de “Piedra Roja” (que veremos más adelante), a través de las vicisitudes afectivas de María y Juan Carlos, pareja de jóvenes chilenos, de clase “dominante” –él- y “dominada” –ella- y las fricciones culturales de su encuentro, teniendo como trasfondo el proceso político y social del Chile de esos años (elecciones presidenciales y el triunfo de la Unidad Popular con Salvador Allende). El cineasta Raúl Ruiz estrena la película homónima basada en el libro en 1972 (aunque los negativos permanecerán ocultos hasta la década de los 90’), con música de “Los Jaivas” y con los actores Beatriz Lapidó y Rodrigo Ureta como protagonistas. Posteriormente aparecerá el notable film documental “Descomedidos y Chascones” (1972) de Carlos Flores, que muestra la diversidad juvenil del momento, desvelando -en debates producidos para la ocasión-, a las cada vez más asentadas culturas juveniles, entre ellas las “revolucionarias” y las “hippies”. La literatura de “jóvenes” (dramaturgia y prosa, especialmente), tenía una trayectoria anterior bastante intensa, proyectando estos cambios en los patrones de sociabilidad juvenil. Relevantes aparecen las obras de Antonio Skármeta, *El Entusiasmo* (1967) y *Desnudo en el Tejado* (Premio Casa de las Américas de Cuba, 1969), ambas prendidas claramente de la literatura de jóvenes norteamericana (Jack Kerouac y J. D. Salinger). Menos difundidas, pero relevantes por el rescate de la juventud del mundo popular y marginal, resultan las obras teatrales *La niña en la Palomera* (1967), de Fernando Cuadra y *El Wurlitzer* (1964), del dramaturgo Juan Guzmán Améstica. En la primera, basada en investigaciones sobre la vagancia infantil, se retratan los conflictos generados a partir de una relación violenta de una joven menor de clase popular – Ana, con 15 ó 16 años- con un hombre casado –Manuel-, quien la retiene y la esconde en una buhardilla. La segunda que transcurre en una “fuente de soda” –bar- y que utiliza el nombre

de un “fetiche” generacional (*Wurlitzer*, denominación de la máquina automatizada de poner discos en Chile), trata de un joven de extracción media-popular –Patricio-, quien abandona los estudios para dedicarse al contrabando, lo que le acarrea serios conflictos con su padre –Gastón-. Toda una tradición que encuentra referentes (aunque muy diferenciales en cuanto a género, focalización temática e “industrialización” del imaginario identitario juvenil) en las crónicas (auto)biográficas de *Juventud y Bohemia* (1947), de Humberto Vera y *Cuando era muchacho* (1951), de José Santos González Vera; y se proyecta en parte de la poesía y narrativa de los años 80’ y 90’⁷⁴.

La producción cultural sobre y desde “los nuevos protagonistas de la historia”, hace patente ciertamente la complejización identitaria de los jóvenes: la emergencia de nuevas culturas juveniles. El primer ejemplo relevante, son los movimientos culturales y estéticos que se prendieron de manifestaciones musicales menos complacientes y sistémicas que el Rock and Roll *chilenizado* de la Nueva Ola. Una porción de la juventud, sobretodo élítica⁷⁵, comenzó a crear circuitos de distinción con respecto a este movimiento. Más reactivos y adscritos a las nuevas versiones del Rock (ácido y sicodélico), lo entienden expresamente como práctica subalterna y contracultural, lo que S. Hall y T. Jefferson (1976) de la “Escuela de Birmingham” en Inglaterra, leerán como “rituales de resistencia” ante la cultura hegemónica y la cultura de clase de los padres, sobretodo por su anclaje y culto a las drogas, la libertad sexual o a las filosofías orientales, que emanaban del primer mundo con grupos como The Beatles –en su etapa más sicodélica de *Lucy and the sky with diamond-*, The Who, Santana, Then Years After, Janis Joplin, The Animals, Cream (Eric Clapton, Ginger Baker, Jack Bruce), Joe Cocker, The Doors, The Rolling Stones, Jimi Hendrix, Led Zeppelin o Jefferson Airplane, y que poco a poco se decantaron en Chile:

74 Toda una empresa interpretativa de las imágenes e imaginario juvenil puede llevarse a cabo a partir de estas obras. Por una lado, los poemarios *La manoseada* (1987) de Sergio Parra, *Lugar de Origen* (1987) de Jesús Sepúlveda y *Piedras Rodantes* (1988) de Malú Urriola –ambos tematizando la juventud popular urbana-; y por otro, la prosa de *Sobredosis* (1990) de Alberto Fuguet y *Adiós Carlos Marx Nos vemos en el Cielo* (1992) de Sergio Gómez, teniendo como fondo los sectores juveniles más privilegiados –elíticos y universitarios-. Mapa narrativo que se puede completar con parte del brillante libro de Pedro Lemebel *La Esquina es mi Corazón* (1990) y el descarnado *Perros Agónicos* de Francisco Miranda (1997); ambos incorporan en prosa, a los sectores de la juventud popular marginal de los 80’.

75 Sus manifestaciones más evidentes son la extracción social de sus productores y consumidores, la mayoría jóvenes de colegios privados del barrio alto, donde la calle “Providencia” de Santiago se convirtió en el escenario de sus actuaciones. Aunque entrada la década de los 70’, debido al proceso de polarización ideológica, al menos parte del “estilo” hippy se fundió con el imaginario del joven revolucionario, con más participación interclasista, lo que se llamó en la década de los 80, los “Artesas”. Para más detalle sobre el origen y circuitos sociales de estos creadores puede consultarse en los libros de Fabio Salas (1998, 2003) y Tito Escárte (1993, 1998).

“Alrededor de 1965, Los Mac's tocaban en diversos escenarios, como el Nido de Aguilas, el único colegio norteamericano chileno. "Los gringos nos pasaron música que era de un vuelo total: Iron Butterfly, The Doors y Jimi Hendrix. Entonces nosotros teníamos otra visión de la música. Mientras las radios transmitían exclusivamente al Pollo Fuentes, Luis Dimas y Los Tigres, nosotros teníamos otro discurso que costaba mucho introducirlo porque vendía poco" (Willy Morales en Planet, 2002).

En efecto, la expresión máxima de esta irrupción se vivió con la formación de grupos musicales como “Los Vidrios Quebrados” (1967), “Los Mac's” (1967), “AguaTurbia” (1969), “Flor de Loto”, y otros más alejados de la sicodelia como “Los Blops” y “Los Jaivas” – muchos de ellos editados por el mismo Camilo Fernández en su sello “Arena”- que escandalizaron por su radicalidad estética a los sectores mesocráticos que ya habían abсорvido con recelo a los *rocanroleros* locales primigenios (ver las carátulas de “AguaTurbia” mostrando a su vocalista Denise y otros integrantes desnudos o parodiando símbolos cristianos, como la carátula apodada por ellos “el crucificado”⁷⁶). Parte de su escenificación e impacto –aunque recuestionado, según diversos testimonios de los mismos protagonistas hechos a la prensa años más tarde (El Mercurio, 30 septiembre de 2000)-, estriba en la organización el 11 de octubre de 1970 en un terreno despoblado del barrio alto (Los Dominicos), el evento llamado “Piedra Roja” y apodado el “Woodstock Chileno”, donde las bandas “Lágrima Seca”, “Ripio” y “Los Jaivas” animaron un encuentro bajo las coordenadas culturales y estéticas del hippismo (pantalones “pata de elefante”, telas sueltas y coloridas, calzados con terraplenes, minifaldas floridas, pelo largo, cintillos y marihuana). Pensado para 3 días, su duración fue sólo de uno –por una pésima organización- y quedan fuera tres bandas destacadas de la época: “Aguaturbia”, “Los Jockers” y “Los Blops”. Este clima generacional está retratado en la novela *Palomita Blanca*, anteriormente citada. La industria cultural juvenil seguirá ampliando sus dispositivos. Más tarde (1970-1975), y teniendo como receptores las variantes juveniles menos conscientizadas y contestatarias, surgirá de la mano de Mirta Furioso y Camilo Fernández (¡nuevamente!), un programa televisivo de la estación estatal de gran impacto en las clases medias y populares: “Música Libre”, a imitación del programa argentino llamado “Música en Libertad”, en el cual participaban mujeres y hombres jóvenes *doblado* y realizando coreografías de temas como "Salta pequeña langosta", "De boliche en boliche" o "Chico de mi barrio", la mayoría de grupos y cantantes trasandinos. El programa, que se transmitía durante media hora (18:00-

⁷⁶ "La carrera promocional para la venta de discos ha producido casos extremos", decía el titular del diario La Segunda del viernes 13 de marzo de 1970. Aprovechando el espanto de una sociedad en transformación, la provocadora carátula del disco debut logró ocupar la primera plana del vespertino. Los músicos aparecían desnudos, y ese desprendimiento de ropas comenzó a generar especulaciones respecto al modo de vida de estos jovencitos "drogadictos" y "promiscuos" (Figuroa, 2002).

18:30), tuvo una gran popularidad y llegó a exportarse envasado a Costa Rica. Este no cesó sino hasta después de un año del Golpe de Estado de 1973.

6. “Sumar y no ser sumados”: Culturas Juveniles Revolucionarias.

Quila... Payún. Quilapayún. No sonaba mal. Quilapayún, tres barbudos [en lengua mapuche, mapudungún]. Quilapayún, Quila... Payún, repetimos varias veces y cada nueva vez el hallazgo nos parecía más feliz. Quilapayún. Además, el nombre nos sugería una idea que inmediatamente nos cautivó: así como los Beatles se habían hecho famosos por sus melenas, nosotros, como los revolucionarios de Cuba, nos haríamos famosos por las barbas. (Eduardo Carrasco, 1988:12)

La variante identitaria juvenil “sicodélica” o más cercana al hippismo, quedó atrapada entre la decadencia de La Nueva Ola y el surgimiento de un movimiento socio-cultural y musical apabullante: la citada Nueva Canción Chilena, que venía ganando adeptos con gran potencia desde los sectores más concienciados de las juventudes estudiantiles universitarias y secundarias. El proceso de transición a la irrupción definitiva de la Nueva Canción a nivel musical, se denominó “Neofolklore” que, a semejanza de los movimientos musicales argentinos de la época (sobretudo Los Chalchaleros, Atahualpa Yupanqui, Eduardo Falú, entre otros, que se habían desarrollado bajo el “auspicio legal” de Perón), es el primer síntoma de una reacción a la música rock y pop extranjera. Esta reactividad del Neofolklore más que política, fue cultural esencialista, ya que a partir del rescate de las “tradiciones patrias” -el folklore canonizado-, se estiliza y juveniliza. Su promotor e inventor, Camilo Fernández, según sus propios testimonios, intenta dar un nuevo golpe comercial como el de la Nueva Ola, pero esta vez desde su opuesto: el rescate de lo nacional. Así, busca *tonadistas* folklóricos de nuevo cuño, vertiente musical chilena que arranca de los años 20’ y que tenía como cultivadores a “Los Cuatro Huasos” (formados en 1927) y posteriormente a los “Huasos Quincheros” (creados en 1937). Así, recluta a jóvenes “de buena presencia y aptitudes vocales, que respondieran al estereotipo estético de la clase alta” (Cfr. El Mercurio, 29 de abril de 2001), a los cuales jóvenes de clase media pudieran imitar. El lanzamiento arroja espléndidos resultados (liderazgo en los *rankings* de las radios, venta de discos y formación de variados grupos: Las Cuatro Brujas, Los Cuatro Cuartos, Los de las Condes, Los del Sendero, entre otros). De paso abre el camino al mercado musical a otras tendencias discriminadas por la industria y el mercado (fundamentalmente Rolando Alarcón y Patricio Manns, que co-habitan en un primer momento con estos grupos), y que a la larga se convertirán en corrientes opuestas al canto engolado y un tanto espúreo del Neofolklore, cuyo

sino será el de ser el puente hacia la irrupción de la Nueva Canción Chilena. La cantante de la Nueva Ola, Marisa y uno de los hermanos Zabaleta, testimonian –con cierta ingenuidad- el fin de la Nueva Ola y el comienzo de este otro clima juvenil musical:

“(…). Hacia 1967, las emisoras habían decidido disminuir sus espacios para ese tipo de música y las giras eran cada vez más escasas. Y en 1969, la llegada del neo- folclor y la invasión de los televisores en las casas terminaron por disolver al movimiento. ‘Ya no se trabajaba en locales nocturnos y el hecho de que te vieran en televisión influía mucho. A la gente se les acababa la imaginación de su ídolo’, (Marisa) (...) ‘Los Cuatro Cuartos, Las Cuatro Brujas venían con fuerza (...) El fenómeno lo abrió Peter Rock y lo cerró José Alfredo Fuentes’ (Antonio Zabaleta)” (Las Últimas Noticias, 7 de julio de 2001).

Lo cierto es que el paso de la “Expectativas de la Revolución” a la “Revolución Permanente” (Correa, Et. al., 2001) fraguados a fines de la década del 60’ se cristalizó en una vasta porción de la sociedad chilena y particularmente en los jóvenes. El fenómeno de la “Nueva Canción Chilena”, ampliamente estudiada desde distintas perspectivas⁷⁷, se venía acrisolando como un torrente de fuerzas culturales, políticas y sociales desde las Reformas Universitarias, la revolución cubana y sus influencias, así como la emergencia de orgánicas partidarias juveniles de izquierda que enfatizan la vía armada al socialismo –como el MIR, las Juventudes Socialistas, cuyo partido se había proclamado marxista-leninista en su congreso de Chillán en 1967, abriendo la posibilidad de la lucha armada- y finalmente parte del MAPU (el OC, Obrero Campesino)-, alimentado por un importante sector de jóvenes comprometidos con la transformación radical de la sociedad. El MIR, por sus características constitutivas (escisión de las juventudes dependientes de partidos “adultos”, llamados por ellos “izquierda tradicional”), es un ejemplo paradigmático de estas “juventudes revolucionarias” y en el que vale detenerse con el objetivo de resaltar sus planteamientos con respecto al cómo interpretan al mundo juvenil –básicamente estudiantil- y su vinculación con éste. En el nacimiento mismo del movimiento hay una polémica que no ha podido ser resuelta en el terreno de las interpretaciones, aunque sí en el terreno de los “hechos objetivos”. Estos, según los intentos de historias del MIR (Cfr. Enríquez, 1971, Sandoval, 1990; Naranjo, 1999; Pascal Allende, 2000, 2001); indican que contrariamente a lo que se cree, el movimiento no fue creado sólo por un grupo de estudiantes de Concepción (Vitale en Naranjo, 1999: 33), sino que se formó a partir de la confluencia de distintos grupos marxistas, trotskistas y prochinos, que confluyen

⁷⁷ Véase, entre otros muchos: *La nueva canción chilena*, de Fernando Barraza (1972); *La nouvelle chanson chilienne en exil*, de Bernard Bessière (1980); *Perfil de la Nueva Canción Chilena desde sus orígenes hasta 1973*, de Rodrigo Torres (1980); *Víctor Jara, un canto truncado*, de Joan Jara (1999); *Quilapayún. La Revolución y las Estrellas*, de Eduardo Carrasco (1988); *Frangements de un Sueño. Inti Illimani y la generación de los 60’*, de Luis Cifuentes (1989); *Cantores que reflexionan. Notas para una historia personal de la nueva canción chilena* de Osvaldo Rodríguez (1984); entre otras.

en 1962 en la “Vanguardia Revolucionaria Marxista”. A estos se le agregan los jóvenes estudiantes de la Universidad de Concepción escindidos de la Federación Juvenil Socialista (Miguel Enríquez, Bautista Van Shouwen, Edgardo Enríquez, entre varios que fueron mayoría) y otros de las Juventudes Comunistas (Enrique Zorrilla y Luciano Cruz). Después de este intento de aglutinación, se sufre otra escisión que terminará saldándose con la creación del MIR, el 15 de agosto de 1965, para posteriormente volver a reordenarse organizativa, ideológica y tácticamente. Dejando de lado las variantes ideológicas y tendencias de origen, estos hechos “objetivos” ocultan un episodio original al interior de la “militancia y paramilitarización” de esta juventudes, que no lograron a cabalidad las otras experiencias de ese tipo (como el Movimiento Nacional Socialista Chileno en la década de los 30’, salvando las distancias ideológicas), a saber, la fijación en el imaginario social de un movimiento, con todas las responsabilidades e importancia de un partido “adulto” y con amplia capacidad imantadora de las juventudes revolucionarias. En lo que será una de sus últimas reordenaciones, el MIR es finalmente liderado por jóvenes universitarios autodenominados por Miguel Enríquez los “no tradicionales” (Op. Cit., 2) (estos eran el propio Miguel Enríquez y los anteriormente citados, que controlaban la mayoría del Comité Central y la totalidad del Secretariado General). De allí la imagen de que la formación fue exclusivamente por parte de estos jóvenes. Pascal Allende, miembro de la dirigencia del MIR, relata un eje central de esta constitución, apelando al concepto de generación -Miguel Enríquez también utilizará este concepto, pero menos desarrollado (Ibid., 1)-, la cual nos da luces sobre el posterior protagonismo de su origen “juvenil”:

[Fue en este contexto histórico que surgió el MIR]. Fue el resultado de un proceso de confluencia entre dos generaciones. La generación de viejos dirigentes y cuadros que habían roto con la Izquierda tradicional algunos en los años 30, otros en momentos posteriores, y que se expresaban en pequeños grupos políticos herederos de antiguas corrientes anarquistas y trotskistas, dirigentes sindicales clasistas encabezados por el legendario líder cristiano Clotario Blest, y sucesivos desprendimientos de los Partidos Comunista y Socialista. La nueva generación estaba constituida fundamentalmente por estudiantes que habíamos roto recientemente con las Juventudes Socialistas (...) La nueva generación mirista nos volcamos [sic], con el entusiasmo de los jóvenes, a prepararnos para la lucha armada, impulsar la movilización estudiantil, vincularnos a las organizaciones sociales populares, y ganar más jóvenes para la causa revolucionaria. Para el año 1966 el MIR había ganado una presencia mayoritaria en la Universidad de Concepción y en las provincias cercanas. En Santiago creció con más retraso en las Universidades de Chile y Católica. Fue desde las universidades que los jóvenes miristas comenzamos a vincularnos con las poblaciones, las comunidades mapuche de Arauco, los mineros y trabajadores industriales. Después de dos años de la fundación del MIR, esta nueva generación constituía la mayoría absoluta de la organización, pudiendo elegir en el congreso de 1967 al grueso de los miembros del Comité Central y a Miguel como Secretario General. (Revista *Punto Final* 11 de agosto de 2000).

Lo importante a nivel ideológico para la mayoría de la dirigencia, es que logra tener un arrastre importantísimo en la Universidad de Concepción, consiguiendo la expulsión de la

ciudad del Cuerpo de Paz norteamericano, echando del barrio universitario a Robert Kennedy, llegando a la presidencia de la Federación de Estudiantes de Concepción en 1967 con Luciano Cruz, y protagonizando acciones armadas de “recuperación”. Esta influencia se irá poco a poco ampliando a otros sectores sociales, creando para ello -en forma posterior-, distintos Frentes de Masas (MCR, Movimiento Campesino Revolucionario, MPR, Movimientos de Pobladores Revolucionarios, el FER, Frente de Estudiantes Revolucionarios y también los GPM Grupos Políticos-militares). Miguel Enríquez denomina a esta fase “Período Operativo y de “Masas”. Pese a todo lo anterior, como claramente lo expone Pascal Allende, la mayoría de los cuadros estaban formados por jóvenes estudiantes que se intronizan entre las bases sociales subalternas (campesinos y pobladores fundamentalmente). La autonomía del MIR con respecto al gobierno de la Unidad Popular y a los propios partidos constituyentes (Comunistas, Socialista y Radicales), no es sólo una autonomía por diferencias en las “vías” al socialismo y sus críticas al stalinismo; el Pacto de Varsovia, la invasión a Checoslovaquia y los socialismos “reales” –discurso crucial de su distinción-, sino una distancia asentada en enclaves generacionales distintos. La visita de Fidel Castro a Chile y la conversación que sostuvo con Miguel Enríquez es una cara del fenómeno. Al insistir Castro en la importancia de la unidad de la izquierda (y la importancia de que el MIR se sumara oficialmente a la UP o al menos que no la erosionara) diciéndole “El arte de la revolución es el arte de sumar fuerzas... sumar... sumar... y sumar”, Enríquez le comenta “Sí, comandante, es el arte de sumar y no ser sumados”. (Pascal Allende, *Punto Final*, 22 de septiembre de 2000). Desde este espacio de autonomía, sin embargo, el MIR defendió consecuentemente al gobierno de la Unidad Popular, moviéndose ágil e inteligentemente desde un espacio de independencia y “apadrinamiento” por parte del gobierno -particularmente del propio Allende-, aunque con fuertes críticas del Partido Comunista. Así, no es posible alejarse de la imagen “generacional-relacional” en que se vio envuelto el movimiento: la del adulto comprensivo (Allende) con respecto a los jóvenes “rebeldes”. Estas imágenes de relaciones intergeneracionales no tienen un asidero epifenómico, más bien son por momentos bastante centrales. Relevante resulta la formación de la guardia de seguridad de Allende, el GAP (Grupo de Amigos Personales), integrado primero por jóvenes del MIR y posteriormente por jóvenes socialistas. Del mismo modo, el indulto de Allende a varios miembros del MIR por procesos judiciales en su contra (acciones armadas); igualmente el ofrecimiento de Allende a Miguel Enríquez de integrarse como Ministro de Salud al gobierno (tal como lo había sido él, cuando joven, en el gobierno del Frente Popular con Aguirre Cerda); o protegiéndoles indirectamente, como lo hizo Osvaldo Puccio, secretario de Allende, en sus acciones armadas de “recuperación”. Un gesto

emblemático lo cuenta Pascal Allende: "(...) Salvador Allende, mi tío, me hizo llegar una caja de zapatos. Al abrirla, encontré una pistola Colt 45, nuevecita, y una nota que decía: "Tú escogiste ese camino. Sé consecuente con él". (*Punto Final*, 25 de agosto de 2000). La independencia y autonomía del movimiento en sus relaciones generacionales, es también un síntoma epocal, que en la orgánica operaba como una premisa sobreentendida y que la llevaron valientemente hasta el final. En este sentido, autores como Feuer (citado en Auth y Joannon, 1985) consideran, desde una lectura generacional, que el desgajamiento de los partidos tradicionales de izquierda se explica como un rechazo generacional al padre colectivo que representa el partido y la afirmación de la personalidad por medio de la distinción que emana de una crítica radical en nombre de los principios vulnerados por la política de las generaciones precedentes. "El pueblo, el campesinado, el proletariado, se vuelven una consciencia alternativa proyectada que reemplaza a los padres; una nueva y opuesta autoridad paterna a la cual con facilidad se le imputan la encarnación de principios y valores opuestos al stablishment" (1985:19).

Con todo, el MIR, desde las Reformas Universitarias, es el puntal de vanguardia que intenta transformar estas luchas reformistas universitarias en luchas revolucionarias de largo alcance. La orgánica triunfa en las elecciones universitarias en Concepción con el llamado "De las luchas estudiantiles a las filas de la revolución", y considera la universidad como:

"... parte de un todo superestructural... al servicio de la clase dominante, la burguesía nacional y el capital foráneo, como un pilar más del régimen de explotación capitalista". (...) La lucha estudiantil se "orienta fundamentalmente a cambiar los intereses a los que la universidad sirve" (...) "Los estudiantes revolucionarios, a la vez que su lucha fundamental la dan por transformar revolucionariamente la sociedad entera, integrándose al movimiento obrero y campesino, tras una Revolución Socialista, por medio de la insurrección armada, luchan a largo plazo en el interior de la Universidad por la Revolución Universitaria y a corto plazo por todo una serie de reivindicaciones estudiantiles, acentuando el Cogobierno como meta transitoria" (Miguel Enríquez, en Naranjo 1999:15).

Es importante no soslayar el debate ideológico que se libraba al interior de estos partidos, puesto que tensionaron particularmente a sus juventudes políticas y son el marco "racional" de distinción entre una y otras. La cuestión de las "vías" al socialismo fue la causa de la formación y recomposición de gran parte de ellas: el MIR recibió una numerosa militancia que provenía de las juventudes socialistas que no creían en la capacidad de la democracia burguesa y el imperialismo de abrir paso al socialismo, de fuerte inspiración "guevarista". Al interior del Partido Socialista, pese a que su línea oficial estaba por la vía "constitucional", existían tendencias insurreccionales acentuadas, como las de su secretario general, Carlos Altamirano. El MAPU, por ejemplo, de pasar a ser un grupo de militantes escindidos de la

Democracia Cristiana, se convierte en un partido marxista, que fue girando cada vez más hacia la izquierda, hasta llegar a separarse, “entendiéndose” mucho mejor con el MIR y el PS, que con el PC. Las juventudes de este último partido tenían bastante presencia, tanto por sus brigadas muralistas, como por sus sellos discográficos y revistas; y tal como su partido, representaban la línea más apegada al constitucionalismo y cierto antiguevarismo. Detalles interesantes de estas pugnas intelectuales entre los jóvenes revolucionarios pueden leerse en Martínez (1996), *Entre Lenin y Lennon. La militancia juvenil de los años 60*. El autor relata como, al estilo de los “cristianos fundamentalistas” que citan los versículos de la biblia, los militantes se intercambiaban citas de Marx, Engels o Lenin. En este sentido Martínez recuerda que el texto preferido con que los jóvenes comunistas desacreditaban a los miembros del MIR, era *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, de V. I. Lenin. A su vez, los Miristas, replicaban con *El Estado y la Revolución* del mismo autor. Todo esto aderezado con otros grupos más pequeños, militantes de movimientos juveniles maoistas, trotskistas o “foquistas” –como el MR2 escisión del MIR que funcionaba en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile-, que complejizaban aún más la cuestión de las “vías” y la adhesión a tal o cual “juventud revolucionaria”. Estas disputas llegaron incluso a provocar distancias insalvables, como la de los Jóvenes Comunistas y Miristas. Un joven de estos últimos fue muerto por miembro de las Brigadas Ramona Parra en Concepción, todo en un clima donde los Miristas le reprochaban al PC su complicidad “partidaria” en Bolivia por la muerte del Che Guevara.

El clima era álgido, y la “democratización” de la educación había producido más diversidad al interior de las propias juventudes-estudiantiles. Ya en las postrimerías del gobierno de Frei se forma la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago). Los “pingüinos” tendrán un protagonismo ascendente hasta el golpe de Estado de 1973 y se constituyen en semillero de dirigentes políticos que se convertirán en un grupo de presión contra la Unidad Popular, al oponerse al proyecto de la “Escuela Nacional Unificada” de Allende, que no llegó a fraguarse. La FESES fue duramente instrumentalizada por los partidos políticos, hasta llegar a la escisión en las elecciones del 15 de noviembre de 1972 -considerada la antesala de las elecciones parlamentarias-, al proclamarse un fraude electoral entre las candidaturas de Camilo Escalona (FJS), Andrés Allamand (Partido Nacional) y Miguel Salazar (JDC).

En esta atmósfera venía operando un circuito cultural juvenil en torno a las coordenadas de la revolución socialista, modulados por un elenco de creadores que al reivindicar la identidad

de los sectores más subordinados de la sociedad, dotaron de una argamasa simbólica al segmento joven más proclive al cambio social. Así, las llamadas “juventudes revolucionarias” (Goecke, 1997), tuvieron como plataforma una rica y compleja red de adscripción identitaria, que abarcó desde espacios propios de socialización y expresión en el “tiempo libre”, como las *Peñas*, que comenzaron profusamente a aparecer a lo largo del país (lugares de esparcimiento, consumo musical y de debate intelectual que habían “importado” de Francia Isabel y Angel Parra); la calle (“las marchas” y el muralismo como espacio de lucha y manifestación, como las practicadas por las brigadas de las juventudes comunistas -Brigadas Ramona Parra, BRP- y las de la Federación Juvenil Socialista -Brigadas Elmo Catalán, BEC-); así como una pequeña e independiente “industria” cultural segmentada para el sector (La revista *Ramona* y el sello “Discoteca del Cantar Popular”, DICAP, de las Juventudes Comunistas), y algunos espacios radiales que difundían la Nueva Canción Chilena (desde ahora NCCh). La mayoría espacios articulados, como se ve, a las juventudes políticas y estudiantiles, territorios nucleantes de esta cultura juvenil⁷⁸. Bajo estas corrientes de sensibilidad se aunó una porción importante de la juventud chilena, sobretudo en los años previos al triunfo de Allende y bajo el mismo período de la Unidad Popular. Tensionan históricamente estas coordenadas: la pérdida de credibilidad del proyecto desarrollista *cepaliano* en su versión “revolución en libertad” (y la sospecha por parte de los teóricos de la dependencia e intelectuales orgánicos de que es un proyecto anestesiador de las verdaderas transformaciones); la debilitación política de la propia Democracia Cristiana, cuyos militantes jóvenes formaron primero el MAPU, de tendencia marxista y, después, en otra escisión, la IC (Izquierda Cristiana). Asimismo, la radicalización de la movilización y demandas populares que no son capaces de canalizar el Gobierno Demócrata en un paulatino fracaso de sus políticas económicas y reformas sociales (un ejemplar caso crítico ocurre el 9 de marzo de 1969 con la toma de terrenos en Puerto Montt que culmina con el asesinato de varios pobladores, episodio que denuncia Víctor Jara en la canción “Preguntas por Puerto Montt”). Complementan estas coordenadas, una reactividad cultural hacia los productos simbólicos del capitalismo (un acusado antiimperialismo y sobreideologización); el triunfo del conglomerado político de la

⁷⁸ Muy interesante de analizar resultan los sectores juveniles que surgen como el revés de estas juventudes revolucionarias pero bajo los mismos imaginarios insurreccionales, como el ultraderechista “Movimiento Patria y Libertad”, que al igual que en la década del 30’ se enfrentaban en la calle con los jóvenes militantes de izquierda. Paradojalmente este movimiento derechista actuó como “guardias de seguridad” en una de las más grandes concentraciones de mujeres en Chile, la llamada “marcha de las cacerolas” propiciadas por los sectores más acomodados, apositores a la Unidad Popular y a la visita de Fidel Castro a Chile en diciembre de 1971. Igualmente los jóvenes de SILO, que plantaban caminos de superación individual para contrarrestar la mentalidad burguesa.

Unidad Popular asegurando la vía no capitalista al desarrollo y el ejemplo de la Revolución Cubana; y por último, como efecto subsidiario, la “canonización” de la expresión cultural catalizadora del proceso, la NCCh, rostro visible de esta cultura juvenil.

La NCCh se va fraguando desde fines de la década del 50’ con Violeta Parra, el conjunto “Cuncumen” (grupo de folkloristas e investigadores de tradiciones vernaculares de la zona central de Chile, en la que tuvo una destacada participación Víctor Jara) y posteriormente con la “Peña de los Parra”. Esta irá derivando progresivamente en la mutación de la industria cultural local hacia lo propio (Neofloklore) hasta alcanzar su clímax con la oposición a éste y la fundación de una nueva manera de entender la identidad nacional y lo “popular”, al calor del proyecto emancipador revolucionario. Ya con la creación de la “Peña de los Parra” en 1965, con Violeta y sus hijos Angel e Isabel, fermentará un movimiento que gatillará la formación de nuevos grupos musicales que enfatizarán la línea de renovación folklórica –a partir de la investigación- y el compromiso político. Así aparecen grupos, militantes de la diversas orgánicas políticas de la U.P., como Quilapayún (1965), Inti Illimani (1967) y cantautores como el mismo Víctor Jara, Patricio Manns, Rolando Alarcón, Héctor Pávez, entre otros.

La NCCh tiene como catapultadores: la influencia del folklore argentino (que había tenido un amplio desarrollo por las políticas culturales del *peronismo*); un mercado musical abierto hacia este tipo de expresión (Ricardo García, del programa radial “Discomanía” fue el impulsor principal del movimiento y organizador de los llamados Festivales de la Nueva Canción Chilena, de amplia repercusión); la originalidad artística y reivindicación identitaria y la vinculación ideológica que la hace converger con una escucha asegurada, pese a estar muy marginada de la mayor parte de la industrial cultural privada⁷⁹. Esta se desarrolla y

79 Varios autores vinculan el movimiento con la llamada “canción protesta” –término muy de moda para referirse a esta expresión musical- venida de Estados Unidos, con Pete Seeger, Malvina Reynolds, Joan Baes, etc. Sin embargo, la reactividad para con el “imperialismo” y la distancia entre las reivindicaciones y la propia especificidad de la NCCh (la búsqueda de lo propio), la distancia de aquel movimiento. Víctor Jara tiene una opinión bastante clara con respecto al problema: «La penetración cultural, constituye un árbol frondoso que nos oculta el que podamos ver nuestro propio sol, cielo y estrellas. Por lo tanto, nuestra lucha para ver el cielo que nos cobija es por cortar este árbol de raíz. El imperialismo norteamericano entiende la magia de la comunicabilidad en la música, e insiste en penetrar en nuestra juventud con toda clase de música comercial. Como hábil profesional, ha tomado sus determinaciones: primero, la industrialización de la canción protesta y su comercialización; segundo, ha levantado ídolos del canto protesta, que le sirven a sus intereses para adormecer la rebeldía innata de la juventud. Son ídolos que sufren las mismas alternativas de los otros ídolos de la canción de consumo: subsisten un instante para después desaparecer. Por eso somos más bien cantantes revolucionarios que de protesta, porque ese término ya nos parece ambiguo y porque ya está utilizado por el imperialismo.» (Víctor Jara, En Joan Jara, Op. cit, 172-173)

expande con movimientos paralelos en Cuba (Nueva Trova Cubana, con Silvio Rodríguez, Noel Nicola, Pablo Milanés), Uruguay (Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti, Los Olimareños) y Brasil (Bossa Nova, con Chico Buarque y Milton do Nascimento). Después de atravesar por un proceso de indagación y cualificación de la expresión musical, el movimiento fue asumiendo una acentuada participación política desde la campaña de Allende en 1964, que logró la aglutinación y conocimiento de estos productores culturales en torno a la izquierda. A partir de las elecciones de 1970, el movimiento tuvo una mediana repercusión nacional (por la discriminación en el mercado musical), aunque un fuerte arrastre en los jóvenes estudiantes. La mayoría de los autores y grupos habían nacido en ese contexto y siguieron vinculados fuertemente a él (Joan Jara, 1999; Carrasco, 1988 y Cifuentes, 1989). Víctor Jara a la Universidad de Chile, los grupos Inti Illimani y Quilapayún a las Peñas de la Universidad Técnica y de Valparaíso. Asimismo, protagonizaron la giras organizadas por la *Peña* de René Largo Farías, “Chile, Ríe y Canta”, y los Festivales de la Nueva Canción Chilena hechos en la Universidad Católica de Santiago (ya reformada). En un contexto donde la mayor parte de la federaciones estudiantiles fueron copadas por los partidos de la Unidad Popular (socialistas y comunistas, fundamentalmente), el movimiento se volcó de lleno a trabajar por el triunfo de la UP, componiendo canciones propagandísticas y de difusión del programa de la coalición. A esas alturas la mayoría se encontraba irreductiblemente fusionado a las aspiraciones de la U.P. El triunfo de la izquierda en 1970 hizo que el movimiento asumiera, por petición expresa de Allende y debido a la falta de canales y circuitos de difusión comunicacional (controlados, la mayoría a nivel local, por empresarios de la derecha y la Democracia Cristiana, y a nivel internacional, por empresas norteamericanas), labores de comunicación internacional sobre el proceso político chileno. Así, los productores más importantes pasaron a convertirse en “embajadores culturales”, llevando su música a muchos países del mundo y estando en continuas giras. La crisis política y económica que comenzó a producirse a fines de 1972 (boicot de la oligarquía nacional y de los intereses político-militares norteamericanos, bajo precio del cobre, baja productividad por las continuas movilizaciones sociales y desorientación en materia de políticas económicas), provocó un giro en la producción musical, hacia lo que Carrasco (1988) llamó “Canciones de Contingencia” o de carácter panfletario. Se trataba de utilizar la expresión musical como arma de defensa del gobierno a la luz de los problemas “diarios” acaecidos en el país. Así surgen canciones como el “Enano Maldito”, “Vox Populi” (“(...) páralo, páralo, la voz del pueblo te lo plantea Salvador, páralo,

páralo paremos al conspirador (...)), “Las Ollitas” (sobre la “marcha de las cacerolas”: “esa vieja fea, fea, guatona golosa, osa, como la golpea, ea, gorda sediciosa, osa”), entre muchas de Sergio Ortega con Quilapayún. Víctor Jara, que ya había compuesto “Movil Oil Special” luego hizo sonar en ese período una de las canciones de contingencia más conocidas “Ni Chicha, Ni limoná”, que expresa gráficamente la polarización de la sociedad, donde no había caminos intermedios: “(...)Usté, no es ná, no es chicha, ni limoná, se lo pasa manoseando caramba samba su dignidad (...) ya déjese de patillas y venga a remediar su mal// si aquí debajito del poncho no tengo ningún puñal// y si sigue hociconenado le vamos a expropiar// las pistolas y la lengua y todito lo demás (...)”. Pese a ello, Víctor Jara siguió sus investigaciones y editó “La Población” (canciones basadas en historias de vida de pobladores) dejando inconclusa otra producción sobre la matanza de Ranquil debido a que fue vilmente asesinado tras el Golpe militar de Pinochet.

Quizás sean Quilapayún (militantes del MIR primero y después de las Juventudes Comunistas) junto a Víctor Jara (también militante comunista), los artistas que representen más vivamente la cultura juvenil revolucionaria de ese entonces. La distinción con respecto a otros ejes aglutinadores de identidad juvenil fueron rápidamente denunciados moral y políticamente por estos autores, como intentos de invasión cultural y propaganda por parte de Estados Unidos del *american way of life*, que provocaba alienación y desclasamiento en la juventud. Así, se convirtieron en fuertes críticos de las “imitaciones chilenas” de esas culturas juveniles y su medios, como la propia Revista *Ritmo de la Juventud*. De hecho la edición de esta revista, se paraliza una vez llegada la Unidad Popular al gobierno, por decisión de su directora María Pilar Larraín que se va a Estados Unidos por sentirse acosada (Diario El Mercurio 8 de junio 2002). Dichas críticas tenían un asidero innegable, en un momento político álgido⁸⁰. En este contexto, una de las canciones menos conocidas de Víctor Jara escrita en 1969, y titulada “¿Quién mató a Carmencita?”, aborda con bastante claridad los elementos fundantes y constitutivos del joven revolucionario desde su opuesto, aquel que vive

⁸⁰ Un gráfico documento “de clase” sobre la construcción de la imagen juvenil desde los sectores élíticos y mesocráticos que operan en torno a la “Nueva Ola”, puede leerse en la Revista *Ritmo de la Juventud* N° 186, Año IV, 1969:44-45 “Sólo en el barrio Alto” (Carta de respuesta de la directora María Pilar Larraín a una joven lectora. Ver anexo). En este sentido, José Alfredo Fuentes –el “Pollo” Fuentes-, ha testimoniado recientemente: “A algunos no les gustó que no estuviera comprometido con mensajes de izquierda. Decían que yo representaba a esos falsos ídolos que distraen a la juventud. En el pensamiento revolucionario eso era una estupidez. El *Clarín* [periódico] me destrozó, me inventó entrevistas que no había dado, y después viene el *Puro Chile* [periódico], que me daba El Huevo de Oro todos los días, un premio de mierda (risas). Tampoco tenía nadie que me defendiera... - Estaba la revista Ritmo [pregunta]. Claro, me daba portadas y el “Gato Yo Yo” [personaje de la revista] me defendía...” (Diario *La Tercera* 26, Julio 2002).

con el peso de la influencia de ser joven bajo las señales del imperialismo y el capitalismo. La canción, según Joan Jara, se basa en una historia real; la de una muchacha que se suicidó bajo la influencia de las drogas y “que vivía en el mismo barrio sórdido en que Víctor había crecido” (Joan Jara, 1999:171). Parte del texto dice:

(...) “Apenas quince años y su vida marchita // El hogar le aplastaba y el colegio aburría. // En pasillos de radios su corazón latía // deslumbrando sus ojos los ídolos del día // Los fríos traficantes de sueños en revistas // que de la juventud engordan y profitan // torcieron sus anhelos y le dieron mentira // la dicha embotellada, amor y fantasía. // (...) La muchacha ignoraba que la envenenarían, // que toda aquella fábula no le pertenecía, // conocer ese mundo de marihuana y piscina, // con Braniff International viajar a la alegría. // (...)”

El imaginario que poblaba a las juventudes revolucionarias provenía de los referentes ideológicos del marxismo y sus expresiones partidarias, pero estaba guiado por un acentuado latinoamericanismo. Tanto el Che Guevara, como el sacerdote Camilo Torres vertebraron una imagen e ideario juvenil que centró el quehacer y el imaginario juvenil como soportes distintivos de la “otra juventud”. Sus referentes, eran una síntesis de los productores culturales de la NCCh con la de estos revolucionarios. Muchos de ellos adoptaron el “verde oliva”: tenidas militares, barbas, pelo largo, boinas, bototos y, tal como en la década de los 30’, los “uniformes” partidarios (las Juventudes Comunistas, por ejemplo, cambiaron su uniforme blanco y pañuelo rojo que era imitación de los “pioneros” soviéticos, por la camisa de color amaranto) y desfilaron bajo “un bosque de banderas, rojas, verdes, azules, roji-negras” (Revista *Ramona*, 17 diciembre de 1971). Porque por sobre todo, bajo esta estética, se escondía el ideal político. Especulando una escenificación de aquella imagen, Eduardo Carrasco ha confesado: “nuestro sueño más secreto de aquella época era algo así como caer heridos, envueltos en los jirones de las banderas revolucionarias, delante de una tribuna de espectadores (...)” (1988: 123).

Con todo, es importante insistir en la configuración de una verdadera cultura juvenil “revolucionaria” que tuvo su clímax en las postrimerías de la década de los 60’ y cuyo fin “parcial” fue el golpe de Estado de 1973. La originalidad de esta conformación cultural reside en que el “mercado” y la propia industria cultural dominante, no tuvo el papel central de articulación, sino más bien, los partidos políticos y en menor medida la industria cultural estatal (sobre todo bajo la U.P.), que, sumada a una precaria industria cultural independiente y subterránea, fue capaz de sobreponerse a la irradiación mediática de las imágenes dominantes de la juventud del momento (abundantes testimonios de esta situación la confieren los propios productores culturales involucrados, de allí la creación de la DICAP). La supresión de esta

cultural juvenil por el Golpe Militar fue parcial, porque ese mismo imaginario impregnó fuertemente -desde principios de la década de los 80'-, a los “hijos” de esta generación, que en el combate contra la dictadura pinochetista, con los partidos de izquierda en la clandestinidad y bajo la influencia de las luchas revolucionarias y de resistencia Sandinista en Nicaragua⁸¹, le dieron continuidad, con una fuerte carga de mitificación de lo que habían sido en la década del 60'. Esta “nueva” juventud revolucionaria tendrá, no obstante, algunos rasgos diferenciales, cual es su vínculo con la irrupción de nuevos actores juveniles, la llamada “juventud urbano-popular”, fenómeno que abordaré a continuación.

⁸¹ Particularmente, esta lucha revolucionaria se convirtió, en la década de los 80', en el eje revitalizador principal de esta cultura juvenil, básicamente porque los protagonistas de esos procesos eran jóvenes que pertenecían a una misma “conexión generacional” con aquellos. En un original estudio sobre la revolución sandinista y los jóvenes, Lutte (1979), llama a ésta la “revolución de los muchachos”. Una gráfica fuente de estas coordenadas de adscripción identitaria se encuentran en el libro-testimonio del combatiente Sandinista Omar Cabezas, *La Montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. (1997) México, Siglo XXI. [orig. 1982].



Imagen 6. Fotografía de Peter Rock (S/r.), primer *rocanrolero*. “Yo parecía el diablo, porque movía las caderas, cantaba lo que parecían puros tarros y no a todos les gustaba. Pero las chiquillas [muchachas] se me tiraban encima, hacían cola en las radios... si me tenían que sacar con carabineros cuando cantaba”. (Las Últimas Noticias, 7 julio de 2001).



Imágenes 7 y 8. Los Dean y Brandos criollos fueron, en su hibridez, la versión maldita, rabiosa, encolerizada de los rocanroleros. El caso que ilustra más paradigmáticamente este arquetipo de cultura juvenil “espectacular” –básicamente por su recepción en la sociedad-, es el de Carlos Boassic, joven colérico santiaguino de clase media-alta apodado “Carloto”, que en abril de 1959, asesinó –supuestamente- de un balazo a su novia, lo que ocasionó gran revuelo en la sociedad chilena y estigmatizó a esta cultura juvenil. El crimen dio pie para rotular a los jóvenes más radicales de estética “colérica” con el mote de “Carlotos”. Las imágenes (microfilm del Diario Clarín del martes 29 de abril de 1959), muestran uno de los titulares con que la prensa expandió el “pánico moral” sobre las primeras culturas juveniles en Chile.

En Colección de las Juventudes Comunistas, J.J.C.C.

X Viet-Nam, Quilapayún, 1968
Por la CUT, Varios intérpretes, 1968
Pongo en tus manos abiertas, Víctor Jara, 1969
Y diez años van, Carlos Puebla y sus Tradicionales, 1969
Inti-Illimani, Inti-Illimani, 1969
Neruda, Pablo Neruda, 1969
Basta, Quilapayún, 1969
Santa María de Iquique, Quilapayún, 1970
Canto al programa, Inti-Illimani, 1970
El derecho de vivir en paz, Víctor Jara, 1971
Vivir como él, Quilapayún, 1971
Autores chilenos, Inti-Illimani, 1971
La población, Víctor Jara, 1972
Oratorio de los trabajadores, Conjunto Huamarí, 1972
Canto para una semilla, Inti-Illimani / Isabel Parra, 1972
La fragua, Quilapayún, 1973
Primer Festival de la Canción Popular, Varios intérpretes, 1973



X Viet-Nam, Quilapayún, 1968.



El derecho de vivir en paz, Víctor Jara, 1971

En Colección DICAP

Canciones funcionales / Interpreta a Atahualpa Yupanqui, Angel Parra, 1969
Blops, Los Blops, 1970
Chile Ríe y Canta, Varios intérpretes, 1970
Violeta Parra, Isabel Parra, 1970
El Payo, Payo Grondona, 1970
Amerindios, Amerindios, 1970
Rolando Alarcón canta a los poetas soviéticos, Rolando Alarcón, 1970.
La Peña de los Parra, Isabel y Angel Parra, 1971
Canciones reencontradas en París, Violeta Parra, 1971
Saludo Cubano, Varios Interprétes, 1971
El Temucano, Tito Fernández, 1971
Tiempo de vivir, Osvaldo Rodríguez, 1972
Música para Guillén, Marta Contreras, 1972
Manguaré, Manguaré, 1972
Cantos y danzas del ejército soviético, Orquesta Riverside, 1972
La Nueva Canción Chilena, Varios Intérpretes, 1972
Canciones del 900, Margot Loyola, 1972
Música andina, Illapu, 1972
Canto por travesura, Víctor Jara, 1973
No volveremos atrás, Varios intérpretes, 1973



Primer Festival I de la Canción Popular. Varios intérpretes, 1973.

Texto e Imágenes 9, 10 y 11. Catálogo parcial de la Discoteca del Cantar Popular (DICAP) 1968 – 1973. En *Chile: Breve Imaginería política 1970 – 1973.*
<http://www.abacq.net/imagineria/>

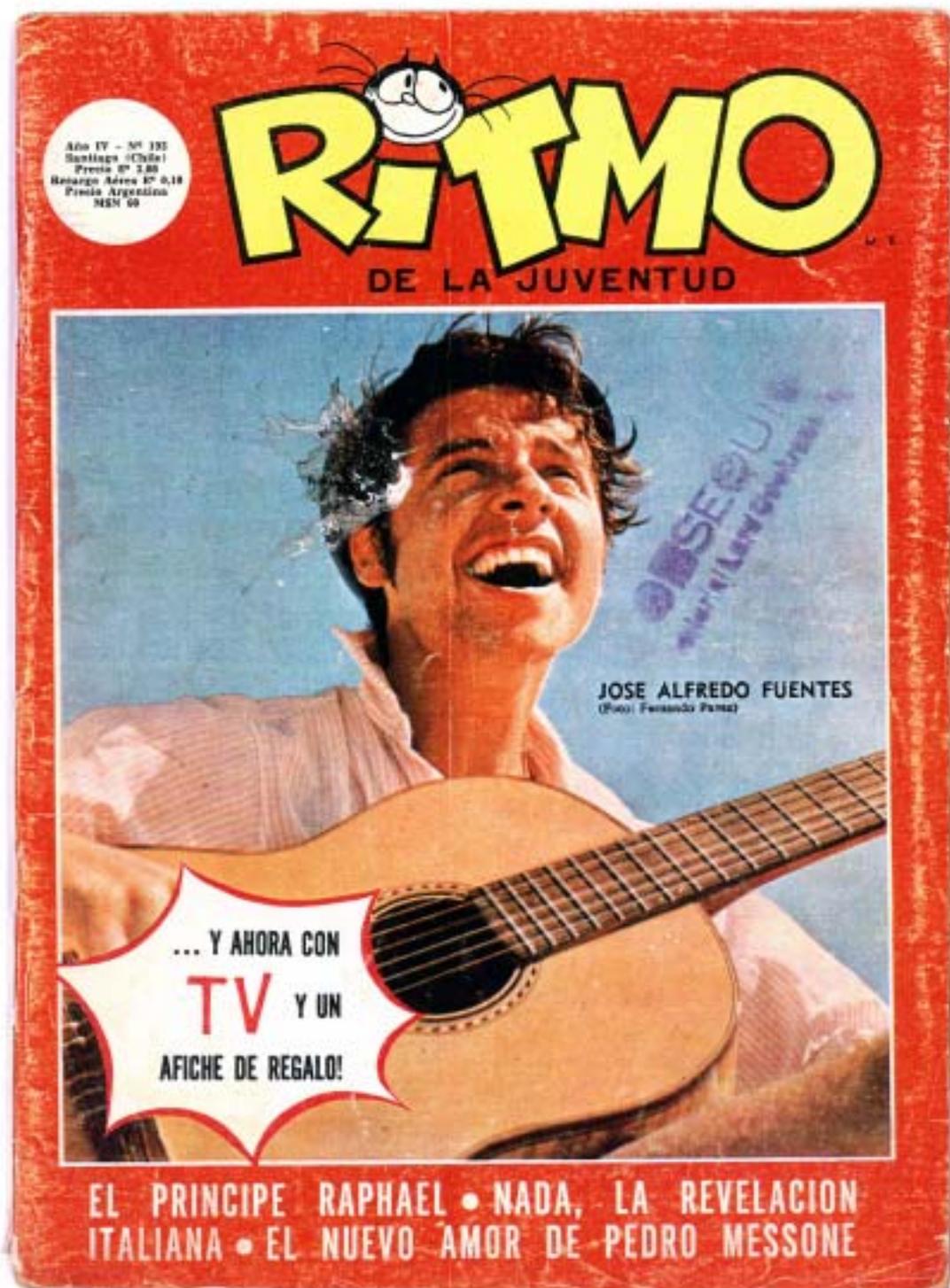


Imagen 12. Portada revista *Ritmo de la Juventud*, (Año IV N°193, 1969) con el último representante de la “Nueva Ola” [“Pollo Fuentes”]. “A algunos no les gustó que no estuviera comprometido con mensajes de izquierda. Decían que yo representaba a esos falsos ídolos que distraen a la juventud. En el pensamiento revolucionario eso era una estupidez. El *Clarín* [periódico] me destrozó, me inventó entrevistas que no había dado, y después viene el *Puro Chile* [periódico], que me daba El Huevo de Oro todos los días, un premio de mierda (risas). Tampoco tenía nadie que me defendiera... - *Estaba la revista Ritmo*. [pregunta] - Claro, me daba portadas y el “Gato Yo Yo” [personaje de la revista] me defendía...” (Diario *La Tercera* 26, Julio 2002).

alejados del centro, es un gran error. ¿De dónde sacas eso?

Cualquier chiquilla, viva donde viva, puede participar en el Concurso Miss Ritmo, si es **buena bailarina** y si tiene **personalidad y simpatía**. No se necesitan "vestidos costosos" porque para la presentación en televisión, Ritmo Ritmo y Boutique "School" regalar los vestidos, y los zapatos calzados Da Vinci, lo mismo que el vestido para el viaje.

Reacciones María! Deja de lado todos esos frases que pones al final de tu carta como "ten en cuenta que tenemos ardores y somos seres humanos" que me suenan a repetición de frases dichas por otras personas que **insisten en crear mártires donde no los hay**.

Eres una chiquilla inteligente y simpática y puedes llegar a hacer lo que te propongas y puedes también participar en todos los concursos de esta revista. Yo siempre estaré a tu lado desde las páginas de Ritmo para ayudarte en lo que sea y para que pierdas sin prejuicios, sin complejos, yo que sólo así podrás cumplir esos ardores y conquistar la meta que te propones.

P. D.: Conozco la Población donde vives, Juan Godart y me parece un lindo lugar.

¿Por qué piensas que solamente las personas que viven en el centro de Santiago pueden ser felices?

conversando

Escribe: *María Pilar*

¿SOLO EN EL BARRIO ALTO?

MARIA (de La Grapa) dice: "María Pilar: Parece que el Concurso "Miss Ritmo" es fantástico para las chicas que tienen dinero, credenciales, belleza y todo, pero no para nosotras que vivimos en una modesta población y somos de una clase "marginal" como nos llaman ustedes, por ejemplo los discjockeys y los artistas.

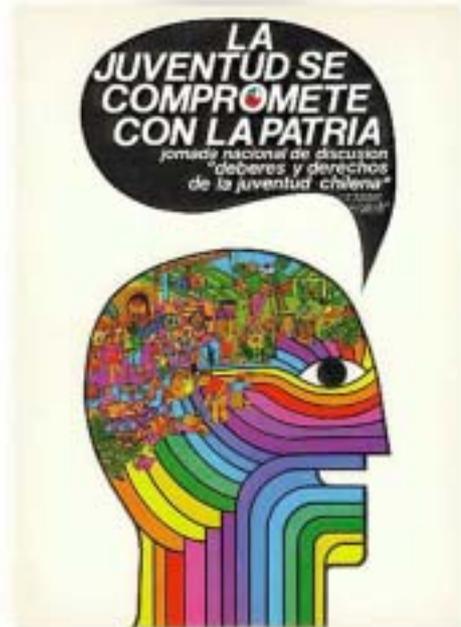
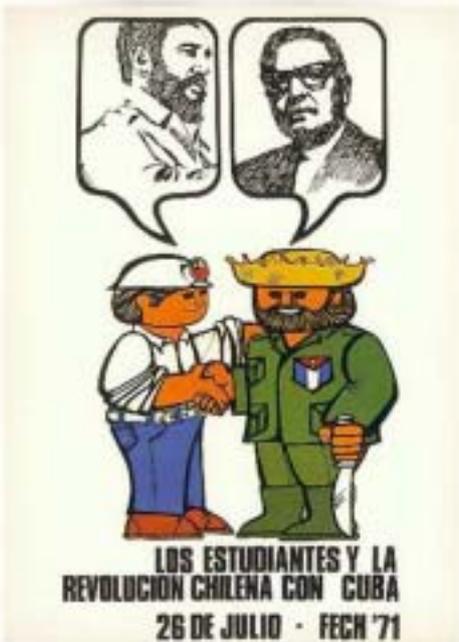
¿Por qué se hacen un concurso donde nosotras también tenemos oportunidades de viajar al extranjero? Ha sido por todas nosotras que no tenemos el dinero suficiente, ni ropas adecuadas, ni auto, ni teléfono, ni vivimos en el barrio alto como las dos Miss Ritmo que has

salido (Yasno Carrón y Rosa María) ejalá me sorprendas".

RESPUESTA:

No te comprendo muy bien María. Primero, porque nunca he dado ninguna importancia al barrio donde viven las personas (recién ahora porque tú me lo dices, me voy a enterar de que las dos Miss viven en el barrio alto) ¡Con eso te darás cuenta la poca importancia que tiene para mí el nombre de las calles!

En cuanto a que los discjockeys le hayan puesto el nombre de "marginales" a los barrios



Imágenes 13, 14 y 15. Arriba: Carta de respuesta María Pilar Larraín (directora de la revista Ritmo de la Juventud) a una joven lectora (Año IV N°186, 1969:44-45). Abajo: Afiche de bienvenida a Fidel Castro, FECH, 1971 y afiche del gobierno de la Unidad Popular.

